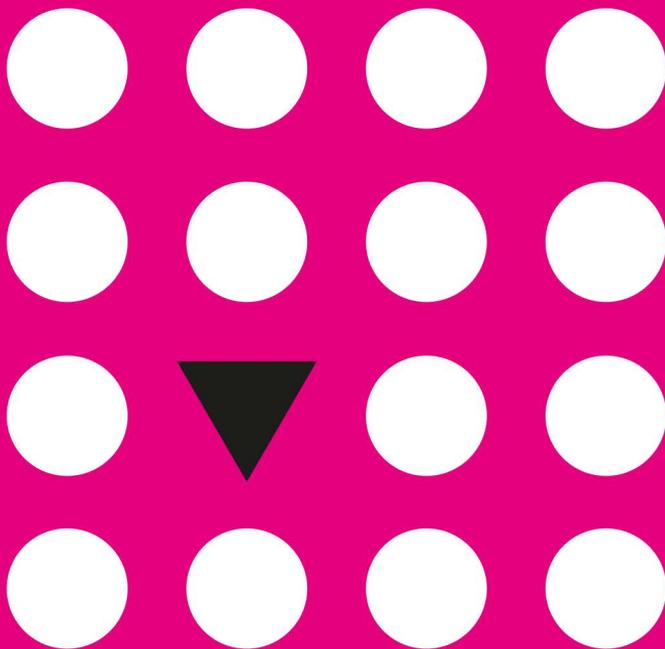




ELEMENTOS DE CRÍTICA HOMOSEXUAL

HACIA EL GAYO COMUNISMO

Mario Mieli



COEDICIONES

TRAFICANTES DE SUEÑOS
& VERSO

**ELEMENTOS
DE CRÍTICA
HOMOSEXUAL**

HACIA EL GAYO COMUNISMO

Mario Mieli

© Mario Mieli, 1977, 2024

© Giulio Einaudi editore, 1977

© Verso y Traficantes de Sueños, 2025

Licencia Creative Commons:

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Edición original: *Elementi di critica omosessuale*, Turín,
Giulio Einaudi editore, 1977.

Primera edición en castellano: Enero de 2025

Título: *Elementos de crítica homosexual. Hacia el gayo comunismo*

Autor: Mario Mieli

Traducción: Joaquim Jordà

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Verso Libros

Carrer Pirineus, 19. 08042. Barcelona

www.versolibros.com

Impresión: COFAS

ISBN: 978-84-19833-31-0

Depósito legal: M-26372-2024

**ELEMENTOS
DE CRÍTICA
HOMOSEXUAL**

HACIA EL GAYO COMUNISMO

Mario Mieli

**Traducción:
Joaquim Jordà**

ÍNDICE

Prólogo	11
1. El deseo homosexual es universal	15
El movimiento gay frente a la represión	15
Polimorfismo «perverso»: universalidad del deseo homosexual. Bisexualidad y transexualidad	19
Afirmación de la heterosexualidad y desconocimiento de la mujer en sí	27
Crítica del concepto de bisexualidad. «La neurosis es, por decirlo de algún modo, la negativa de la perversión»	36
Los psico-nazis	39
Los llamados «terapeutas»	52
El dogma de la procreación	57
Edipo u otro	61
2. De cómo los homosexuales, de hoguera en hoguera, se convirtieron en gais	75
La antítesis homosexual y la Norma. La puesta en escena del «amor»	75
El tabú antihomosexual. Sus orígenes	80
La persecución secular de los homosexuales	88
Las leyes contemporáneas. Orígenes del movimiento homosexual por la reivindicación de los derechos igualitarios	96
Oscurantismo-progresismo eclesiástico	111
Desublimación represiva. Protección. Explotación. Falsa culpa. Reformismo	115
Ideología. Proyecto homosexual revolucionario	125
3. Los machos heterosexuales o sea las criptomariquitas	133
El deporte	133
Alcohol, patriotismo y otras drogas. Compañerismo y amistad	137
Las heteromariquitas. El culto del gay <i>superstar</i>	140
Celos. Notas sobre el masoquismo y el sadismo. La homosexualidad en la heterosexualidad	143
La violencia contra los homosexuales como extroversión negativa del deseo homoerótico censurado. Hipocresía del macho heterosexual	147

El verdugo es cómplice de la víctima. Victimismo y masoquismo	153
El homoerotismo sublimado como garantía de cohesión social.	
La homosexualidad en Dante	160
Apuntes sobre el Eros platónico y sobre la homosexualidad en la religión	165
Notas sobre la analidad y la pornolalia. El dinero y la mierda	173
4. De los delitos y del pene	185
La homosexualidad vendida por heterosexualidad	185
El asesinato de Pasolini	189
Los « <i>ragazzi di vita</i> »	194
Los «protectores» de izquierda	198
5. <i>Mens sana in corpore perverso</i>	207
El «no-deseo» y la negación. Los deseos coaccionados	207
Paranoia y homosexualidad	212
El <i>trip</i> «esquizofrénico» y la transexualidad	220
Las mujeres y las mariquitas	230
6. Hacia el gayo comunismo	239
Notas sobre el travestismo. Homosexualidad y «homosexualización»	239
Angustia y rechazo. Las «porquerías» de los gais	246
El miedo de la castración y la parábola de la guerra	249
La sublimación del Eros en el trabajo	256
Los «normales» frente a los travestis. Notas sobre la familia	272
La coacción a repetir. El gueto. «Aparecer» en el puesto de trabajo	279
Subjetividad revolucionaria y sujeción	285
7. «Fin»	289

A Marc de' Pasquali y Laura Noulian

PRÓLOGO

Estamos en lo correcto cuando decimos que los únicos expertos en homosexualidad son los homosexuales.

Herbert Spiers¹

Este libro es la reelaboración de mi tesis de licenciatura, que versaba sobre el tema de la homosexualidad masculina. De ahí proceden, en mi opinión, algunas de sus limitaciones, que afectan en primer lugar a una cierta desigualdad de estilo, debida a la mezcla de los circunspectos tonos escolásticos con los menos inhibidos de un modo de gayo de expresarse. En cuanto a los contenidos, creo que la desigualdad de escritura refleja la profundización de algunos y la permanencia de otros, en cambio, más o menos al nivel de la primera redacción.

Al igual que la tesis, este libro se refiere principalmente a la homosexualidad masculina, si bien muchos de los temas tratados incumben a la homosexualidad en un sentido amplio. En tanto que marica, he preferido hacer la mínima referencia posible a la homosexualidad femenina, puesto que las lesbianas son las únicas personas que saben lo que es lesbianismo y que hablan de él con conocimiento de causa.

Por otra parte, dado que la cuestión homosexual es un *mare magnum* que limita, sin lugar a dudas, con el océano representado por la cuestión femenina, he decidido limitarme a afrontar, en especial, seis temáticas:

¹Herbert Spiers, «Psychiatric Neutrality: an Autopsy», *The Body Politics*, núm. 7, Toronto, invierno de 1973.

1. He confrontado con mi punto de vista, madurado y revitalizado en el ámbito del movimiento gay, muchos de los extendidísimos tópicos antihomosexuales y algunas de las más conocidas teorías psicoanalíticas referentes a la homosexualidad. Lo he hecho así porque sigo considerando oportuno contraponer, también a «nivel teórico», nuestras opiniones gays a las tradicionales de los heteros, los cuales comparten habitualmente —de manera más o menos voluntaria o más o menos consciente— los (pre)juicios de determinada calaña reaccionaria, de todos aquellos médicos, psicólogos, sociólogos, magistrados, políticos, sacerdotes, etc., que difunden como verdades sobre la cuestión homosexual las más groseras —o, muy rara vez, sutiles— mentiras. Nosotros, que no nos identificamos con su «Ciencia», preferimos referirnos a una gay ciencia.
2. He hecho, asimismo, alguna breve mención a la represión de la homosexualidad en la historia (o prehistoria, en el sentido marxiano), con el fin de recordar el origen histórico del tabú homosexual y de demostrar cuán terrible ha sido en el pasado y sigue siendo en la época actual la persecución perpetrada contra nosotros, los homosexuales.
3. He insistido en la universal presencia del deseo homoerótico, normalmente negada por la ideología capitalista-heterosexual. Aún ahora, la mayoría considera que la cuestión homosexual incumbe exclusivamente a una minoría, un número limitado de maricas y de lesbianas: no quieren darse cuenta de que, al contrario, mientras la homosexualidad siga siendo reprimida, la cuestión homosexual será un problema que afecta a todos, dado que el deseo gay está presente en todo ser humano, es congénito, aunque actualmente, en la mayoría de los casos, sea rechazado o casi rechazado.
4. He intentado desvelar la relación existente entre homoerotismo y lo que está más allá del «velo de Maya», o sea, más allá de la percepción común, comúnmente considerada «normal» e hipostasiada por el sistema. He señalado la homosexualidad como puente hacia una dimensión existencial decididamente distinta, sublime y profunda, como la que parcialmente desvelan las experiencias llamadas «esquizofrénicas».

5. He subrayado la importancia de la liberación de la homosexualidad en el marco de la emancipación humana, en efecto, para la creación del comunismo es *conditio sine qua non*, entre otras, la total desinhibición de las tendencias homoeróticas, que solo en un estado de libertad pueden asegurar la obtención de una comunicación totalizante entre seres humanos, independientemente de su sexo.
6. He nombrado transexual a nuestra disponibilidad erótica potencial, constreñida por la represión a la latencia y sujeta a un rechazo más o menos severo, y, por consiguiente, he indicado en la transexualidad el *telos* (y *telos* precisamente en tanto que fin interno) de la lucha por la liberación del Eros.

Espero que la lectura de este libro favorezca la liberación del deseo gay en quienes ahora lo reprimen y ayude a los homosexuales manifiestos, que todavía siguen esclavos del sentimiento de culpa inducido por la persecución social, a liberarse de la falsa culpa. Ya es hora de extirpar el sentido de culpa, funcional únicamente para la perpetuación del dominio mortífero del capital, y de enfrentarnos todos juntos a ese dominio y a la Norma heterosexual que contribuye a sostenerlo, garantizando entre otras cosas la sujeción del Eros al trabajo alienado y la separación entre hombres, entre mujeres, y entre hombres y mujeres.

Mi más sincero agradecimiento a Rosa Carotti, Adriana Guardigli, Corrado Levi, Manolo Pellegrini y, en especial, a Francesco Santini por haberme ayudado a escribir este libro; así como a Angelo Pezzana que me aconsejó publicarlo, y a Myriam Cristallo que fue su primera lectora, y a Walter Pagliero que me prestó textos cuya consulta se reveló utilísima. Doy las gracias, finalmente, a Silvia Colombo, Marcello Dal Lago, Franco Fergnani, Maria Martinotti, Denis Rognon, Guia Sambonet, Anna Sordini, Aldo Tagliaferri y Annabella Zaccarìa por sus preciosas sugerencias.

He utilizado como sinónimos los términos «homosexualidad» y «homoerotismo», y «gay» como sinónimo de «homosexual» u «homoerótico». He empleado el término «pederastia» solo en su sentido estricto, o sea, para definir el deseo erótico dirigido hacia las personas jovencísimas.

CAPÍTULO 1

EL DESEO HOMOSEXUAL ES UNIVERSAL

El movimiento gay frente a la represión

Los movimientos gay contemporáneos han surgido en los países en los que el capital ha alcanzado la fase de su *dominio real*.¹ Sin embargo,

¹ Cf. Karl Marx, *El capital. Libro I, cap. VI inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1971. Además: Jacques Camatte, *Il capitale totale*, Bari, Dedalo Libri, 1976. En el cap. VI, Marx describe las dos fases del desarrollo social del capitalismo: *Subsunción formal del trabajo en el capital (dominio formal)* y *subsunción real del trabajo en el capital (dominio real)*.

En cuanto al *dominio formal* escribe: «El proceso de trabajo se convierte en el instrumento del proceso de valorización, del proceso de la autovalorización del capital: de la creación de plusvalía. El proceso de trabajo se subsume en el capital (es su *propio* proceso) y el capitalista se ubica en él como dirigente, conductor; para este es al mismo tiempo, de manera directa, un proceso de explotación de trabajo ajeno. Es esto a lo que denomino *subsunción formal* del trabajo en el capital. Es la forma general de todo proceso capitalista de producción, pero es a la vez una forma particular respecto al modo de producción específicamente capitalista, desarrollado, ya que la última incluye la primera, pero la primera no incluye necesariamente la última». Esta subsunción formal va ligada a la producción de *plusvalía absoluta*. «El capitalista —escribe Camatte— no puede conseguir un valor mayor si no es prolongando la jornada de trabajo. Todavía no ha invertido la base misma de la sociedad. Por el momento, se ha limitado a reemplazar a otro explotador. Dominio formal, pues, caracterizado esencialmente por este elemento: desde el inicio el capitalismo se distingue de los restantes modos de producción por el hecho de que no se basa simplemente en una apropiación de plusvalía, sino en la creación de ella».

En cuanto al *dominio real (subsunción real del trabajo al capital)*, Marx escribe: «La característica general de la *subsunción formal*, sigue siendo la directa *subordinación del proceso laboral* —cualquiera que sea, tecnológicamente hablando, la forma en que se lleve a cabo— *al capital*. Sobre esta base, empero, se alza un *modo de producción* no solo tecnológicamente *específico*, que metamorfosea *la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo de producción capitalista*. Tan solo cuando este entra en escena se opera *la subsunción real del trabajo en el capital*». Es con el final de la Segunda Guerra

incluso bajo el *dominio formal* del capital, y por primera vez en la historia, los homosexuales se organizaron en un movimiento: esto sucedió en Alemania, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, gracias a la difusión de las obras de Ulrichs² y con la fundación del Comité

Mundial que se puede considerar definitivamente efectuado el paso del *dominio formal* al *dominio real* del capital en el área euro-norteamericana. El *dominio real* tiene como presupuesto «una revolución completa (y que prosigue y se repite constantemente) en el modo de producción y en la productividad del trabajo y en la relación del capitalista y del obrero» (Marx). Se basa en la producción de plusvalía *relativa*, y ya no absoluta. «Es cierto que la *producción por la producción* —producción como fin en sí mismo—, añade Marx, ya existe con la *subsunción formal del trabajo en el capital*, dado que desde el primer momento el fin inmediato de la producción se convierte en producir *la mayor y más numerosa plusvalía posible*, y desde el primer momento el valor de cambio del producto se convierte en el objetivo decisivo. De todos modos, esta tendencia *inmanente* de la relación capitalista solo se *realiza de manera adecuada* —y se convierte en sí misma en una condición necesaria, incluso tecnológicamente— cuando se ha desarrollado *el modo de producción específicamente capitalista* y con él la *subsunción real del trabajo en el capital*». Con el *dominio real*, el capital manifiesta «la tendencia a dominar la ley del valor, explotándola en beneficio propio» (Camatte). En el periodo del *dominio formal* «el capital domina al proletariado y su dominio es dominio del capital variable. El capital estaba interesado en utilizar un máximo de obreros para conseguir un máximo de plusvalía. [...] Cuando se pasa al periodo del dominio real, el elemento esencial pasa a ser el capital fijo» (Camatte). Se produce una socialización no solo de la producción, sino del mismo hombre (ambas en relación con la *desvalorización*): «La gran industria produce el trabajador total (*Gesamtarbeiter*) que es la misma base del hombre social de mañana» (Camatte). Después de haber dominado toda la producción, el capital domina también los medios de circulación. El *dominio real* supone, además, como rasgos característicos: la *autonomización del capital* (Cf. *Il capitale totale*, op. cit., pp. 113 ss.); la *expropiación de los capitalistas* (p. 126); el *pleno desarrollo del interés y del crédito*, y la *producción del capital ficticio* (pp. 128 ss.); la *absolutización del capital* (su aspiración a la eternidad, a la inmortalidad: pp. 133 ss.); la *autonomización de las formas derivadas del valor* (pp. 141 ss.). La ley del valor se convierte en ley de los precios de producción.

El *dominio real* del capital se manifiesta como «fascismo generalizado a todas las naciones en las que se han desarrollado las relaciones capitalistas de producción» —escribe Jacques Camatte—. «El Estado del Capital se presenta como garantía de una justa distribución entre todos los hombres. Las reivindicaciones ya no son avanzadas en nombre de un ideal político, sino de un ideal social; ya no se plantea la cuestión del poder, sino la de las estructuras e, incluso esta, en los siguientes términos: es preciso reformar las estructuras para poner a todos en disposición de poder aprovechar los beneficios del crecimiento económico. El fascismo se resuelve, por otra parte, en la democracia social. [...] Las diversas justificaciones de la sociedad capitalista [...] proceden de la autonomización de las relaciones sociales, y de su reificación: “Las crisis ponen fin a esta apariencia de la *autonomía* de los diferentes elementos, en los cuales el proceso de producción se descompone constantemente y se reproduce constantemente”» (Storia delle teorie economiche, vol. III, p. 525).

²Karl Heinrich Ulrichs, *Vindex e Inclusa*. Cf. John Lauritsen y David Thorstad, *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales (1864-1935)*, Barcelona, Tusquets Editor, 1977, pp. 137-139.

Científico Humanitario (1897), así como, de manera diferente, en Inglaterra, y después, en las primeras décadas de este siglo, en Holanda, Austria, Estados Unidos de América, Unión Soviética y otros países. No siempre, ni en todas partes el movimiento homosexual asumió el carácter de asociación que distinguía al Comité Científico Humanitario y a su expresión internacional (la Liga Mundial por la Reforma Sexual), pero en muchos países, aun sin producir unas organizaciones formales específicas, el movimiento homosexual efectivo dio lugar a un amplio debate sobre la homosexualidad, que por primera vez implicó a un número considerable de «personalidades» culturales y políticas y llevó a la luz problemas y temas hasta entonces silenciados en aras de uno de los más severos tabúes.

Las violentas persecuciones nazi, estalinista y fascista perpetradas contra homosexuales en los años treinta y durante la guerra, deshicieron el movimiento y con él la memoria de esta primera importante afirmación homosexual internacional, restableciendo en su totalidad la ideología de la Norma. Esta es la razón de que muchos de nosotros, homosexuales, en especial los nacidos en las últimas décadas, solo hemos conocido la existencia de un movimiento gay predecesor gracias a las investigaciones del nuevo movimiento gay, resurgido como Gay Liberation Front en EEUU en 1969 y después en muchos otros países, y así hemos podido darnos cuenta de que participábamos —contrariamente a lo que creíamos— en la segunda oleada del movimiento de liberación y no en la primera. Algunas de las preguntas que hoy nos formulamos, por ejemplo, se refieren a temáticas ya afrontadas en el pasado por el primer movimiento gay. Una, principalmente, interesa tanto a los homosexuales de hoy como a los de ayer: *¿por qué motivo la sociedad nos margina y nos reprime tan duramente?*

A ese y otros interrogantes hemos intentado responder con una búsqueda que partiese de nuestras experiencias personales: bien charlando, en el curso de las reuniones generales de los grupos, de nuestra condición existencial y social de homosexuales y confrontando entre sí las diversas opiniones; bien dedicándonos de manera más profunda al análisis de las vivencias individuales, a través del «trabajo» de toma de conciencia emprendido en el ámbito de colectivos restringidos (grupos de autoconciencia). En suma, hemos comenzado a entender mejor qué somos y por qué somos reprimidos,

comunicándonos entre nosotros, conociéndonos y encontrándonos a partir de nuestro común deseo, en la perspectiva de la liberación.

Además, el nuevo movimiento gay ha continuado la investigación histórica y antropológica iniciada por el primero, contribuyendo a iluminar la persecución secular de los homosexuales y el origen *histórico* de la condena antigay, condena que casi siempre es difundida, en cambio, como *natural* por la ideología de la primacía heterosexual. Y, si el antiguo movimiento se había dedicado extensamente a la investigación médico-psicológica, en el nuevo se han formado grupos que también se ocupan de psiquiatría, a partir del momento en que luchan contra la persecución antihomosexual perpetrada bajo la forma de tratamiento médico-psiquiátrico. En general, el movimiento gay rechaza los reaccionarios (pre)juicios psiquiátricos sobre la homosexualidad, y los homosexuales revolucionarios se oponen también a la nueva moda progresista y totalmente heterosexual de la «homosexualidad» difundida actualmente entre los antipsiquiatras.

Por otra parte, el trabajo de toma de conciencia nos ha llevado a una confrontación inmediata con los elementos de la teoría psicoanalítica relativos a la homosexualidad. Así hemos descubierto en el psicoanálisis algunos conceptos importantes, como el de *inconsciente*, por ejemplo, o el de *rechazo*, que, al menos por ahora, pueden ser integrados en la ciencia. Mientras tanto, los gays hemos llegado a una primera conclusión evidente: esto es, hemos esclarecido que el odio alimentado hacia nosotros por parte de la sociedad heterosexual *procede del rechazo o «cuasi-rechazo» del componente homoerótico del deseo en los individuos heterosexuales manifiestos*, los cuales —como es sabido— siguen constituyendo todavía la mayoría de los seres humanos. *El general rechazo de la homosexualidad, en suma, determina la represión de las expresiones manifiestas del deseo gay por parte de la sociedad.* Ahora se trata de descubrir qué es lo que ha provocado este rechazo: presumiblemente, los motivos profundos se descubren combatiendo el mismo rechazo, o sea, haciendo la calle,³ es decir, difundiendo los

³En este libro utilizaré siempre el término *hacer la calle*, en el sentido de ir a buscar (o preocuparse por encontrar, o ponerse «en muestra» esperando) *a alguien con quien hacer el amor*. Si en el lenguaje de los prostitutos y de las prostitutas hacer la calle significa buscar clientes, para nosotros, homosexuales, hacer la calle, en cambio, no quiere decir prostituirse, sino, simplemente, buscar otras personas «que entiendan» (puede ocurrir siempre, de todos modos, que encuentres al americano o al industrial de Como

placeres y el deseo de la homosexualidad. Solo liberándonos podemos y podremos entender por qué hasta ahora hemos permanecido esclavizados, y esto sirve para todos, para los homos y para los heteros.

Pero, si bien el concepto de rechazo es un concepto psicoanalítico, también es cierto que, en el marco de la cultura contemporánea, el psicoanálisis afirma la *universalidad* del deseo homosexual. ¿Citamos a Freud? Tomemos una de sus obras sobre el tema. Dice así: «Nuestra libido oscila normalmente toda la vida, entre el objeto masculino y el femenino».⁴ Si todas las personas son también homosexuales, ¿por qué hay tan pocas, nos preguntamos, que admiten que lo son y gozan de su homosexualidad?

Polimorfismo «perverso»: universalidad del deseo homosexual. Bisexualidad y transexualidad

Era, en efecto, entonces el andrógino una sola cosa, como forma y como nombre, partícipe de ambos sexos, masculino y femenino, mientras que ahora no es más que un nombre sumido en el oprobio.

Platón⁵

El psicoanálisis llega a la verificación del *polimorfismo* «perverso» *infantil* y reconoce la presencia en cada uno de nosotros de una disposición erótica dirigida hacia las personas del mismo sexo.

Según Freud, el niño está «constitucionalmente calificado» al polimorfismo «perverso», todas las llamadas «perversiones» forman parte de la sexualidad infantil (sadismo, masoquismo, coprofilia, exhibicionismo, voyerismo, homosexualidad, etc.). En efecto, «la disposición a las perversiones era la primitiva y general del instinto sexual humano, partiendo de la cual se desarrollaba la conducta sexual normal a consecuencia de transformaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas

que te ofrezca una cena en el Hilton y una *corbeille* de rosas *baccarat*). En el sentido gay, el «hacer la calle» castellano (o el *battere* italiano) corresponde al *draguer* francés, al *to cruise* inglés, al alemán... no lo sé (está aquí conmigo una mariquita vienesa tan ingenua que no conoce la expresión equivalente en su lengua materna).

⁴ Sigmund Freud, «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina», en *Obras Completas*, volumen I, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1948, p. 1003.

⁵ Platón, *El banquete*, 189e, en *El banquete*, Fedón y Fedro, Guadarrama, 1974, p. 56.

aparecidas en el curso de la maduración».⁶ Entre las fuerzas inhibitorias que limitan la dirección del instinto sexual están fundamentalmente «las construcciones sociales de la moral y de la autoridad».⁷ La sociedad represiva y la moral dominante solo consideran «normal» la heterosexualidad, en especial, la genitalidad heterosexual. La sociedad actúa de manera represiva sobre los niños, a través de la *educastración*, con el fin de obligarles a rechazar las tendencias sexuales congénitas que considera «perversas» (y, en realidad, puede decirse que todavía ahora son considerados «perversos» prácticamente todos los impulsos sexuales infantiles, incluidos los heterosexuales, a partir del momento en que no se reconoce a los niños el derecho a gozar eróticamente). La educastración tiene por objetivo la transformación del niño, tendencialmente polimorfo y «perverso», en adulto heterosexual, eróticamente mutilado pero conforme a la Norma.

La mayoría de los psicoanalistas reconocen manifestaciones sexuales ya en los primerísimos meses, así como en los primeros años de vida y enumeran etapas evolutivas de tendencias más o menos conscientes que se pueden resumir en el esquema: *autoerotismo-homosexualidad-heterosexualidad*. Pero esta «evolución» no es *natural*: refleja la influencia represiva del ambiente socio-familiar sobre el niño, y, por otra parte, la vida real supone necesariamente una «superación» del autoerotismo y del «estadio» homosexual por la heterosexualidad exclusiva. El ambiente en que vivimos (en primer lugar la familia, célula del tejido social) es heterosexual: como tal obliga al niño, culpabilizándole, a renunciar a la satisfacción de los propios deseos auto y homoeróticos y le lleva a identificarse con un modelo monosexual de tipo heterosexual mutilado. Pero, evidentemente, no siempre lo consigue.

El psicoanálisis define «indiferenciadas» o, en cualquier caso, poco diferenciadas las primeras manifestaciones de naturaleza erótica: en otras palabras, la elección objetual del niño obedecería más a las circunstancias que al sexo (y las circunstancias, a lo largo de un día, cambian con frecuencia). Todas las niñas son también lesbianas, todos los niños son también maricas.

⁶Freud, «Una teoría sexual», en *Obras Completas*, volumen I, *op. cit.*, p. 812.

⁷Ibídem.

A quienes se preguntan si el homosexual nace o se hace, habría que responderles que se nace dotado de una disponibilidad erótica amplísima, dirigida en primer lugar hacia uno mismo y la madre, y después, poco a poco, hacia «todos» los demás, independientemente de su sexo, y hacia el mundo, y que, gracias a la educastración, uno se hace heterosexual u homosexual (reprimiendo los impulsos homoeróticos en el primer caso, reprimiendo los heterosexuales en el segundo).

Aquí, sin embargo, podemos preguntarnos si es correcto hablar de *represión* de las tendencias gay o hetero: según Georg Groddeck, por ejemplo, ningún heterosexual reprime realmente del todo los propios deseos homoeróticos, a lo más *finje* haberlos reprimido. Más que reprimida, en la mayoría de las personas la homosexualidad es *latente* (de la misma manera que, habitualmente, los deseos hacia el otro sexo son latentes en los gais). Según Freud, «se nos presentan dos clases de inconsciente: lo inconsciente latente, capaz de conciencia, y lo reprimido, incapaz de conciencia».⁸ Para ser exactos, deberíamos hablar, pues, de deseos homosexuales latentes y de otros efectivamente reprimidos: sin embargo, como no es fácil distinguir, yo hablaré a veces de homosexualidad latente y en otros casos de represión o rechazo de la homosexualidad, sin establecer distinciones excesivamente precisas y sirviéndome, por tanto, del concepto de represión en un sentido algo elástico. Por otra parte, frente a la hábil seducción por parte de un gay, no hay represión del deseo homosexual que valga: todos los heterosexuales, antes o después, de una manera u otra, caen. Todos son marikuitas latentes.

En efecto, la homosexualidad latente existe realmente en todos aquellos que no son homosexuales manifiestos, como residuo de la sexualidad infantil, polimorfa y «perversa» y, por tanto, gay: *residuo*, porque el homoerotismo es reprimido por la sociedad, condenado precisamente a la latencia y sublimado bajo forma de sentimientos de amistad, de camaradería, etc., o convertido, o mejor dicho deformado, en síndromes patológicos.⁹

En este libro, denominaré *transexualidad*, la disposición erótica, polimorfa e «indiferenciada» infantil, que la sociedad reprime y que, en la vida adulta, todo ser humano lleva consigo en el estado de

⁸ Freud, «El Yo y el Ello», en *Obras Completas*, volumen I, cit., p. 1192.

⁹ Cf. el capítulo III.

latencia o bien mantiene confinada en los abismos del inconsciente bajo el yugo del rechazo. *El término «transexualidad» me parece el más idóneo para expresar, a un tiempo, la pluralidad de las tendencias del Eros y el hermafroditismo originario y profundo de cada individuo. Pero, ¿qué significa «hermafroditismo originario y profundo»?*

Para el psicoanálisis, la verificación del *polimorfismo* «perverso» infantil se revela complementario de la teoría de la *bisexualidad originaria* (y es también a la luz de dicha teoría cómo se entiende mejor qué entiendo yo por *transexualidad* infantil y naturaleza *transexual* profunda). La teoría de la bisexualidad originaria ha sido formulada —entre otras cosas— con la intención de ilustrar las causas de la llamada «inversión sexual» (homosexualidad).¹⁰ *Comienza por percibir la coexistencia en el individuo de factores somáticos pertenecientes a ambos sexos: como observa Daniel Paul Schreber (que no era médico, sino *vieille tante, grande folle*), «en los primeros meses de la gestación [el feto] posee elementos de ambos sexos, y las peculiaridades del sexo que no llegará a desarrollarse permanecen, como se ha podido verificar, por ejemplo en los pezones masculinos, en calidad de órganos rudimentarios en un grado de desarrollo inferior».*¹¹ También se ha hecho un discurso análogo respecto al clítoris de la mujer. *De semejantes observaciones resulta que el sexo nunca es único, y que la monosexualidad oculta una bisexualidad (un hermafroditismo).* Según el psicoanálisis, todos somos seres bisexuales.

La cuestión ha sido profundizada desde el punto de vista genético y endocrino. Gilbert Dreyfus escribe: «Aunque el sexo genético esté determinado por la constitución del espermatozoo fecundante (el padre es responsable únicamente del sexo genético del feto), el embrión atraviesa, al comienzo de su desarrollo, una fase de sexualidad aparentemente indiferenciada. Solo a partir del segundo mes de la vida fetal, el aparato genital se comienza a orientar para llegar, a través de un largo periplo y a medida que los cordones de la primera proliferación se desarrollen o se atrofien para ser sustituidos por los cordones de una segunda proliferación, a la constitución de un testículo o de

¹⁰El término homosexualidad (del griego *δμοσος*: igual, semejante + *sexualidad*) fue acuñado en 1896 por el médico húngaro Benkert. Cf. Lauritsen-Thorstad, *Los primeros movimientos...*, *op. cit.*, pp. 20 ss.

¹¹Daniel Paul Schreber, *Memorie di un malato di nervi*, Milán, Adelphi, 1974, p. 73.

un ovario: pero en los adultos de ambos sexos persistirán residuos del sexo opuesto, que sirven para testimoniar el doble desarrollo masculino y femenino de las gónadas embrionales y del doble sistema evacuador de que está inicialmente provisto el embrión». ¹²

Puede suceder que, durante este periplo embrional, se manifiesten discordancias entre sexo genético y sexo genital (*en tal caso, el hijo de Hermes y Afrodita se confunde en el cuerpo de la ninfa Salmace*): esto producirá combinaciones de caracteres masculinos y femeninos, hermafroditismos, o bien «pseudohermafroditismos», estados «intersexuales» o mejor dicho «casos» de *transexualidad manifiesta*. ¹³

Sin embargo, no siempre los «casos» de transexualidad manifiesta se determinan únicamente a partir de especiales condiciones fisiológicas de los individuos. Existen muchos transexuales conscientes, por ejemplo, tan masculinos, fisiológicamente, como puedan serlo Alain Deion, Mr. Músculo o Enrico Berlinguer. Pero, en tal caso, ¿qué significa, hoy, ser transexual manifiesto?

En general, se denominan transexuales todos los adultos que viven conscientemente su propio hermafroditismo y que reconocen en sí mismos, en su propio cuerpo y en su mente, la presencia del «otro» sexo.

Actualmente, los «casos» de transexualidad manifiesta reflejan las problemáticas referentes a la contradicción entre los sexos y la represión del Eros, que es represión de la *universal* disposición transexual (o sea polimorfa y hermafrodita) humana: los transexuales manifiestos, perseguidos por la sociedad que no admite *confusión* entre los sexos, tienden frecuentemente a reducir su propia transexualidad efectiva a monosexualidad aparente, intentando identificarse con el sexo histórico «normal» opuesto a su sexo genital; así, la mujer transexual se sentirá hombre, eligiendo la virilidad, mientras el hombre transexual se sentirá mujer, eligiendo la feminidad. Un ser humano de sexo «impreciso» se mueve por las calles del capital con mucha menor facilidad que un hombre que, a todos los efectos *exteriores*, *parezca* mujer o que una mujer que *parezca* hombre. A esta razón se debe que hoy no sea raro que quien se sabe transexual desee cambiar de sexo (genital) y

¹² Gilbert Dreyfus, «L'omosessualità vista da un medico», en *Ulisse*, fasc. XVIII, 1953, p. 642.

¹³ Véase, fundamentalmente a título informativo, el libro de Harry Benjamín, *Il fenómeno transessuale*, Roma, Astrolabio, 1968.

puede, en efecto, optar por Casablanca o Copenhague para el «cambio de sexo» mediante una intervención, o bien, con mucha mayor frecuencia, se limite a la identificación psicológica con el sexo «opuesto».

La sociedad induce a los transexuales manifiestos a sentirse monosexuales y ocultar su real hermafroditismo. Pero, a decir verdad, la sociedad se comporta así con todos: *en efecto, todos somos, en lo profundo de nuestro ser, transexuales, todos hemos sido niños transexuales y nos han obligado a identificarnos con un papel monosexual específico, masculino o femenino*. En el caso de los transexuales manifiestos, o bien de las escasas personas que al crecer nos han reprimido la propia transexualidad, la constricción social produce efectos inversos respecto a los «normales», a partir del momento en que el hombre tiende a identificarse con la mujer y la mujer con el hombre.

Como veremos, la transexualidad manifiesta no supone necesariamente una especial propensión a la homosexualidad: existen muchos transexuales heterosexuales. Pero entonces, por ejemplo, si son hombres y se sienten mujeres y desean sexualmente a las mujeres, su heterosexualidad es, en *cierto modo, homosexualidad*. Lejos de ser especialmente absurda en sí misma, la transexualidad supera las categorías actuales separadas y contrapuestas de la sexualidad considerada «normal», cuyo carácter absurdo contribuye a evidenciar.

En cualquier caso, *los que hoy se saben transexuales, manifiestan la (bisexualidad)-transexualidad latente en todos*. Su condición les acerca o les conduce a la conciencia, potencialmente revolucionaria, del hecho de que *todo ser humano, embriológicamente bisexual, mantiene consigo durante toda la vida, desde el punto de vista biológico y psicológico, la presencia del otro sexo*. Yo creo que la superación de las actuales categorías separadas y antitéticas de la sexualidad será transexual y que en la transexualidad se recogerá la síntesis una y múltiple de las expresiones del Eros liberado. Más adelante insistiré frecuentemente sobre estos temas.¹⁴

¹⁴Este libro tiene fundamentalmente un carácter de divulgación. Por tanto, no afrontaré desde el «punto de vista» esotérico las temáticas inherentes al andrógino (o al ginandro), entre otras razones, porque yo solo he dado los primeros pasos por la *grande route* y, en cualquier caso, podría hablar de mis experiencias en una novela, pero no todavía, evidentemente, en forma de *ensayo* (dada mi ignorancia). De todos modos, en el capítulo V afrontaré la temática transexual en relación con el *trip* llamado «esquizofrénico».

Por ahora, limitémonos a verificar que «nuestra bisexualidad hormonal está ampliamente demostrada»,¹⁵ y que la determinación del sexo «definitivo» y manifiesto en el nacimiento solo significa, en general, su predominancia en el individuo, pero no elimina en absoluto la presencia sexual «opuesta».

Desde el punto de vista filogenético, la concepción que se desprende de la observación de tales datos biológicos, anatómicos y endocrinos «es la de una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos atrofiados del sexo contrario» (Freud).¹⁶

Es muy importante la transposición de esta concepción al campo psíquico, que lleva a interpretar la homosexualidad «como manifestación de un hermafroditismo psíquico» (Freud).¹⁷ Pero, si bien la teoría del hermafroditismo psíquico contribuye a demostrar, para el psicoanálisis, la posibilidad de la llamada «inversión sexual», *carga, por otra parte, con profundos interrogantes la fijación de la pulsión sexual de las personas consideradas «normales» sobre «objetos» del sexo «opuesto»: «En un sentido psicoanalítico, pues, el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer, constituye un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química»* (Freud).¹⁸ En opinión de Groddeck, es más difícil explicar la aparición de impulsos heterosexuales de cuanto lo sea entender por qué en todos existen tendencias homosexuales, que, en su opinión, proceden, «como necesidad ineludible del amor a uno mismo».¹⁹

¿Existe, pues, una estrecha relación entre hermafroditismo psicofísico y homosexualidad? Sí, puesto que la homosexualidad es congénita y, por tanto, expresión del polimorfismo propio de nuestro profundo ser transexual, hermafrodita. Del mismo modo, también las tendencias eróticas hacia el sexo «opuesto» forman parte de nuestro polimorfismo erótico, y son, por tanto, expresión del hermafroditismo profundo. Tanto el deseo homosexual como el deseo hacia el otro sexo están en relación con la naturaleza transexual profunda.

¹⁵Dreyfus, «L'omosessualità», *op. cit.*, p. 643.

¹⁶Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 770.

¹⁷Ibídem.

¹⁸Ibídem, p. 872.

¹⁹Georg Groddeck, *El libro del Ello*, Madrid, Taurus, 1973, p. 259.

Esto resulta tan evidente que incluso la misma heterosexualidad va acompañada frecuentemente de lo que los médicos, con su lenguaje represivo, definen «perturbaciones morfológicas y hormonales». Volviendo a utilizar la odiosa terminología médica, observaremos cómo, muy comúnmente, hombres heterosexuales son «hipoviriles» y «afeminados». La característica hormonal que acompaña estas formas de «hipovirilismo» «es el hundimiento de la relación andrógenos/estrógenos, a consecuencia de la disminución del numerador y el aumento del denominador».²⁰ La heterosexualidad manifiesta, pues, va acompañada frecuentemente de evidentes expresiones de hermafroditismo físico.

Por otra parte, pese al tópico que identifica al marica con el «afeminado», un elevado porcentaje de homosexuales manifiestos no presenta formas especiales de «hipovirilismo» y «afeminamiento». En pocas palabras, no existe una relación general de proporcionalidad directa entre «hipovirilismo» y homosexualidad masculina ni entre «hipofeminismo» (!) y homosexualidad femenina. Mujeres «masculinas» pueden ser decididamente heterosexuales, y mujeres muy «femeninas» gay.

A propósito, asimismo, de la presunta relación necesaria existente entre «afeminamiento mental» y homosexualidad masculina y entre «masculinidad psicológica» y homosexualidad femenina, Freud observa cómo «la literatura de la homosexualidad acostumbra a no separar los problemas de la elección de objeto de los correspondientes a los caracteres sexuales somáticos y psíquicos, como si la solución dada a uno de estos puntos trajese necesariamente consigo la de los restantes. Pero la experiencia nos enseña todo lo contrario: un hombre en el que predominan las cualidades masculinas y cuya vida erótica siga también el tipo masculino, puede, sin embargo, ser invertido en lo que respecta al objeto y amar únicamente a los hombres y no a las mujeres. En cambio, un hombre en cuyo carácter predominen las cualidades femeninas y que se conduzca en el amor como una mujer, debía ser impulsado, por esta disposición femenina, a hacer recaer sobre los hombres su elección de objeto, y, sin embargo, puede ser muy bien heterosexual, y no mostrar, con respecto al objeto, un grado de inversión mayor que el corrientemente normal. Lo mismo puede decirse de las mujeres; tampoco en ellas aparecen estrechamente relacionados el carácter sexual y

²⁰ Dreyfus, «L'omosessualità», *op. cit.*, p. 64

la elección de objeto. Así pues, el enigma de la homosexualidad no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente en explicaciones como la que sigue: un alma femenina y que, por tanto, ha de amar al hombre, ha sido infundida, para su desgracia, en un cuerpo masculino, o inversamente, un alma masculina, irresistiblemente atraída por la mujer, se halla desdichadamente ligada a un cuerpo femenino». ²¹ En pocas palabras, más allá de cualquier tópico, un macho te puede ser mariposa, un figurín esbelto y un refinado empedernido mujeriego, una cándida doncella puede ser lesbiana y una corpulenta institutriz alemana perdidamente hetero. Así va el mundo.

Para terminar diremos que, aunque la homosexualidad o la heterosexualidad manifiestas no corresponden necesariamente a características psíquicas, somáticas y hormonales específicas, tanto el deseo gay como el deseo hacia el otro sexo son expresiones de nuestro profundo ser transexual, tendencialmente polimorfo, obligado por la represión a adaptarse a una monosexualidad mutiladora. Pero la sociedad represiva solo considera «normal» un tipo de monosexualidad, la heterosexual, e impone la educastración a fin de determinar exclusivamente la heterosexualidad. La Norma, por consiguiente, es heterosexual.

Afirmación de la heterosexualidad y desconocimiento de la mujer en sí

La teoría de la bisexualidad fue sustentada originariamente por la psiquiatría como fundamento de la etiología de la «inversión sexual». Hemos visto cómo el psicoanálisis, que la adopta, se ve obligado, sin embargo, a interrogarse inmediatamente sobre las causas de la fijación del deseo sobre «objetos» del sexo opuesto por parte de personas consideradas sexualmente «normales» por la sociedad. La pregunta que ahora se nos plantea es la siguiente: *¿por qué, en el transcurso del desarrollo ontogenético, el individuo pasa de la disposición erótica «indiferenciada» dirigida a ambos sexos propia de la libido infantil a una fijación (de tipo hetero u homosexual) sobre un único sexo como «objeto» del deseo?: «La question alors est de savoir comment on opte pour une unisexualité»* [La pregunta entonces es ¿cómo optar por la unisexualidad?] (Jacques Camatte).

²¹Freud, *Sobre la psicogénesis*, op. cit., pp. 1009, 1010.

La respuesta inmediata es que esto se debe a la educción, o sea, a la influencia de la sociedad, del mundo «externo», en el cual rige una Norma monosexual, que la represión transmite de generación en generación sobre el individuo. Como ya he dicho, la Norma monosexual es decididamente heterosexual, y la educción que tiende a afirmarla universalmente provoca que, en la mayoría de las personas, la monosexualidad se presente actualmente como heterosexual. La Norma se basa en la mutilación del Eros y, en especial, en la condena de la homosexualidad. Resulta por ello evidente que, solo cuando se entienda por qué los impulsos homoeróticos son reprimidos en la mayor parte de los individuos por la sociedad en su conjunto, seremos capaces de comprender qué determina la afirmación exclusiva, o en cualquier caso altamente predominante, del deseo heterosexual en la mayoría de las personas. Por otra parte, en la actualidad, el problema de la represión de la homosexualidad va muy ligado, asimismo, a la afirmación del deseo homoerótico exclusivo o preponderante entre nosotras, las mariposas, y las lesbianas: puesto que, históricamente, es la represión del homoerotismo lo que, en amplia medida, contribuye a caracterizar las expresiones actuales de la homosexualidad manifiesta.

Sabemos que, al crecer, el niño se ve obligado a desarrollar fundamentalmente aquellas tendencias que son una explicitación de su «masculinidad» psicológica: quien le obliga es la sociedad, en primer lugar, a través de la familia, de la misma manera que, mediante la educción y la familia, la sociedad obliga a la niña a desarrollar aquellos aspectos de su personalidad que son expresiones de la «feminidad» psicológica. De ese modo, la educción tiende fundamentalmente a negar el hermafroditismo psíquico y biológico presente en todos, para hacer de la niña una *mujer* y del niño un *hombre* según los modelos sexuales contrapuestos de la polaridad *heterosexual*. La «masculinidad» y la «feminidad» psicológicas, respectiva y separadamente explicitadas por el niño y por la niña por efecto de la educación (que es, fundamentalmente, relación de subordinación respecto a los padres y, más en general, a los adultos), no hacen más que reflejar las formas históricas contingentes y mutiladas de la virilidad y de la feminidad que la sociedad absolutiza y que se basan en la sujeción-represión de las mujeres, en el extrañamiento del ser humano de sí mismo y en la negación de la comunidad humana.

El niño se siente inducido por la sociedad y la familia a adoptar como modelo de su propia vida al padre; se ve obligado a aspirar a ser como él en todo y para todo, pero esto solo puede producirse a expensas de la completa afirmación de uno mismo: mejor dicho, solo puede ocurrir a través de una *mutilación*. El padre, en efecto, ya ha sido educado, y el hijo no puede identificarse realmente con el padre si no es mutilándose. Poco a poco, a través de esta identificación, el niño, al igual que el padre, *proyecta* sobre la madre y sobre las demás mujeres los elementos «femeninos» existentes en su propia psique; elementos que él se obliga a no admitir en la conciencia, constriñéndola a avergonzarse de ellos, pese a que le atraigan profundamente en tanto que componentes fundamentales de su ser. De ahí procede una de las mayores calamidades que han afectado a la especie: el rechazo, por parte del hombre, a reconocer en sí mismo a la «mujer», la transexualidad.

Para emplear las palabras de Jung, el padre se convierte para el hijo en el modelo de la *Persona*: «La “persona” es un complicado sistema de relación entre la conciencia individual y la sociedad; es oportunamente una especie de máscara destinada, por un lado, a producir determinada impresión en los demás y, por el otro, a ocultar la naturaleza verdadera del individuo».²²

A través de la identificación con el padre, la sociedad constriñe al niño a construirse una personalidad artificial, acorde con la Norma vigente en el mundo «exterior» y que, al mismo tiempo, se sitúe como defensa contra los peligros del mundo «exterior», las trampas del escenario de las personas.

Sin embargo, «la construcción de una persona adaptada a lo colectivo significa una formidable concesión hecha al mundo exterior, un verdadero sacrificio del individuo, que obliga sin miramientos al “yo” a identificarse con la “persona”, de modo que existen realmente gentes que creen ser lo que representan» (Jung).²³ El hijo solo puede identificarse con el padre, y con ello construirse una personalidad parecida a la paterna, sacrificándose a sí mismo, sacrificando la propia transexualidad y, en especial, la propia «feminidad». «La represión de los rasgos y de las tendencias femeninas conduce naturalmente a la acumulación de estas pretensiones en el inconsciente» (Jung).

²² Carl G. Jung, *El Yo y el inconsciente*, Luis Miracle editor, 1950, p. 159.

²³ *Ibidem*, pp. 160-161.

Una drástica represión de la homosexualidad se opera, asimismo, en el curso de la primera infancia: el padre se (re)presenta como Persona decididamente heterosexual y rechaza los contactos eróticos abiertos con el hijo (el cual, en cambio, desea «indiferenciadamente» y, por tanto, desea también al padre), al igual que los demás machos adultos, por causa del tabú antipederasta, rechazan las relaciones sexuales con el niño. De manera análoga, la madre y las mujeres adultas rehúyen las relaciones sexuales con la niña (si bien, en general, existe una mayor intimidad erótica entre madre e hijas/os que no entre padre e hijas/os). Son reprimidas, además, las mismas relaciones sexuales y, en especial, homosexuales entre los niños.

El tabú antihomosexual, que rige de manera severísima entre los adultos, induce muy pronto a que el niño aprenda que la homosexualidad está prohibida, que ni siquiera se puede hablar de ella o, en todo caso, únicamente en tonos despreciativos, y que hay que avergonzarse de los propios impulsos gais tanto como de la propia «feminidad». A los ojos del niño, la homosexualidad resulta inmediatamente relacionada con las tendencias «femeninas»: en efecto, la atracción sexual hacia el sexo masculino es un impulso que hoy se emparenta culturalmente con la feminidad, y esta cultura influye negativamente sobre el niño desde su nacimiento.

La represión de la homosexualidad se revela tan dura que impone al niño que olvide su propio deseo gay, o, lo que es lo mismo, que lo rechace (cosa que, por otra parte, se produce casi siempre).

La identificación con el padre se basa fundamentalmente en la represión del deseo erótico hacia el padre. La identificación constituye una especie de *introyección* del padre que, como tal, alivia o facilita la renuncia a él como «objeto» sexual. Según Freud, cabe pensar que «el carácter del yo es un residuo de las cargas de objeto abandonadas y contiene la historia de tales elecciones de objeto». ²⁴ Por otra parte, «cuando el Yo asume los rasgos del objeto, se autoimpone, por decirlo de algún modo, al Ello como objeto de amor e intenta sustituir a la pérdida sufrida del Ello, diciéndole: “Puedes amarme, pues soy parecido al objeto perdido”». ²⁵

²⁴ Freud, «El Yo y el Ello», *op. cit.*, p. 1199.

²⁵ *Ibidem.*

En el caso de la renuncia al padre como «objeto» amoroso y de la identificación con él por parte del hijo, se produce una transformación de la libido homosexual en libido narcisista: esa transformación, determinada tanto por el tabú del incesto como por la condena de la homosexualidad, está en la base del Yo «normal», heterosexual, antihomosexual, de su Egoísmo. Al reprimir al macho heterosexual, el deseo gay introyecta los «objetos» homosexuales y se sitúa a sí mismo como único «objeto homosexual», convirtiendo la homosexualidad en autoerotismo e imponiendo su propio autoerotismo a las mujeres en las relaciones heterosexuales. Pero ese autoerotismo está alienado, en tanto que basado en la renuncia al padre como «objeto» sexual y, más en general, en la represión del deseo gay, en el sacrificio de los componentes «femeninos», asimilados a la homosexualidad e incompatibles con la identificación con el padre y con la Norma. Este autoerotismo masculino alienado es lo que las mujeres rechazan: implica una tal concentración de deseo por el macho en el macho que le convierte en un condensado ciego y egoísta de virilidad que pretende imponerse a las mujeres, las cuales encarnan precisamente la feminidad que se ha negado a sí mismo, avergonzándose de ella. Los machos heterosexuales ven en las mujeres aquella parte de sí mismos que desde la infancia se esfuerzan en ocultar y en reprimir: por esto las «aman» de la manera tristemente conocida.

En suma, el Yo masculino «normal» está determinado en gran parte por una serie de investiduras objetuales homosexuales abandonadas, convertidas en libido narcisista, a la cual se le señalan después metas de tipo heterosexual. El macho *proyecta* la propia «feminidad», precedentemente reprimida, sobre los «objetos» heterosexuales. Así pues, la mujer está doblemente sometida al macho: puesto que el hombre le impone la propia virilidad (como condensado de deseo homosexual alienado) y la propia «feminidad». La mujer no es reconocida en tanto que ser autónomo, sino que es históricamente calificada con relación al macho, a partir de una total heteronomía; la heterosexualidad, tal como se presenta actualmente, se basa en la heteronomía de la mujer y tiende a perpetuarla. La Norma, sostenida por la sociedad represiva en la que rige la supremacía masculina, solo puede ser heterosexual.

Como dice una mujer,²⁶ «la feminidad es un travestí, es un hombre que proyecta una idea de la mujer después de haberla censurado, sofocado, apartado, instalado en un gineceo. Ya no tiene derecho a la palabra, ni a su cuerpo, ni a su goce [...]. El se apodera de la representación, de un sistema de representación, de una escena histórica que quiere programar; la feminidad será así, será un hombre travestí, por lo que una mujer puede volver a aflorar por un efecto de desdoblamiento de este travestí e imitar al pederasta que ha imitado la feminidad. Pero sigue sin ser Mujer. Es difícil de enunciar pero cualquier mujer puede sentirlo y entenderlo fácilmente. A partir del momento en que comienza a hablar, a existir, se siente confrontada a unos problemas que son totalmente masculinos, y esto es lo que le sitúa en peligro de muerte, si no se los apropia no existe y si lo hace muere dentro de ellos. Estamos en este límite y sobre él construiremos la lucha. Desde el punto de vista histórico, las mujeres todavía no existen y el objetivo del movimiento es hacerlas aparecer, históricamente, como lugar diferenciado. Una mujer es la alteridad».

Pero volvamos al niño. Precisamente porque están reprimidos, los rasgos psíquicos «femeninos» son *proyectados* por él, es decir transferidos, sobre una persona del sexo femenino, en general la madre. Entre madre e hijo se establece una especie de íntima complicidad «homosexual»: la madre es la única que puede entender e intuir las necesidades de «vida femenina» del propio hijo y satisfacerlas parcialmente (entre otras cosas, la exigencia de dulzura, de ternura, de protección, de ser amada/o, provisto de cuanto necesita). Obligado a reprimir el propio componente «femenino» para identificarse con el padre, el niño está constreñido a reprimir también su propia propensión a la entrega, a la ternura, a la sensualidad, a la *maternidad*:²⁷ eso le induce en especial a reclamar ternura, afecto, sensualidad, una entrega total, maternidad a la madre. Es así como desde niño el macho es inducido a fijar a la mujer en un rol determinado.

Por su parte, la madre «atiende al niño con sentimiento procedente de su propia vida sexual, le acaricia, besa y mece tomándole claramente como sustitutivo de un completo objeto sexual» (Freud).²⁸ Sin embargo,

²⁶ Cf. «Assenti e dappertutto», en *L'Erba Voglio*, núm. 26, junio-julio de 1976, p. 7.

²⁷ Que las personas del sexo masculino tengan deseos de maternidad es cosa probada y descrita por el psicoanálisis. Cf. por ejemplo, Groddeck, *El libro del Ello*.

²⁸ Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 808.

tanto la pederastia como el incesto están prohibidos para la madre, por lo que su relación erótica con el hijo se presenta de manera indirecta y alienada y el niño se sitúa realmente ante ella como *sustitutivo* de un completo «objeto» sexual. Esta primera relación sexual reprimida deja una huella nefasta en la vida (erótica) de todos.

«Así pues, existe en la relación madre-hijo de la sociedad burguesa una doble serie de contradicciones», observa Myriam Cristallo. «La primera es que la enseñanza amoroso-sexual sea impartida por la madre, en la clausura del ambiente familiar [...], con exclusión de una más amplia relación dialéctica con los demás. La segunda, estrechamente ligada a la primera, es que la enseñanza amorosa transmitida esté ya en sí viciada, porque procede de las experiencias concretas de los progenitores, realizadas en el terreno alienado del mercado amoroso»,²⁹

De todos modos, es precisamente a través de la relación con la madre como el niño se formula una primera idea de la mujer, junto al contacto directo con la madre, concurren en la formación de esa idea la progresiva proyección sobre la madre y sobre las demás mujeres del componente «femenino» psíquico del niño y la imagen colectiva hereditaria de la mujer que cada hombre lleva consigo, real y auténtico depósito de todas las experiencias que la humanidad que nos ha precedido ha vivido respecto a la mujer y *en especial respecto a su represión*.

Jung dio el nombre de *Anima* al *imago* de la mujer constituido por el amontonamiento en el inconsciente del hombre de los rasgos y de las tendencias «femeninas» reprimidas y por la presencia en el inconsciente de una imagen colectiva hereditaria de la mujer. Así pues, el *Anima* acaba por definir el elemento «femenino» presente en el macho; mientras el *Animus* sería el correspondiente «masculino» de la mujer. Pero, como afirma el mismo Jung, «si no es tarea fácil explicar qué se entiende por *Anima*, las dificultades se acumulan hasta la imposibilidad cuando se debe exponer la psicología del “Animus”»,³⁰

En cualquier caso, según Jung, es precisamente la proyección del *Anima* y del *Animus* lo que orienta sexualmente al niño hacia la madre y a la niña hacia el padre y lo que impulsa al hombre, en la vida adulta, hacia la búsqueda afectiva y sexual de la mujer y a la mujer

²⁹ Myriam Cristallo, «Ma l'amor di madre resta santo», en *La política del corpo*, Roma, Savelli, 1976, p. 194.

³⁰ Jung, *El Yo y el inconsciente*.

hacia el hombre. Así pues, la heterosexualidad estaría basada en una trama de proyecciones.

«En su elección amorosa, el hombre sucumbe con frecuencia a la tentación de conquistar aquella mujer que mejor responda al especial carácter de su feminidad inconsciente; una mujer, pues, que pueda acoger sin dificultad la proyección de su ánima» (Jung).³¹

La heterosexualidad se basa en la proyección del otro sexo latente en nosotros sobre personas del sexo «opuesto». Está determinada por la represión de la transexualidad, o sea el hermafroditismo psíquico originario, y las tendencias llamadas «perversas», en especial la homosexualidad.

El niño desea «indiferenciadamente» hasta que no se ve constreñido a identificarse con el padre, reprimiendo —como ya he dicho— los impulsos homoeróticos y adaptándose a un modelo heterosexual. Tal como se presenta actualmente, la heterosexualidad masculina está basada, por consiguiente, en la represión de la «feminidad» en el hombre y en su renuncia al deseo gay, y dicho sentido representa una forma de sexualidad alienada, *porque está fundada en el extrañamiento del ser humano respecto a sí mismo.* Tal como se manifiesta, la heterosexualidad masculina es desconocimiento de uno mismo y, por tanto, desconocimiento del otro: en efecto, al proyectar la propia «feminidad» sobre la mujer, el hombre ya no reconoce su propia «feminidad» ni reconoce a la mujer. El deseo heterosexual exclusivo es aspiración a la *totalidad* a través del desconocimiento de la mujer en sí misma (*en sí misma*: es decir, de la mujer como es realmente; y *de la mujer en sí mismo*: es decir, de la «mujer» que se oculta en cada hombre).

La liberación del Eros y la realización del comunismo pasan necesaria y gayamente por la (re)conquista de la transexualidad y la superación de la forma de heterosexualidad que hoy se nos ofrece. La lucha por la (re)conquista de la vida también es, sobre todo, lucha por la liberación del deseo homoerótico. El movimiento gay combate por la negación de la homosexualidad, a fin de que la difusión del homoerotismo cambie cualitativamente la existencia y la transforme de supervivencia en vida. Refiriéndose al ensayo final de la *Grande Encyclopédie des Homosexualités*,³² Luciano Parinetto afirma que «si se acepta la bipolaridad

³¹Ibidem.

³²El número monográfico, «Trois milliards de pervers: Grande encyclopédie des homosexualités», *Recherches*, núm. 12, 1973, a cargo de un colectivo de redacción del

fundamental masculino-femenino del sexo humano, y si, al mismo tiempo, se acepta la capitalista y edípica represión de lo femenino en lo masculino, entonces (puesto que solo se rechaza lo que atrae en demasía) se debe decir de los *normales*: “Vosotros sois los homosexuales”. «Si la contestación *homosexual y feminista* —añade Parinetto— no quiere ser, como el ateísmo lo es de Dios, una *posición* por *negación* del capitalismo que las han hecho emerger por *marginación*, si no quieren *confirmar* los roles sexuales precisamente a través de su *negación*, sobre la cual podrían fundarse, deben presentarse como introducción a la *transexualidad*, es decir, a algo *totalmente diferente* tanto respecto a la llamada *normalidad* como respecto a su *oposición dialéctica*».³³

No cabe duda de que Parinetto está en lo cierto: *pero a mí me urge recordar que la obtención de la transexualidad pasa necesariamente a través del movimiento de las mujeres y la liberación total del homoerotismo*, así como de los restantes componentes del polimorfismo erótico humano; ni el ideal *utópico* de la transexualidad, si quiere ser «utopía concreta», debe alejarnos o desviarnos de la dialéctica *concreta* actualmente en curso entre los sexos y entre las diferentes tendencias sexuales (heterosexualidad y homosexualidad sobre todo). Solamente la lucha de quienes son los sujetos históricos de la antítesis fundamental a la Norma heterosexual masculina puede llevar a la superación de la oposición actual entre sexos y entre genitalidad heterosexual y homosexualidad u otras «perversiones» semejantes. Si la transexualidad es el auténtico *telos*, solo se podrá conseguir cuando las mujeres hayan derrotado el «poder» masculino basado en la polaridad de los sexos y *los homosexuales hayan abolido la Norma difundiéndola universalmente la homosexualidad*. Además, dada la importantísima funcionalidad para la prolongación del capitalismo de la subordinación femenina y de la sublimación en el trabajo de las tendencias del Eros definidas «perversas», la (re)conquista de la transexualidad se producirá con la caída del capitalismo y con el rechazo del trabajo alienado y alienante: la

que formaban parte G. Deleuze, M. Foucault, Marie France, J. Genet, F. Guattari, G. Hocquenghem, J. J. Lebel, J. P. Sartre, etc., y publicado en París en marzo de 1973, fue secuestrado por la policía el mismo día de su aparición. Cf. a este respecto, el artículo «Paris-Fhar», en *Fuori!*, núm. 10, junio-julio de 1973.

³³ Luciano Parinetto, «L'utopia del diavolo: egualitarismo e transesualità», en *Utopia*, diciembre de 1973.

lucha de los homosexuales y de las mujeres es (fundamental para) la revolución comunista.³⁴

Y, si bien la transexualidad es el *telos* de la lucha por la liberación del Eros, lo es precisamente en tanto que *fin interno*, futuro-pasado-presente en el inconsciente, en potencia en los modos del ser reprimido y del ser-en-devenir que hoy comienza a afirmarse contra el capital y su Norma: quien tiene un *Anima* o un *Animus* para entender, que entienda.

Crítica del concepto de bisexualidad. «La neurosis es, por decirlo de algún modo, la negativa de la perversión»

La teoría de la bisexualidad originaria y profunda, o «ambisexualidad» (Ferenczi), no aclara las causas de la llamada «inversión sexual», que, entre otras cosas, *justifica*: según Otto Weininger, autor de *Sexo y carácter* (1903) y enérgico defensor de la teoría de la bisexualidad, la homosexualidad no es vicio ni contra natura, a partir del momento en que cada hombre, siendo también mujer, puede desear a otro hombre (que a su vez también es mujer), así como cualquier mujer, siendo al mismo tiempo macho, puede desear a otra mujer (que también es hombre) como complemento de sí.

Pero esta *justificación* de la homosexualidad no sirve (al contrario, se inserta plenamente en la óptica sustancialmente reaccionaria de la tolerancia): *Weininger no hace más que adaptar al homoerotismo el esquema bipolar de la heterosexualidad*. La homosexualidad es explicada recurriendo a categorías heterosexuales. Yo creo más bien que la homosexualidad encierra, entre sus propios secretos, la posibilidad de entender el hermafroditismo psíquico-biológico no en tanto que *bi*-sexual, sino en tanto que erótico en sentido nuevo (y también remoto), *polisexual*, *transexual*. Las categorías *heterosexuales* se basan en la censura del hermafroditismo profundo, en la sumisión del cuerpo a las directrices neuróticas de la mente censurada, en la visión *Ego*-ista del mundo-de-la-vida determinada por la represión de la mujer y del Eros, la moral sexual coercitiva, la negación de la comunidad humana, la atomización individualista. Inútil excavar en nuestra *ratio* alienada, categorías *bi*-sexuales y, por lo tanto, *hetero*-sexuales sobre

³⁴Más adelante volveré a insistir sobre estos importantes temas. Cf. cap. VI, párr. 4.

la superioridad de lo latente y de lo reprimido: inútil *excavar*, a menos que nos contentemos con un desconocimiento del alcance de la represión que nos vincula al *statu quo*; nosotros, gais revolucionarios, preferimos elevarnos, liberándonos concretamente, a la transexualidad.

Por ahora quiero subrayar de nuevo que la misma teoría psiquiátrica, psicoanalítica, *hetero*-sexual, de la *bi*-sexualidad revela la contingencia histórica del concepto de «normalidad» erótica. Pese a ello, el psicoanálisis nunca ha dejado de indagar *en torno* a la «desviación» homosexual —el tabú antigay encadena el psicoanálisis al amontonamiento pesadamente *prejudicial* de un punto de vista *exterior* a la homosexualidad—, en lugar de poner efectivamente en discusión las manifestaciones eróticas consideradas «normales» y su absolutización ideológica. En otras palabras, el psicoanálisis no ha indagado profundamente las causas de la *inversión heterosexual*, porque depende demasiado de la primacía heterosexual (así como el concepto de inversión para —después de utilizarlo— deshacerse de él). En este caso, como en tantos otros, el psicoanálisis se manifiesta un siervo demasiado fiel de la ideología capitalista y no osa llevar hasta el fondo los propios descubrimientos, extrayendo de ellos las «extremas» consecuencias teóricas (consecuencias que en ocasiones roza, pero evitando concentrar sobre ellas una plena atención crítica).

Así, una vez comprobada la reducción de la «bisexualidad» originaria a monosexualidad heterosexual, a Freud ni se le ocurre, obviamente, clasificar la heterosexualidad entre las «aberraciones»: eso supondría la eliminación del mismo concepto de «aberración»; al contrario, se dirige al estudio de la homosexualidad como prototipo de «perversión», cargando de prejuicios desde un principio el análisis. En realidad, en mi opinión, el concepto de «aberración» debería ser sustituido por el de *mutilación*, en efecto, todas las formas actuales de la sexualidad, precisamente en tanto que separadas, representan mutilaciones respecto a la potencial explicación polimorfa del Eros.

Si bien es cierto que Freud describe el homoerotismo como prototipo de «perversión», conviene añadir, en honor a la verdad, que para él solo el coito genital heterosexual está exento de «desviaciones»: incluso la *fellatio* heterosexual es clasificada por Freud entre las «desviaciones respecto a la meta sexual» y constituye en último término un acto «perverso»; y ello, pese a que él mismo afirme que «en ningún

hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal».³⁵

En efecto, las actividades sexuales son consideradas «normales» o «perversas» solo a partir de unos parámetros de juicios relativos, inherentes a la época histórica. Y, como veremos, en la base de la represión del Eros y de la clasificación de actos y tendencias sexuales entre las «aberraciones» existe también *una causa económica.* Marx comparte la hipótesis de Niebuhr, según la cual todos los antiguos legisladores, «Moisés el primero, basaron el éxito de sus prescripciones relativas a la virtud, la equidad y sus buenas costumbres sobre la propiedad territorial, o por lo menos sobre la posesión de la tierra hereditariamente garantizada al mayor número posible de ciudadanos».³⁶

Desde un punto de vista más general, Freud afirma: «Es preciso hablar sin indignación ninguna de aquello a lo que damos el nombre de perversiones sexuales, o sea de las extralimitaciones de la función sexual en cuanto a la región somática y al objeto sexual. Ya la variabilidad de los límites asignados a la vida sexual considerada normal en las diversas razas y épocas debía bastar para enfriar nuestro celo. No debemos olvidar que la más extraña de estas perversiones, la homosexualidad masculina, fue tolerada e incluso encargada de importantes funciones sociales en un pueblo de civilización tan superior como el griego».³⁷ Pese a esta y otras afirmaciones parecidas, Freud no se pregunta qué motivos específicos han inducido a la civilización occidental, en el curso de los siglos, a transformar tan radicalmente su actitud respecto a la homosexualidad; le basta que el amor sensual del hombre por el hombre sea juzgado abominable por sus contemporáneos para etiquetarlo de «perverso».

Sin embargo, y puesto que hablamos de Freud, *conviene decir que él nunca consideró la homosexualidad como patológica en sí.*

Al contrario, según su punto de vista, «los síntomas [psiconeuróticos] no se originan nunca (o, por lo menos, exclusiva y predominantemente) a costa del instinto sexual denominado normal, sino que representan una exteriorización de aquellos instintos que se consideran

³⁵ Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 779.

³⁶ Karl Marx, *Los fundamentos de la crítica de la economía política*, Madrid, Comunicación, 1972, tomo I, p. 346.

³⁷ Freud, «Análisis fragmentario de una histeria», en *Historiales clínicas, Obras Completas, op. cit.*, T. II, p. 531.

como *perversos* en el más amplio sentido de la palabra, y se exteriorizan directa y conscientemente en propósitos fantaseados o en actos. Los síntomas se originan, por tanto, en parte, a costa de la sexualidad anormal. *La neurosis, es por decirlo así, el negativo de la perversión*.³⁸

Para Freud, la homosexualidad manifiesta, así como las demás «perversiones», no es en absoluto patológica en sí misma: al contrario, la psiconeurosis procede (en parte) precisamente de la conversión de la sexualidad llamada «anormal» en síndromes patológicos. La neurosis que aflige a toda la humanidad se debe sobre todo a la represión del Eros, a la mutilación del Eros que es reducido a monosexualidad (casi siempre heterosexual).

Nuestra neurosis, la de los maricas o la de las lesbianas (*y hoy se puede hablar de neurosis de los homosexuales manifiestos, puesto que es reaccionario distinguir entre neuróticos y «sanos», a partir del momento en que todos, hetero u homo, quien más quien menos, estamos neuróticos*) no depende de nuestra homosexualidad, sino que podría estar causada por la traducción en términos patológicos del componente heterosexual y de las tendencias llamadas «perversas» que, a diferencia de la homosexualidad, hemos generalmente reprimido o «casi-reprimido», en medida variable según los casos.

Es evidente, de todos modos, que la neurosis que nos aflige a nosotros, homosexuales manifiestos, depende también y sobre todo de la persecución social que estamos obligados a sufrir precisamente porque somos gays. En otras palabras, es la psiconeurosis de los «normales» (basada en gran parte en la conversión patológica de la homosexualidad y de las demás «perversiones» reprimidas), que condena las expresiones manifiestas del homoerotismo, lo que provoca en muy buena parte la neurosis de los homosexuales: es la psiconeurosis que se basa en la represión y el rechazo del deseo homosexual lo que provoca, principalmente, nuestra psiconeurosis, la de los homosexuales manifiestos. *Así pues, lo patógeno y patológico no es el homoerotismo sino la persecución del homoerotismo.*

Los psico-nazis

Es cierto, sin embargo, que la opinión de Freud, para el cual la homosexualidad constituía una «perversión» y *no* un síndrome

³⁸Ibidem, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 781.

patológico, no es en absoluto compartida por todos los psicoanalistas y psiquiatras. Esto se comprueba en el cuadro del rechazo operado, en general, por las escuelas psicoanalíticas respecto a los aspectos más escandalosos del pensamiento freudiano (y de este rechazo, especialmente en lo que se refiere a la homosexualidad, participa el propio Reich).

Sandor Ferenczi, por ejemplo, se distanciaba claramente del pensamiento freudiano en lo que se refiere al homoerotismo. En 1909 definía la homosexualidad como una psiconeurosis y afirmaba, además, que no creía en una homosexualidad congénita.³⁹ En octubre de 1911, en cambio, en el curso de una conferencia pronunciada en el III Congreso de la Asociación psicoanalítica internacional de Weimar, Ferenczi sostenía una distinción entre *homoerotismo de sujeto* y *homoerotismo de objeto*: «Un hombre que se siente mujer en sus relaciones con los hombres es invertido respecto a su propio yo (homoerotismo por inversión del sujeto o más simplemente homoerotismo de sujeto), y se siente mujer no solo durante las relaciones sexuales, sino en todas las reacciones de su existencia».⁴⁰ Dicho tipo de homosexualidad constituiría (obsérvese el desenvuelto simplismo de la definición de Ferenczi) un «estado intermedio [...], y, por tanto, una mera anomalía del desarrollo».

Contrapuesta a la figura del homosexual pasivo, «aquejado» de «homoerotismo de sujeto», Ferenczi describe la del «auténtico homosexual activo», que «se siente en todo y para todo un hombre, suele ser enérgico [...] y no tiene nada de afeminado, ni en el plano psíquico, ni en el físico. Solo el *objeto* de su tendencia es invertido, y, por tanto, habría que llamarle homoerótico por inversión del objeto amoroso o, más simplemente, homoerótico de objeto». El «homoerotismo de objeto» constituiría, en opinión de Ferenczi, una neurosis: más exactamente, una neurosis obsesiva. Al describir el «homoerotismo de objeto» como síndrome patológico, admite que se está «oponiendo a Freud que, en su “teoría de la sexualidad”, define la homosexualidad como perversión y la neurosis como negativo de la perversión».

³⁹ Sandor Ferenczi, «Alcuni supplementi sul tema dell'omosessualità», en *Fondamenti di psicoanalisi*, Rímìni, Guaraldi, 1974, vol. IV, pp. 134-140.

⁴⁰ *Ibíd.*, «L'homoerotisme: nosologie de l'homosexualité masculine», en *Oeuvres complètes*, París, Payot, 1970, vol. II, pp. 117-129.

Es evidente que, si bien la etiqueta de «perversión» aplicada por Freud a la homosexualidad denuncia el fondo reaccionario de su posición respecto a los gais (a pesar de que sostenga «la inconveniencia de una utilización moralista del nombre de perversión»), otros psicoanalistas, también muy próximos a Freud —como, por ejemplo, Ferenczi—, pueden ser más abiertamente reaccionarios al definir la homosexualidad como patológica en sí.

Por otra parte, en lo que se refiere al homoerotismo, el pensamiento de Ferenczi resulta muy contradictorio: en algunos de sus escritos, en los que la cuestión homosexual es afrontada menos directamente, se observa cuánto le cuesta dejar de admitir, en el fondo, la existencia de una homosexualidad congénita y, por tanto, la presencia universal del deseo gay.⁴¹ Pero en tal caso, si —como tales escritos permiten entender— todo ser humano debe ser considerado también homosexual, ¿a causa de ello estaremos todos aquejados de neurosis obsesiva o de «mera anomalía del desarrollo»?

No: eso es imposible, porque, como es sabido, el doctor Ferenczi seguía distinguiendo entre «neuróticos» y «sanos». Claramente, según su punto de vista, la homosexualidad se manifiesta como psiconeurosis o anomalía solo *cuando se manifiesta*, venciendo precisamente las resistencias y escapando a la represión.

Creo interpretar la opinión de muchos homosexuales si digo que, al contrario, nosotros consideramos (y en esto nos hallamos más cerca del pensamiento de Freud) que la neurosis general que a *todos* afecta depende precisamente, en buena parte, de la represión social del deseo gay y, por tanto, de su rechazo forzado y de su conversión en síntomas patológicos.

Evidentemente, un Ferenczi no se aventura hasta esta «conclusión». Su condición privilegiada, y adecuada a la Norma, de heterosexual

⁴¹ En el texto titulado *Le rôle de l'homosexualité dans la pathogénie de la paranoïa*, Ferenczi afirma, por ejemplo: «El papel del alcohol (no consiste) en la destrucción de la sublimación, implicando la puesta en evidencia de la auténtica estructura sexual psíquica del individuo, y, por consiguiente, una elección de objeto del mismo sexo» (Cf. *Oeuvres complètes*, op. cit., vol. I, p. 176). Así pues, la homosexualidad no solo es congénita, sino, incluso, la «auténtica estructura sexual psíquica del individuo» ...

Se pueden citar otros textos: la Ferenczi da muestras constantes de estar convencida de la universal presencia del deseo gay. Cf. por ejemplo: «Symplômes transitoires au cours d'une psychanalyse», en ibídem, pp. 199-209; «L'alcool et les névroses», en ibídem, pp. 189-193; «Un cas de paranoïa déclenchée par une excitation de la zone anale» (donde se habla de «sublimación social de la homosexualidad»), en ibídem, pp. 146-149.

masculino le impide llegar a descubrir el papel de primera importancia asumido por la represión de la homosexualidad en la etiología de la neurosis que tortura a nuestra sociedad, la *Kultur*. Para descubrirlo, debería haber reconocido previamente su *propia* «neurosis obsesiva» y la anomalía de su desarrollo respecto a una *libre* «evolución» pansexual; una vez ahí, se habría dado cuenta de que no es posible estar realmente bien (estar «sano») si no se libera el propio deseo erótico hacia las personas del mismo sexo: la homosexualidad manifiesta no asegura por sí sola la felicidad, pero no existe liberación auténtica sin liberación del deseo gay. Para curarse, es preciso recoger *les fleurs du mal*.

Observemos cómo, en la mayoría de los estudios psiquiátricos sobre la homosexualidad, existe la tendencia a dividir en compartimentos estancos la categoría de los homosexuales «masculinos» (los «homoeróticos de objeto» de Ferenczi) de los «femeninos» (los «homoeróticos de sujeto»), según los tradicionales modelos contrapuestos del reparto de papeles heterosexuales, de la marcada diferenciación entre los sexos. Los psiquiatras y los psicoanalistas que se consolidan en el estudio de la homosexualidad no son capaces de dejar de aplicarle unas categorías interpretativas estrictamente heterosexuales. ¿Y los antipsiquiatras? Ah, esos entienden mejor a Lacan de lo que entienden a la homosexualidad («*En voulez-vous de Lacan? C'est meilleur que la banane*» [¿Quieres un poco de Lacan? Es mejor que los plátanos]).

Así es como, filtrados por la interpretación psicoanalítica, los homosexuales, les parecemos algo que no somos: mientras, casi siempre, la opinión de los psicoanalistas corresponde perfectamente a las ideas estereotipadas y falaces que los heterosexuales ignorantes se formulan respecto a nosotros (y, en lo que se refiere a la homosexualidad, todos los heterosexuales son, más o menos, ignorantes). Lejos de partir de las apariencias de nuestra vida «exterior» de marginados, hasta captar, a través del análisis crítico, la realidad de nuestra condición de homosexuales, el psicoanálisis, cargado de prejuicios, aplica categorías interpretativas preconcebidas a una visión heterosexual típica de la homosexualidad: en otras palabras, suma apariencia a la apariencia, fomentando la ilusión, obstaculizando la crítica, apoyando la ideología.

Posiciones sustancialmente equivalentes a la de Ferenczi se encuentran con gran frecuencia en la historia de la psiquiatría y del

psicoanálisis. Muy a menudo los médicos integran la gran mayoría o incluso la totalidad de los «casos» de homosexualidad manifiesta en el cuadro de las neurosis, definiéndolos psicopatológicos. Es decir, en su opinión, el homoerotismo sería neurosis por «fijación infantil de la libido y sobre todo fijación en el estadio sádico-anal»; «neurosis por no liquidación del complejo de Edipo, por narcisismo persistente»; «neurosis por rechazo de la heterosexualidad»; o bien «por un defectuoso desarrollo de la primera infancia que consiste en haber recibido muy pronto una fuerte desilusión del otro sexo» (Wilhelm Reich). Estos son los *leitmotiv* que aparecen con mayor frecuencia.

También están los que consideran causa de la homosexualidad el «temor pánico» del misterio de la mujer (en el caso de los machos) y del hombre (en el caso de las mujeres): «Consideramos la homosexualidad como una adaptación patológica, biológica, psico-sexual, resultado de los miedos que rodean la expresión de los impulsos heterosexuales» (Irving Bieber).

Hipótesis semejantes se revelan inmediatamente acríticas e ilusorias, apenas uno se da cuenta de que parten del prejuicio de que la heterosexualidad, al contrario, debe ser considerada «normal» en sentido absoluto. Ahora bien, si seguimos las teorías psicoanalíticas referentes a la «patogénesis» de la homosexualidad, tampoco podemos dejar de considerar, por analogía, a la heterosexualidad como una neurosis, *neurosis por rechazo de la homosexualidad*, por ejemplo, o bien *neurosis por temor pánico de la relación sexual con las personas del mismo sexo*. Parafraseando a Bieber, podríamos decir: «Consideramos la heterosexualidad como una adaptación patológica, biológica, psicosexual, resultado de los miedos que rodean los impulsos homosexuales».

No es divertido jugar a polemizar con los psicoanalistas (o, mejor dicho, *psico-nazis*) ni conveniente adaptarse a una confrontación en el terreno ínfimo elegido por ellos. Los médicos nos inundan de estupideces dictadas a su (in)consciencia por el tabú antihomosexual, y es evidente que no resulta interesante tomar en consideración todo lo que dicen. Hay, sin embargo, demasiadas personas que siguen pensando que tienen razón y que hallan en sus opiniones reaccionarias confirmación para las propias, por lo que no se puede eludir totalmente la discusión. Creo que conviene tener presente lo que escribe

Domenico Tallone respecto a la ecuación psiquiátrica homosexualidad-enfermedad: «Preferiríamos realmente no tener que discutir de nuevo un argumento tan imbécil sino fuera porque, desgraciadamente, la imbecilidad consigue hacer mella en el simple sentido común, cuando aparece avalada por unos títulos académicos tanto más temibles en cuanto que vacíos de contenido».⁴²

Está claro que, si no se asumen pedestremente los prejuicios habituales sobre la base de los cuales la heterosexualidad debe ser considerada «normal», «natural», y la homosexualidad «anormal», «contra natura», afirmar que la mayor parte de los «casos» de homosexualidad manifiesta son psicopatológicos, decir que el homoerotismo es una neurosis, obliga a admitir que también la heterosexualidad es en sí psicopatológica, que la heterosexualidad es una enfermedad. Y entonces uno se pregunta de qué sirve y, sobre todo, a quién sirve seguir diagnosticando la «neurosis» de los homosexuales, y se da cuenta de cuán absurdo resulta pretender «tratar» la homosexualidad en tanto que «enfermedad» partiendo de un punto de vista presuntamente sano, pero en realidad neurótico, como es el heterosexual de los psico-nazis.

Además, ¿por qué considerar el homoerotismo «anormal» y «contra natura»? Si se considera el ser animal del hombre como un aspecto esencial de su «naturaleza», observaremos entonces cómo la homosexualidad es común entre los animales, y en determinadas especies más difundida de cuanto pueda serlo la heterosexualidad, y me estoy refiriendo tanto a la homosexualidad femenina como a la masculina.⁴³ La homosexualidad es corrientísima entre los monos; homosexuales son, asimismo, muchísimos mamíferos subprimates, como el león, el delfín, el perro (¿quién no ha visto a dos perros haciendo el amor?, ¿o a dos perras?), el gato, el caballo, la oveja, la vaca, el cerdo, el conejo, la cobaya, la rata, etcétera. Existen, además, pájaros fundamentalmente gais (el pato, por ejemplo, aparte de todos los que nosotros sabemos...).

Este tipo de pruebas y de enumeraciones no sirve, sin embargo, para abrir los ojos a los testarudos. Los heterosexuales con anteojeras utilizan el concepto de «naturaleza», así como el de «contra natura»,

⁴² Domenico Tallone, «Gli stregoni del capitale», en *La politica del corpo*, op. cit., p. 66.

⁴³ Cf. Clellan Ford y Franck Beach, *Il sesso: tiel comportamento de gli uomini e degli animali*, Florencia, Schwarz, 1961.

según les conviene. Leamos lo que escribe, por ejemplo, Eurialo De Michelis en el ensayo titulado: «L'omosessualità vista da un moralista»: «¿Y qué significa el irresistible argumento de que también en el reino animal se encuentran amores contra natura? Esto puede ser inocente en las bestias, pero no en el hombre en cuanto vive en función de algo (o también para algo) que le distingue de las bestias».⁴⁴

Así que dejemos tranquilos a los animales, en vista de que también aman «contra natura» y el hombre vive en función de algo (De Michelis *dixit*). De todos modos, sin embargo, los antropólogos Clellan Ford y Franck Beach han descubierto que, después de examinar 76 formas diversas de sociedades humanas, solo en 27 (o sea el 36 %) la homosexualidad resulta reprobada y más o menos reprimida. Así pues, el tabú antihomosexual que caracteriza nuestra civilización occidental no es un dato estructural específico de la «naturaleza humana» y posee un seguro, aunque misterioso, origen histórico: *Sodoma y Gomorra no fueron destruidas por casualidad*.⁴⁵

Finalmente, ya hemos visto cómo precisamente el psicoanálisis, por boca de Freud, declara la presencia universal del deseo homoerótico en los seres humanos. Deduciremos de todo ello que la heterosexualidad, precisamente en la medida en que sustenta su propia y presunta primacía, en la afirmación totalmente falsa de que la homosexualidad es «contra natura», «anormal» o «patológica», demuestra que es *patológica*. Mejor dicho: si el amor de un ser humano por otro del sexo «opuesto» no es en absoluto patológico, la heterosexualidad tal como se presenta actualmente, como Norma, es, en cambio, patológica, porque su primacía se sustenta al igual que un déspota sobre la represión de las demás tendencias del Eros. La tiranía heterosexual es uno de los factores que determinan la neurosis moderna y —dialécticamente— es también uno de los más graves síntomas de dicha neurosis.

En su delirio, varios psiquiatras y psicoanalistas, esbirros del poder capitalista heterosexual, distinguen, desde el punto de vista médico-psicológico, diversos tipos de homosexualidad: en su opinión, no debiera hablarse de homosexualidad, sino *de las* homosexualidades. Por el mismo razonamiento, nosotros podremos hablar *de las* heterosexualidades en lugar de la heterosexualidad.

⁴⁴ Eurialo De Michelis, «L'omosessualità vista da un moralista», en *Ulisse*, fasc., XVIII, p. 733.

⁴⁵ Cf. cap. II, párr. 2

Hay médicos que distinguen los diferentes tipos de homosexualidad según la edad del «objeto» amoroso: *pedofilia* o *pederastia*, si es niño y adolescente, *gerontofilia* si es anciano. Pero, ¿y si el «objeto» sexual no es anciano ni jovencísimo?

Y, además, al menos en lo que se refiere a la pedofilia, la etimología griega no distingue entre sexos: *παῖς, παιδός* significa tanto niño como niña. ¿Deberemos distinguir entonces la heterosexualidad pederástica de las demás formas de heterosexualidad? En realidad, cuando, con supremo disgusto, los llamados «normales» descubren la «perversión» pederástica en relaciones entre personas de sexo diverso, no hablan evidentemente de heterosexualidad —dado que para ellos heterosexualidad es sinónimo de «normalidad»— y tampoco de pederastia —puesto que su ignorancia les induce a considerar el término «pederastia» sinónimo estricto de homosexualidad masculina— sino que hablan de «perversión» *tout court*, o peor aún de «crimen desalmado»: para los «normales», el heterosexual que va con una niña no es un heterosexual, sino un monstruo. Sin embargo, *Lolita* se vende bien. Se encuentra en las estanterías, en las fantasías y en los secretos de las mejores familias.

Existen, además, otros médicos que se empeñan en diferenciar las homosexualidades según las modalidades, por decirlo, de algún modo, de «técnica amorosa» (sodomía, predicación, etc.). Pero, también en ese caso, ¿qué sentido tiene la distinción si en un individuo pueden coexistir *diversas* homosexualidades? ¿Si uno se dedica al coito anal, a la *fellatio*, a los besos, a las caricias, a la masturbación alternativa o contemporáneamente (*sex!*), si es activo o pasivo turnándose con el otro o bien activo y pasivo entre dos? Y, además, desde el punto de vista de la «técnica amorosa», en una misma persona pueden coexistir perfectamente *diversas* heterosexualidades, la heterosexualidad sodomítica, por ejemplo, aunque *El último tango* haya sido condenado a muerte, y la más que tradicional heterosexualidad genital-frontal. En suma, ¿qué diría nuestro doctor Embrollón de quien se entrega contemporáneamente a *diversas* heterosexualidades y a *diversas* homosexualidades? ¿De un tipo que, por ejemplo, mientras se hace penetrar el ano con el puño de la hermana da por el culo al amante macho de la hermana y mientras tanto masturba a la hermanita del amante de la hermana y se la chupa a su suegro? (¿El suegro de quién?).

Con tantas distinciones tan inútiles como altisonantes, nuestros médicos tienden a componer la figura del tío (por no salirnos de la familia) del poema de Catulo:

Gellius audierat patruum obiurgare solere,
 si quis delicias diceret aut faceret.
 boc ne ipsi accideret, patruum perdepsuit ipsam
 uxorem et patruum reddidit Harpocratem.
 quod uoluit fecit: nam, quamuis inrumet ipsum
 nunc patruum, uerbum non faciet patruus.⁴⁶

Todavía más ridícula es la distinción que establecen algunos psico-nazis en relación con las características del vínculo homosexual: «Relaciones a un nivel puramente instintivo sexual o bien de amor erótico más complejo» (Tullio Bazzi). Baste con decir que es precisamente ese tipo de diferenciación el que permite actualmente a la Iglesia juzgar más o menos pecaminosas las relaciones homosexuales, según su carácter; *más o menos*, porque para la moral católica nunca dejan de ser pecados.

Finalmente, para tranquilizarse el culo, los médicos suelen distinguir formas de «homosexualidad auténtica» de otras de «homosexualidad espúrea o pseudohomosexualidad» (Bergler, Schneider, Servadio, por citar únicamente algunas «bonitas» muestras).

1. «Homosexualidad auténtica» se produciría únicamente cuando «un hombre con directrices femeninas las dirige hacia un hombre con directrices masculinas y cuerpo masculino».⁴⁷ Solo en dicho caso, según los médicos, existe una «inversión psicosexual del sujeto».
2. No debiera hablarse, en cambio, de «inversión sexual auténtica» cuando un hombre con «directrices masculinas» se dirige hacia un hombre con cuerpo «feminoide y directrices masculinas»: en

⁴⁶ Gelio había oído que su tío solía censurar a quien hablaba de amores o se entregaba a ellos. Para que eso no le ocurriera a él, sedujo a la misma esposa de su tío y convirtió a este en un Garpócrates.* Logró lo que quería, pues ahora, aunque abuse de su propio tío, este no dirá ni una palabra.

* Divinidad grecoegipcia correspondiente a Horus joven, que se representaba como un muchacho con el dedo índice junto a los labios, en actitud de silencio. Catulo, *Poesías*, trad. de Juan Petit, Barcelona, Libros de la Frontera, 1974, p. 125.

⁴⁷ Tullio Bazzi, «L'omosessualità e la psicoterapia», en *Ulisse*, fasc. XVIII, p. 648.

este caso no se trata de «homosexualidad auténtica», en tanto que —según los médicos— el «objeto» no puede amar al «sujeto». Pero ¿por qué no puede amarlo? ¿Acaso no puede aflorarle, pese a las «directrices masculinas» (que los médicos asimilan evidentemente al deseo heterosexual) el componente homosexual latente hasta entonces? *Las mariquitas sabemos perfectamente que no existen heterosexuales inexpugnables: basta con saberlos coger en el momento oportuno (poco importa que tengan cuerpo «feminoide» o «viril»)*. «Un homosexual con cierta experiencia es capaz indudablemente de encontrar un número mayor de correspondientes entre los machos de cuanto un heterosexual macho con cierta experiencia pueda hallar entre las mujeres» (Kinsey).⁴⁸ Nada tan gay como el polvo con el tipo que estaba convencido de que no sentía atracción sexual hacia los hombres y que luego, gracias a tu artística capacidad de seducir, descubre que arde de deseo en tus brazos. La diferenciación médica entre «homosexualidad auténtica» y «pseudo-homosexualidad» ha saltado por los aires: la homosexualidad siempre es auténtica, y existe realmente incluso cuando no aparece; es decir, cuando yace latente.

También en lo que se refiere al (cont)acto homosexual femenino o masculino, es justo cuanto afirma Hegel: el *acto* «es así y así, y su ser no es un mero símbolo, es el hecho mismo. Es *esto*, y el ser humano individual *es* lo que *es* el acto. Por el simple hecho de que el acto *es*, el individuo es para los demás lo que es en realidad, y con una cierta naturaleza general, y deja de ser solo algo que “se entiende” o “se presume” ser en un cierto modo. [...] *Solo* hay que retener de los actos su ser genuino, y no su figura o forma [...]».

3. Pero es evidente que los médicos no han leído a Hegel, aunque se vanaglorien de vender como ciencia su pésima «filosofía». Según algunos, tampoco se puede hablar de «homosexualidad auténtica» en el «caso de un hombre con directrices masculinas dirigidas hacia un hombre con cuerpo feminoide y directrices femeninas»,⁴⁹ si bien en esta situación admiten —démosles gracias!— que se «puede formar un vínculo correspondido». En efecto, según los

⁴⁸ Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, «Homosexual Outlet», en *The Homosexual Dialectic*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice-Hall (Inc.), 1972, p. 15.

⁴⁹ Bazzi, «L'omosessualità...», *op. cit.*, p. 649.

psico-nazis, mientras las «directrices» del «sujeto» sigan siendo masculinas, no cabe hablar de auténtica inversión psicosexual del «sujeto» y, por tanto, de «homosexualidad auténtica». He ahí que los médicos, por seguir vinculados a la noción de «inversión psicosexual del sujeto» como *conditio sine qua non* de la «homosexualidad auténtica» y a la ilusoria dicotomía del «sujeto» y del «objeto» (cuando salta inmediatamente a la vista que, al contrario, *en una relación* cualquier sujeto también es objeto de la misma manera que cualquier objeto también es sujeto), no se dan cuenta de que ese tercer «caso», considerado por ellos manifestación de «homosexualidad espuria», es en realidad simétrico, en lo que concierne a las «directrices», al «caso» primero, única forma —en su opinión— de «homosexualidad auténtica». De tal modo, negando el atributo de la *reciprocidad* al concepto de «homosexualidad auténtica», *niegan la posibilidad de una relación auténticamente homosexual*, y reducen la «homosexualidad auténtica» a mera calificación de un cierto tipo de «sujeto».

Resumiendo: para muchos psico-nazis la homosexualidad solo es *auténtica* cuando va acompañada de lo que ellos definen «inversión psicosexual del sujeto», puesto que en este caso «el sujeto posee una psicosexualidad femenina y es comprensible que sienta atracción por el hombre». ⁵⁰ Solo el perfecto *uranista*, por consiguiente, «*anima muliebris in corpore virile inclusa*» (Ulrichs), sería realmente marica. Todos los demás, pseudomaricas. Ocurre, sin embargo, que la gente suele llamar marica a cualquier hombre que, de una u otra manera, desee hacer el amor con otro hombre. ¿Será que el sentido común popular sabe de esto más que los doctores?

En realidad, no se precisa mucho para descubrir que los doctores, pese a todos sus sofismas y las distinguidas definiciones, copian de manera pedestre los vulgares tópicos que cuelgan etiquetas «interpretativas» de sello heterosexual a la homosexualidad: en su opinión, hay que poseer «directrices» psicosexuales femeninas para poder desear a un hombre. En caso contrario, la homosexualidad es «pseudo-homosexualidad». Es evidente, en cambio, que precisamente el tipo de situación homosexual definido por ellos «homosexualidad auténtica»

⁵⁰ *Ibidem*, p. 649.

es el que más recuerda a la heterosexualidad. No son capaces de concebir la auténtica homosexualidad como relación entre hombres y la reducen a atributo esencial de un cierto tipo de «invertido» con deseos «femeninos» dirigidos hacia el macho: el tabú antigay les impide comprender que el homoerotismo no es una parodia de la heterosexualidad, sino una cosa *diferente*, y les induce a vomitar torrentes de estupideces.

Nosotros, en cambio (aun sin haber leído a Hegel), consideramos realmente homosexuales todos los tipos de deseo, actos y relaciones sexuales entre personas del mismo sexo: ¿obvio, no? Claro que sí, pero hay que decir que respecto a la homosexualidad los ignorantes heterosexuales saben decididamente menos que Perogrullo.

También es auténticamente homosexual la relación erótica ocasional con una mujer por parte de una mujer que, en general, solo tiene relaciones con hombres (y poco importa que sea consciente de ello o no); también es auténticamente homosexual la relación ocasional con un hombre por parte de un hombre que habitualmente solo tiene relaciones con mujeres (lo admita o no).

Según Kinsey, Pomeroy y Martin, en lugar de usar los términos «heterosexual» y «homosexual» como «sustantivos que definen personas, o bien como adjetivos para describir personas, cabría usarlos con mayor propiedad para describir la naturaleza de las relaciones sexuales manifiestas, o del estímulo al que responde eróticamente un individuo». En el fondo, tienen razón, pese a que su propuesta se manifieste, en realidad, abstracta, o en cualquier caso *abstraída de los hechos*: puesto que, dada la concreta contraposición histórica entre individuos que reconocen sus propios deseos homoeróticos y otros que, en cambio, los niegan taxativamente, hoy no es posible evitar la distinción entre los homosexuales manifiestos y los heterosexuales (o sea las mariquitas decididamente *refoulées*). En caso contrario, se produciría una peligrosa y engañosa trivialización terminológica de la contradicción real existente entre heterosexualidad y homosexualidad: *esta noche, no todos los gatos son gais*.

Pero volvamos a las opiniones de los hetero. Mucha gente piensa que a veces, a causa de determinados factores externos y ambientales, el comportamiento homosexual asume el significado de una satisfacción puramente instintiva y paliativa: se trataría entonces de una

especie de «homosexualidad-sucedánea», destinada a desaparecer con el cambio de la situación ambiental. Eso se produciría especialmente entre los *miembros* de «comunidades» masculinas que no pueden tener relaciones con mujeres y entre las mujeres constreñidas a vivir en «comunidades» femeninas donde están prohibidos los encuentros con los hombres (cárceles, campos de concentración, colegios, conventos, barcos, cuarteles, etc.). En realidad, también en tales casos es engañoso hablar de «pseudohomosexualidad» o de «homosexualidad-sucedánea»: debemos reconocer en ellos expresiones manifiestas del deseo homoerótico que, si antes estaba latente, aflora en ese momento, dadas las especiales condiciones ambientales, de manera más o menos alienada (y alienada, sin duda, por las condiciones ambientales restrictivas e inhumanas).

También existen médicos que no consideran «homosexuales auténticos» a los machos que se prostituyen a los hombres: los clasifican entre los «psicópatas amorales» (Tullio Bazzi). Pero, en tal caso, ¿los machos que se prostituyen a las mujeres no serían heterosexuales auténticos? ¿O bien los machos que se prostituyen a las mujeres no entran, en opinión de los médicos, en la categoría de los «psicópatas amorales»?

En cualquier caso, nosotros reconocemos en los «chaperos» unos homosexuales que, debido a la represión del homoerotismo y a la miseria en que se ven obligados a vivir, solo pueden satisfacer sus impulsos homoeróticos aduciendo ante sus ojos y los ajenos la necesidad (en cualquier caso pretextuosa si se refiere a la homosexualidad) de hacer dinero.⁵¹ También en el caso del prostituto que va con hombres, sirve lo que dice Hegel: «... cuando su actividad está contrapuesta a sus posibilidades, capacidades o intenciones interiores, hay que considerar como su auténtica realidad *exclusivamente* la primera, incluso en el caso de que se engañe adrede y, después de haberse dirigido de la acción a sí mismo, pretenda ser, en su “mundo interior”, algo diferente a lo que ha sido en el acto».

Para terminar, mencionaré la opinión de aquellos que solo consideran «psiconeurótica» la homosexualidad de quien, lejos de estar orgulloso de ella, se avergüenza, la teme, le preocupa e intenta evitarla. Pero en tal caso, y por el mismo razonamiento, podemos definir como

⁵¹ Cf. cap. IV, pár. 3.

psiconeuróticos todos los heterosexuales que niegan taxativamente la presencia en sí mismos de impulsos homosexuales, puesto que precisamente esa negación absoluta revela su temor ante el reconocimiento de una homosexualidad que no aceptan: en una palabra, su naturaleza de *criptomariquitas*. Los homosexuales que se avergüenzan de serlo son tan neuróticos como neurótica es la sociedad heterosexual que rechaza el homoerotismo, considerándolo vergonzoso y abyecto y condenándolo a la latencia o a la marginación. Los homosexuales que preferirían ser hetero son la imagen especular de una sociedad que reprime el homoerotismo.

Cuando, en cambio, un gay «se acepta a sí mismo», muchos reconocen que en un tratamiento psicoterapéutico «los resultados son escasos o nulos en los pocos individuos que se han prestado a él». ⁵² Pero —cabe objetar— ¿cómo es posible que un homosexual se acepte a sí mismo y se someta a la vez a una terapia precisamente en tanto que homosexual? Evidentemente, para los médicos basta que un gay no sea exactamente de los que «flipan» día y noche a causa de la propia homosexualidad para definirle «homosexual que se acepta» y para intentar, de todos modos, «curarle»: pero un gay que se acepte realmente, que se quiera por lo que es y por las acciones que realiza, que ame a los otros gays, jamás se prestará a ningún tipo de «tratamiento» que intente convertirle en heterosexual (ni que la enfermera fuese Delphine Seyrig).

En cualquier caso, «también los psicoanalistas ortodoxos, en general tan optimistas respecto a las posibilidades de su método, son muy escépticos al respecto: Steckel afirma que “nunca ha visto a un homosexual curado por el psicoanálisis”, y Nacht (1950) considera que la forma “es inaccesible a ningún tipo de psicoterapia”. ⁵³ Evidentemente, no se puede curar a alguien de una enfermedad que no sufre.

Los llamados «terapeutas»

Queda por referir la opinión de aquellos que aventuran una cierta correlación entre comportamiento homosexual y equilibrio «lúmico hormonal» («donde como mínimo queda claro —observa inmediatamente Altmann—, que una correlación no puede convertirse

⁵² Bazzi, «L'omosessualità...», *op. cit.*, p. 654.

⁵³ *Ibidem*, p. 654.

fácilmente en una causa».⁵⁴ Ya he dicho que los llamados «desequilibrios» hormonales pueden presentarse indiferentemente tanto en heterosexuales como en homosexuales. «Por otra parte —verifica a pesar suyo el doctor Dreyfus—, los análisis hormonales practicados sistemáticamente y en serie en los invertidos nunca han permitido establecer una fórmula hormonal propia de la homosexualidad».⁵⁵

Eso no impide que, con mayor frecuencia de la que cabría imaginar, los médicos, como perfectos nazis, se complazcan en experimentos de «terapia» hormonal de la homosexualidad: el «invertido» puede servir perfectamente de cobaya. Sin embargo, el propio Dreyfus se ve obligado a admitir que «desgraciadamente nunca he visto a un homosexual masculino, sea cual fuere su sustrato biológico, curar bajo la influencia exclusiva de un tratamiento hormonal, ni siquiera el más enérgico».⁵⁶

Dichos médicos, además de criminales, son también imbéciles: muchas veces tienden a confundir la homosexualidad con la «masculinidad» de las mujeres o el «afeminamiento» de los hombres. Y eso sucede pese a que, como ya hemos visto, el psicoanálisis llegara en la época de Freud a la conclusión de que «la medida del hermafroditismo físico es altamente independiente en ambos sexos del hermafroditismo psíquico».⁵⁷ Al prescindir de dicha consideración y de sus corolarios, se llega, por consiguiente, a confesiones como la de Robert Stoller, un psiquiatra de Los Ángeles, que escribe: «Los homosexuales masculinos son una excepción acerca de la cual no puedo hablar, porque todavía no los he entendido». ¡Excepción de qué! Los homosexuales «masculinos», sobre todo en EEUU, son mucho más numerosos que los «afeminados», los cuales, sin embargo, pasan obviamente menos inadvertidos.

Está claro que siempre que un psiquiatra, a diferencia de Freud, considere la homosexualidad como patológica en sí misma, estará predispuesto a valorar como posible y aconsejable la «terapia». Hay quien considera «equivocado el difundido pesimismo acerca de los resultados de una intervención terapéutica de la homosexualidad» (Gian Franco Tedeschi).

⁵⁴Dennis Altmann, *Omosessuale: oppressione e liberazione*, Roma, Arcana, 1974, p. 5.

⁵⁵Dreyfus, «L'omosessualità», *op. cit.*, p. 644.

⁵⁶Ibidem.

⁵⁷Freud, «Sobre la psicogénesis», *op. cit.*, pp. 1000-1001.

Freud, en cambio, que no identificaba la homosexualidad con un síndrome patológico, subrayaba que «esta labor de modificar la inversión genital, u homosexualidad, no es nunca fácil. Mi experiencia me ha demostrado —escribía— que en circunstancias especialmente favorables llega a conseguirse y aun entonces, el éxito consiste únicamente en abrir, a la persona homosexualmente limitada, el camino hacia el otro sexo, vedado antes para ella, restableciendo su buena función bisexual. Queda entonces entregado plenamente a su voluntad el seguir o no dicho camino, abandonado aquel otro anterior, que atraía sobre ella el anatema de la sociedad, y así lo han hecho algunos de los sujetos por nosotros tratados. Pero hemos de tener en cuenta que también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objeto, y que en general la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene muchas más probabilidades de éxito que la labor contraria, solo que esta última —añade cándidamente Freud— no se intenta nunca, naturalmente por evidentes motivos prácticos».⁵⁸ «Por lo regular —concluye—, el homosexual no logra abandonar su objeto placiente; no se consigue vencerle de que una vez modificadas sus tendencias sexuales volverá a hallar, en un objeto distinto, el placer que renuncie a buscar en sus objetos actuales. Si se pone en tratamiento es casi siempre por motivos externos; esto es, por las desventajas y peligros sociales de su elección de objeto, y estos componentes del instinto de conservación se demuestran harto débiles en la lucha contra las tendencias sexuales».

En otra ocasión, escribiendo a la madre de un *paciente* norteamericano, Freud afirma: «En determinado número de casos conseguimos desarrollar los aletargados gérmenes de las tendencias heterosexuales presentes en cada homosexual, en la mayoría esto no es posible [...]. He aquí lo que puede hacer el análisis en favor de su hijo inclinado hacia una tendencia diversa. Si él se siente desgraciado, neurótico, atormentado por conflictos, inhibido en su vida social, el análisis puede devolverle la armonía, la tranquilidad de espíritu, la plena eficiencia».⁵⁹

⁵⁸ *Ibidem*, p. 999.

⁵⁹ Freud, «Letter to an American mother», en *American Journal of Psychiatry*, núm. 108, 1951, p. 252.

Es posible que esta carta contenga la menos reaccionaria de las posiciones que Freud fue asumiendo respecto a la homosexualidad. No obstante, pese a su posición tolerante, que le distancia de los psico-nazis como Ferenczi, Ernst Jones, G. B. Hadden, Irving Bieber, Erminio Gius, etc., Freud, negligente, *stands in the middle of the road* y se lava tranquilamente las manos de todo el problema.

Algunos años después, Wilhelm Reich contradijo la concepción freudiana, afirmando que «con un tratamiento psicológico especial cualquier homosexual puede dejar de serlo, mientras que jamás sucede que un individuo que se haya desarrollado normalmente se convierta en homosexual después de un tratamiento similar». En general, acierta Angelo Pezana cuando sostiene que «lo que ha escrito Reich acerca de la homosexualidad podría provocar la envidia del más empedernido de nuestros sexo-fascistas contemporáneos». ⁶⁰

Sin embargo, con la aprobación o no de los reichianos, desde que se han desarrollado el movimiento feminista y el movimiento gay un número creciente de chicas y chicos, hasta ayer exclusivamente heterosexuales, pasa a *la otra orilla*: en otras palabras, cada vez son más las personas que dejan de reprimir sus propios deseos homosexuales. Los «evidentes motivos prácticos» por los que Freud no consideraba conveniente inducir, mediante el análisis, a un heterosexual a la homosexualidad, se desmoronan. El homoerotismo corroe los márgenes de la censura y avanza: gracias a la lucha gay, el mundo se hace más gay. Muchos jóvenes hetero descubren que, dejándose «contagiar» por los homosexuales, encuentran la *terapia* más propicia a la solución de muchos de sus problemas. «*Gay is healthy*», decía un eslogan coreado en el curso de las primeras manifestaciones del Gay Liberation Front norteamericano.

Pero los verdugos no aflojan. Muchos psiquiatras modernos perseveran en dedicarse a la «cura» de las personas «enfermas» de homosexualidad recurriendo, además del tratamiento hormonal, al psicofarmacéutico y a la psicoterapia, al electrochoque y, ¿por qué no?, a la *aversion therapy*. ⁶¹ Los crímenes con que se manchan las manos son

⁶⁰ Angelo Pezzana, «Contro Reich», en *La política del corpo*, op. cit., p. 75.

⁶¹ Cf. Don Jackson, «Dachau for queers», en *The Gay Liberation Book*, San Francisco, Ramparts Press, 1973, pp. 42-49, donde habla de las increíbles torturas a que están sometidos los homosexuales en algunas clínicas norteamericanas. La *aversion-therapy* (¿recordáis el film *La naranja mecánica?*) consiste en mostrar al «paciente» imágenes

gravísimos y el capital de hoy les permite actuar impunemente de la misma manera que el capital de ayer favorecía los monstruosos experimentos médicos de la SS.

Mientras tanto, lo que es etiquetado como «perverso» sigue resultando, a los ojos de la gran mayoría, absoluta y vergonzosamente

pornográficas de tipo homosexual, sometién-dole a electrochoque —a través de un mecanismo ligado al pene— cada vez que alcanza la erección. Las consecuencias nefastas son imaginables (o casi). A todos los médicos que practican la *aversión therapy* y los ahorcaría con mis propias manos.

En la Unión Soviética —donde, al igual que en EEUU, está admitida la utilización del electrochoque en la «terapia» de la homosexualidad— la *cura* más en boga es con apomorfina. ¿De qué se trata? Cito de *L'Espresso*, núm. 22, XXII, 30 de mayo de 1976, el artículo titulado «Rapporto sui comportamenti sessuali in URSS: deviazionista!», que transcribe amplios fragmentos del libro *Sessuopatologia femminile* de A. M. Svjadosc, director del laboratorio de sexopatología de Leningrado: «Se toma una solución, preparada al momento, de hidrocloreto de apomorfina al uno por cien. Cinco minutos después de la inyección, la apomorfina provoca una sensación de náuseas, acompañada de palpitaciones cardíacas y de una ligera sensación de ahogo y de vómito. El enfermo no es informado acerca de los efectos de la apomorfina: cree que le ha sido suministrada una inyección contra las tendencias homosexuales. Todas las ideas y las imágenes referidas al objeto del vínculo homosexual y a los actos homosexuales se convertirán, pues, en molestas y desagradables. Al comienzo del tratamiento se inyectan una o dos décimas de miligramo de apomorfina en solución al uno por cien. A los tres o cuatro minutos de la inyección se inculca en el enfermo la indiferencia hacia la pareja y los actos homosexuales. Después se le propone que contemple la fotografía de su pareja o que se imagine las relaciones homosexuales sostenidas con él. La sensación de náusea y de vómito, provocada por la apomorfina, se relaciona de este modo con la relación homosexual adquiriendo un significado negativo. Si la dosis inicial de apomorfina no ha ocasionado náuseas o vómitos, se aumenta la dosis. La terapia con la apomorfina se hace antes de las comidas o bien dos horas después de haber comido. Al cabo de doce o quince inyecciones, la apomorfina puede ser sustituida por una solución fisiológica. Se aconseja acompañar la terapia de apomorfina con sugerencias y consejos: al principio se convencerá al enfermo de que es indiferente, después de que siente asco hacia su pareja y los actos homosexuales. Este método ha sido utilizado con éxito para eliminar la homosexualidad en sujetos masculinos activos».

Como podemos observar, el psico-nazi soviético se sirve con *nonchalance* de la palabra «enfermo» para definir al homosexual; y los redactores de *L'Espresso* se comportan, según suelen hacer, de manera reaccionaria, limitándose a referir —sin perder el tiempo en comentarios críticos— fragmentos del texto soviético, traducidos con la habitual mediocridad asquerosa. Evidentemente, el «progresista» italiano antihomosexual sentirá placer ante dicha lectura: ¡en Rusia al menos saben tratar a los maricas como se debe!

Así que también ahorcaría complacido con mis propias manos a los médicos soviéticos (y a los redactores de *L'Espresso*). Pero no tengo suficientes manos: nuestros maoístas, en efecto, quedarían reducidos a pedazos si se considera que en China los homosexuales son fusilados en caso de ser cogidos en «flagrante» delito después de unos cuantos años de «reeducación» forzada (y este tratamiento se les reservaba incluso cuando vivía san Mao Tse-Tung).

aberrante y como tal susceptible de condena (in)moral e (in)cívica. La opinión pública, que sigue siendo esclava de la ideología de la época, no tiene en cuenta para nada el valor históricamente relativo de las definiciones de «perversión». También en este caso «la normatividad natural de la sociedad es ideología, en cuanto es hipostasiada como un dato natural e inmodificable» (Adorno).

Quien pide actualmente severas sanciones penales contra la homosexualidad, no tiene en cuenta el hecho de que, unas cuantas décadas atrás, la legislación de varios Estados industriales condenaba algunos actos sexuales, como la masturbación, la *fellatio* y el *cunnilingus*, considerados actualmente «normales». ⁶² Es evidente que quien desprecia a los homosexuales, a los «invertidos», no tiene excesivos escrúpulos acerca del supuesto valor absoluto de su propio (pre)juicio. De hecho la gran masa piensa así y la opinión de la mayoría de los «hombres-niños» y de los «filósofos-niños» (Hermann Hesse) pasa por juicio auténtico y, por tanto, absoluto. La ideología capitalista es decididamente antihomosexual: la ciencia psiquiátrica y el psicoanálisis, que se afirman y desarrollan en el seno de la cultura burguesa, remachan casi siempre sus tópicos. La *naturalidad* del *statu quo* social y sexual, sostenida por la ideología dominante, nunca es puesta realmente en discusión por la investigación científica. Es cierto que ahora existen una antipsiquiatría y un antipsicoanálisis, pero también ellos entran sustancialmente en la unidimensionalidad del pensamiento científico contemporáneo, que el movimiento homosexual de liberación contribuye a criticar. Entran en la unidimensionalidad camaleónica del dominio real del capital.

El dogma de la procreación

En *Una teoría sexual* (1905) Freud llega a la conclusión de que «no nos es posible deducir de lo hasta aquí expuesto una explicación satisfactoria de la génesis de la inversión»: ⁶³ a mí me parece por lo menos contradictorio indagar la génesis de la homosexualidad cuando ya se ha descubierto que la homosexualidad es congénita. Solo en una obra posterior, de todos modos, Freud llegaría a afirmar: «El

⁶² Cf. por ejemplo, Nell Kimball, *Memorie di una maitresse americana*, Milán, Adelphi, 1975, p. 370.

⁶³ Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 772.

psicoanálisis no está precisamente llamado a resolver el problema de la homosexualidad». ⁶⁴

Por otra parte, es absolutamente cierto que los homosexuales no sufrimos a causa de la «inversión», sino a causa de la persecución socialmente perpetrada contra nosotros: «¡El homosexual sufre la represión y no su homosexualidad!» (Domenico Tallone). Es evidente, por tanto, que, mucho más que el «origen» de nuestra homosexualidad, nos interesa identificar y esclarecer los motivos de su persecución, a fin de hacer más clara y eficaz la batalla que disputamos contra ella. Si se intenta delinear una etiología del comportamiento homosexual, ¿por qué no indagar contemporáneamente las razones de la fijación del deseo, por parte de la mayoría, sobre «objetos» del sexo «opuesto»? Ambas cuestiones son complementarias, no se puede desvelar una sin preguntarse acerca de la otra. Es cierto que una investigación etiológica completa, es decir, que también tenga en cuenta la segunda cuestión, y no la evite, al contrario, la afronte basándose en el pretexto de que concierne la disposición y el comportamiento eróticos definidos «normales», podría contribuir válidamente al descubrimiento de las motivaciones que determinan la persecución de la homosexualidad. Como dice René Schérer, no nos debemos preguntar por qué el ser humano «puede convertirse en homosexual, sino por qué la educación le ha llevado a establecer una diferencia entre los sexos capaces de procurarle placer hasta el punto de desarrollar, a partir de la ambivalencia absoluta de la infancia, una heterosexualidad excluyente». ⁶⁵

Habitualmente, se considera «normal» la heterosexualidad a partir de la identidad *amor = procreación*. Nada más falaz: deseo erótico y reproducción de la especie no coinciden. *Considerar la sexualidad como finalizada en la reproducción significa aplicar una categoría interpretativa teleológica heterosexual, y, por tanto, reductiva, al conjunto múltiple de las funciones libidinales de la existencia.* Como escribe Georg Groddeck, «el error de atribuir el fenómeno del eros al instinto de reproducción, un error de los más estúpidos de nuestro siglo: todo manzano en flor, cualquier losa y cada obra humana refuta una interpretación tan estrecha de los objetos de la naturaleza. De los 20.000 óvulos fecundables con que nace la niña, le quedan, cuando llega a la edad núbil,

⁶⁴ Ibídem, «Sobre la psicogénesis», *op. cit.*, p. 1010.

⁶⁵ René Schérer, *Emilio perversito*, Milán, Emme Edizioni, 1976, p. 74.

solamente unos cientos de ellos, y de entre estos, cuando mucho, llegan una docena a ser fecundados. Y de los muchos millones de espermatozoos que produce el varón, perecen ejércitos enteros sin ni siquiera llegar a penetrar en la vagina. Los hombres hablan demasiado sin saber lo que dicen». ⁶⁶

La procreación procede de un acto sexual que está lejos de abarcar todo el vasto alcance del deseo, toda la vasta gama de sus matices. Gide observa cómo, «lejos de ser el único “natural”, el acto procreativo, en la naturaleza, entre la más desconcertante profusión, solo es las más de las veces un acto fortuito». Y añade: «la voluptuosidad que el acto de fecundación reporta, en uno y otro sexo, no está [...] necesaria ni exclusivamente ligada a este acto». «No es la fecundación lo que el animal busca, simplemente la voluptuosidad. Busca la voluptuosidad, y encuentra por casualidad la fecundación». ⁶⁷

Al igual que en los animales, también en lo que se refiere a la especie humana considerar necesariamente la procreación como *fin* del sexo, significa mistificar el *acto* heterosexual atribuyéndole una «finalidad metafísica»: significa en primer lugar desconocer el placer como fin en sí mismo, o, mejor dicho, para la satisfacción de la pulsión sexual; significa ser hipócritas.

En la naturaleza, el sexo no está exclusivamente consagrado a la reproducción; de otro modo, ¿por qué en tantas especies animales las hembras tienen celo durante breves periodos del año (*temporada de celo*), mientras se puede decir que los machos no conocen pausas? Y además, precisamente cuando están en celo, las hembras se entregan frecuentemente a la homosexualidad. La cerda «hace de verraco», la yegua «hace de garañón», la vaca «hace de toro», «montando» otras hembras y, muchas veces, a los mismos machos. ⁶⁸

Mucha gente entiende la sexualidad como un *fin* (la procreación), pero olvida que esta *teleología* es una forma del *propio juicio*: y así, olvidándolo, tiende a absolutizarla, superponiendo a la experiencia de la naturaleza una particularidad históricamente determinada del pensamiento humano, una *especial forma de juicio*, precisamente en el momento en que, al contrario, se hace necesaria una *suspensión del juicio*

⁶⁶ Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 134.

⁶⁷ André Gide, *Corydon*, Milán, Dall'Oglio, 1952, p. 83.

⁶⁸ Enrico Fulchignoni, «L'omosessualità nelle donne», en *Ulisse*, fac., XVIII, p. 709.

para entender lo que es realmente el Eros más allá de todos los *prejuicios* y, finalmente, para vivirlo y gozarlo en libertad.

La persecución de la homosexualidad se inserta plenamente en el cuadro más amplio de la general represión sexual. El dogma de la procreación como único fin auténtico de la sexualidad ha surgido históricamente en tanto que coronación ideológica de la efectiva reducción del Eros a heterosexualidad monogámica y, al mismo tiempo, en tanto que justificación de la condena emitida por las sociedades contra todas las restantes tendencias libidinales, a fin de que quedaran sublimadas en la esfera económica. Se ha hecho necesario dar a entender que la sexualidad tenía como fin la *reproducción*, para ocultar el fin auténtico de la represión sexual: la explotación de la mujer y del hombre en la *producción*. Más adelante insistiré sobre este tema fundamental.⁶⁹

En cualquier caso, ya desde ahora podemos decir cuán absurdo resulta seguir rechazando la homosexualidad en tanto que extraña a la procreación, cuando, entre otras cosas, el planeta sufre las consecuencias de la superpoblación. La superpoblación está determinada sobre todo por la represiva persistencia del tabú antigay.

Por otra parte, el dogma de la procreación como único fin auténtico de la sexualidad forma parte de la religión y de la cultura patriarcales. Es expresión, por consiguiente, de las sociedades machistas, en las que la mujer, que es el auténtico sujeto de la reproducción (*el hombre no genera, jode*), es vinculada de manera represiva a un rol subordinado.

Ahora bien —me hace notar Adriana Guardigli—, es evidente que solo las mujeres pueden descubrir y saber en qué consiste realmente la procreación y qué relación guarda la reproducción con la sexualidad. Por otra parte, al reprimir a las mujeres y la sexualidad, la sociedad reprime el instinto de procreación que forma parte del Eros y, sobre todo, del Eros femenino. No sería extraño que las actuales relaciones de ambivalencia entre padres e hijos (odio y amor) estuvieran también vinculadas a la represión de dicho instinto.

Así pues, el dogma de la procreación no se limita a expresar en general la represión de la sexualidad, sino también —en especial— la alienación del instinto de procreación, que en realidad ha sido rechazado por la especie y que solo reaparece bajo forma de extraordinarias «reminiscencias» en las experiencias de la maternidad.

⁶⁹ Cf. cap. VI, párr. 4.

Edipo u otro

El trabajo en este campo es un trabajo de pioneros. Me he equivocado muchas veces y muchas veces he debido rectificar. Pero yo lo sé, y por ello me he plegado a esta regla: de la misma manera que el día debe nacer de la noche, también la verdad nace del error.

Carl. G. Jung⁷⁰

En suma, todavía no se ha conseguido explicar por qué algunas personas se convierten en gays y otras en heteros.

No es difícil, en cambio, entender por qué la mayor parte de la gente es hetero y pocos los gays: ya he dicho que depende de la represión social, que tiende a reducir la originaria riqueza polimorfa del Eros (la *transsexualidad*) a rígida heterosexualidad. Lo que por ahora no se explica es cómo algunos, pese a las durísimas condenas de las tendencias homosexuales, llegan a convertirse en gay. De la misma manera que, aun sumando todas las diferentes hipótesis formuladas hasta el momento en torno a las causas de su afirmación histórica, no se alcanza una explicación exhaustiva y evidente del tabú antihomosexual, también es muy difícil establecer qué es lo que nos ha inducido a los gays a no identificarnos con la Norma y a reconocer nuestro deseo en la homosexualidad.

La homosexualidad es tan antigua como la especie e incluso más antigua y siempre se renueva; sin embargo, en este campo, recién comenzamos a dar los primeros pasos esclarecedores. Y como la voz del gay está habitualmente obligada al silencio por la represión, muy pocas cosas dignas de atención se conocen. Podemos, de quererlo, pasar revista a las diferentes opiniones de los psicoanalistas/psico-nazis en torno a los motivos que determinan la afirmación preponderante del deseo homosexual. Pero esto ha sido hecho por otros,⁷¹ y para ser sinceros con escasos resultados. Todos, además, se refieren, en general,

⁷⁰ Carl G Jung, *Psicología dell'inconscio*, Turín, Botinghieri, 1973, p. 182.

⁷¹ Cf. por ejemplo, Erminio Gius, *Una messa a punto dell'omoses-mili tú*, Turín, Marietti, 1972. Se trata de una de las obras más reaccionarias sobre el homoerotismo publicadas en Italia en los últimos años. El autor es un cura (o casi-cura), profesor, ¡ay! de nosotros, en la facultad de Psicología de la Universidad de Padua. Llega a citar, entre las diferentes opiniones «científicas» recogidas, el punto de vista de Gino Olivari, por

al psicoanálisis en el intento de «sustentar científicamente» de alguna manera, el propio juicio más o menos contrario a la homosexualidad. A mí me urge, en cambio, aclarar críticamente el tema dentro de la perspectiva práctica de la liberación: me limitaré, pues, a tomar en consideración únicamente dos o tres teorías, relativas a la relación existente entre homosexualidad y complejo edípico; teorías que, por una u otra razón, suscitan en mí un cierto interés.

Hay quien considera la heterosexualidad como la solución «normal» del complejo de Edipo, y la homosexualidad como la solución «invertida». Pero no me parece suficiente atribuir a una especial exasperación, a una profundísima amargura, a una sensación de irremediable traición, el drástico alejamiento del «objeto» femenino por parte de los que llegaron a homosexuales, los cuales, una vez comprobada la pertenencia exclusiva de la madre amada al odiado rival, el padre, renunciarían a ella, así como a cualquier otra mujer, dirigiendo su deseo al «objeto» masculino. *Mutatis mutandis*, Freud nos ofrece una interpretación similar de un «caso» de homosexualidad femenina.⁷²

Pero ¿qué factores específicos determinan el alejamiento del sexo del progenitor amado en lugar de la concentración del deseo sobre él? En otras palabras, desde el punto de vista del Edipo, ¿qué diferencia *ab origine* a los heteros de los gays? Porque, a partir de la concepción clásica del complejo edípico en su forma «normal» o «positiva», también aquellos que se convertirán en heterosexuales se exasperan, se sienten traicionados y amargados frente a la evidencia de la superioridad y de la exclusividad de la relación parental que impide la realización de la deseada relación amorosa de la hija con el padre, del hijo con la madre. Sin embargo, si son machos, no renuncian al sexo femenino de la misma manera que han debido renunciar a la madre: al contrario, fijan sobre él el «objeto» de su propia pulsión sexual; mientras, si son mujeres, concentran su deseo sobre el sexo masculino, en lugar de alejarse de él. Freud sospecha la existencia «de un factor especial que favorece decisivamente uno de los dos sectores [*heterosexualidad u homosexualidad*] y que quizá no ha hecho más que esperar el momento

ejemplo, un canalla que lleva años dedicándose impunemente a los más absurdos experimentos de «terapia» de la homosexualidad.

⁷² Cf. Freud, «Sobre la psicogénesis», *op. cit.*, p. 1003.

oportuno para imponer a la elección del objeto sus fines particulares». ⁷³ Pero no añade nada más.

Según numerosos psicoanalistas la entrada en la fase edípica, las características del complejo y su ocaso están determinadas por el modo en que se han atravesado la fase oral y la fase anal. La escuela inglesa de psicoanálisis insiste acerca de la importancia de la agresividad oral infantil, de sus «proyecciones» y de la función de estas en la afirmación de la homosexualidad. En el ensayo *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910), Freud considera la «fijación» oral al pene como una directa traslación de la primaria atracción por el pecho materno. La homosexualidad procedería de la «fijación de la necesidad de amor por la madre». ⁷⁴

En 1921, Freud llega a la siguiente conclusión: «La génesis del homosexualismo es la siguiente: el joven ha permanecido con gran frecuencia fijado a su madre, en el sentido del *complejo de Edipo*, durante un lapso mucho mayor del ordinario y muy intensamente. Con la

⁷³ *Ibídem*.

⁷⁴ Freud, «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci», en *Obras Completas, op. cit.*, vol. II, p. 363. En el «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1908), Freud adelanta la siguiente hipótesis: «En los sujetos anteriormente homosexuales que, según una hipótesis mía y las observaciones de Sadger, pasan todos en su infancia por una fase anfígena, hallamos igual preponderancia infantil de la zona genital, y muy especialmente del pene. Precisamente esta elevada estimación del miembro viril es la fatalidad de los homosexuales. En su infancia eligen la mujer como objeto sexual mientras presuponen también en ella la existencia de aquel órgano, que juzgan indispensable, luego, cuando se convencen de que la mujer les ha engañado en este punto, les resulta ya inaceptable como tal objeto. No pueden prescindir del pene en la persona que haya de incitarles al comercio sexual, y en el caso más favorable fijan su libido en la “mujer provista de pene”, esto es, en el adolescente de apariencia femenina. Los homosexuales son, pues, personas a quienes la importancia erógena de su propio órgano genital no consiente prescindir, en su objeto sexual, de tal coincidencia con la propia persona». «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (caso clínico del pequeño Hans), en *Obras Completas, op. cit.*, vol. II, pp. 608-609. El error de Freud está en generalizar la citada hipótesis, que no concierne en absoluto a *todos* los «casos» de homosexualidad, pero cuya relativa validez puede aparecer en algunos de ellos. En diferentes obras, Freud intenta ofrecer la interpretación «definitiva» más posible del fenómeno homosexual: sin embargo, en cada ocasión, sus interpretaciones varían. Así pues, ninguna de ellas puede ser considerada como *la verdad*, simplemente porque ha sido expuesta en términos *objetivos* por el Padre del Psicoanálisis. Hay que entender cada una de ellas solamente como hipótesis, y en ocasiones como mera opinión: solo confrontando entre sí las diferentes hipótesis e intentando su síntesis —iluminada por un espíritu crítico revolucionario— nos podemos servir de manera aprovechable del *medio* psicoanalítico para esclarecer la cuestión homosexual.

pubertad llega luego el momento de cambiar a la madre por otro objeto sexual, y entonces se produce un súbito cambio de orientación: el joven no renuncia a la madre, sino que se identifica con ella, se transforma en ella y busca objetos susceptibles de reemplazar a su propio yo y a los que amar y cuidar como él ha sido amado y cuidado por su madre. Es este un proceso nada raro, que puede ser comprobado cuantas veces se quiera y que, naturalmente, no depende en absoluto de las hipótesis que puedan constituirse sobre la fuerza impulsiva orgánica y los motivos de tan súbita transformación».⁷⁵

Una vez más, Freud ni siquiera roza lo que más podría interesarnos: es decir, las causas específicas y los mecanismos de la transformación que llevaría a la identificación con la madre y a la afirmación de la homosexualidad en la edad púber. Más adelante, cuando me ocupe de evidenciar el carácter ideológico de la adhesión de Franco Fornari a ella, insistiré sobre ello y trataré de manera más profunda la hipótesis freudiana.⁷⁶ De momento quisiera subrayar nuevamente la incongruencia presente en el pensamiento de Freud: su *Teoría sexual* comprueba la existencia en todos, y en especial en los niños («polimorfos y perversos»), de tendencias homoeróticas, y llega, pues, al reconocimiento de una homosexualidad *congénita*; acto seguido Freud —como en el pasaje citado— se interroga sobre la *génesis* de la homosexualidad. Mas si la homosexualidad es *congénita*, es evidente que carece de sentido establecer su *génesis*: mejor sería preguntarse qué determina su represión en la mayoría y qué permite, en cambio, la afirmación del deseo homosexual en unos pocos.

Es cierto que la identificación con la madre, así como con el padre, está presente en la conciencia de muchos homosexuales de sexo masculino (mientras los heteros solo advierten en general de manera consciente la identificación con el progenitor del mismo sexo). Esto acentúa la *ambigüedad* transexual de nuestro ser-en-devenir, más próximo a la transexualidad profunda que a la rígida monosexualidad de los heteros; nuestra ambigüedad es más cercana al modo de ser de los niños. No por casualidad somos gais, somos *locas*; y, para conseguir un mundo mejor, creo realmente que la «educación» de los

⁷⁵Ibidem, «Psicología de las masas», en *Obras Completas*, cit., Vol. I, p. 1139.

⁷⁶Cf. cap. VI, pár. 5.

pequeños debería quedar confiada a las mariquitas y a las lesbianas:
¡dejad que los párvulos vengan a nosotras!

Debo decir también que la lectura de un poema de Pasolini me ha hecho pensar en la interpretación freudiana que he referido aquí (ni veo ni busco asociaciones precisas entre la interpretación de Freud y este poema: la *asociación* la he realizado yo mismo, vinculando inmediatamente, en la memoria, ambas cosas). Es verdad que este poema refleja un caso individual, en el que no todos los homosexuales se identificarán, o incluso realmente muy pocos, pero es tanta su belleza que, en cualquier caso, *encierra* en sí mismo una verdad muy profunda (y, al menos para mí, válida en cierto sentido). Por ello deseo transcribirlo en su totalidad. Se titula «Supplica a mia madre».

É difficile dire con parole di figlio
 ciò a cui nel cuore ben poco assomiglio.

Tu sei la sola nel mondo che sa, del mió cuore,
 ciò che é stato sempre, prima d'ogni al tro amore.

Per questo devo dirti ciò ch'è orrendo conoscere:
 é dentro la tua grazia che nasce la mia angoscia.

Sei insostituibile. Per questo é dannata
 olla sollitudine la vita che mi hai data.

E non voglio esser solo. Ho un'infinita fame
 d'amore, dell'amore di corpi senza anima.

Perché l'anima é in te, sei tu, ma tu
 sei mia madre e il tuo amore é la mia schiavitú:

ho passato l'infanzia schiavo di questo censo
 alto, irrimediabile, di un impegno immenso.

Era l'unico modo per sentiré la vita,
 Púnica tinta, Púnica forma: ora é finita.

Sopravviviamo: ed é la confusione
di una vita rinata fuori dalla ragione.

Ti supplico, ah, ti supplico: non voler moriré.
Sono qui, solo, con te, in un futuro aprile...⁷⁷

Yo no creo en la identificación exclusiva del homosexual con la madre (ni mucho menos en la teoría según la cual el gay buscaría en la pareja el sustituto del propio Yo). Creo, como ya he dicho, que en nuestra conciencia está más presente que en la de los heteros la identificación con ambos progenitores, la existencia en nosotros de los dos sexos. Sin embargo, hay una cosa cierta: el amor auténtico por la madre impide a un hombre aceptar la Norma heterosexual que es ofensa, objetivación y opresión de la mujer. Pero no impide amar a las demás mujeres; y pienso que cuanto más se libere la homosexualidad en el mundo, más serán los gays que gozarán del amor y del entendimiento erótico con las mujeres. El amor auténtico hacia el otro sexo debe acompañar el deseo completo, auto- y aloerótico, por el propio sexo.⁷⁸

Es cierto, además, que motivaciones histórico-sociales nos acercan a los gays, mucho más que a los heterosexuales machos a la condición de la mujer, pese a que en nosotros subsistan siempre, en cantidad y calidad variables según los casos, privilegios y gratificaciones decididamente masculinas, que se traducen en el plano social, psicológico y muchas veces sexual, pese a la dureza de la persecución y de la marginación —*las cuales, evidentemente, nos afectan, machos homosexuales, en tanto que homosexuales y no en tanto que machos*—.

⁷⁷ Es difícil decir con palabras de hijo aquello a la cual en el corazón tan poco me parezco. Tú eres la única en el mundo que sabe, de mi corazón, lo que siempre ha sido, antes de cualquier otro amor. Por esto debo decirte lo que es horrendo conocer: es dentro de tu gracia que nace mi angustia. Eres insustituible. Por esto está condenada a la soledad la vida que me has dado. Y no quiero estar solo. Tengo un hambre infinita de amor, del amor de los cuerpos sin alma. Porque el alma está en tí, eres tú, pero tú eres mi madre y tu amor es mi esclavitud: he pasado la infancia esclavo de este sentido alto, irremediable, de un compromiso inmenso. Era el único modo de entender la vida, la única tinta, la única forma: ahora ha terminado. Sobrevivamos: y es la confusión de una vida renacida fuera de la razón. Te suplico, ah, te suplico: no quieras morir. Yo estoy aquí, solo, contigo, en un futuro abril...

Pier Paolo Pasolini, «Supplica a mia madre», en *Poesía in forma di rosa*, Milán, Garzanti, 1976, p. 25.

⁷⁸ Cf. cap. V, párr. 4.

Pero, en una sociedad en la que la subordinación del sexo femenino va estrechamente vinculada al deseo erótico de la mujer por el hombre (la mayoría de las mujeres son heterosexuales) y a la supremacía masculina en la relación heterosexual, ¿no se podría tal vez formular la hipótesis de que los hombres que se abstienen generalmente de relaciones sexuales con las mujeres y que, en cualquier caso, no las tratan como *objetos* sexuales, mientras sienten deseo por el macho, se aproximan en cierta medida a la condición de la mujer, al menos, limitadamente, en algunos de sus aspectos? Un gay sabe perfectamente qué significa ir a la cama con un macho hetero, uno de esos que habitualmente jode a las mujeres y que de vez en cuando se acercan a un culo «para demostrarle su potencia normalísima»; sabe qué significa ser tratado de agujero, de *objeto* sexual sobre el que el macho, convencido de su inopia «superioridad», desahoga un deseo mediocre, neurótico y egoísta. Muchos gais, además, saben qué significa ir por la calle vestidos «de mujer»: en una palabra, saben qué significa ser considerados seres humanos de segunda clase, como el *segundo sexo*.

Es difícil establecer, sin embargo, hasta qué punto los homosexuales viven situaciones semejantes a las experimentadas por las mujeres. Las situaciones, por otra parte, varían según los casos, entre los mismos: gais los más «afeminados», las mariquitas, sufren con frecuencia humillaciones y violencias que los más viriles, los más *straight*, las mariquitas veladas, solo pueden imaginar con horror. Yo estoy contento de ser una mariquita evidente, «femenina»: el sufrimiento que, en esta sociedad, supone esto es al mismo tiempo la medida o, si se prefiere, el espejo de la dura y al mismo tiempo frágil y preciosa belleza de *mi* vida. Es un gran destino poseer e intentar vivir con clara conciencia una existencia que la masa *regular*, en su idiota ceguera, desprecia e intenta sofocar. Un compañero del FHAR (Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire) ha escrito: «Nosotros reivindicamos nuestra “feminidad”, la misma que las mujeres rechazan, y al mismo tiempo declaramos que estos roles no tienen ningún sentido».⁷⁹ Por su parte, Daniele Morini ha admitido: «Sé perfectamente cuánto me ha costado llegar a reconocer mi propio deseo de marica por lo que es: detrás de ambas censuras (no puedo porque NO soy homosexual / no puedo porque estoy demasiado politizado

⁷⁹ Cf. «Dove é andato il mio cromosomo?», en FHAR, *Rapporto contro la normalita*, Rimini, Guaraldi, 1972, p. 83.

para tener un deseo alienado) está otro miedo: el de descubrirme mujer frente a un deseo explícitamente ligado al macho. El rechazo de vivir un rol alienado que oculta el miedo de lo que podría revelar vivirlo hasta el fondo. ¿O bien el miedo de ser machos?». ⁸⁰

Para intentar entender qué es lo que permite la viva afirmación del deseo homosexual en algunos pese a la condena social del homoerotismo, creo que conviene tomar en consideración el complejo edípico *completo*: es decir, tanto su aspecto llamado «normal» o «positivo» como su aspecto «negativo» o «invertido». O sea, es necesario tener presente «el carácter triangular de la situación edípica y la bisexualidad constitucional del individuo» (Freud); yo diría: la *transexualidad* constitucional del individuo.

En efecto, un análisis más profundo descubre que el complejo de Edipo «es un complejo doble, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del sujeto infantil. Quiere esto decir que el niño no presenta tan solo una actitud ambivalente con respecto al padre y una elección tierna de objeto con respecto a la madre, sino que se conduce al mismo tiempo como una niña, presentando la actitud cariñosa femenina para con su padre y la actitud correlativa, hostil y celosa, para con su madre. Esta intervención de la bisexualidad es la que hace tan difícil llegar al conocimiento de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas y tan complicada su descripción» (Freud). ⁸¹

Para hacerse una idea del complejo de Edipo, en su totalidad, hay que tener en cuenta, por consiguiente, tanto las tendencias hetero como las homoeróticas del niño. Quien se limite a tomar en consideración el aspecto «positivo» del complejo acaba por interpretar la infancia (y la pubertad, que supone frecuentemente un *revival* del Edipo) según categorías exclusivamente *heterosexuales*: haciéndolo así, no puede captar la complejidad de la situación edípica, dado que la infancia está «pervertida de modo polimorfo» y no únicamente heterosexual, ni puede comprender la complejidad de la edad púber, visto que es sabido que la pubertad presenta una rica reaparición de deseos gais, con frecuencia más numerosos e intensos que los heterosexuales, en el contexto del parcial despertar del Eros que la caracteriza. ¿Por

⁸⁰ Daniele Morini, «La Bella e la Bestia», en *Il Vespasiano degli omosessuali*, a cargo de los Collettivi omosessuali milanesi, junio de 1976, p.16.

⁸¹ Freud, «El Yo y el Ello», *op. cit.*, p. 1200,

qué motivos debería el niño, cuya disposición polimorfa «indiferenciada» conocemos, sentir celos de la madre y experimentar sentimientos de rivalidad respecto al padre y no, contemporáneamente, al revés? ¿Y la niña sentir celos del padre en lugar de la madre? El mismo psicoanálisis —como veremos más adelante—⁸² reconoce en los celos de los adultos heterosexuales una manifestación enmascarada de deseo homoerótico: esto quiere decir, por ejemplo, en el caso de un hombre que siente celos respecto a la mujer amada cortejada por otro, que, inconscientemente, *es él* quien desea al otro. Pero la infancia es mucho más diáfana: la homosexualidad todavía no ha sido reprimida, por lo que en los celos edípicos «positivos» del niño por la madre es preciso saber reconocer también el deseo por el padre: el aspecto llamado «positivo» y el «negativo» del complejo se enlazan.

Freud añade: «La investigación psicoanalítica nos muestra que en un gran número de casos desaparece uno de los componentes de dicho complejo, quedando solo huellas apenas visibles. Queda así establecida una serie, en uno de cuyos extremos se halla el complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro, el invertido, negativo, mientras que los miembros intermedios nos revelan la forma completa de dicho complejo, con distinta participación de sus dos componentes. En el naufragio del complejo de Edipo se combinan de tal modo sus cuatro tendencias integrantes, que dan nacimiento a una identificación con el padre y a una identificación con la madre. La identificación con el padre conservará el objeto materno del complejo positivo y sustituirá simultáneamente al objeto paterno del complejo invertido. Lo mismo sucederá, *mutatis mutandis*, con la identificación con la madre. En la distinta intensidad de tales identificaciones se reflejará la desigualdad de las dos predisposiciones sexuales».⁸³

Yo no creo que el diferente relieve asumido por las dos identificaciones dependa únicamente del mayor o menor peso de las dos predisposiciones sexuales (la homosexual y la hetero): estoy convencido de que depende también de la educastración, o sea de la represión socio-familiar que empuja con fuerza al niño a identificarse con el padre y a renunciar al «objeto» masculino y a la niña a identificarse con la madre renunciando al «objeto» femenino.

⁸² Cf. cap. III, par. 4.

⁸³ Freud, «El Yo y el Ello», *op. cit.*, p. 1201.

Tal vez sea posible suponer que quien se convertirá en homosexual, gracias a la especial riqueza de su predisposición al homoerotismo, no renuncia al «objeto» masculino (al «objeto» paterno) si es hombre, o al «objeto» femenino («el objeto» materno) si es mujer; *y que la fuerza de la predisposición homosexual congénita está atemperada por una cierta tendencia (consciente o no) del progenitor del mismo sexo a establecer con el hijo una relación homoerótica, una especial relación afectiva.*

En general, a causa del tabú antihomosexual (y del tabú del incesto), la elección objetual afectuosa del hijo por el padre es castrada y negada por el propio padre; y la de la hija con la madre por la propia madre. Eso lleva, «normalmente», al predominio de la identificación con el padre en el hijo y al predominio de la identificación con la madre en la hija: como explica Freud, la identificación asume un valor sustitutivo respecto al «objeto» prohibido y el «objeto» más taxativamente prohibido es el del complejo edípico «invertido». Semejante identificación preponderante con el progenitor del mismo sexo induce a mantener únicamente la elección objetual de tipo heterosexual, puesto que se basa sobre todo en la represión del deseo homoerótico y porque el progenitor *introyectado* a través de la identificación es heterosexual. Eso explicaría el rechazo de la homosexualidad en los individuos llamados «normales».

Cabe pensar, al contrario, que el deseo homosexual no sea rechazado por aquellos que encuentran en el progenitor del mismo sexo una cierta correspondencia a su investidura objetual homoerótica: aquellos en cuya infancia, pues, la tendencia edípica «negativa» o «invertida» no ha sido inmediata y brutalmente reprimida, sino que encuentra un cierto margen de expresión en la dialéctica de las relaciones familiares. La renuncia a los «objetos» del sexo «opuesto» dependería, en cambio, de la identificación con el progenitor del mismo sexo y, por tanto, con su comportamiento heterosexual, y además del *sentido de culpa*, o sea de la interiorización de la condena social que castiga a los que no se identifican totalmente con el progenitor de su mismo sexo (con el modelo patriarcal preestablecido por el macho o por la hembra), que no se adecúan a la Norma. El sentido de culpa induce a sentirse inferiores respecto a las personas «normales», indignos de una elección objetual considerada socialmente superior, positiva, «normal». Cabe suponer, pues, que el rechazo del deseo por el

otro sexo en los homosexuales se debe a la condena social de la homosexualidad, que lleva al homosexual a sentirse culpable e indigno, por tanto, de la elección definida «normal», imposibilitado para gustar a las personas del otro sexo; por otra parte, la represión constriñe al homosexual a luchar constantemente contra los perseguidores externos y contra el sentido de culpa inducido, el perseguidor interno, a fin de defender —solo contra todos—, su propia elección «anómala», el propio deseo homoerótico, concentrando todas las energías libidinales en él. La liberación de la homosexualidad en lo social y la cancelación del sentido de culpa (de la *falsa culpa*) llevaría, pues —estoy convencido de ello—, al redescubrimiento, por parte del gay, de su deseo erótico hacia las personas del otro sexo y al descubrimiento de la atracción especial que las personas del otro sexo sienten por ellos.

Habría preferido no obligar al lector a seguirme por esta lucubración complicada, hipotética, carente de apoyo en más de un punto; pero, como he dicho, el tema es difícil y pocos se han tomado el trabajo de explorarlo. También podría adelantar algunas hipótesis... pero ninguna de ellas, creo, suficientemente interesante como para proponerla a la atención pública. Pienso que será fundamentalmente la liberación práctica lo que favorecerá el análisis: solo la emancipación universal de la homosexualidad podrá realmente despejar la historia de su represión y de su reaparición constante, pese a la persecución, a lo largo de los siglos.

El movimiento feminista ha descubierto la importancia de la relación amorosa de cualquier mujer con su propia madre, del complejo edípico «invertido». En un texto de 1974, unas feministas milanesas revelan que «la *homosexualidad*, en sentido lato, como relación con la madre, es la relación fundamental primaria de todas las mujeres». Melanie Klein «insiste en las tendencias edípicas que empujan “naturalmente” a la niña hacia el padre, pero después no consigue explicar por qué el padre sea con tanta frecuencia interiorizado como padre sádico, si no es volviendo a la relación frustrante con la madre». En cambio, la rivalidad con el sexo masculino es para las mujeres una consecuencia de la relación homosexual fundamental con la madre. En efecto, «la madre no desilusiona a la niña porque “incorpora el pene paterno” sino porque es *poseída* por la ley del padre. A través del deseo de la madre, el “pene” adquiere a los ojos de la niña un prestigio enorme, se convierte

en objeto de admiración y de deseo «solo la posesión del “pene” asegura omnipotencia y, por consiguiente, poder sobre la madre (poder de poseerla y de destruirla). La *identificación / asimilación al macho*, movida por la envidia del pene, *precede* por ello al amor por el macho». «En la niña las pulsiones sádicas se asocian muy pronto a la fantasía de poseer un “pene” destructivo, mientras el objeto del deseo y de la agresión *sigue siendo*, de todos modos, *la madre*. Ella establece, en cambio, con el hombre una especie de “complicidad pederástica” por lo que, o asume ella misma características masculinas, o repite, a través de la seducción y el acto sexual, la introducción simbólica del pene. Así pues, el amor heterosexual es, para las mujeres, generalmente, la reconfirmación de la posición masculina. Llegados a este punto, sería justo modificar la habitual afirmación de que la mujer busca en el hombre la madre, y decir, en cambio, que a través del amor del hombre —repetida reapropiación del pene— la mujer tiende en realidad a la posesión de la madre».⁸⁴

Tanto desde el punto de vista gay como desde el punto de vista feminista, no se puede hablar de complejo edípico sin proceder a una refundación completa de las teorías que le conciernen, sin tener en cuenta efectivamente el complejo en su totalidad. Según Deleuze, no se debe «creer que basta la homosexualidad para salir de las categorías psicoanalíticas clásicas: Edipo-castración-pulsión de muerte».⁸⁵ Pero, aun reconociendo que también la homosexualidad, de igual manera que la heterosexualidad, se basa en una concepción radicada en la diferencia entre los sexos, diferenciación que halla su fundamento en el ámbito del triángulo edípico y que la transexualidad profunda rechaza, los gais no nos reconocemos en la categoría psicoanalítica clásica del Edipo, puesto que la homosexualidad, en cierto modo, *niega* el Edipo: «La manifestación inmediata del deseo homosexual se opone a las relaciones de identidad, a los roles necesarios que el Edipo impone para asegurar la reproducción de la sociedad. La sexualidad reproductora también es reproducción del Edipo; la heterosexualidad familiar no solo asegura la producción de los hijos, sino sobre todo la reproducción del Edipo como diferenciación entre padres e hijos»

⁸⁴ Alcune femministe milanesi, «Pratica dell'inconscio e movimento delle donne», en *L'Erba Voglio*, núm. 18-19, octubre de 1974 - enero de 1975, pp. 12-23.

⁸⁵ Gilles Deleuze, intervención en el Convegno di Studi celebrado en Milán el 8-9 de mayo de 1973 y organizado por el colectivo de Semiótica y Psicoanálisis, en *Psicanalisi e politica*, Milán, Feltrinelli, 1973, p. 45.

(Guy Hocquenghem). El deseo homoerótico amenaza la reproducción edípica: «El deseo homosexual es el ingenerante ingenerado, el terror de las familias porque se produce sin reproducirse».⁸⁶

Al tratar de la afirmación de la heterosexualidad, hemos visto como su supremacía (que se determina a través de la fase edípica) se rige sobre la represión de las tendencias homoeróticas. La lucha homosexual revolucionaria combate, pues, contra una forma de represión *que está por encima del Edipo. Niega el Edipo puesto que niega sus premisas*. El propio Deleuze, en un impulso benévolo, admite: «Hay que aceptar la potencialidad revolucionaria que existe en ciertos grupos homosexuales. Creo que no se debe simplemente a que sean homosexuales, se debe fundamentalmente a que, a través de su homosexualidad, han sabido poner en cuestión el mismo problema de la diferencia entre los sexos. Y a través de esta puesta en cuestión, han pasado a ser capaces, en tanto que marginales, de plantear y de asumir el problema del deseo sexual en su conjunto».⁸⁷ Muchas gracias.

Nosotras, mariquitas revolucionarias, sabemos ver en el niño no tanto a Edipo, o al futuro Edipo, sino al ser humano potencialmente libre. Nosotras sí que podemos amar a los niños. Podemos desearles eróticamente respondiendo a su deseo de Eros, podemos abrazar plenamente la sensualidad embriagadora que desprenden, podemos hacer el amor con ellos.

Por ello ha sido tan duramente condenada la pederastia.^{88 89} dirige al niño unos mensajes amorosos que la sociedad, en cambio, a través

⁸⁶ Guy Hocquenghem, *Le désir homosxuel*, París, Editions Universitaires, 1972, p. 72.

⁸⁷ Deleuze, intervención citada, p. 45.

⁸⁸ Entiendo por pederastia el deseo erótico de los adultos por los niños (de ambos sexos) y las relaciones sexuales entre adultos y niños. *Pederastia* (en sentido propio) y *pedofilia* son utilizados habitualmente como sinónimos.

⁸⁹ Mieli, efectivamente, defiende la pedofilia. Sin embargo, no debemos interpretar esta lectura como un deseo de aprovecharse de sujetos vulnerables, sino de pensar un más allá de su vulnerabilidad, impuesta por las relaciones históricas capitalistas. Es decir, no se refiere a los «niños» tal cual existen, en su dependencia material y falta de autonomía (condiciones estructurales de posibilidad para el abuso y el contacto erótico no elegido), sino que nos habla de cómo podrían ser los vínculos con las personas más jóvenes en una vida comunista. Podemos estar en desacuerdo con esta perspectiva, pero no perder de vista que se trata precisamente de lo opuesto a un deseo de depredación y que, lejos de partir del punto de vista de un adulto malintencionado, pone en el centro las experiencias solitarias y de privación de agencia de las infancias y adolescencias queer (como la propia Mieli en su día), similar al enfoque recogido en

de la familia, traumatiza, educastra, niega, cubriendo su erotismo con la barrera edípica. La sociedad represiva heterosexual constriñe al niño al *periodo de latencia*; pero el periodo de latencia no es más que la entrada mortífera a la cadena perpetua de una «vida» latente. La pederastia, en cambio, «es una flecha de libido dirigida hacia el feto» (Francesco Ascoli).

CAPÍTULO 2

DE CÓMO LOS HOMOSEXUALES, DE HOGUERA EN HOGUERA, SE CONVIRTIERON EN GAIS

La antítesis homosexual y la Norma. La puesta en escena del «amor»

Es posible afirmar que existe realmente una relación antitética entre heterosexualidad y homosexualidad, *tanto en la sociedad como en cualquier existencia individual concreta*. De la misma manera que existe una dialéctica entre los sexos, también existe una dialéctica entre tendencias y comportamientos sexuales. La relación de antítesis existente entre heterosexualidad y homosexualidad será analizada profundamente: en efecto, el camino directo para la superación de la monosexualidad y la afirmación del sexo femenino y de la transexualidad pasa necesariamente a través del desarrollo de las contradicciones entre hetero y homoerotismo.

Salvo escasas excepciones que confirman la regla, la heterosexualidad excluye la homosexualidad y viceversa. Las «escasas excepciones» son los «casos» de *bisexualidad* propiamente dicha (o de «inversión anfígena»), es decir, los casos de personas que experimentan una atracción sexual consciente hacia ambos sexos y que dan «libre» salida al propio deseo *bisexual* (y en tal caso se puede utilizar correctamente, en mi opinión, el término «bisexualidad»: en efecto, por el momento, el hecho de sentirse atraído por ambos sexos no es en sí mismo suficiente para la superación de la contradicción *bipolar* entre los sexos, de la *bisexualidad*). *Los bisexuales, sin embargo, son casi todos predominantemente heterosexuales o predominantemente homosexuales*: los primeros, casi siempre, se comportan, de manera decididamente adecuada a la Norma (*son excepciones —puede afirmarse sin el menor*

reparo— que confirman la Norma), mientras que los segundos, en general, se identifican más fácilmente con los «homosexuales de estricta observancia» (como les llama Francesco Pertegato) que con los bisexuales predominantemente hetero.

La bisexualidad puede ser considerada un compromiso, muchas veces mezquino, entre Norma represiva y transexualidad. Pero no es con compromisos como se hace la revolución: hoy, un homosexual revolucionario, que tenga relaciones sexuales con mujeres, está claro que no se definirá bisexual, entre otras razones porque, si por bisexualidad se entiende la suma de heterosexualidad y homoerotismo, él rechazará decididamente definir *heterosexuales* sus relaciones con las mujeres. *Dirá más bien que sus encuentros con las mujeres siguen estando teñidos en gran parte, pese a todo, por el condicionamiento de la heterosexualidad, condicionamiento que, en cualquier caso, pretende combatir y superar.* La heterosexualidad, en efecto, es la Norma basada en la represión del Eros, y es evidente que un gay revolucionario que no acepta la Norma no vivirá en sentido heterosexual, o sea *normal*, sus relaciones eróticas con las mujeres; más aún, las vivirá mucho mejor eliminando los pesados residuos de heterosexualidad que todavía le estorban. Más adelante insistiré sobre ese tema.¹

En cualquier caso, en la mayor parte de la gente el deseo heterosexual manifiesto excluye el deseo homosexual y viceversa; aunque, por otra parte, la peculiaridad de uno no subsiste sin la contemporánea y antitética presencia latente del otro. En la sociedad, la heterosexualidad no podría ser considerada «normal» si la homosexualidad no fuese juzgada «perversión». La condición de los homosexuales es la imagen especular de una sociedad que se reconoce heterosexual.

Por un lado, diremos que la heterosexualidad posee el «poder»: la Norma que sostiene el sistema es heterosexual; por otra parte, la homosexualidad reviste el papel de lo negativo, de lo antitético respecto a la «normalidad» institucionalizada. André Morali-Daninos escribe: «Si la homosexualidad alcanzase, aunque solo fuese en teoría, un estatuto de aprobación, si se le permitiese, aunque solo fuera parcialmente, salir del cuadro de la patología, pronto se llegaría a la abolición de la pareja heterosexual y de la familia, que son las bases de la sociedad occidental en que vivimos».²

¹ Cf. cap. v, párr. 4.

² André Morali-Daninos, «Sociologie des relations sexuelles», en FHAR, *Rapporto contro la normalitci*, op. cit., p. 88.

Si la pareja parental sobre la que se basa la familia constituye una relación heterosexual, la educación de los niños y de los jóvenes está sustentada en un modelo heterosexual. El fin de la *educación* es la formación de una nueva pareja hetero: todo ser humano es secuestrado y mutilado por la dictadura de la genitalidad heterosexual (y *genitalidad*, en el lenguaje de los sexólogos-sexólogos, significa precisamente penetración del órgano sexual masculino en el femenino para los fines de la procreación).

La ideología de la primacía heterosexual oscurece las mentes de muchísimos autodenominados «revolucionarios»; basta leer un libro como *Gramática de la vida* para darse cuenta, por ejemplo, de cuán vinculado sigue estando Cooper a una concepción de la heterosexualidad como manifestación principal del Eros. La ideología heterosexual estructura el pensamiento de Reich, convencido de la necesidad de una «evolución» que destrane los estadios anteriores (pre-genitales, analo-homosexuales) para fundirlos en el perfecto orgasmo genital heterosexual. Schérer escribe que Reich, «pese a la grandeza de su obra, sigue siendo el teórico iluminado y recalcitrante de la sexualidad frontal».³ Hay demasiada gente que pretende «liberar el sexo» sin poner en discusión la ideología de la primacía heterosexual. El culo, en especial, sigue prohibido (*el culo de los machos, se entiende*).

Mientras tanto, la religión consagra en el matrimonio la relación hetero, que el Estado institucionaliza. En esta sociedad, la concepción difundida del «amor» es de sello estrictamente heterosexual. El «romanticismo» erótico —en sentido amplísimo— casi siempre es heterosexual: *Muerte en Venecia* es excepcional; todavía hoy, *Ernesto* suscita escalofríos. Y, si el homoerotismo es expulsado de la sociedad o, en el mejor de los casos, tolerado, el ideal del «amor» heterosexual es propagandizado de todas las maneras posibles: pero ese «amor» publicitado no es *amor*. El capital propagandiza la *alienación del amor*: la pareja llamada «normal» está basada en un vínculo amoroso alienado, a partir del momento en que la mujer objetualizada y estereotipada no es la *mujer*, sino la *negación de la mujer*, y el macho fálico y estúpido no es el *hombre*, sino la *negación del hombre y de la mujer*. No se puede identificar el *espectáculo* de la heterosexualidad con el deseo amoroso profundo: tal como hoy se presenta, la heterosexualidad no es más que la norma dominante «normal» del Eros

³Schérer, *Emilio pervertito*, op. cit., p. 60.

mutilado y en primer lugar negación del *amor* entre personas de distinto sexo, además de negación del homoerotismo.

El *espectáculo* capitalista significa la máxima alienación alcanzada por la especie humana en la *prehistoria*. Sin embargo, precisamente el general carácter espectacular de la sociedad actual induce a quien la rechaza a reconocer los detalles de la *puesta en escena* en todas las absolutizaciones del hoy y del pasado: a captar la puesta en escena en la ideología que presenta la heterosexualidad como forma única, «natural» y eterna del Eros. La crítica revolucionaria de la *sociedad del espectáculo* desenmascara la ideología de la primacía heterosexual.

El deseo amoroso profundo se capta e intuye bajo, a través y más allá de las actuales manifestaciones contradictorias de «amor». *Amor* tal vez es la tendencia a la superación del delirio individualista, solipsista, idealista, «normal»; *amor* es la tendencia a la aniquilación de las categorías frustradas, neuróticas y Egoístas del «sujeto» y del «objeto». A su manera, Feuerbach lo había entendido. Y también Marx.

La publicidad espectacular de la heterosexualidad alienada solo puede ser, explícita o implícitamente, antigay, a partir del momento en que el rechazo de la homosexualidad es indispensable para la determinación de dicho tipo de heterosexualidad. Pero, si la prensa, la publicidad, los medios de comunicación en general, cantan la heterosexualidad, la moda refleja claramente el gusto *homosexual* prostituido por la producción capitalista y explotado por el sistema.

La mujer objeto, sexy, «fascinante», bien vestida, bien maquillada, perfectamente peinada, vacío simulacro que es impuesto como mercancía en el mercado y que hace fantasear a los heteros, es la creación surgida de una fantasía *estética* de homosexuales masculinos: estética, asimismo, en el sentido de αἰσθησις [sensación] si se tiene en cuenta la presencia casi siempre a nivel latente del deseo sensual por las mujeres en los homosexuales manifiestos. Los machos hetero se excitan frente a la imagen de una «mujer» artificial surgida de la censura del deseo erótico por la mujer que distingue habitualmente a los homosexuales masculinos (fotógrafos, sastres, peluqueros, maquilladores, realizadores de cine): más que la mujer, los heterosexuales desean una fantasía homosexual disfrazada de «mujer» y se masturban con ella. Tiziana V. sostiene que la mujer objeto creada por modistos, esteticistas, etc., no es más que un *falo* disfrazado de mujer, o mejor dicho una *mujer disfrazada*

de fallo. Si esto es cierto, también lo es, en tal caso, que el deseo del heterosexual por esa mujer objeto, por esa apariencia femenina, es exactamente un deseo homosexual, un *antojo de pene*. Manolo Pellegrini me hace notar que la mujer reificada de las revistas pornográficas *decentes* (tipo *Playboy* o *Playmen*), fotografiada y dirigida sobre todo por fotógrafos gays, tiene como característica la turgencia de las formas (senos erectos, glúteos firmes, etcétera), mientras, habitualmente, las mujeres, todavía más que los machos, tienden a la suavidad de las formas, al relajamiento de los tejidos. ¿Qué oculta este deseo de mostrar —por parte del fotógrafo gay— y este desear —por parte de los heteros— un cuerpo turgente, erecto, duro, que es raro encontrar en la realidad, si no la secreta intención de exhibir, por parte gay, y el secreto desear, por parte hetero, un cuerpo *masculino*, turgente y duro como un pene erecto?

Así pues, la «heterosexualidad» también se impone gracias a la sujeción al gusto y a la fantasía homosexuales.⁴ La heterosexualidad se impone incluso cuando su forma reviste contenidos de tipo claramente homosexuales. La heterosexualidad triunfa.

Por contraste, el amor entre personas del mismo sexo representa un tabú. Se habla poco de él, no se le toma en consideración. Si se menciona, solo es través de las grietas lingüísticas, los lapsus; si se habla de él, solo es en tono de desprecio, de conmiseración, de condena, de disgusto (o de tolerancia), como si se mencionase un desastre, un vicio, una fétida plaga social. La sociedad heterosexual está animada por una profunda «forma de “racismo” —escribe Francesco Saba Sardi— respecto al homosexual y, en general, al desviante, y que parte del mismo lenguaje de que nos servimos: están los iconismos, y las alusiones a que se recurre para señalar la “mariquita”, la “tortillera”, el “pédé”, el “maricón” y así sucesivamente; donde la misma abundancia de sinónimos, y las sonrisitas que casi siempre los acompañan, demuestran la atención y la retorcida curiosidad que se concede al hecho, además de la inevitable tendencia a recurrir, respecto al desviante, a lo que los ingleses definen *lavatory humour*, humorismo de letrina, denigrante y despreciativo. Y, en efecto, los chistes sobre los locos y los homosexuales son corrientísimos».⁵

⁴Cf. cap. VI, párr. 1.

⁵Francesco Saba Sardi, «La società omosessuale», *Venus*, núm. 7, noviembre 1972, p. 37.

Por parte de mucha gente, amor y deseo sexual entre personas del mismo sexo son tratados de la misma manera que la prostitución; a los ojos de la mayoría de los llamados «normales», la heterosexualidad es a la procreación como la homosexualidad al vicio y a la prostitución. A partir del tópico, la mala mujer es puta y lesbiana; la concepción despreciativa del travestismo se sitúa como *trait d'union* entre prostitución y homosexualidad; el «invertido» es un individuo malvado que hace porquerías y asedia a los niños en los jardines públicos o en los cines de barrio.⁶

Y cuando sucede que un personaje famoso, como Pasolini por ejemplo, es brutalmente asesinado por un «chapero», la sociedad abre atónita los ojos ante este fenómeno contradictorio que incuba en su seno (y que se refiere a las únicas relaciones efectivamente existentes entre homosexualidad y prostitución, prescindiendo de la prostitución a que son constreñidos muchos travestis): la de los jóvenes, «desorientados» sí, pero en cualquier caso *heterosexuales* («Se ve en seguida que Pelosi no puede ser maricón: si lo hace es solo porque tiene hambre...»), que se venden por unos miles de liras y un plato de espaguetis a homosexuales en busca de compañía agradable.⁷ En realidad, de todas las actuales expresiones del gueto homosexual, no hay ninguna tan profundamente afín, tan evidentemente adecuada a la sociedad heterosexual como la parasitaria y violenta de los «chaperos»: quizás es por esto que, a los ojos de las personas «normales», los prostitutas *soi disant* «heterosexuales» para homosexuales pasan tan fácilmente desapercibidos. Y a través de ello pasa desapercibido uno de los tantos canales de la explotación operada por parte de la sociedad heterosexual respecto a los gais.

El tabú antihomosexual. Sus orígenes

Hay que tener presente que la homosexualidad «fue una manifestación frecuentísima, y casi una institución, encargada de importantes funciones, en los pueblos antiguos en el cénit de su civilización».⁸

A través de una investigación histórico-antropológica, el psiquiatra danés Thorkil Vanggaard llega al reconocimiento de la universalidad

⁶ Cuando era pequeño buscaba inútilmente alguien que me «asediase».

⁷ Cf. cap. IV, párr. 3.

⁸ Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 769.

del deseo homoerótico. Por su parte, Robert J. Stoller escribe: «En otras épocas y en otros lugares, contrariamente a lo que sucede en nuestra sociedad occidental, un acto homosexual puede ser una afirmación importante de la identidad masculina del individuo, llena del sentimiento de una altiva virilidad. Vanggaard y Karlen refieren casos en los que el acto homosexual era utilizado formalmente, públicamente y religiosamente a fin de que la virilidad fuese transmitida de un hombre a un muchacho y para establecer entre los amantes adultos el vínculo de una honorable virilidad».⁹

Géza Róheim describe las costumbres de algunas tribus australianas, en las cuales los ritos iniciáticos y la circuncisión van acompañados de relaciones homosexuales entre adultos y muchachos.¹⁰

Clellan Ford y Franck Beach descubren el papel fundamental que reviste la homosexualidad en numerosas tribus de África del Norte, de Nueva Guinea y de Australia; Marise Querlin estudia el comportamiento homosexual de algunas tribus norteamericanas, de las que también nos habla Margaret Mead; Ruth Benedict estudia dicho comportamiento en los pueblos siberianos; Malinowski describe la severa represión de la homosexualidad entre los trobriandeses de Nueva Guinea noreoriental.¹¹

Finalmente, Freud observa cómo, en la concepción científica del homoerotismo, los puntos de vista patológicos han cedido el paso a los antropológicos.¹²

La homosexualidad floreció en todo el mundo antiguo: entre los escandinavos, los griegos, los celtas, los sumerios, y en la «cuna de la civilización», el valle del Tigris y del Éufrates, así como en el valle del Nilo y en toda la cuenca del Mediterráneo. La profunda consideración en que entonces era tenido el amor entre personas del mismo sexo, frecuentemente exaltado, encuentra continuos testimonios en el arte y en la literatura de los pueblos antiguos.

⁹ Robert J. Stoller, «Faits et hypothèses», *Nouvelle Revue de Psychiatrie*, núm. 7, 1973.

¹⁰ Cf. Géza Róheim, *Héros phalliques et symboles maternels dans la mythologie australienne*, París, Gallimard, 1970.

¹¹ Cf. Ford-Beach, *Il sesso*, *op. cit.*; Marise Querlin, *Women without Men*, Londres, Mayflower Books, 1965; Margaret Mead, *Maschio e femmina*, Milán, Il Saggiatore, 1962; Ruth Benedict, *Modelos de cultura*, Buenos Aires, Sudamericana, 1954; Bronislaw Malinowski, *Sexo y represión sexual entre los salvajes*, Turín, Boringhieri, 1969.

¹² Freud, «Una teoría sexual», *op. cit.*, p. 769.

El tabú antihomosexual que caracteriza nuestra civilización occidental es —por lo que parece— de origen hebraico: los antiguos hebreos fueron los primeros en condenar la homosexualidad en la historia.¹³

La Biblia recuerda dos famosos episodios de homosexualidad colectiva, los de Sodoma y Gomorra (*Génesis 20*) y el de los gabaitas y de los benjaminitas (*Jueces 19, 20*). «En ambos casos —escribe Pietro Agostino d'Avack— los habitantes de Sodoma y de Gabaa, después de conocer la llegada de extranjeros (los dos ángeles en el primer caso, el Levita en el segundo), intentan, a través de la violencia, que sus anfitriones se los entreguen (Lot en el primer episodio, el Ephraimita en el segundo) para satisfacer sus apetitos libidinosos, y ambos, con tal de respetar los sagrados deberes de la hospitalidad, no solo se niegan, sino que llegan a ofrecerles a cambio a sus propias hijas. Tanto en un caso como en el otro la venganza del Señor golpea del modo más terrible a los impíos, y Sodoma y Gomorra son completamente destruidas por una lluvia de fuego que el cielo derrama sobre ellas, mientras los gabaitas y la tribu entera de los benjaminitas, que habían acudido en su ayuda, son combatidos y derrotados por orden del Señor por las restantes tribus de Israel, y todas sus ciudades y aldeas abandonadas a las llamas y los hombres y animales pasados a cuchillo».¹⁴

La Biblia hace remontar el cataclismo de Sodoma a la época de Abraham (la cronología basada en datos bíblicos sitúa a Abraham en torno al año 2.000 antes de Jesucristo). Sin embargo, no parece que el tabú homosexual se haya afirmado en los hebreos en un tiempo tan remoto.

Los libros mosaicos contienen una prohibición explícita de la homosexualidad. La ley mosaica amenaza a los hombres que tienen relaciones carnales entre sí «como se tienen con una mujer» con la pena de muerte, y ello para evitar que el pueblo elegido se asemeje con tales usanzas a los que le rodean: «*Cum masculo non commiscearis coitu femineo quia abominatio est*» (*Levítico 18:22*) y también: «*Qui dormierit cum masculo coitu femineo, uterque operatus est nefas, morte moriantur: sit sanguis eorum super eos*» (*ibídem 20:13*).¹⁵ En conformidad con la que

¹³ Cf. John Lauritsen, *Religious Roots of the Taboo on Homosexuality*, Nueva York, 1974.

¹⁴ Pietro Agostino d'Avack, «L'omosessualità nel diritto canonico», en *Ulisse*, fasc. 18, p. 682.

¹⁵ «No te echarás con varón como con mujer: es abominación» (*Levítico 18:22*). «Y cualquiera que tuviere ayuntamiento con varón como con mujer, abominación hicieron: entrambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre» (*ibídem 20:13*). Luciano Parinetto

había sido el castigo divino del «crimen» cometido por los habitantes de Sodoma, la pena capital adoptada por la legislación hebraica fue la de la hoguera.

Es muy probable, sin embargo, que las leyes antihomosexuales hebraicas no lleguen a remontarse a la época de Moisés, es decir, a los tiempos de la salida de Egipto y de la conquista de Palestina. Parece, en efecto, que la parte legislativa de los libros mosaicos fue compilada sobre todo durante el exilio de Babilonia (siglo VI antes de Jesucristo), donde la actividad de los sacerdotes y de los levitas fue especialmente intensa.

En su texto *Religious Roots of the Taboo on Homosexuality* (1974), John Lauritsen se inclina a sumarse a la opinión de aquellos estudiosos según los cuales el tabú antihomosexual solo llegó a afirmarse en los hebreos después del exilio babilónico: precedentemente, la homosexualidad no solo era aceptada, sino que estaba investida de importantes funciones religiosas; en efecto —dice Lauritsen—, los prostitutos homosexuales fueron en un tiempo sagrados y ejercían su arte amatorio en el templo.¹⁶

Siguen sin conocerse las motivaciones *reales* que indujeron a los antiguos hebreos a condenar el homoerotismo. John Lauritsen explica cuán poco convincentes resultan todas las hipótesis avanzadas por los estudiosos al respecto. Por mi parte, pienso que solo un profundo estudio de la antigua historia hebraica a partir de un punto de vista homosexual puede permitir elaborar alguna hipótesis hermenéutica válida. Pero yo no sé de nadie que haya iniciado este trabajo.

En cualquier caso, parece que por parte de los hebreos existía una relación entre protección de la tradición nacional —y, en especial, del monoteísmo— y rechazo de la homosexualidad. Los hebreos acabaron por identificar las «prácticas» homosexuales con las religiones y las costumbres de los paganos: a sus ojos, la catástrofe de Sodoma y Gomorra había sido provocada por la ira de Jehovah contra un pueblo extranjero por sus costumbres *extranjeras*.

observa: «Como puede demostrar el caso del orgasmo prostático, es naturalmente imposible que *entre hombres* se den relaciones *como se tienen con una mujer*, a menos que no se tenga en cuenta *únicamente* la fantasía de la relación. Pero al dios-padre-ley no le interesa la *verdad*, sino la *prohibición*, que induce a la consolidación de roles» (cf. «Analreligion e dintorni». *Appunti*, en *L'Erba Voglio*, núm. 26, enero-julio 1976, p. 20).

¹⁶Lauritsen, *Religious Roots*, *op. cit.*, p. 6.

Algunos pasajes del Antiguo Testamento ligan el homoerotismo al culto a Astarté (la gran divinidad femenina de los semitas septentrionales, que representaba, muy probablemente, la tierra fecundada y que era protectora de la prostitución sagrada) y de su celestial esposo, Baal, culto en el cual los hebreos eran especialmente propensos a «caer», en especial por su convivencia y fusión, en tierras de Palestina, con los cananeos (Salomón, por ejemplo, levantó altares a Astarté, los cuales fueron después destruidos por el rey reformador Josué). Parece que el culto del Baal cananeo estaba vinculado a «prácticas obscenas» (*Números* XXV). Para mí también ha resultado interesante descubrir que en los semitas meridionales el correspondiente de Astarté, *Athar*, era una divinidad de sexo masculino; esto ha llevado a algunos a suponer la existencia remota del culto de una antiquísima divinidad de carácter andrógino, diferenciada más adelante en diosa por los semitas septentrionales y en dios por los meridionales. Pero se trata únicamente de una hipótesis, y existen otras no menos convincentes.

Lo cierto es que, a través del cristianismo, la condena judaica de la homosexualidad ha llegado hasta nosotros.

Pero, ¿en qué sentido se puede hablar actualmente de tabú antihomosexual?

Según Freud, «para nosotros, presenta el tabú dos significaciones opuestas: la de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro».¹⁷ Ahora bien, que en nuestra sociedad la homosexualidad es considerada inquietante, peligrosa, prohibida, impura, es una realidad de la que no resulta difícil darse cuenta. Pero, ¿se puede afirmar al mismo tiempo que la homosexualidad es actualmente tabú en tanto que algo *sagrado, consagrado*, de lo que es necesario mantenerse a una debida distancia?

Por una parte, hemos visto cómo en su origen, y antes de ser perseguida, la homosexualidad masculina constituía en los hebreos algo sagrado y cómo, bajo forma de prostitución, era ejercida en el templo; los hebreos, además, relacionaban la homosexualidad con el culto de divinidades adoradas por otros pueblos. La tradición moral y religiosa judaico-cristiana ha caracterizado la sociedad occidental hasta hoy. *En cierto modo, pues, se puede decir que actualmente el tabú antihomosexual esconde la sacralidad originaria de su objeto.* Además,

¹⁷Freud, «Tótem y tabú», en *Obras Completas*, vol. II, *op. cit.*, p. 428.

también la antigua cultura griega ha influenciado profundamente la civilización occidental hasta nuestros días: y, para los griegos, la homosexualidad poseía en su origen un carácter sagrado, además de erótico y caballeresco.¹⁸

Por otra parte, aunque hoy muchísima gente ya no crea en el diablo, la homosexualidad conserva para la mayoría las connotaciones de lo *diabólico*: «viciosa, perversa, deshonrosa, impura, asquerosa», la homosexualidad sigue siendo pecado «contra natura» y para la Iglesia cualquier pecado es inspirado por el demonio. *Pero lo diabólico se sitúa como médium entre lo sagrado y lo impuro*: «Precisamente a esta significación indiferente e intermedia de lo demoníaco, esto es, la de aquello que no debe tocarse, es a la que mejor se adapta la expresión tabú, pues hace resaltar un carácter que permanece común a lo sagrado y a lo impuro a través de todos los tiempos: el temor a su contacto».¹⁹

Frente a la homosexualidad, la sociedad heterosexual sufre lo que Freud definiría una «enfermedad de tabú», una neurosis obsesiva (la sociedad está *obsesionada* por nuestra presencia): «La prohibición central y principal de esta neurosis es, como en el tabú, la del contacto, carácter al que debe el nombre de *délire de toucher*, con el que suele ser designada. La prohibición no recae tan solo sobre el contacto físico, sino que se extiende a todos los actos que definimos en la expresión figurada "ponerse en contacto con algo". Todo aquello que orienta las ideas del sujeto hacia lo prohibido como el contacto material directo, esto es, todo lo que provoca un contacto puramente mental o abstracto con ella, queda prohibido».²⁰

La sociedad heterosexual prohíbe, o en cualquier caso rechaza, las relaciones gays, el contacto erótico entre cuerpos del mismo sexo, así como rechaza *ponerse en contacto* con los homosexuales manifiestos, que no por casualidad obliga a ocultarse, margina y excluye. Condena, además, cualquier fantasía o pensamiento de claro contenido homoe-rótico (así que los pensamientos y fantasías gays —especialmente los de los heteros...— deben permanecer secretos). Muchos heterosexuales han rechazado decididamente su deseo homosexual y, aunque esto no se produzca con el mismo rigor, ocultan en todo caso a los demás

¹⁸ Cf. Cario Diano, «L'Eros greco», en *Ulisse*, fasc. XVIII, pp. 698-708.

¹⁹ Freud, «Tótem y tabú», *op. cit.*, p. 432

²⁰ *Ibidem*, p. 433.

sus propias fantasías gais, como si fueran una cosa íntima y esencialmente reprochable, que no se debe comunicar.

Pero la prohibición antihomosexual debe su fuerza, y su carácter de constrictión, precisamente a la relación con su contrapartida inconsciente, el deseo latente y no eliminado de homosexualidad, o sea la necesidad profunda que carece de reconocimiento consciente: «Base del tabú un culto prohibido a cuya realización impulsa una enérgica tendencia localizada en lo inconsciente».²¹

Más adelante veremos cómo el deseo homosexual se desplaza continuamente, a fin de superar la barrera que le obliga a permanecer inconsciente, y busca sucedáneos al «objeto» prohibido: «objetos» y prácticas sustitutivas, que entran en un conjunto de fenómenos interpretables a la luz del concepto de sublimación (o de conversión en síntomas patológicos) del deseo gay.

El tabú antihomosexual es tanto más severo en cuanto la prohibición en que consiste castiga actividades hacia las cuales existe latente una fortísima inclinación: para los heterosexuales, la homosexualidad representa una «tentación instintiva».

Las prohibiciones inherentes a la homosexualidad se han transmitido de generación en generación, mediante la tradición representada por la autoridad de la sociedad y de los progenitores y pese a que cada existencia individual concreta proponga de nuevo, en el curso de la infancia, el impulso homosexual congénito en toda su riqueza potencial. El deseo gay subsiste de manera muy fuerte incluso en aquellos pueblos que llevan milenios de años respetando el tabú antihomosexual: de otro modo el tabú no tendría actualmente motivo de existir y de ser defendido con tanto rigor.

La sociedad en que vivimos revela una actitud ambivalente respecto a las prohibiciones que le impone el tabú antigay: a nivel inconsciente, individual y colectivo, nada complacería más que transgredirlo, pero la gente tiene miedo. Y el miedo se revela más poderoso que el impulso de gozar. Según Freud, «este deseo [de la transgresión] es en cada caso individual inconsciente como en el neurótico»;²² invirtiendo su afirmación, podemos decir: la población es neurótica puesto que el placer de la transgresión (en este caso respecto a la

²¹Ibídem, p. 436. El subrayado es mío.

²²Ibídem.

Norma sexual) es inconsciente en cada individuo. *Para la liberación, hay que aprender a gozar abiertamente de la transgresión.*

El homosexual manifiesto que ha transgredido el tabú antigay se convierte él mismo en tabú, «porque posee la facultad peligrosa de incitar a los demás a seguir su ejemplo. Resulta pues, realmente contagioso, por cuanto dicho ejemplo impulsa a la imitación, y, por tanto, debe ser evitado a su vez».²³ Se debe a la envidia que nosotros, gais, seamos marginados, insultados, burlados, reprendidos; la gente intenta exorcizar, marginándonos, el deseo gay que nuestra presencia hace aflorar en la sociedad, obligando a cada persona a confrontarse con él. Si los demás no castigasen y censurasen nuestra transgresión homosexual, acabarían, por darse cuenta de que desean realizar los mismos actos realizados por nosotros, los transgresores. Por otra parte, hay que reconocer que, si el ejemplo de una persona que ha violado el tabú antigay seduce a los demás a imitarle, la desobediencia a la prohibición se propaga como un «contagio».

La lucha homosexual revolucionaria no tiene por objetivo la conquista de la tolerancia social para los gais, sino la liberación del deseo homoerótico en todo ser humano: mientras existan personas «normales» que «acepten» a los homosexuales, la especie no habrá reconocido el propio deseo homosexual profundo, no se habrá dado cuenta de su presencia universal y sufrirá irremediablemente las consecuencias de un rechazo que es represión. Nosotros, homosexuales revolucionarios, seducimos actualmente a los demás a imitarnos, *a venir con nosotros*, a fin de que todos juntos alcancemos la subversión de la Norma que reprime el (homo)erotismo.

Hoy, la persistencia del tabú antigay asegura un arma poderosísima al arsenal capitalista: sirve para el atontamiento de la gente, para mantenerla «tranquila», neurótica y sometida. El tabú convierte en fuente de horror y culpabilidad una de las tendencias fundamentales del Eros, niega a los seres humanos la posibilidad de tener relaciones eróticas con la mitad de la población, *separa* y distancia a las personas, impide el amor del hombre por el hombre y de la mujer por la mujer, contribuyendo esencialmente a la perpetuación de la contraposición entre los sexos. La gente «sabe perfectamente» (aunque no tenga clara conciencia de ello) que tiene impulsos homosexuales,

²³Ibidem.

por lo que el sistema se apresura a culpabilizarla, prohibiendo severamente la homosexualidad a la que imprime la huella de la infamia. La gente «normal» se siente culpable porque, en el fondo, sabe que es tendencialmente (algo) marica. Pero el sentido de culpa es el cordón umbilical que liga la especie humana al capital, intentando estrangularla. Si queremos vivir, estamos obligados a cortar de una vez para siempre un vínculo tan monstruoso.

Ni siquiera ahora el gran miedo que rodea la homosexualidad ha desaparecido: en lo más hondo de cada cual, todos perciben el hedor de la sangre que durante milenios ha sido derramada a fin de que el tabú antihomosexual fuese respetado y temido (penas de castración, de cárcel, de proscripción, de tortura, de muerte). En su intimidad, cada cual sabe que está potencialmente condenado a la hoguera.

La persecución secular de los homosexuales

Pese a toda su dureza, la actual represión de los homosexuales no es más que el eco de una persecución horrenda perpetrada durante milenios. Como ya he dicho, la condena antihomosexual hebrea se difundió con el cristianismo por Occidente.

Sin embargo, ya en las postrimerías de la época republicana, en Roma se dictó una *Lex Scantinia* contra los «abusos masculinos» *inter ingenuos*, que castigaba con una multa de 10.000 sextercios a los «culpables».²⁴ Es evidente, por tanto, que el cristianismo encontró en Roma un ambiente predispuesto a la sanción de la condena gay (pero, ¿por qué motivos?). En tiempos de san Pablo la pena pecuniaria prevista por la *Lex Scantinia* fue elevada a la confiscación de la mitad del patrimonio.

En el Bajo Imperio la legislación pasó a ser de una aspereza (hasta entonces) inaudita. A comienzos del siglo IV, el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio romano. Ya el Concilio de Elvira, en el año 300, había establecido que se negaran a los «sodomitas» en trance de muerte, así como después de muertos, los últimos ritos religiosos. En el año 342 un decreto del emperador Constancio impuso la pena capital para el «delito de sodomía». Una constitución posterior, de Teodosio, Valentiniano y Arcadio, condenó a los homosexuales a

²⁴ Cf. D'Avack, «L'omosessualità...», *op. cit.*, p. 682

ser quemados vivos en la plaza pública (390). Durante siglos, el suplicio de la hoguera, en memoria del incendio de Sodoma, fue la pena más comúnmente señalada por las legislaciones y los códigos.

En el año 538 Justiniano prescribió la tortura, la mutilación y la castración para los homosexuales; finalmente, extendió a la «sodomía» la misma pena capital de la decapitación por medio de la espada a la que ya estaba condenado el adulterio.²⁵

Bajo Justiniano, sin embargo, el homosexual incluso confeso solo era decapitado cuando, después de un primer arresto, hubiese dado pruebas de perseverar en sus «prácticas aberrantes», rechazando por consiguiente la sumisión a las rigurosas penitencias canónicas impuestas la primera vez. Esta aparente «clemencia» quedaba compensada, en realidad, por el hecho de que se podía acusar de «sodomía» a cualquiera: bastaba el más sospechoso testimonio de un niño o de un criado para condenar a un desgraciado a la infamia y a la muerte, hasta el punto de que la «sodomía se convirtió en el crimen de aquellos a los que no podía imputárseles ningún crimen» (Edward Gibbon). En dos sucesivas *Novellae Constitutiones*, *Novella 77* y *Novella 141*, Justiniano definió la homosexualidad «*diabólica atque illicita luxuria*» [lujuria diabólica e ilícita], advirtiendo a los súbditos que se abstuvieran de tal «*impia et nefaria ac tione, quae ne a brutis quidem animalibus commissa*» [actos impíos y nefastos, que ni siquiera fueron cometidos por animales brutos]:²⁶ evidentemente, el emperador solo veía lo que le convenía, o tal vez era cierto que nunca había visto a dos perros dándose por el culo. Justiniano se manifestaba instrumento de la «*justa Dei ira et vindicta*» [la justa ira y venganza de Dios] contra los «culpables de sodomía» que, con sus «crímenes, provocaban carestías, terremotos y pestes».

Leyes antihomosexuales no menos severas y duramente represivas fueron dictadas en los siglos sucesivos por todas las autoridades civiles y eclesiásticas desde la época medieval más antigua hasta la Revolución francesa (y también después).

La *Lex Visigothica* condenaba a los «sodomitas» a la castración y a la cárcel, y, en el caso de que estuvieran casados, a la inmediata transmisión de los bienes en favor de los hijos y de los demás herederos; además de la castración, la *Lex Visigothica* estipulaba también la pena de muerte

²⁵Ibídem, p. 683.

²⁶Ibídem.

(libro III, tit. V, cap. V y VII). Por su parte, los daneses condenaban a los «sodomitas» a la hoguera (*Jura Danica*, libro VI, cap. XII, § 1), y las *Capitulares Francas* de Angesiso y Benedetto Levita castigaban con la pena capital a los homosexuales masculinos, así como a los incestuosos y a los que hacían el amor con animales (*bestialitas* o *sodomía razione generis*) (libro VII, cap. CCLXXIII). Una sucesiva *Capitular* de Ludovico Pío, rey de los francos y emperador (778-840), confirmaba para estos «delitos» la pena de hoguera, amparándose en el Derecho romano.

Según tales *Capitulares*, la homosexualidad resultaba entonces difundidísima entre los españoles, los provenzales y los borgoñones y ello inducía a los legisladores a recomendar una aplicación rigurosa de las penas previstas, a fin de que el «vicio contra natura» no contaminase tan gravemente a los restantes pueblos.

Con el transcurso del tiempo, en algunas ciudades los homosexuales ya no fueron quemados vivos, sino ahorcados en la plaza pública y una vez muertos quemados (esto sucedía, por ejemplo, en muchas ciudades italianas, como Milán, Bolonia, Aviano, Ferrara, Roma, Trieste, Osimo, Collalto, y en la Valtellina). El «delito de sodomía» entraba en el grupo de crímenes para los cuales estaba autorizado el recurso a la tortura durante el proceso, con el fin de provocar la confesión del acusado y de sus «cómplices».

En lugar de arder vivos, o de ser colgados y después quemados, los homosexuales nobles eran preferiblemente decapitados, después de haber perdido todos los privilegios feudales, que no podían ser transmitidos a los herederos. Es sabido, no obstante, que muchos aristócratas o, en todo caso, personas acaudaladas consiguieron escapar de la condena pagando fuertes cantidades de dinero a sus delatores potenciales, o a las mismas autoridades, siendo víctimas, a continuación, de continuos y pesados chantajes.

En general, si los acusados eran menores de dieciocho años y si se habían limitado al «papel pasivo», en lugar de ser condenados a muerte, eran castigados con la flagelación, la prolongada reclusión en la cárcel, una quemadura no mortal, o bien, en España y en Sicilia, con la condena temporal o perpetua a galeras.

Los estatutos de Tarvisio, «con un espectacular sentido de lo macabro» (d'Avack) disponían que

*Masculus omni vestimento nudatus, in platea carubii. Supra palum confixum eius membrum virile cum uno aguto sive clavo figatur et sic illic permaneat tota die e tota nocte; sequenti vero die igne comburatur extra civitatem. Mulier autem in platea carubii ligetur ad palum omni vestimento nudata, et ibi per totam diem et noctem manere debeat, sequenti vero die cremetur extra civitatem.*²⁷

Como se ve, las lesbianas no eran perseguidas menos horrendamente: tiempo después, el famoso criminalista Prospero Farinacci (1544-1618) recordaba haber visto quemar en Roma, en Campo dei Fiori, «*plures feminae quae taliter deliquerant*» [muchas mujeres que habían pecado así].

Las personas sospechosas de homosexualidad eran muchas veces castigadas atrozmente, aunque no existieran pruebas directas de su «culpabilidad». En Venecia, un individuo que en 1282 fue acusado de «sodomía», fue condenado a la pérdida de ambos ojos, aunque no consiguieran arrancarle la confesión.

En Toscana, donde la homosexualidad estaba muy difundida, la persecución resultaba en cierto modo menos dura, ya que —según opinión de algunos juristas de la época— de aplicarse la pena de muerte por cada «delito de sodomía», todo el país se habría llenado de hogueras y de horcas. En cualquier caso, la pena capital subsistía en Lucca para el «sodomita activo», mientras el «pasivo» era condenado a penas menores; en Florencia, solo eran llevados a la hoguera los homosexuales reincidentes, a la segunda o tercera vez que eran atrapados en flagrante «delito».

Según numerosos historiadores y cronistas de la época, pese a todo ello, la homosexualidad iba difundiéndose por toda Italia, en especial después de la peste de 1348: ¿se debía, acaso, a que entre el riesgo de morir de peste o el de acabar asados en la hoguera, hubo gente que decidió que, de todos modos, valía la pena gozar antes de la muerte? Sea como fuere, a partir de entonces los estatutos se fueron multiplicando y agravando las disposiciones penales represivas.

²⁷ *Ibidem*, p. 682. [Un varón despojado de toda su ropa, en la plaza de los querubines. Encima de la estaca empalada, su miembro masculino está fijado con una sola púa o clavo, y así permanece allí todo el día y toda la noche; pero al día siguiente fue quemado a fuego fuera de la ciudad. Y la mujer será atada a un madero en la plaza de los Querubines, despojada de todos sus vestidos, y permanecerá allí todo el día y la noche, pero al día siguiente será incinerada fuera de la ciudad].

En Milán, a mediados del siglo xv, los homosexuales eran marcados con un hierro candente en la frente. A causa de ello, los que, después, llevaban una cinta que les cubría la frente eran llamados «sodoma» y la cinta «tapaculo».

En los siglos siguientes la legislación penal permaneció sustancialmente inalterada «y fue, más o menos, prácticamente idéntica tanto en Italia como en los demás Estados europeos, como demuestran los estatutos de Bolonia de 1561, los de Ferrara de 1566, los de Milán, de Roma, de las Marcas, etc., del siglo xvii, los Bandos florentinos de 1542, de 1566 y de 1669, las Pragmáticas sicilianas de 1504, la Constitución criminal Carolina de Carlos v, la Teresiana de María Teresa, la Ordenanza Real Portuguesa, la Nueva Recopilación española, etc.».²⁸

En el Medievo la persecución de los homosexuales estuvo estrechamente relacionada con la represión de las herejías: «Herejía y homosexualidad se convirtieron en una misma cosa» (Thomas S. Szasz). «En el transcurso de la Edad Media —escribe Westermarck—, los herejes eran acusados habitualmente de vicios contra natura. En efecto, el concepto de sodomía estuvo tan estrechamente ligado al de herejía que se aplicó el mismo nombre a ambos. En la *Coutume de Touraine Anjou*, la palabra *herite*, forma antigua de hereje, parece que era usada en el sentido de *sodomita*; y la palabra francesa *bougre* (del latín *bulgarus*), así como su sinónimo inglés *bugger*, era originariamente el nombre atribuido a una secta de herejes procedentes de Bulgaria en el siglo xi, y utilizada posteriormente para denominar a los demás herejes, pero al mismo tiempo se difundió su uso para definir a las personas culpables de actos contra natura. En las leyes medievales la herejía era repetidamente mencionada junto a la sodomía, y el castigo era el mismo para ambas».²⁹ Hoy, en inglés, se dice *bugger off* en el sentido de «a tomar por el culo». La palabra italiana *bugger are* procede también del latín tardío *bulgari*, «posteriormente Bugari y Bugerí que en la Edad Media, después de que este pueblo abrazara la herejía patarina, significó también "herejes" y, por consiguiente (dada la identidad de la pena), "sodomitas"».³⁰

²⁸ *Ibidem*, p. 685.

²⁹ Edward Westermarck, «The Origin and Development of the Moral Ideas», en Lauritsen, *Religious Roots*, *op. cit.*, p. 12.

³⁰ Cf. *Dizionario Garzanti della lingua italiana*, 1974, en la voz *Buggerare*.

El término *faggot*, utilizado todavía hoy por los anglosajones casi siempre en sentido peyorativo para definir la homosexualidad de sexo masculino, significa «haz» (no es difícil entender la relación que vincula este apelativo con la tremenda memoria de la hoguera). Expresiones medievales como «fire and faggot» y «to fry a faggot» se refieren al suplicio infligido a los herejes y a los «sodomitas». Los herejes que, para escapar a la pena de muerte, abjuraban, eran obligados a llevar bordada en las mangas la imagen de un haz. Así, la palabra *faggot* acabó por simbolizar la hoguera y, cuando se dejó de hablar de herejías, o al menos de reprimirlas mortalmente, quedó para denominar al homosexual (en Inglaterra la pena de muerte por «sodomía» solo fue abolida en 1861, y en Escocia en 1889). En 1533, durante el reinado de Enrique VIII, la forma de aplicación de la pena capital para el «delito» de homosexualidad pasó de la hoguera a la horca.

En la España del siglo XIII los homosexuales serán condenados a la castración y a la lapidación. Fueron Fernando de Aragón e Isabel de Castilla quienes introdujeron la hoguera en 1479.³¹ En 1541, Nicolás V confió a la Inquisición plenos poderes para la represión de la homosexualidad. En el siglo XVII, en Portugal, las leyes preveían la condena a la hoguera, o bien la flagelación y la cárcel.

En 1730, en Ámsterdam (hoy centro de la Europa gay), doscientos hombres y muchachos fueron procesados por «sodomía», y cincuenta y siete de ellos condenados a muerte. Se produjo entonces en Holanda una real y auténtica caza al «sodomita»: las calles estaban llenas de pasquines y carteles que incitaban a la población a denunciar a las autoridades a toda persona sospechosa de ser homosexual.

La persecución civil siempre estuvo apoyada por la moral religiosa (Católica y protestante). En algunos Estados, como por ejemplo España, las autoridades públicas encargaban a los tribunales eclesiásticos la tarea de juzgar a los «sodomitas».

Por su parte —como explica Pietro Agostino d'Avack— la Iglesia siempre estuvo «interesada» por la homosexualidad bajo dos aspectos diferentes: «Como problema fundamentalmente moral, haciéndolo objeto de la teología moral y del fuego interno sacramental; y como problema contemporáneamente jurídico, haciéndolo objeto del derecho canónico y del fuero externo jurídico. Con la singular

³¹ Cf. Thomas S. Szasz, *La fabricación de la locura*, Barcelona, Kairós, p. 164.

peculiaridad, además, de hacer coincidir siempre lo lícito y lo ilícito moral con lo justo e injusto legal, la Iglesia bajo el perfil moral y en el fuero interno considera la homosexualidad como un pecado, del que el fiel debe rendir cuentas a Dios y que ella condena con penitencias sacramentales, y bajo el perfil jurídico y en el fuero externo la califica de delito, del que el culpable es responsable ante la *Societas Ecclesiae* y que castiga, por tanto, con sanciones penales». ³²

Así pues, el exterminio de los homosexuales fue perpetrado siempre por las autoridades eclesiásticas al lado de las civiles; y todavía hoy la Iglesia es responsable, de manera directa e indirecta, de la represión antigay.

El pensamiento de la patrística está lleno de tiernas referencias a la homosexualidad. San Pablo apunta como especial mérito de Cristo haber salvado a los cristianos de tal «*inmunditia*», fuente de horrenda contaminación y deshonor del cuerpo y del espíritu y, por tanto, difundida entre los paganos (*Epistula ad Romanos* 1, 1:26-27; *Epistula ad Corintus* 1, 7:9 y sig., etc.). «Una antigua tradición cristiana, además, recordada por san Jerónimo y repetida en los siglos sucesivos por los escritores eclesiásticos como un dato histórico cierto, pretendía incluso que el nacimiento del Salvador, el “*redemptor ordinis naturae*” había ido acompañado de la muerte repentina de todos los sodomitas *contra naturam viventes* y entre ellos del poeta Virgilio» (d’Avack). Pero, dada la amplísima difusión del homoerotismo en aquel tiempo, es evidente que si esto hubiese ocurrido realmente se habría tratado de «una mortalidad general, que habría llegado a despoblar el imperio romano». ³³ San Agustín, «que por su experiencia libertina juvenil se convirtió en el técnico de los pecados carnales entre los Padres de la Iglesia» (d’Avack), consideraba la homosexualidad como un vicio más grave y abominable que el adulterio e incluso que el incesto. Según santo Tomás de Aquino, además, la homosexualidad es un pecado vergonzoso con el que se deshonra el propio sexo («*non servatur debitus sexus*» [no se observa el debido sexo]) y que solo es inferior a la *bestialitas*, vicio todavía más tremendo, en el cual «*non servatur debita species*» [no se observa la debida apariencia] (*Summa theologica* 2, 2, q. 154, art. 12, ad 4). Por otra parte, el mismo santo Tomás consideraba la masturbación

³² D’Avack, «L’omosessualità», *op. cit.*, p. 681.

³³ *Ibidem*, p. 686.

como un pecado mucho más grave que la violencia carnal cometida contra una mujer: en efecto, según su opinión, «la justa razón manifiesta que el fin prescrito a los actos sexuales es la procreación». Dicho esto, es evidente que si de un estupro puede nacer un niño, de una paja, en cambio, no puede nacer nada.

Es inútil proseguir enumerando las diferentes posiciones asumidas respecto a la homosexualidad por parte de teólogos y canonistas a lo largo de los siglos; inútil exhumar las diferentes penas previstas por los múltiples penitenciales (penas que van, generalmente, *de los diez años a la penitencia perpetua*), o las varias bulas papales contra la «sodomía», «*horrendum illud scelus*» [ese horrible crimen], como la definió Pío V (1558). La homosexualidad, tradicionalmente «*peccatum illud horribile Inter Christianos non nominandum*» [Ese horrible pecado entre los cristianos no debe mencionarse], fue también definida por los canonistas setecentistas, con barroca ampulosidad, «*materia foetida, detestabilis, pessima, infamis, turpis, horrenda, enormis, nefanda*» además de «*turpissimum, gravissimum, spurcissimum, abominabile et perexosum peccatum*» [«materia fétida, detestable, peor, infame, fea, horrible, monstruosa, espantosa» además de «el pecado más vil, más pesado, más inmundo, abominable y más caro»].

Ni, tampoco, podemos seguir en todos sus pormenores las sin embargo curiosas (¡ay, tristemente curiosas!) disputas de la doctrina canónica en torno al coito interrumpido entre hombres: la Iglesia se devanó los sesos durante largo tiempo para establecer si un hombre que hiciera el amor con otro pero no le eyaculara en el culo —«*immissio veretri in vase praepostero sin effusio seminis*» [la inserción de veretri en el vaso preposterior sin la absorción de la semilla] — debía ser considerado menos culpable que aquel que, en cambio, le eyaculara dentro —o sea, con «*effusio seminis in vase praepostero*» [la absorción de la semilla en el vaso anterior]—. Y tampoco podemos seguir las disputas relativas a la homosexualidad femenina: habiendo establecido que un coito «contra natura» con «*immissio veretri*» era indispensable para realizar el «delito de sodomía», los teólogos se preguntaban en qué sentido se podía hablar de auténtica «sodomía» en una relación entre mujeres, dada la ausencia de «*immissio veretri*». «*Believe it or not*» [lo creas o no], acabaron por asumir como criterio discriminante el mayor o menor desarrollo del clítoris de la «*foemina incuba*» [la mujer

estaba embarazada]. Si a través de un examen «ginecológico» quedaba establecido que, dado su singular desarrollo, podía servirse del clítoris a modo de pene, el tribunal procedía sin más a la tortura para extraerle a ella y a su pareja la confesión judicial y «aplicar después a las mismas las correspondientes sanciones penales».³⁴

Por la misma época, mientras el tabú antihomosexual sembraba Europa de millares de víctimas, el homoerotismo seguía prosperando en las tierras extrañas a la influencia del judeo-cristianismo. El tabú antigay no era conocido en China, Japón, India, los países árabes, Africa, Australia, Siberia y la América precolombina.³⁵

Las leyes contemporáneas. Orígenes del movimiento homosexual por la reivindicación de los derechos igualitarios

Lo que sigue es el diálogo entre Zamé (personaje que en *Aline y Valcour* del marqués de Sade representa la figura del legislador ideal de una desconocida isla del Pacífico) y un francés típico del *Ancien Régime*. El que habla en primera persona es Zamé:

En cierta ocasión pasé un día en París en aquella arena de Temis donde sus curillas, con la elegante casaca bajo la sotana negra, de vuelta de los banquetes con sus barraganas, condenan tan alegremente a muerte a individuos que tal vez valen más que ellos. Estaba a punto de comenzar un espectáculo para esos carniceros de carne humana...

—¿Qué culpa ha cometido ese infeliz? —pregunté.

—Es un pederasta —me contestó—. Ya veis que se trata de una culpa horrible, detiene el aumento de la población, la estorba, la destruye... este bribón debe ser destruido a su vez.

—Muy bien dicho —repliqué a mi filósofo—. No cabe duda de que el señor es un genio...

Seguí a una gran multitud que, no lejos de allí, entraba en un monasterio, y vi a una pobre muchacha de dieciséis o diecisiete años, fresca y hermosa, que acababa de hacer acto de renuncia

³⁴ *Ibidem*, p. 697.

³⁵ Cf. Lauritsen, *Religions Roots*, *op. cit.*, p. 12

al mundo y había jurado sepultarse viva en la soledad en que se hallaba...

—Amigo mío —le dije a mi vecino—, ¿qué hace esta muchacha?

—Es una santa —me contestó—, renuncia al mundo, enterrará en el fondo de un claustro el germen de los veinte hijos que un día hubiera donado al Estado.

— ¡Qué sacrificio!

—¡Oh, sí señor! Es un ángel, y ya tiene su puesto en el cielo.

—Insensato —le dije a mi hombre, incapaz de soportar tanta incoherencia—. Allí quemas a un infeliz cuyo error dices que ha sido detener la propagación del género humano, ¡y aquí coronas a una joven que está a punto de cometer el mismo delito! Poneros de acuerdo acerca de estas cosas, franceses, o en caso contrario, no os sorprenda que un extranjero dotado de razón, que viaje por tu país, lo considere el centro de la locura y el absurdo.³⁶

Así escribía el marqués de Sade, *libertin outré*, en la Bastilla, un año antes del estallido de la Revolución francesa. En nombre de la razón, «su obra desenmascara el carácter mitológico de los principios sobre los que reposa, según la religión, la civilización: el decálogo, la autoridad paterna, la propiedad privada» (Horkheimer, Adorno).

En 1791, dentro del espíritu de la Ilustración y *en nombre de la razón* (Diderot veía en la homosexualidad un remedio natural contra la superpoblación... ¡y la sífilis!), la Asamblea Constituyente francesa abolió la pena capital para el «delito de sodomía».

En 1810, aceptando una nueva propuesta de ley del ministro Cambacéres, que era gay, Napoleón acabó por legalizar la homosexualidad: las relaciones homosexuales privadas entre adultos consintientes ya no fueron consideradas un crimen en los países en los que regía el código napoleónico, y entre ellos Italia.³⁷

Caído Napoleón, las leyes italianas recuperaron parcialmente el antiguo carácter persecuidor. El código sardo de 1859 preveía en su artículo 425 la homosexualidad como delito, siempre que concurriese la violencia o bien el escándalo. Sin embargo, cuando en 1861 se

³⁶ Donatien Alphonse François de Sade, *Aline y Valcour o la novela filosófica*.

³⁷ Cf. Marc Daniel y André Baudry, *Gli omosessuali*, Florencia, Vallecchi, 1974, y Lauritsen, *Religious Roots*, *op. cit.*

pretendió extender el código sardo a las provincias meridionales, el artículo 425 fue derogado.

Durante el fascismo, si bien no se introdujeron leyes antihomosexuales específicas, la isla de Ventotene fue dedicada, entre otras cosas, a lugar de confinamiento para los gais. Además, hasta 1941 permanecieron en vigor el antiguo código penal para el ejército y el militar naval de 1869 que preveían especiales sanciones «disciplinarias» (hasta diez años de trabajos forzados...) para los «delitos de libidinosidad contra natura».

La actual legislación italiana no incluye la relación homosexual como delito independiente; en efecto, según la Relación ministerial sobre el proyecto de código penal, «el torpe vicio [...] no está tan extendido en Italia como para exigir la intervención de la ley penal. Esta debe uniformarse a criterios de absoluta necesidad en sus incriminaciones, y por ello no pueden hallar justificación nuevas consideraciones de delito si el legislador no se encuentra frente a formas de inmoralidad que se presenten de forma alarmante en la convivencia social. Y, por fortuna, este no es el caso del vicio en cuestión en Italia. Dichas razones, contrarias a la incriminación de la homosexualidad, me han convencido, etcétera».³⁸

Es decir, el hecho de que la homosexualidad no constituya actualmente delito en sí misma en Italia depende de las malas informaciones estadísticas de los legisladores que redactaron el código penal; de haber sabido, en efecto, que, como mínimo, los homosexuales manifiestos son el 4,5 % de la población italiana y los llamados «bisexuales» muchísimos más, es muy probable que la homosexualidad hubiera sido incriminada.³⁹

De todos modos —incluso prescindiendo de la opinión de los ministros sobre la difusión del «torpe vicio» en Italia— la actual legislación «dispone contra la homosexualidad unos medios *indirectos*: en el sentido de que la condena de la homosexualidad puede convertirse en hecho ilícito cuando esta agrede intereses jurídicamente tutelados,

³⁸ La anteriormente citada Relación ministerial es transcrita por Salvatore Messina en el artículo «L'omosessualità nel diritto penale», en *Ulisse*, fasc. XVIII, p. 675.

³⁹ La Organización Mundial de la Salud valora que en Italia el número total de homosexuales «auténticos» (se trata de la habitual distinción psico-nazi entre *homosexualidad auténtica* y *pseudo-homosexualidad*) son 2.475.000: alrededor del 4,5 % del conjunto de la población masculina y femenina. Además de los 1.120.000 homosexuales «auténticos» de sexo masculino existirían, sin salir de Italia, al menos 5 millones de machos bisexuales: esto es, de machos que tienen relaciones sexuales tanto con las mujeres como con los hombres.

diferentes de los intereses a los que se vincula la lucha contra la homosexualidad. Así pues, el hecho puede ser castigado siempre que aparezcan los extremos de la violencia carnal (o actos violentos de lujuria) y siempre que se realice el acto obsceno en lugar expuesto al público: podrá configurarse, en los casos citados, el delito de corrupción de menores». ⁴⁰ Además, siempre puede intervenir la acusación de *plagio*⁴¹ para sumir en la desgracia judicial-carcelaria a un Braibanti cualquiera.

Pero, si bien la legislación italiana es, en lo que se refiere a la homosexualidad, relativamente permisiva, la represión policial es durísima. Además, aunque la jurisdicción solo amenace *indirectamente* con castigos, las normas morales proclaman la interiorización consciente de una ley muy severa.

Finalmente, en el curso de los últimos treinta años, varias veces y desde varios sectores se ha intentado introducir en Italia precisas sanciones penales antigay: el 5 de abril de 1972, por ejemplo, el CIS (Centro Italiano de Sexología) organizó en San Remo el primer festival internacional de sexología, reuniendo a cuantos tuviesen «intención de recoger [...] los términos para presentar una propuesta de ley PSDI tendiente a poner fuera de la ley la homosexualidad». ⁴²

En Francia, la situación es análoga. En el curso de este siglo parece que no se registraron condenas por homosexualidad hasta la llegada del régimen de Vichy. Pétain publicó un decreto antigay el 6 de agosto de 1942. Guy Hocquenghem observa que el nuevo código penal francés, nacido de la Liberación, contiene un artículo que reproduce exactamente, casi *palabra por palabra*, los términos del decreto del mariscal: se trata de la ley del 8 de febrero de 1945 (artículo 331) que castiga «con la reclusión de seis meses a tres años y con una multa [...] a quienquiera que cometa un acto obsceno o contra natura con un individuo de su mismo sexo menor de veintiún años». ⁴³ La segunda ley sobre la homosexualidad, relativa a los «delitos de ofensa al pudor», fue votada en 1960 después del regreso al poder del general De Gaulle. Hasta entonces, el código penal no diferenciaba entre el ultraje al pudor cometido

⁴⁰ Salvatore Messina, «L'omosessualità», *op. cit.*, p. 473.

⁴¹ Término italiano para designar el hecho de que alguien, mediante cualquier forma de ascendente, o presión psicológica, se apodera de la voluntad de otra persona [N. de T.].

⁴² Alfredo Cohén, «Introduzione» a *La política del cuerpo*, *op. cit.*, p. 18.

⁴³ Cf. Hocquenghem, *Le désir homosexuel*, *op. cit.*, p. 26.

por homosexuales del cometido, en cambio, por heterosexuales. El artículo 330, párrafo 2.º, del 25 de noviembre de 1960 precisa: «Cuando el ultraje público al pudor consiste en un acto contra natura con un individuo del mismo sexo, la pena consistirá en la reclusión de seis meses a tres años y en una multa de 1.000 a 15.000 francos». Hocquenghem hace notar que la ofensa heterosexual al pudor sale más barata: la multa va solamente de 500 a 4.500 francos.

En 1964, los tribunales franceses han condenado a 331 personas por actos «contra natura» y a 424 en 1966: una encarnizada persecución policial sigue combatiendo lo que el diputado Paul Mirguet definió, junto con la tuberculosis y el alcoholismo, uno de los más peligrosos «azotes sociales» (18 de julio de 1961). Fue refiriéndose precisamente a las palabras de Mirguet que los compañeros del FHAR titularon *Fléau social* su primer boletín.

Muy recientemente (en 1969 y posteriormente en 1973), la República federal alemana ha modificado el artículo 173 del código penal, que hasta entonces establecía la criminalidad de las relaciones homosexuales entre hombres, mientras ni siquiera tomaba en consideración las femeninas.

Fue en Alemania donde, por vez primera en el mundo, fue configurándose en las postrimerías del siglo pasado un movimiento de liberación gay, que tuvo sobre todo —por utilizar la expresión de Thorsten Graf y Mimi Staglitz— un «carácter democrático pequeño-burgués». ⁴⁴ En 1897, a dos años de la muerte de Karl Heinrich Ulrichs, gran pionero de la lucha de liberación homosexual en Alemania, ⁴⁵ fue creada en Charlottenburg la primera organización oficial en favor de la reivindicación de los derechos igualitarios para los gais, el Comité científico humanitario (WHK). El Komitee fue fundado y dirigido durante más de treinta y cinco años por Magnus Hirschfeld, autor, entre otras cosas, de una especie de enciclopedia de la homosexualidad titulada *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes*. ⁴⁶ Durante tres décadas, la actividad principal de dicha organización fue la campaña de

⁴⁴ Thorsten Graf y Mimi Steglitz, «La repressione degli omosessuali nella società borghese», en *Gay Gay*, *op. cit.*, p. 118.

⁴⁵ Cf. Lauritsen Thorstad, *Los primeros movimientos...*, *op. cit.*, p. 68.

⁴⁶ Magnus Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes*, Berlín, L. Marcus Verlagsbuchhandlung, 1920. Cf. también *Sexual-pathologie. Ein Lehrbuch für Ärzte und Studierende*, Bonn, A. Marcus und E. Webers Verlag, 1922.

revocación contra el artículo 173 del código penal alemán. El apoyo a dicha petición no procedió únicamente de homosexuales: la firmaron más de seis mil «personalidades» de la época, la mitad de las cuales eran médicos. El 13 de enero de 1898 el líder socialdemócrata August Bebel tomó la palabra en el Reichstag para apoyar la petición, que fue firmada también, entre otros, por Kautsky y por Bernstein.

En el Berlín de los espartaquistas la cuestión homosexual pasó a ser popularísima: parece que se hablaba de ella por todas partes.⁴⁷ En diciembre de 1922, el Reichstag votó para llevar la petición a la atención del gobierno, pero la cosa no pasó de ahí y durante años no se hizo nada. Finalmente, «el 16 de octubre de 1929 la comisión de derecho penal de la Cámara de los diputados del Reich estableció que “los actos inmorales entre hombres” desapareciesen del nuevo derecho penal. La disposición legal relativa al artículo 175 fue [...] derogada, gracias a la línea de actuación común de los diputados comunistas y socialdemócratas».⁴⁸

Mientras tanto, el Comité Científico Humanitario se hizo promotor de una Liga Mundial para la Reforma Sexual. Fue así cómo Hirschfeld y algunos de sus miembros más importantes emprendieron viajes por todo el mundo, en especial por Estados Unidos, Oriente e incluso China, dando por todas partes conferencias sobre los temas de la emancipación homosexual. En el momento de su máxima expansión (a finales de los años veinte), más de ciento treinta mil personas pertenecían a organizaciones afiliadas a la Liga Mundial por la Reforma Sexual.

La victoria del fascismo en 1933 impidió que la derogación de las leyes anti-homosexuales contenidas en el artículo 175 adquiriese una validez jurídica. *Entre 1933 y 1935 el movimiento gay fue brutalmente aniquilado por los nazis*: en 1935 las leyes contra la homosexualidad no solo fueron puestas en vigor de nuevo, sino incluso endurecidas. Las sanciones penales del artículo 175 fueron ampliadas hasta incluir, como delito, los besos, los abrazos y las fantasías homosexuales...

⁴⁷ Cf. Ivan Goll, *Sodoma e Berlino*, Milán, Il Formichiere, 1975.

⁴⁸ Graf-Steglitz, «La repressione degli omosessuali», *op. cit.*, p. 92.

El último de una serie clandestina de noticieros del Comité Científico Humanitario fue publicado en febrero de 1933 por Kurt Hiller.⁴⁹ Magnus Hirschfeld emigró a Francia, donde murió al poco tiempo. En 1933 una incursión nazi devastó el Instituto Berlínés por la Ciencia Sexual, sede del Komitee y de la Liga Mundial por la Reforma Sexual: fueron destruidos más de diez mil volúmenes de la biblioteca del Instituto. Un busto de Hirschfeld fue llevado en procesión con antorchas y lanzado después a las llamas.

En junio de 1934 se ordenó la matanza de las «SA», las «camisas pardas» de Ernst Rohm. En la «noche de los cuchillos largos» el propio Rohm fue sorprendido por las SS mientras estaba acostado con un joven: fue trasladado a Múnich y ejecutado en la prisión de Stadelheim; la mayor parte de las «SA» que participaban en la reunión de Wiessee fueron, en cambio, asesinados allí mismo. La prensa desencadenada organizó «la idiota puesta en escena de “delitos morales” conocidos por todos desde hace tiempo» (Thomas Mann).

A partir de entonces los campos de concentración comenzaron a llenarse de homosexuales con la chaqueta y la pernera derecha de los pantalones «adornadas» con un triángulo rosa de unos siete centímetros de altura, a modo de signo de identificación que les diferenciase de judíos, gitanos, detenidos políticos, etc. «A partir de 1934 los homosexuales de los países ocupados por los nazis fueron enviados a campos de concentración en Alemania o Austria».⁵⁰ Los «invertidos» eran frecuentemente castrados por médicos oficialmente encargados de hacerlo: muchísimos perecieron entre las fatigas extenuantes de los trabajos forzados o a causa de enfermedades contraídas en los *lager*; muchos acabaron en las cámaras de gas. Hoy, uno de los distintivos de los grupos de liberación homosexual de la República Federal Alemana (Homosexuelle Aktion Gruppen) representa un triángulo rosa.

Aunque se calcula que las víctimas homosexuales de los nazis suman unos cuantos centenares de miles, no se sabe exactamente cuántos hombres y cuántas mujeres gays fueron exterminados en los campos de concentración. «Es imposible una estimación exacta —escriben John Lauritsen y David Thorstad— porque los homosexuales,

⁴⁹Kurt Hiller, uno de los más conocidos exponentes del movimiento homosexual por la reivindicación de derechos igualitarios, murió en 1972, a la edad de ochenta y siete años.

⁵⁰Lauritsen-Thorstad, *Los primeros movimientos*, *op.cit.*, p. 87.

especialmente los de las fuerzas armadas, solían ser fusilados sin proceso. Los registros de los campos de concentración, que habrían podido ofrecer informaciones, fueron sistemáticamente destruidos cuando la derrota de Alemania se hizo evidente».⁵¹

Se sabe, sin embargo, que, solo entre 1937 y 1939, 24.450 hombres fueron condenados e internados por «actos contra natura».⁵²

En Inglaterra, como ya he dicho, *la condena a muerte por el «delito de sodomía» solo fue abolida en 1861 (en Escocia duró hasta 1889).*

El escritor socialista Edward Carpenter, destinado a ocupar un papel de primera importancia en el panteón gay, encabezó en el siglo pasado una influyente campaña en favor de la liberación homosexual en Inglaterra. Muy pronto sus obras fueron conocidas también en el extranjero, y traducidas al alemán, italiano, noruego, holandés, búlgaro, ruso y japonés. La histeria antihomosexual que se desencadenó en Inglaterra después del proceso Wilde impidió la publicación en aquel país de la obra maestra de Carpenter, *Love's Coming of Age (El amor alcanza la mayoría de edad*, de 1896). Una década antes, la publicación de *Leaves of Grass* (1885) del americano Walt Whitman, que Carpenter encontró en dos ocasiones y estimó profundamente, había ejercido una notable influencia emancipadora entre los homosexuales anglosajones.⁵³

El proceso contra Oscar Wilde, acusado de *gross indecency* por sus relaciones homosexuales, se desarrolló en Londres en 1895. «Determinó un viraje en la vida intelectual y social inglesa muy parecido a cuanto sucedió en Francia gracias al proceso Dreyfus. Es cierto que Inglaterra no se dividió políticamente y nadie tuvo la menor duda de la culpabilidad del imputado, pero, en ambos casos, los elementos conservadores de la sociedad se sintieron amenazados» (Philippe Jullian).⁵⁴

Mientras tanto, parece que los trenes iban cargados de gais que se apresuraban a abandonar Inglaterra y trasladarse al continente. Y, por su parte, los irlandeses también se movían: comenzaron a difundir la voz de que Wilde había sido calumniado por los «abominables jueces ingleses» (Jullian).

⁵¹ *Ibidem.*

⁵² Cf. «Lo sterminio degli omosessuali nel Terzo Reich», *Fuori!*, núm. 12, primavera de 1974, pp. 30-39.

⁵³ Cf. Lauritsen-Tborstad, *Los primeros movimientos*, op. cit., pp. 151-160.

⁵⁴ Philippe Jullian, *Oscar Wilde*, Turín, Einaudi, 1972, p. 233.

Las mismas protestas volverían a oírse en 1916 cuando uno de los mayores patriotas irlandeses, fue ahorcado por connivencia secreta con el enemigo. Para predisponer desfavorablemente al jurado, la policía le había entregado el diario homosexual de Casement. Los jueces consiguieron enemistarlo con sus propios defensores en Irlanda y en los Estados Unidos, denunciando públicamente su homosexualidad. Todavía hoy muchos nacionalistas irlandeses se obstinan en afirmar que los diarios de Casement no eran auténticos, sino que estaban falsificados *ex profeso* por la policía y por el tribunal para calumniarlo y dirigir contra él a la opinión pública: evidentemente, a sus ojos, la homosexualidad es incompatible con la grandeza de ánimo y el heroísmo.

Solo en el curso de la década de 1960 la homosexualidad ha sido legalizada en Inglaterra y en Gales. Paradójicamente, las leyes anti-gay han sido mantenidas en Escocia y en Irlanda del Norte: un homosexual, ciudadano «libre» en Londres y en Cardiff, ¡se convierte en «criminal» si se desplaza a Edimburgo o a Belfast. Y no solo eso: la legalización de la homosexualidad no concierne a la marina militar y mercante.

La ley suiza permite las relaciones «contra natura» entre adultos, pero «protege» a los jóvenes hasta los veinte años y castiga a quien «abusa» de su «inexperiencia»... Así pues, los gais son condenados siempre que hagan el amor con un menor de edad, incluso si él está de acuerdo.

En cambio, las legislaciones de Dinamarca, Suecia y Holanda son más permisivas. En esos Estados existen los guetos para homosexuales mejor organizados de Europa y la policía protege, dentro de ciertos límites, el buen funcionamiento de la industria de lo «perverso». Guetos bien acondicionados han aparecido también en Francia y en Alemania occidental. En Inglaterra, en cambio, la represión más abierta golpea incluso los locales del gueto: no existen, por ahora, saunas seguras u *orgy rooms* en los bares y en las salas de baile. Cada día los magistrados condenan a decenas de homosexuales arrestados la noche antes en los lugares de *ligue*.

En Bélgica, solo en 1965 fue votada una ley específica sobre la homosexualidad, ley que bajo el título de «protección de la juventud» reprime el «atentado al pudor» cometido sin violencia en la persona de un menor de dieciocho años. Y un tal capitán Tilmant escribe en la *Revue*

de la gendarmerie belge (4.º trimestre 1969): «Para una prevención eficaz y una represión segura, los policías deben esforzarse en conocer bien este mundo secreto [el “mundo” homosexual], donde es comprensible que las delaciones sean escasas y las denuncias reticentes. En materia de homosexualidad más que en cualquier otra, la máxima “no hay buena policía sin archivos” asume su pleno significado». ⁵⁵

En Austria la homosexualidad ha sido legalizada recientemente (1971). No obstante, se les niega a los gais el derecho a reunirse en asociaciones de manifiesto carácter homosexual. El ambiente gay vienés es uno de los más restringidos de la Europa occidental.

En Japón basta con tener trece años (ninguna otra legislación del mundo estipula una edad tan baja...) para estar oficialmente autorizado a disponer del propio cuerpo en relaciones gais; en efecto, Japón arrastra consigo una antigua, aunque contradictoria, tradición de tolerancia respecto al homoerotismo. ⁵⁶

En los Estados Unidos de América, a excepción de Illinois, Connecticut, Hawái, Oregón, Delaware, Texas y, a partir de 1975, Dakota del Norte y California (así que solo recientemente ha sido abolido en California el más que centenario estatuto que también castigaba la homosexualidad con la cadena perpetua y la castración), *el homoerotismo sigue siendo considerado como título independiente de delito*. Las penas previstas varían de Estado en Estado, y muchas veces las leyes llegan a prescribir hasta diez años de reclusión. «No solamente estas leyes se revelan ineficaces para impedir que millones de americanos se entreguen de todos modos al “crimen” del amor homosexual —escribe Kipp Dawson—, sino que *estimulan otros crímenes auténticos*, como por ejemplo el chantaje contra los gais». ⁵⁷

Además de la violencia, la corrupción policial y la severidad judicial a que deben enfrentarse los homosexuales norteamericanos en todos los Estados donde la homosexualidad todavía no ha sido legalizada, la pura y simple existencia de leyes antigais supone una amenaza constante y al mismo tiempo refuerza las formas de clara discriminación con que los homosexuales se tropiezan cada día. En estos

⁵⁵ Cf. Hocquenghem, *Le désir homosexuel*, op. cit., p. 28.

⁵⁶ Cf. S. Jwaya, «Nan sho k'» (La pederastia en Japón), en *Jahrbuch für sexuelle Zwischens-tufen*, Vol. IV, 1902, pp. 265-272.

⁵⁷ Kipp Dawson, *Gay Liberation: A Socialist Perspective*, Nueva York, Pathfinder Press (Inc.), 1975, p. 6.

Estados, es muy difícil para los gais encontrar trabajo: deben ocultar cuidadosamente sus inclinaciones sexuales si quieren ser admitidos y están obligados a vivir en el temor constante de ser descubiertos y despedidos, con escasísimas posibilidades de encontrar un nuevo empleo, dada la razón del primer despido. Por otra parte, la mayor parte de los propietarios de viviendas no las alquilan a los gais: encontrar casa, sin pagar precios especiales muy altos, se convierte en una cosa difícilísima. En la misma privacidad de su vivienda, los homosexuales deben ser prudentísimos: ¡ay! si los vecinos descubren que son gais. Serían probablemente denunciados y lo primero que les ocurriría sería el desahucio. Finalmente, en las escuelas, en los hospitales, en las cárceles, en los cuarteles, si un homosexual es descubierto o, simplemente se sospecha que lo es, es aislado, insultado, segregado e incluso golpeado por sus «superiores» y sus «compañeros».⁵⁸

De todos modos, esto no ocurre únicamente en los Estados norteamericanos más reaccionarios (puesto que habría que admitir que, de hecho y en su conjunto, los Estados Unidos son actualmente el más gay de todos los países bajo el dominio real del capital): también en los países donde la homosexualidad no constituye un delito por sí misma, como Italia, por ejemplo, formas de discriminación parecidas están a la orden del día. Dentro de poco veremos, en efecto, cómo la legalización de la homosexualidad no implica la rehabilitación total de los homosexuales frente a la opinión pública, ni aligera en mucho el fardo de la represión que pesa sobre sus hombros.

⁵⁸ Hasta septiembre de 1975 existía en Estados Unidos una norma no escrita según la cual las fuerzas armadas no admitían el ingreso de los homosexuales y expulsaban a cualquier militar que se revelase como tal o mostrase incluso que tenía gustos «especiales». Se trataba de un real y auténtico «bando» que el sargento mayor de las Fuerzas Aéreas, Leonard Matlovich, decidió desafiar, el 6 de marzo de 1975, dirigiendo a su comandante, el coronel Charles Ritchie, una carta en la que afirmaba que era homosexual y que no tenía la menor intención de abandonar el ejército. Provocando un escándalo, Matlovich acabó por vencer: a comienzos de septiembre de 1975 el Pentágono declaró abolida la cláusula según la cual, cuando un miembro de las fuerzas armadas decía ser homosexual, la expulsión era automática. Por otra parte, la abolición de dicha norma se limitó a refrendar, si bien con gran retraso, una situación de hecho: el porcentaje de homosexuales entre los que se enrolan en el ejército norteamericano es alto; la homosexualidad está a la orden del día en los cuarteles. Pese a ello, Oliver Sipple, el exmarine conocido por haber desviado, el 22 de septiembre de 1975, el arma apuntada por Sarah Jane Moore contra el estúpido de Ford, ha llevado a los tribunales a algunos periódicos y revistas por haberle perjudicado al revelar su homosexualidad.

En muchísimos otros Estados, en cualquier caso, la homosexualidad sigue estando fuera de la ley: en España,⁵⁹ por ejemplo, en Portugal, en Grecia, en Israel,⁶⁰ por no citar los países del Segundo y del Tercer Mundo. Vale la pena recordar la respuesta del gobierno de la República Democrática Alemana a una carta enviada por el International Liaison Group [Grupo de enlace internacional] del Gay Liberation Front londinense (febrero de 1972), en la que se preguntaba cómo enfocaba la Alemania llamada socialista el problema de la homosexualidad: el gobierno democrático contestó que en Alemania del Este no existe tal problema, puesto que no hay homosexuales.⁶¹ Sin comentarios.

Por lo que se refiere a la Unión Soviética, un decreto de diciembre de 1917 abolió la ley antihomosexual zarista. Este acontecimiento demuestra una cierta apertura demostrada respecto al homoerotismo por el poder proletario en el momento de su advenimiento histórico (y ello en un país que pasaba bruscamente de una legislación feudal a una socialista). En el panfleto titulado *La revolución sexual en Rusia* (1923), el doctor Grigori Batkis, director del Instituto de Higiene Social de Moscú, escribía: «En cuanto a la homosexualidad, la sodomía y otras formas de gratificación sexual que las legislaciones europeas definen como delitos contra la moralidad pública, la legislación soviética las considera exactamente igual que la llamada relación “natural”. Todas las formas de relaciones sexuales son materia privada. Solo se produce una situación de procedimiento penal cuando existe uso de la fuerza o coacción, de la misma manera que ocurre habitualmente cuando se producen daños o violación de los derechos de otra persona».⁶²

⁵⁹ Cf. Enrico Airone, «Spagna: fascismo!», *Fuori!*, núm. 1, junio de 1972. Pero en los últimos meses también han surgido en España grupos de liberación homosexuales.

⁶⁰ En 1955 y en 1971 existieron intentos, por parte de socialistas y liberales, de legalizar la homosexualidad en Israel. La iniciativa fracasó en ambas ocasiones. Kurt Hiller escribió: «Que los representantes de una minoría étnica que ha sido horriblemente perseguida persigan ellos mismos a una minoría biológica no menos inocua e inocente... ¿qué sentimiento puede provocar en un ser razonable si no es un ilimitado desprecio?» Cf. Lauritsen, *Religious Roots*, *op. cit.*, p. 13.

⁶¹ Cf. Mario Rossi, «Berlino: l'omosessualità scavalca il muro», *Fuori!*, núm. 11, invierno de 1973. Una descripción de la situación de extremo malestar en la que viven los homosexuales en la Alemania Oriental y en la Unión Soviética aparece en el artículo de Thomas Reeves, «Red & Gay, oppression East and West», *Fag Rag*, núm. 6, Boston, otoño de 1973.

⁶² Cf. Lauritsen-Thorstad, *Los primeros movimientos...*, *op. cit.*, p. 61.

Cuando la Unión Soviética envió delegados al I Congreso Internacional convocado por la Liga Mundial para la Reforma Sexual (fundada, como ya he dicho, por el Komitee alemán), congreso que se desarrolló en Berlín en 1921, en Rusia comenzaba a dibujarse de manera cada vez más clara la tendencia contrarrevolucionaria. La derrota de la Revolución en los Estados de la Europa central determinó en la Unión Soviética el contragolpe que llevó a la instauración del capitalismo burocrático.⁶³ En cualquier caso, la URSS siguió enviando delegados a los sucesivos congresos internacionales de la Liga (que tuvieron lugar en Copenhague en 1928, en Londres en 1929, en Viena en 1930; un V Congreso, que originariamente debía desarrollarse en Moscú sobre el tema «Marxismo y problemas sexuales», se desarrolló, en cambio, en Brno, Checoslovaquia, en 1932).

La *Gran Enciclopedia Soviética*, publicada en 1930, demuestra cómo la URSS, entrada desde hacía años en plena contrarrevolución, seguía manteniendo en aquel tiempo una actitud *tolerante* hacia el homoerotismo. Se lee en ella: «En los países capitalistas avanzados, la lucha por la abolición de estas leyes hipócritas [las leyes antihomosexuales] se halla en plena ebullición. En Alemania, por ejemplo, Magnus Hirschfeld encabeza una campaña especialmente enconada y no desprovista de éxito en favor de la abolición de la ley que condena la homosexualidad [...]. Resulta obvio que la evaluación soviética de las peculiaridades y características de los homosexuales es totalmente distinta de la evaluación de los países occidentales. Aunque comprende el error del desarrollo de la homosexualidad, la sociedad no acusa, ni podría hacerlo, a aquellos que hacen gala de ella. De este modo se destruyen las barreras interpuestas entre el homosexual y la sociedad y el primero se ve obligado a refugiarse más profundamente en sí mismo».⁶⁴

Pero, muy pronto, la propia contrarrevolución excavó la fosa para los homosexuales. En marzo de 1934, se introdujo en Rusia una ley que castigaba los actos homosexuales con una reclusión máxima de ocho años. La ley, que tomó la forma de un estatuto federal fue el resultado de la intervención personal de Stalin. Limitaba la definición de la

⁶³ Cf. Amadeo Bordiga, *Strutture economiche e sociali della Russia d'oggi*, Milán, Editorial Contra, 1966; además, del mismo autor, *Russia e rivoltizone nella teoría marxista*, Milán, Il Formichiere, 1975.

⁶⁴ Cf. Lauritsen-Thorstad, *Los primeros movimientos*, op. cit., pp. 123- 124.

homosexualidad a los hombres. Se exigió a todas las repúblicas que inscribieran sin la menor codificación dicho estatuto en sus respectivos códigos. La prensa soviética inició una campaña durísima contra la homosexualidad, definido como síntoma de la «degeneración de la burguesía fascista»: el tono y los contenidos de los ataques se revelaron absolutamente exactos a los de la campaña antigay emprendida contemporáneamente por los nazis en Alemania. Al igual que en Alemania, también se desencadenó en la Unión Soviética una persecución inaudita. Entre los detenidos había muchísimos actores, músicos y otros artistas; fueron condenados a varios años de cárcel o a la deportación a Siberia. Los arrestos masivos crearon el pánico entre los homosexuales y fueron seguidos de numerosos suicidios en el mismo Ejército Rojo. *Stalin reaccionó con el exterminio a algún picor de culo: astucia del capital...*

Hoy, los doctores soviéticos ignoran hasta las raíces etimológicas del término «homosexualidad». En la tercera edición de la *Gran Enciclopedia Soviética*, publicada en 1971, se lee: «Homosexualidad (del latín *homo* y *sexus*) —(¡sic!)— perversión sexual que consiste en una atracción innatural hacia personas del mismo sexo. Se verifica en personas de ambos sexos. Las normas penales vigentes en la URSS, en los países socialistas y también en algunos Estados burgueses, prevén el castigo de la homosexualidad (*muzhelozhestvo* —sodomía entre hombres—)».⁶⁵

No cabe duda de que hoy la persecución es mucho más tremenda en la Unión Soviética, en Cuba⁶⁶ o en Polonia que en Inglaterra, Francia o Italia. Ya hemos visto cómo en casi todos los países de dominio real del capital han sido introducidas leyes tolerantes: *sin embargo, la tolerancia sigue siendo negación de la libertad. La tolerancia es represiva*. El capital ofrece «el espectáculo de una vida que es libre, pero que revoca la propia libertad en la ley, por tanto, la declara también una apariencia, y por otra parte refuta su libre ley mediante la acción» (Bruno Bauer).

En realidad, la «libertad» que la ley asegura a los homosexuales se reduce a la libertad de ser unos excluidos, unos oprimidos, unos explotados, unos objetos de violencia moral y con frecuencia física, unos

⁶⁵ *Ibidem*, p. 87.

⁶⁶ En el artículo «Cuba: socialismo?», *Fuori!*, núm. 1, junio de 1972, aparece una declaración drásticamente antihomosexual extraída de *Gramma*, órgano oficial del Comité central del Partido Comunista cubano, edición del 9 de mayo de 1971, y la respuesta del Gay Revolution Party (extraída de *Come out*, Nueva York, primavera-verano de 1971).

aislados en un gueto generalmente peligroso y, casi siempre, de una sordidez evidente. La sociedad «tardo-capitalista», escribe Francesco Saba Nardi, «aun dando a la homosexualidad la sanción jurídica de la tolerancia, impone a los homosexuales una marca (de infamia, de ridículo o de compasión) que les confina en un gueto más o menos dorado, en el cual el homosexual es inducido a recitar su propio papel de manera caricaturesca; al igual que el hebreo, en el gueto o en el campo de concentración, se convertía en el hebreo de la campaña antisemita y nazi: el hebreo gimiente y al mismo tiempo pícaro, el hebreo masoquista, el cual posee hoy, al menos en ciertos aspectos, su doble en la “mariquita”». ⁶⁷

En uno de los países europeos, Holanda, donde los homosexuales han alcanzado el grado más elevado de *emancipación política*, siguen siendo todavía unos marginados, relegados en un gueto funcional, prisioneros de la jaula de oro que es el Ámsterdam gay (si bien hay que admitir que en las saunas de Ámsterdam se goza mucho más intensamente y con mucha mayor tranquilidad que en los retretes de Piazza del Duomo de Milán...). ⁶⁸

Además —conviene repetirlo—, pese a la legalización oficial de la homosexualidad, en los países de dominio real del capital la represión es muy severa. «Cabe acusar de ofensa al pudor público a cualquiera que no rechaza con suficiente rapidez una caricia impúdica —observa Hocquenghem—, basta con permanecer excesivo tiempo en un retrete público para ser culpable de atentado al pudor; los policías pueden llegar hasta la provocación (en los baños turcos, por ejemplo) para suscitar la ofensa. La represión no se contenta con meter las narices en los calzoncillos, busca el atentado, lo suscita para condenar con más facilidad (semejante comportamiento por parte de la policía es frecuente en los Estados Unidos)», ⁶⁹ y, añadiremos, el ambiente gay

⁶⁷ Saba Sardi, «La società omosessuale», *op. cit.*, p. 36.

⁶⁸ Una de las más famosas guías internacionales para homosexuales, publicada en Ámsterdam, se titula *Incognito Guide*: el mismo título es todo un programa, representa el emblema del gueto cuyas puertas, por otra parte, se abren, más o menos *cachées*, en casi todos los países del mundo. Donde el gueto no está organizado por el sistema, existe un gueto clandestino. La *Incognito Guide* indica la dirección de los urinarios donde es posible encontrar homosexuales en Moscú, por ejemplo, y del parque o de los bares más frecuentados de Madrid.

⁶⁹ Hocquenghem, *Le désir homosexual*, *op. cit.*, p. 28.

también está infestado de tales *agents provocateurs* en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, prácticamente en todas partes. Hace un tiempo me dejé seducir (pero no demasiado) en Londres por un policía moreno y delicioso que, vestido de cuero negro, iba a los servicios del Shepherd's Bush a hacerse una paja con las esposas preparadas para atrapar a las mariquitas.

Oscurantismo-progresismo eclesiástico

Pese a la masiva campaña antierótica dispuesta por el sistema, pese al despotismo absurdo de la Norma heterosexual, en los países de dominio real del capital llevan unos años advirtiéndose los primeros síntomas de una lentísima maduración, por parte de muchos, respecto a la cuestión homosexual; aunque, en el fondo, a medida que comienza a hablarse de homosexualidad, aparecen a la luz la *vergonzosa* ignorancia y la cantidad de prejuicios reaccionarios que caracterizan la aproximación general de los «normales» a los «diferentes», y se reduce en realidad a poca cosa la distancia entre los que rechazan abiertamente el homoerotismo y los más tolerantes, los «progres».

La Iglesia, justiciera secular de los «sodomitas», confirma decididamente sus propias posiciones reaccionarias. La *Declaración* de la Congregación por la doctrina de la fe *respecto a algunas cuestiones de ética sexual* (enero de 1976) se obstina en distinguir «entre los homosexuales cuya tendencia, procedente de una falsa educación, una falta de evolución sexual normal, un hábito contraído, unos malos ejemplos u otras causas análogas, es transitoria o, al menos, no incurable, y los homosexuales que son definitivamente tales por una especie de instinto innato o una constitución patológica, considerada incurable».⁷⁰

Como puede observarse, la Iglesia subraya la distinción *psico-nazi* entre «homosexualidad espúrea» o «pseudo-homosexualidad» y «homosexualidad auténtica».⁷¹ No por casualidad el padre Roberto Tucci, director de la Radio Vaticana, «ha encontrado en la *Declaración* una mayor atención a determinados datos de la ciencia respecto a la homosexualidad».⁷²

⁷⁰ Cf. *Avvenire*, viernes 16 de enero de 1976.

⁷¹ Cf. cap. I, párr. 5.

⁷² *Avvenire*, 16 de enero de 1976.

La *Declaración* evita mencionar posteriormente el *primer tipo* de homosexuales (cuyas «aberraciones» serían «transitorias o, al menos, no incurables»): acaso para no tener que levantar la sotana de todos los pseudo «pseudo-homosexuales» afiliados al clero o incluso encaramados a la silla gestatoria.

En lo que se refiere, en cambio, a los «sujetos de la segunda categoría», esto es, los «homosexuales auténticos», «incurables», la Congregación por la doctrina de la fe recomienda que, «en la acción pastoral», sean «acogidos con comprensión y apoyados en la esperanza de superar sus dificultades personales y su inadaptación social. Su culpabilidad será juzgada con prudencia; pero no puede ser utilizado ningún método pastoral que [...] les conceda una justificación moral. Según el orden moral objetivo, las relaciones homosexuales son actos carentes de una regla esencial e indispensable». «Los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados y, en ningún caso, pueden recibir la menor aprobación».

Semejantes juicios reaccionarios contribuyen a favorecer evidentemente el movimiento por la liberación de los homosexuales: en efecto, si por una parte siguen culpabilizando cada vez más al desgraciado homosexual católico obstinadamente observante, por otra inducen a un creciente número de católicos gais a abandonar la Iglesia, a romper con una tradición religiosa estúpidamente represiva y a abrirse a una concepción del mundo y de la vida diferente, menos conformista y, por tanto, potencialmente más disponible a una toma de conciencia revolucionaria.

Sin embargo, ya desde hace unos años, también respecto a los gais *menos* súcubes de la moral religiosa, la Iglesia (o sea el capital) inventa los instrumentos de recuperación. Hoy la Iglesia es también la Iglesia del disenso. He aquí, pues, que algunos miembros del clero comienzan a tomar posición oficial en favor de una «emancipación» de los homosexuales, oponiéndose al estigma de pecado «contra natura» tradicionalmente imprimido por la Iglesia sobre ellos.

Este es el caso, entre los franciscanos, del Padre Vittorino Joanes;⁷³ don Marco Bisceglia, el párroco de Lavello (Potenza) al que el

⁷³Un jesuíta, el padre Arturo Dalla Vedova, fue arrestado el 6 de noviembre de 1975 en Roma después de haber escrito repetidas veces *pig* (cerdo) y otras expresiones injuriosas en los carteles fijados en homenaje a Pasolini en Roma. La Compañía le hizo pasar por loco...

obispo quitó la parroquia, sostiene que no es a los homosexuales a los que «está destinado el infierno, sino a quien les margina, les insulta, les escarnece, les lleva a la desesperación y al suicidio».⁷⁴ La exmonja Marisa Galli, la conocida religiosa del disenso que expresó en su momento opiniones contrarias a la derogación del divorcio, afirma cándidamente: «Como religiosa católica italiana yo me siento culpable por el daño que, con nuestra actitud antievangélica, hemos hecho a tantos hermanos homosexuales. Tendrían derecho a denunciarnos por difamación. Las riquezas del Vaticano no bastarían para resarcirles del daño que les hemos infligido con nuestro prejuicio, nuestro analfabetismo sexual, nuestra inconsciente y consciente crueldad».⁷⁵ No, no bastarían las riquezas del Vaticano: demasiados «sodomitas» han muerto en los siglos pasados en las hogueras de la Santa Inquisición; demasiados homosexuales, todavía hoy, por culpa de lo que afirma la Iglesia, creen que son «personas enfermas y que, por tanto, deben ser tratadas, y no solo esto sino que cualquier persona que se expresa en tanto que homosexual, aunque esta sea su realidad, comete pecado contra Dios porque va contra natura» (Ornella Dragoni).⁷⁶

Fuera de Italia, y especialmente en Holanda, teólogos católicos conocidos y «autorizados» —como Pfeurten, Oraison, Biet, Gottschalk y el menos estúpido de todos ellos van de Spijker—⁷⁷ están reexaminando todo el comportamiento eclesiástico respecto al homoerotismo desde un punto de vista y según una tendencia «progresista». A su vez, el 18 de octubre de 1974, monseñor L'Heureux, obispo de Perpignan, manifestó en el curso de un programa de radio: «Es absolutamente preciso llegar sobre este punto a una cierta definición, yo diría de una actividad pastoral que pueda ayudar a los homosexuales a acceder más libremente a los sacramentos, a impregnarse más profundamente de la palabra de Dios, a encontrarse en grupo, bien entre ellos, bien con otros, para reflexionar sobre las necesidades de su vida cristiana, y finalmente también a no culpabilizarse a través de los

⁷⁴ Cf. *Corriere della Sera*, sábado 17 de mayo de 1975.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ Ornella Dragoni, «Una testimonianza», *Fuori!*, núm. 12, primavera de 1974, p. 22.

⁷⁷ Cf. Paola Elio, «Omossessualità e religione», *Fuori!*, *op. cit.*, pp. 13-16.

actos que se sentirían inducidos a cometer, y que parecerían anormales en relación con la tradición cristiana». ⁷⁸

Diríase que, con la utilización, por vez primera, del verbo «parecer» (*paraître*) en condicional, un miembro del episcopado ha abierto la posibilidad de una nueva reflexión sobre la homosexualidad en el ámbito de la teología moral. Pero su actitud paternalista es un cúmulo de falsedades: en primer lugar, monseñor L'Heureux se preocupa por ayudar a los homosexuales a «no culpabilizarse», mientras es evidente que, en realidad, los homosexuales no se culpabilizan, sino que son culpabilizados por la sociedad en general y la Iglesia en particular. Cuando se presenta la autoculpabilización, no es más que el reflejo de la condena infligida por la persecución externa.

Más exactamente, monseñor L'Heureux dice que es preciso ayudar a los homosexuales «a no culpabilizarse a través de los actos que se sentirían inducidos a cometer». ¿Por qué «sentirían» y no «sienten»? Y, además, ¿«inducidos» por quién o por qué? En todo caso, en su conjunto esta afirmación suena a decididamente ambigua: en efecto, leída en el contexto de la declaración global, puede ser interpretada como una invitación dirigida a los gais para que ya no se sientan culpables a causa de la homosexualidad, o bien como exhortación que se les dirige a fin de que, renunciando a las «prácticas» homosexuales, extirpen las raíces de su culpabilidad («a no culpabilizarse a través de los actos»). Lo que el obispo de Perpinyà da con una mano, lo retira, al mismo tiempo, al igual que en un juego de manos, con la otra. Y lo que más le interesa es la integración de los homosexuales en las estructuras eclesíásticas.

Siempre en el marco de la operación de recuperación de la homosexualidad practicada por el sistema, las Iglesias protestantes han asumido recientemente actitudes todavía menos conformistas: durante cerca de dos años, por ejemplo, las reuniones generales del Gay Liberation Front londinés se desarrollaban regularmente en Notting Hill Gate en un salón de la All Saints Church y los mítines del Transvestites and Transsexuals Group (el colectivo de los travestis y de los transexuales) llegaban a efectuarse en la sacristía de dicha iglesia. Además,

⁷⁸ La declaración de Monseñor Henry L'Heureux fue publicada el 6 de enero de 1975 en el boletín *David, et Jonathan*, órgano del movimiento francés «Christianisme et homophilie».

existen iglesias que organizan funciones religiosas especiales para los gais (sobre todo en los Estados Unidos).

Por otra parte, las Iglesias que no estipulan el celibato eclesiástico son generalmente propensas a admitir con mayor apertura —es decir, con menor hipocresía que la Iglesia católica— la homosexualidad de muchos sacerdotes. En EEUU existen más de veinte misiones de la Universal Fellowship of Metropolitan Community Churches, una Iglesia para homosexuales, dirigida por el reverendo Troy Perry. Troy Perry ha celebrado un buen número de matrimonios entre gais.⁷⁹

La perspectiva del matrimonio entre homosexuales interesa mucho más al sistema que a los mismos gais reformistas. En EEUU, la prensa, que sin embargo casi ha silenciado la matanza de 31 homosexuales sucedida en Nueva Orleans en 1973 (una de las tantas matanzas del Hetero-Estado), ha dedicado amplios artículos en el curso del mismo año a la celebración de matrimonios entre mujeres o entre hombres.⁸⁰ En Suecia (y también en Noruega) la prensa y la televisión discuten el derecho de los homosexuales al matrimonio, mientras las propias organizaciones gais moderadas se limitan a la reivindicación de una total aceptación por parte de la sociedad. El *statu quo* heterosexual, a través del «progresismo», medita una integración total de la homosexualidad, su reingreso (por la puerta de servicio) en las estructuras de la familia.

Desublimación represiva. Protección. Explotación. Falsa culpa. Reformismo

Es imposible dejar de desvelar la implícita, cuando no explícita, intención de recuperación de los homosexuales contenida en la nueva actitud «progresista» de determinadas Iglesias y de determinados Estados. Es necesario, además, subrayar cómo la lenta evolución de la moral religiosa y de algunos estratos de la opinión pública hacia posiciones más comprensivas y tolerantes tiende a la parcial sustitución de la tradicional forma de agresión respecto a los gais por otra de

⁷⁹ Cf. Ronald M. Enroth y Gerald E. Jamison, *The Gay Church*, Grand Rapids (Michigan), William B. Eerdmans Publishing Company, 1974; además Kay Tobin y Rand Wicker, *The Gay Crusaders*, Nueva York, Paperback Library Edition, , 1972.

⁸⁰ Cf. Charles Shively, «Wallflower at the revolution», *Fag Rag*, núm. 6, Boston, otoño de 1973.

protección. Pero, si la agresividad es falocrática y la protección paternalista, falocracia y paternalismo son las dos caras de la misma moneda patriarcal. «La única acción realmente vergonzosa e imperdonable de toda mi vida —dirá Oscar Wilde después del proceso— ha sido la de dejarme llevar a pedir ayuda y protección a la sociedad».⁸¹

Protección de los homosexuales, moral permisiva, tolerancia, emancipación política conseguida dentro de ciertos límites en los países de dominio real del capital, todo esto se revela sustancialmente funcional al programa de comercialización y explotación de la homosexualidad por parte de la empresa capitalista. La industria del gueto es muy fructífera: bar, club, hoteles, salas de baile, saunas, cine, prensa pornográfica exclusiva para homosexuales... constituyen fuentes de pingües ingresos para los explotadores del llamado «tercer sexo». *El capital opera una desublimación represiva de la homosexualidad.* «La sexualidad es liberada (o, más bien, liberalizada) dentro de formas sociales constructivas. Esta noción implica que hay modos represivos de desublimación».⁸²

El sistema realiza también la misma maniobra respecto a las restantes supuestas «perversiones». El voyeurismo, por ejemplo, que es una de las «perversiones» más comercializadas por el capital (cine, prensa pornográfica, etc.), sigue estando en realidad reprimido: se va al cine para ver (una mercancía) cómo hacen el amor y con ello se desublima represivamente el componente voyeurístico de nuestro deseo, en lugar de vernos amar los unos a los otros, gozando con ello y comprendiéndonos y fundiendo después el voyeurismo con otras formas de placer. Desublimación represiva y comercialización son inseparables: el Eros se realiza en el trabajo y en la producción de mercancías alienantes, en la medida en la que su desublimación represiva asegura su adquisición.⁸³

Por otra parte, la tolerancia —la «tolerancia represiva», diría Marcuse— no hace más que confirmar la marginación: en efecto, tolerar la minoría homosexual, sin que la mayoría ponga en discusión la inhibición del deseo homoerótico que la distingue, significa reconocer a los «diferentes» el derecho de vivir precisamente como «diferentes» y, por tanto, en la marginación. Y la marginación favorece la explotación

⁸¹ Jullian, *Oscar Wilde, op. cit.*, p. 227.

⁸² Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*.

⁸³ Cf. cap. VI, párr. 4.

altamente rentable de los homosexuales por parte del sistema que los margina.

Hasta en las metrópolis italianas, en España, en Grecia, en Portugal, en países conocidos por el general retraso de las costumbres, la industria semiclandestina del «tercer sexo» prospera y está basada en vínculos de estrecha connivencia entre empresarios, poder policial y hampa. En los Estados Unidos la infinita mayoría de los locales de reunión gay está controlada por la mafia. Paradójicamente, según las leyes vigentes en el Estado de Nueva York, la homosexualidad está considerada como delito en sí misma precisamente en Nueva York, ciudad que, junto a Tokio y a San Francisco, incluye sin lugar a dudas uno de los guetos homosexuales más extendidos, más atractivos y mejor organizados del mundo (con las dependencias inmediatas de Fire Island y Provincetown). He ahí nuevamente evidenciado «el carácter racional de la irracionalidad» capitalista (Marcuse), si se considera la distancia existente entre organización económica basada en la explotación del homoerotismo y jurisdicción: lo prohibido se vende más.

Lo que conviene tener presente es el mutuo y efectivo respaldo, en la sociedad de dominio real del capital, de agresividad y protección respecto a nosotros, los gays. Entre violencia y protección no existe solución de continuidad: en el límite es cierto que el homosexual debe ser agredido a fin de que se pueda proteger, es decir —en sustancia— explotar. Por otra parte, la protección y la integración ofrecen a los gays gratificaciones paliativas susceptibles de inducirles a la sumisión y de debilitar la violencia de su protesta (así como, *en apariencia*, sus mismas motivaciones). Evidentemente ni agresores ni protectores son conscientes de los mecanismos de mediación que existen entre violencia y protección, y, por otra parte, tampoco se preocupan de serlo; *que la protección constituye el médium que vincula la agresión a la explotación es algo que solamente los gays revolucionarios han entendido.*

Sin embargo, todavía hoy la mayoría de los homosexuales debe considerarse atraída por los espejismos de la *emancipación política* dentro de las estructuras capitalistas, inhumanas, del *establishment*: esto, lejos de asombrarnos, debe ser considerado como un residuo de la milenaria acomodación a la Norma («normalidad» y normatividad), que induce a los homosexuales —esos transgresores— a *sentirse culpables*. Al desear la integración, muchos gays se abandonan

a la ilusoria esperanza de verse perdonar por el sistema-padre aquellos pecados que, en realidad, nunca han cometido. Pero el sentido de culpa es esencialmente funcional a la perpetuación del dominio del capital («Séptimo: no viajar sin billete»): la misma liberalización, la tolerancia, se apoyan precisamente en el sentimiento de culpabilidad de quien se adecúa a ser tolerado para poder ser mejor explotado; es preciso que un homosexual se sienta en algún modo culpable para adaptarse a la estrechez y a la angustia del gueto y para renunciar a la libertad auténtica. Por otra parte, el capital no puede perdonar ningún pecado: en primer lugar, porque no existen pecadores; en segundo lugar, *porque el capital es setenta veces siete industria del pecado.*

El ideal de la *emancipación política* no supone un salto cualitativo respecto a las condiciones de marginación y de explotación que rodean actualmente a los homosexuales, ni una superación del sentido de culpa que permite descubrir a los auténticos responsables del sufrimiento homosexual. Ya es hora de que los homosexuales recuperen las energías que hasta ahora han desperdiciado en culpabilizarse, y las canalicen en una lucha auténticamente emancipadora, agradable y subversiva.

El sentido de culpa inducido en nosotros por el sistema supone una *falsa culpa*, pero al mismo tiempo se comporta como el más aguerrido enemigo de la liberación homosexual. Debemos eliminarlo: para conseguirlo hay que aprender a identificarlo bajo sus múltiples disfraces cotidianos; descubrirlo ya significa enfrentarse a él, en lugar de permanecer ciegamente dominados.

La *falsa culpa* es el sicario del sistema en nosotros, el agente de muerte que nos tortura despiadadamente. Corrado Levi escribe: «*Nuestra enfermedad no está en ser homosexuales, sino en sentir el sentido de culpa por serlo.* Ha sido inducido y mantenido en nosotros por el padre y por los heterosexuales por miedo a su homosexualidad».⁸⁴

El homosexual manifiesto se ha visto obligado a *interiorizar la condena social del homoerotismo*, condena que, desde siempre, se repropone cada día a sus ojos. Las personas «normales», en cambio, se han adaptado al tabú antigay interiorizando de la manera más

⁸⁴ Corrado Levi, «Il lavoro di presa di coscienza. Problematiche e contributi dal lavoro di presa di coscienza del collettivo FUORI! di Milano, 1973», *Fuori!*, núm. 12, primavera de 1974.

drástica la condena y personificando la Norma heterosexual: no pueden abstenerse de descubrir un culpable en quienquiera que transgreda la Norma, puesto que este *vive* lo que ellos reprimen, y así, represivamente, por medio de la censura y la violencia, inducen al homosexual a sentirse culpable. *Los heteros fomentan en los gais el sentido de culpa.*

Corrado Levi hace notar que el sentimiento de culpabilidad que muchas veces aflige al homosexual «repercute en una especie de inhibición de su comportamiento en general». Del relato de algunos sueños en el curso de las reuniones de toma de conciencia en Milán, «ha aparecido clara la conexión entre homosexualidad y autocastigo, que, no por azar [...], era actuado por la policía, por el padre, etc. El análisis detallado del sentido de culpa lleva a *identificar* y con ello a *aislar* en nosotros *las interiorizaciones de la moral habitual y de los valores triunfantes*, que, por consiguiente, pueden ser repudiados en nosotros y por nosotros, conjuntamente al sentido de culpa». La eliminación progresiva de la *falsa culpa* «es un resultado conseguido paralelamente al análisis y al desmontaje de valores, normas, comportamientos habituales. El sentido de culpa va unido a la transgresión de los resultados en que ha finalizado la represión, sufrida de niños, de la propia homosexualidad, que de adultos se convierte en autorrepresión (con coacción por la repetición), en el marco de la actual deformación del individuo a través de la educación edípico-patriarcal. Y es también reforzado por la culpabilización del sexo y del cuerpo operada por la cultura judeo-cristiana. Para entender uno de los efectos del sentido de culpa, es sintomático observar que muchas veces al descubrirnos diferentes de algunos valores y comportamientos habituales, nos sentimos llevados por sentido de culpa a la asunción de otros valores y comportamientos habituales de manera muy rígida, a modo de compensación de los transgredidos».

Así puede suceder que un homosexual inducido a sentirse culpable por el sistema porque transgrede el tabú antigay, intente de algún modo redimirse frente a la sociedad, adecuándose a sus restantes reglas, convirtiéndose en conservador y reaccionario, represivo y mortífero a su vez. El homosexual puede convertirse en instrumento del capital: «Sabemos perfectamente —observa Angelo Pezzana— que los

homosexuales que tienen el poder, es decir, que viven en situación de poder, son precisamente los que combaten la liberación homosexual».⁸⁵

A propósito de la «discreta fascinación de los *pédés*», algunos compañeros del GLH (Groupe de Libération Homosexuel) han escrito: «De la misma manera que el movimiento negro norteamericano también ha debido luchar contra la burguesía negra, que se oponía violentamente a la rebelión de los guetos y que imita la sociedad blanca racista, tampoco se puede decir que cualquier homosexual sea, *a priori*, de los nuestros, aunque... Porque, si bien todo homosexual sufre la represión sexual, esto sucede de manera diferente según su posición social, su condicionamiento, sus ideas; ¿en qué trabaja?, ¿qué relaciones cotidianas tiene? La Francia giscardiana permite vivir al homosexual, sobrevivir dignamente, arcádicamente, en la hipocresía y en el camuflamiento. Este tipo de homosexual insertado es de los primeros en oponerse a nuestra revuelta. Forma parte también de nuestros enemigos».⁸⁶

El peso abrumador de la condena interiorizada, las condiciones de falta de libertad y de desesperación en que viven, siguen induciendo todavía ahora a muchos homosexuales a contentarse con una forma de adaptación cualquiera, a soñar los vestidos, la casa y las sonrisas fascistas del «Hombre Vogue» (con el que quisieran a un tiempo hacer el amor e identificarse), o aspirar a la obtención de posteriores derechos civiles. El sistema lo aprovecha: «El sistema es el gatopardo que nos empuja a desear que todo cambie a fin de que todo siga como antes».⁸⁷

Tampoco entre los gais que participan en las actividades del movimiento de liberación todos se han dado perfecta cuenta de la necesidad de llevar la lucha en una perspectiva totalizante y revolucionaria, encaminada a la *emancipación humana* y no a la *emancipación política*;⁸⁸

⁸⁵ Cf. «Dibaítito», en *Fuori!*, *op. cit.*

⁸⁶ Nicolás B. y Jaén L., *Homosexualité et militantisme: quelques réflexions de base* (traducido por W. E. Théorique, 13-14 de septiembre de 1975), París, 1975. Arcadle es el nombre del movimiento integracionista homosexual francés: de ahí «arcádicamente» (*arcadiennement*).

⁸⁷ Collettivo Redazionale di *Fuori!*, «Gli omosessuali e l'utopia», en *Almanacco Bompiani*, 1974.

⁸⁸ En este libro utilizaré siempre las expresiones «emancipación política» y «emancipación humana» en el sentido que les atribuye Karl Marx, *La cuestión judía*. *Emancipación política* significa, pues, *integración en el sistema*, mientras *emancipación humana* quiere decir *liberación auténtica, revolución y comunismo*.

son relativamente escasos los que conocen actualmente la fuerza revolucionaria encerrada potencialmente en su estado y que se preocupan de traducirla en hechos.

Actualmente el movimiento se compone de homosexuales revolucionarios y de homosexuales integracionistas; las actividades de los grupos, por consiguiente, entran muchas veces en conflicto entre sí. Pero es a través de las dificultades y de las diferencias como el movimiento crece dialécticamente y se transforma. Más allá de las diferencias *formales* políticas entre organización y organización, entre colectivo y colectivo, más allá de las divergencias interpretativas y de contenido, el movimiento gay *en su conjunto* constituye el movimiento *histórico* por la liberación de la homosexualidad: de momento, no puede hacer más que reflejar las contradicciones y los límites de la situación social general, preponderantemente contrarrevolucionaria.

La misma estructura organizativa de los grupos gais, aunque mucho más elástica y gaya que la de los *racket* políticos tradicionales o ultraizquierdistas, además de menos autoritaria, sigue siendo, sin embargo, sustancialmente jerárquica (pese a que casi nunca los colectivos admitan jerarquías oficiales de ningún tipo): los líderes homosexuales efectivos tienden frecuentemente —y a veces inconscientemente— a administrar «sus» grupos como pequeñas bandas más o menos sometidas a ellos, sobre los que sustentar su prestigio y poder personal; sus mismas figuras, precisamente en tanto que —sustancialmente— figuras de políticos, son patriarcales, incluso bajo las plumas y las lentejuelas, y reaccionarias.

Por otra parte, una cierta abulia y la escasez de conciencia gay subversiva por parte de muchos de los miembros de los grupos tiende a la atribución de roles de liderazgo a unos pocos y a su confirmación en tales roles, pese a todas las discusiones contra el autoritarismo y los jefes carismáticos llevada a cabo dentro de los colectivos, discusión que muchas veces se reduce a un enfrentamiento dialéctico que, en realidad, es juego de poder entre los líderes efectivos.

Diríase que muchos homosexuales, consumidos y ofuscados por el sentido de culpa inducido, o bien por la interiorización de la condena social, que se encuentran por vez primera en los grupos de liberación, son asaltados repentinamente, a menudo de manera inconsciente, por el remordimiento, por el *super-yo* que internamente les condena

por haberse atrevido a desobedecer al *super-yo* social que establece su marginación y que se opone a la toma de conciencia homosexual revolucionaria. Equiparables a los hijos del mítico padre primitivo freudiano, que después de haberse unido en relación homosexual encuentran la fuerza de matarlo, y a continuación son víctimas del remordimiento e instauran en memoria y sustitución del padre el Tótem, el fetiche fálico, los homosexuales que se reúnen en grupos de liberación se convierten en gran parte en impotentes por el ataque del *super-yo* que inmediatamente les asalta, y se ven obligados a instaurar en sus jefes figuras fálicas y carismáticas que les «manden», personificando la autoridad del *super-yo* que vincula cada miembro individual del grupo al sentido de culpa.

Por una parte, no se debe hacer apología de todas las organizaciones homosexuales existentes: solo una actitud crítica respecto a su historia, la historia de su formación y de su desarrollo, puede revelar cuánto de importante desde el punto de vista gayo-comunista, cuánto de revolucionario está presente, en potencia y en la práctica, en ellas.

Por otra parte, si bien no todos los gais son partidarios de la revolución, no se puede entender la cuestión homosexual sin hacer referencia constante a los argumentos históricos concretos que la han hecho aflorar, a través de su lucha y de su búsqueda. Ellos son los que ofrecen la clave de lectura revolucionaria de las problemáticas históricas y sociales que conciernen a la homosexualidad, de las disquisiciones ideológicas (y) psicoanalíticas sobre las «perversiones», aunque ellos mismos no sean unos revolucionarios. Nadie puede interpretar mejor el análisis freudiano del caso del presidente Schreber,⁸⁹ por ejemplo, que quien haya experimentado a fondo qué significa *être une folle*, ser condenado como tal, haberse rebelado contra la represión y contra la forma interiorizada de la condena. Y una mariquita puede ser reformista, pero, sin embargo, siempre es *una loca*.

Oscar Wilde habrá sido etiquetado como conservador o como socialista decadente, pero, desde el punto de vista de la liberación homosexual, era, quisiera o no, un revolucionario. Es verdad que actualmente el sistema está muchísimo más preparado para la recuperación de las expresiones moderadas de la lucha homosexual de cuanto lo

⁸⁹ Cf. Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) autobiográficamente descrito», en *Obras Completas, op. cit.*, vol. II, pp. 661-693.

estuviese cien años atrás. Por ello, el sentido de culpa que transparentan las obras de Wilde, que a veces las impregna, es menos grave de cuanto pueda serlo hoy el sentimiento de culpabilidad que induce a muchos gays al reformismo, si consideramos —comparada con la severísima persecución del homoerotismo en la Inglaterra del siglo XIX— la actual propensión *interesada* del capital a la tolerancia.

Las expresiones tanto prácticas como teóricas más radicales de los movimientos homosexuales de liberación se manifestaron a partir de las luchas obreras y estudiantiles de 1968-1969 en Europa, y en EEUU a partir de la profunda sacudida imprimida a la sociedad y sobre todo a la conciencia de los jóvenes norteamericanos por las insurrecciones de los guetos negros y por la paralela afirmación revolucionaria del movimiento negro;⁹⁰ además, y contemporáneamente, la formación en Europa y en América de los grupos gays ha estado profundamente influida por la radicalización y expansión del movimiento feminista producida a finales de los años sesenta. El reflujo de las luchas, la revancha contrarrevolucionaria del poder capitalista, el estancamiento en el malestar social y existencial posterior, todo ello ha contribuido notablemente a una fragmentación del movimiento gay.

En 1974, el FHAR francés, conocido por haber sido el más extremista de los grupos europeos, llegó prácticamente a la autodisolución. Esto no quiere decir que el movimiento homosexual haya muerto en Francia: se ha transformado y dividido en grupos restringidos (de los que el más importante es ahora el Groupe de Liberation Homosexuel), que, desde posiciones diversas y sin pretensiones de *uniformarse* bajo la invocación de una presunta *unidad formal*, combate una lucha regida por objetivos parcialmente comunes.

En Inglaterra, el Gay Liberation Front, que conoció en 1971 y 1972 sus años dorados, va adecuándose cada vez más, desde hace algún tiempo, a las determinaciones de una lucha para-reformista, que le aproxima a la política del CHE (Campaign for Homosexual Equality),

⁹⁰ Cf. Huey Newton, «A letter from Huey», en *The Gay Liberation Book*, *op. cit.*, p. 142. En 1970, Newton, ministro de Defensa del Black Panther Party afirmó: «Nada nos permite decir que un homosexual no puede ser también un revolucionario. Y son realmente mis prejuicios los que me llevan a decir: *también* un homosexual puede ser revolucionario. Al contrario, hay muchas probabilidades de que un homosexual esté entre los más revolucionarios de los revolucionarios». Cf. además, Francesco Santini, «Sgombrar la strada», *Comune futura*, núm. 2, Milán, noviembre de 1976.

la organización integracionista británica. Esto no impide que en Inglaterra sigan existiendo colectivos revolucionarios.

En los Estados Unidos de América, el papel de primerísimo plano desempeñado un día por el Gay Liberation Front está ocupado ahora por grupos más moderados, como el National Gay Task Force, que, sobre todo en el estado de Nueva York, constituye una poderosa reagrupación de formación más reciente, y el Gay Activist Alliance, organización que en cambio se separó del Gay Liberation Front ya en 1969. Esta primera escisión fue provocada por desacuerdos surgidos en el interior del Frente entre los más radicales, que apoyaban abiertamente a las Panteras Negras y que eran favorables a una intensificación de los enfrentamientos, y los reformistas, propensos a una política espectacular pero cauta y contrarios a la adhesión, por parte del movimiento gay, a otras luchas de liberación. Pero también en EEUU siguen existiendo actualmente numerosos colectivos homosexuales revolucionarios, que no se reconocen en organizaciones oficiales, pero que constituyen las expresiones más avanzadas del movimiento real.

En Italia, la federación del Fuori! con el Partido Radical señala claramente la afirmación de una línea política, reformista, contrarrevolucionaria, entre los homosexuales: ha sido sintomática la participación de Fuori!, que presentó candidatos propios en las listas de los radicales, en las elecciones de junio de 1976; lamentable el tono de la campaña electoral. En Italia, sin embargo, han surgido en los últimos años grupos revolucionarios en diferentes ciudades, entre los cuales están los com (Colettivi Omosessuali Milanesi), y los colectivos autónomos de Florencia, Pavía, Venecia, Padua, Nápoles, Catania, Cagliari, etc.

Es lícito afirmar que, si, por un lado, los homosexuales reformistas aspiran al Parlamento, los revolucionarios, por su parte, no están de acuerdo en descender a compromisos con la política *racketista*, parlamentaria o grupuscular del sistema: siguen luchando en primera persona en tanto que homosexuales (y) revolucionarios, y saben que solo la intransigencia más absoluta, la coherencia más estricta y el rechazo de cualquier politiquería, de cualquier jesuitismo, puede asegurarles la libertad de la recuperación capitalista, puede favorecer realmente la conquista de la liberación.

Ideología. Proyecto homosexual revolucionario

La crítica revolucionaria ha puesto en evidencia de qué manera la ideología basada en el modo de producción capitalista, en el extrañamiento del trabajo y en la cosificación del sujeto humano, constituye en su conjunto la absurda absolutización de valores históricamente contingentes, la hipóstasis de opiniones (científicas, ético-morales, socio-políticas, psicológicas) en realidad relativas y transitorias. La ideología defiende la «naturalidad» del sistema y del modo de producción actuales: los absolutiza de manera ahistórica, ocultando su sustancial transitoriedad. Lo que es hipostatizado como «normal» y normativo por la ideología no constituye otra cosa que la versión aparente de lo que en realidad cambia, se transforma y deviene con el desarrollo de los medios y del modo de producción, con la dinámica de la contradicción entre capital y especie humana, con el movimiento del conjunto de la sociedad. Pero de la misma manera que el capital ha derrotado hasta ahora en varias ocasiones al movimiento revolucionario, también su ideología ha sobrevivido a la aparición y a la progresiva difusión de la teoría del proletariado, respecto a la cual ha intentado —y en ocasiones conseguido parcialmente— una recuperación, aún sin rozar su esencia.

A ciento veintinueve años del *Manifiesto*, el absurdo ideológico sigue llenando la cabeza de la gente. La ideología del trabajo asalariado sigue caracterizando la *Weltanschauung* del *hombre unidimensional*, aunque el capital haya llegado a la fase del propio dominio real, en la que «ya no es el trabajo, momento definido y especial de la actividad humana, el que es sometido e incorporado al capital, sino todo el proceso vital de los hombres. El proceso de encarnación (*Einverleibung*) del capital, comenzado en Occidente hace casi cinco siglos, ha terminado. El capital ya es el ser común (*Gemeinwesen*) opresor de los hombres» (Jacques Camatte). «Con el desarrollo de la cibernética se comprueba que el capital se apropia e incorpora a sí mismo el cerebro humano; con la informática crea el propio lenguaje sobre el que debe modelarse el lenguaje humano, etc. A este nivel, ya no son únicamente los proletarios —los que producen plusvalía— quienes están sometidos al capital, sino todos los hombres, la mayor parte de los cuales son proletarizados. Es el dominio real sobre la sociedad, dominio en el

que todos los hombres se convierten en esclavos del capital».⁹¹ Por su parte, «la burguesía se revela como clase superflua», porque casi «todas sus funciones son desempeñadas ahora por empleados asalariados».⁹² El dominio real está caracterizado por la inmanente tendencia a la socialización que transforma el capitalismo en capitalismo de Estado, mientras el Estado, de «comité de negocios de la burguesía» pasa a convertirse él mismo en empresa capitalista. La esclavitud general tiende a presentarse como (participación en la) gestión de la producción por parte de los obreros: los asalariados son transformados en autómatas que gestionan y administran el sistema que les esclaviza. Mientras tanto, la sustitución del trabajo vivo por parte de la ciencia y de la técnica «llega a ser la forma universal de la producción material, circunscribe toda una cultura, proyecta una totalidad histórica, un “mundo”».⁹³ «[...] el capital tiende necesariamente a aumentar las fuerzas productivas y a disminuir al máximo el trabajo necesario. Esta tendencia se realiza con la transformación del instrumento de trabajo en maquinaria. En el seno de ella, el trabajo objetivado aparece, físicamente como la fuerza dominante frente al trabajo vivo: no solamente se lo apropia sino que lo domina activamente en el proceso de producción real [...]. Así, el valor objetivado en la maquinaria se presenta allí como la condición previa: frente a ella, la fuerza valorizante del obrero individual se desvanece llegando a ser infinitamente pequeña».⁹⁴

Así pues, se han desarrollado totalmente (*incluso demasiado*) las premisas económicas necesarias para la creación del comunismo: el mismo capitalismo ha reducido al mínimo el trabajo necesario. La gente sigue trabajando para el capital (que ahora se apodera de *toda* la actividad que el proletario despliega en la fábrica), sobreviviendo para el capital. El dominio real subsume de tal manera la vida humana, determina hasta tal punto el pensamiento, que precisamente ahora —cuando bastaría *parar* la máquina del sistema para que la especie pudiera reencontrarse a sí misma, la propia salvación biológica y la libertad comunitaria— la revolución tarda en afirmarse.

⁹¹ Camatte, *Il capitale totale*, op. cit., p. 151.

⁹² Friedrich Engels, *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, Roma, Samonà e Savelli, 1970, p. 86.

⁹³ Marcuse, *El hombre unidimensional*, op. cit., p. 168.

⁹⁴ Marx, *Los fundamentos*, op. cit., T. II, p. 194.

La ideología induce a pensar según los criterios inhumanos del capital y frena el crecimiento de una conciencia humana, universal, comunista que se contraponga de una vez por todas al dominio cancerígeno del «monstruo automatizado».

La lucha de las mujeres y las expresiones teóricas de su movimiento han aclarado cuán falocéntrica es la ideología, tan vinculada a la sujeción del sexo femenino al masculino como fundada en el modo de producción capitalista. A su vez, el hecho de que la ideología dominante es blanca y eurocéntrica, ha sido *literalmente iluminado* por las luchas de los negros, que, al insurgir en los guetos de EEUU en el curso de los años sesenta y destruir las ciudades del capital, han devuelto a la especie la perspectiva de la revolución comunista, la perspectiva de la *emancipación humana*.

Que «finalmente» la ideología es heterosexual, es lo que hemos revelado los homosexuales, por primera vez de manera violenta en el curso de los últimos años, desde la fundación del Gay Liberation Front en Nueva York durante el verano de 1969 hasta ahora.

Pero, más allá de sus caracteres originarios (burgueses, machistas, eurocéntricos, heterosexuales) que, sin embargo, permanecen en ella, hoy debemos reconocer fundamentalmente en la ideología al propio capital, su dominio real. *Hoy, la ideología es una y castiga a todos diferentemente del mismo modo*. Hay que deshacerse de ella para volver a dar «forma» y «esencia» humana y libertad a los contenidos de la vida y del pensamiento, actualmente reificados en los engranajes mortales de la máquina-capital. Los «privilegios» que hoy tutela la sociedad se revelan en sustancia exclusivamente funcionales a la perpetuación del sistema: el macho burgués, blanco, heterosexual es casi siempre un obtuso y desgraciado solipsista, la más despreciable marioneta de aquel poder niega en él a la mujer, a la negra, a la mariquita, al ser humano.

Si la ideología es una cosa sola y antropomorfa, mascarón (in)humano del capital, hoy, por otra parte, nosotros, aunque tan diversos y sobre todo diversas entre sí, estamos cada vez más, todos en la misma situación de fondo, sofocados por el peso del sistema. Somos diferentes (pero) es el capital lo que nos contrapone y nos separa.

Al cultivar las especificidades profundas de cada caso concreto de opresión personal, podemos llegar a la conciencia revolucionaria que

ve en mi caso *tu* caso específico de opresión (porque también tú, hetero, eres un gay negado) y en tu caso *mi* caso específico de opresión (porque también yo soy una mujer negada) y reconocer un nosotros/as todas/os, más allá de cualquier separación y autonomía históricamente determinadas, *la especie humana negada*. La revolución solo puede venir de ese reconocimiento de nuestro ser común reprimido, que hoy se refleja en formas separadas en la sociedad, en aquellos que viven en primera persona frente a la represión un aspecto especial de la «naturaleza»⁹⁵ humana (el ser mujer, el deseo homoerótico...) negado por el sistema.

El proletariado por sí mismo y la lucha de las mujeres, de los negros y de los gais, han enseñado a entender la importancia fundamental, afín de la emancipación humana, de todo aquello que —con relación a los valores absolutizantes de la ideología— es considerado marginal, secundario, anómalo o incluso absurdo. *La vida de la especie está allí*. Si la ideología del poder es absurda, la realidad que oculta solo se podrá discernir *viviendo* cuanto niega y relega en el rincón del absurdo. *La esquizofrenia es una puerta de acceso al saber revolucionario*; y solo amando a un negro, conociendo a los negros podrás realmente entender por qué el comunismo será negro, *de todos los colores*.

Una teoría crítica, crecida en función de un proyecto revolucionario gayo, debe tener muy en cuenta cuanto desborde de los angostos límites de lo que la subcultura dominante considera «normal», lícito, racional. Para nosotros, homosexuales, existe una doble alternativa: o adaptarnos al universo constituido, y, por consiguiente, a la marginación, al gueto y al escarnio, asumiendo en nuestros valores la moral hipócrita del idiotismo heterosexual funcional al sistema (si bien con alguna variable inevitable, visto que es difícil renunciar a la polla en el culo), y, por tanto, optar por una *heteronomía*; o bien oponernos a la Norma, a la sociedad cuya imagen especular ofrece, y superar toda la posición de la moral, descubrir el carácter especial de nuestros objetivos existenciales partiendo del punto de vista de la marginación, de nuestro ser «diferentes», lesbianas, maricones, gais, en abierto

⁹⁵ Yo no entiendo por «naturaleza» humana algo definido, estable, inmutable, absoluto aunque recóndito; no tengo ideas precisas acerca de cuán *debajo* esté, *naturalmente*, y considero la «naturaleza» humana de manera materialista como un devenir, esto es, en relación con el periodo histórico y el contexto socioambiental y con el desarrollo de la dialéctica económica y sexual.

contraste con la regla unidimensional de la monosexualidad hetero: en otras palabras, optar por nuestra «homonomía».

«En el conflicto originario que oponía su anomalía sexual a la moral común —escribe Sartre— Gide ha tomado el partido de aquella contra esta, ha corroído poco a poco, como un ácido, los rígidos principios que le estorbaban: a través de mil recaídas ha caminado hacia su moral, ha hecho cuanto ha podido por inventar una nueva tabla de la ley. [...]. Quería liberarse del Bien de los demás; rechazaba desde el principio dejarse tratar como una oveja tiñosa».⁹⁶

El caso de Gide no es diferente, esencialmente, del de todos los homosexuales: se trata de oponernos a la moral «normal» y de elegir lo que está bien y lo que está mal de manera consecuente con nuestro punto de vista de marginados. Si aspiramos a la liberación se trata de negar una regla; se trata de operar una elección de nosotros que supere la Norma. Pero una *gaya* moralización de la vida, que combata la mezquindad, el egoísmo, la hipocresía, el carácter represivo y la inmoralidad de la moral común, solo puede producirse extirpando el sentido de culpa, la *falsa culpa* que sigue vinculando a tantos de nosotros al *statu quo*, a su ideología y a sus principios mortíferos, que nos impiden movernos con *gaya seriedad*, en el sentido de un proyecto totalizante revolucionario.

Nosotros sabemos que el descubrimiento de cuanto está oculto detrás de la etiqueta de «anómalo», con que la ideología dominante cubre muchísimas manifestaciones de la vida, contribuye a poner en evidencia el absurdo de dicha ideología. Pero la progresiva acumulación de pruebas contra el pretendido valor absoluto de la ciencia y de la moral capitalistas solo constituye un resultado secundario del análisis de las cuestiones, de los argumentos que la opinión pública considera —más o menos— tabú: *se trata principalmente de descubrir cuánto desvelan estas cuestiones respecto a nuestra «naturaleza» profunda.*

Una aproximación directa a la cuestión homosexual revela la importancia fundamental del impulso homoerótico en *todo* ser humano, y contribuye a delinear las problemáticas inherentes a su rechazo y a su enmascaramiento. Sabemos que «es en los deseos inconscientes reprimidos donde encontraremos la esencia de nuestro ser, la explicación de nuestras neurosis (mientras la realidad siga

⁹⁶ Jean Paul Sartre, *Baudelaire*, Milán, Il Saggiatore, 1973, p. 40

siendo represiva) y la idea de lo que podríamos llegar a ser si la realidad dejase de reprimirnos». ⁹⁷

La homosexualidad contiene, o tal vez oculta, un misterio. Decir que este misterio es el hombre-mujer, no basta, sin embargo, para describirlo y para comprenderlo. Por lo que sabemos y por lo que intuimos nuestro fondo es mucho más que bi-sexual. Y el mundo-de-la-vida es el *tonal* y el *nagual*: *más allá de la totalidad, está todo el resto*.

El movimiento gay revolucionario combate por la (re)conquista de nuestro ser misterioso profundo; desvelando el secreto histórico-existencial hasta ahora recogido y conservado en la marginalidad de nuestro estado, constreñido durante milenios y durante todos los oprimidísimos años de nuestras vidas individuales a permanecer secreto, nosotros, homosexuales, con nuestra voz y todas las manifestaciones de nuestra presencia, revelamos lo que sin duda constituye uno de los misterios fundamentales del mundo. Tal vez la homosexualidad sea realmente la clave de la *transexualidad*; tal vez la homosexualidad conduce a ese *algo* que durante milenios la exigencia represiva de la *Kultur* ha sofocado.

La represión de la homosexualidad es directamente proporcional a su importancia en la vida humana y por la emancipación humana. Si dirigimos una mirada a la matanza que nos ha diezmado durante siglos, es para entender mejor el antiguo peso de la condena que, todavía hoy, pesa dentro de cada uno de nosotros, para entender mejor de qué manera espectacular y ambigua la *matanza* se perpetúa en «nuestro» tiempo: y, *en consecuencia lógica*, para adquirir mayor conciencia de la fuerza revolucionaria que está en nosotros, en nuestro deseo.

Con el dominio real, el capital intenta apoderarse *también* del inconsciente, de la «esencia humana» cuyas expresiones manifiestas eran forzosamente condenadas a muerte por los sistemas represivos que la han precedido. Esto sucede bien porque tal vez hoy sea más difícil que el inconsciente estalle de manera incontrolada, dada la eficiencia del condicionamiento, bien porque, a través de la desublimación represiva, el capital permite que «aparezca» en determinadas formas alienadas, para subsumirlo, para privar de él a los hombres y a las mujeres, para privar a las mujeres y a los hombres de ellos/as mismos/as. La lógica del dinero y del beneficio que determina la liberalización de

⁹⁷ Norman O. Brown, *La vida contra la muerte*, Milán, Il Saggiatore, 1973, p. 49

las llamadas «perversiones» no es únicamente un hecho económico: favorece la sumisión de *toda la vida humana* al capital.

Esto demuestra la ardua complejidad de nuestro proyecto revolucionario, encaminado a reconocer y a expresar una humanidad que trascienda el capital, evitando ofrecerse inmediatamente a él en alimento: en efecto, de ocurrir así, el capital nos la volvería a vomitar encima en sus formas propias, a fin de que el vómito nos alimentara para reproducirle nueva «humanidad», cada vez más digerible en tanto que predigerida.

He ahí por qué debemos asumir posiciones extremas, no cediendo ni un paso en lo cualitativo, no renunciando nunca a la lucha intransigente por la liberación-conquista de *cualquier* aspecto de nuestro ser-en-devenir.

Es gracias a la conciencia de esto que, en los últimos años, muchos homosexuales han advertido la exigencia de forjar los instrumentos de su lucha autónoma (*homónoma*), de reelaborar los contenidos de su propia teoría, de profundizar la crítica de la *liberalización* capitalista: la situación de los gais que se reconocen en un movimiento (*histórico*, y no formal) se distancia de la de André Gide en tanto que es colectiva, en tanto que el «sistema» *homosexualidad* constituye una coinjerencia en la que varias personas se sienten ligadas; *para nosotros ya no se trata de delinear un proyecto individual antitético respecto a la moral común, sino de un proyecto intersubjetivo consciente de las propias gayas responsabilidades y de los propios fines, encaminado a la implicación de toda la humanidad*. Los homosexuales debemos liberarnos del sentimiento de culpabilidad (y este es uno de los fines inmediatos de nuestra lucha) a fin de que el homoerotismo se difunda, «contagie». Se trata de hacer brotar el agua de la roca: de inducir a los heterosexuales «absolutos» a descubrir su homosexualidad; de contribuir, a través de la confrontación y el choque dialéctico entre la tendencia sexual de la minoría y la de la mayoría, a la conquista de una *transexualidad*, a la que remite la profunda «naturaleza» polisexual del deseo. Si la forma imperante de la monosexualidad es la heterosexualidad, una liberación del homoerotismo, la Cenicienta del deseo, constituye una etapa imprescindible en el camino de la liberación del Eros. El objetivo (¿hay que insistir sobre ello?) no es en absoluto el de obtener una aceptación del homoerotismo por parte del *statu quo* hetero-capitalista, sino el de transformar

la monosexualidad en Eros realmente polimorfo y múltiple; de llevar a la práctica y convertir en goce el polimorfismo transexual que existe potencialmente en cada uno de nosotros y que está reprimido.

Para conducir de manera realmente «homónoma», original y originalmente subversiva nuestra lucha, nosotros, lesbianas y maricas, debemos suspender el juicio sobre todo aquello (ideales, teorías, análisis, modelos de comportamiento, etc.) que hasta ahora nos ha implicado y excluido al mismo tiempo, en tanto que fruto de la elaboración de la mayoría heterosexual. Tenemos la gay tarea de reinterpretarlo todo desde nuestro punto de vista, con el fin de enriquecer, transformándola, la concepción revolucionaria de la historia, de la sociedad y de la existencia.

Estamos más que hartos de recorrer caminos trillados que no nos tienen en cuenta, de adherirnos a sistemas morales y teóricos que fundan su propia credibilidad presunta también y en amplia medida en nuestra exclusión, en el arrinconamiento de las temáticas homoe-róticas (y solo nosotros somos capaces de aclarar de qué modo y por qué sucede esto); cansados de fundir nuestras fuerzas con las de quienes luchan por un ideal de futuro que, aunque utópico, a nosotros se nos antoja demasiado peligrosamente parecido a este desgraciado presente, puesto que no tiene en cuenta la cuestión homosexual y su vasto alcance respecto a los fines de la total emancipación humana.

Solamente nosotros, gais, podemos entender que en todo lo que se ha silenciado de nuestra historia, en los terribles y sublimes secretos de los urinarios públicos, bajo el peso de las cadenas con las que la sociedad heterosexual nos ha vinculado y sometido a ella, se oculta la unicidad de nuestra (potencial) contribución a la revolución y a la creación del comunismo.

CAPÍTULO 3

LOS MACHOS HETEROSEXUALES O SEA LAS CRIPTOMARIQUITAS

El deporte

Si heterosexualidad y homosexualidad se contraponen en la sociedad, incluso cuando su antiteticidad, en los países democráticos más permisivos, aparezca enmascarada legalmente, es decir, verbalmente, por el montaje de una coexistencia pacífica, su contraposición se refleja en el *universo* existencial de cada individuo. Si *el hombre unidimensional* es un *Yo dividido*, la incompatibilidad del deseo heterosexual con el homoerótico contribuye a dividirlo más.

Dada la (bisexualidad)-transexualidad originaria (y) profunda, reconocida la disposición polimorfa y «perversa» del niño a un erotismo que no distingue de manera exclusiva acerca del sexo del «objeto» de la pulsión libidinal, es evidente que en cada uno de nosotros se oculta una atracción erótica hacia aquel sexo que (casi nunca o «nunca») es tomado en consideración por nuestro deseo consciente. No es este el momento de discutir cuándo el rechazo de un determinado componente del deseo puede estimarse estable y definitivo: observaremos preferentemente algunos de los resultados de la sublimación de la homosexualidad o de su conversión en «síndromes patológicos».

Conviene repetirlo: cualquier persona que se considere heterosexual al cien por cien oculta un fuerte «porcentaje» de deseo gay censurado: «el número creciente de homosexuales en la sociedad moderna sería en tal caso el indicio de un fracaso parcial, del “retorno” de lo rechazado» (Ferenczi).¹ Pero ¿un fracaso para quién? Evidentemente, para

¹Ferenczi, *L'homoérotisme*, op. cit., p. 129.

la Norma heterosexual absoluta y para sus paladines del *rabo* de paja (entre los cuales debemos contar a Ferenczi).

Los homosexuales, al contrario, somos siempre, salvo rarísimas excepciones, conscientes *como mínimo* de la subsistencia en nosotros del deseo erótico hacia las personas del otro sexo: una vez más el punto de vista del marginado, del «diferente», se revela «privilegiado» respecto a la comprensión de la realidad de las «cosas», de aquella realidad que se descubre detrás de la *apariencia* presentada ideológicamente como ontológica.²

Y a la luz de la noción de sublimación del deseo homoerótico pueden ser interpretados y entendidos numerosísimos fenómenos sociales e individuales: el deporte, por ejemplo, no constituye únicamente una extroversión pacífica del instinto de muerte, o, por decirlo con otras palabras, «una descarga de la agresividad, notablemente culturizada, en el seno de la ética natural» (Konrad Lorenz, Eibl-Eibesfeldt); *sino también una manifestación enmascarada de tendencias homoeróticas, que conduce frecuentemente al cuerpo a cuerpo a individuos del mismo sexo; que traduce en la negatividad del antagonismo y de la competitividad la positividad inconsciente de la atracción recíproca*. En el film *Mujeres enamoradas* (*Women in love*), Ken Russell ilustra perfectamente la mecánica de dicha conversión, junto con su vasto alcance emotivo, en la escena de la lucha ante el fuego entre los dos protagonistas masculinos.

De similar manera, manifestaciones convertidas del deseo homosexual pueden reconocerse en el fanatismo deportivo: ¿qué se oculta detrás y dentro del mito de Rivera o de Monzón?

Proust se preguntaba: «¿Por qué, si admiramos en el rostro de este hombre delicadezas que nos seducen, una gracia, una naturalidad en la amabilidad que los hombres no tienen, hemos de sentirnos desolados al saber que ese joven busca a los boxeadores? Son aspectos diferentes de una misma realidad».³

Además, no se acaba de entender por qué debería sorprender que a un hombre tierno y delicado le gusten los atletas, si los atletas *gustan* también a los hombres más toscos y viriles. Pero, se objetará (desear) ir a la cama juntos es una cosa muy distinta; sí, pero esta «cosa» es

² Cf. cap. V, párr. 4.

³ Marcel Proust, *Sodoma y Gomorra*, Madrid, Alianza Editorial, 1978, p. 32.

distinta precisamente porque el deseo homosexual está *alienado*, generalmente, en los hinchas deportivos, que lo rechazan y lo subliman de manera fanática.

Oscar Wilde escandalizó terriblemente a un director de colegio al decir: «No hay duda de que el fútbol es muy conveniente para las chicas bien pero es realmente poco aconsejable para los muchachos delicados».4 Detrás de la ironía de las palabras de Wilde se oculta el drama frecuentemente vivido por los homosexuales jovencísimos, los cuales, al no sublimar el deseo erótico sentido hacia sus compañeros de escuela, encuentran muy frustrante competir con ellos en las actividades deportivas y sufren, en ocasiones terriblemente, durante las horas de educación física. *En la sociedad griega antigua, pederastia, amor y gimnasia no iban a la greña*. Los Departamentos de higiene y sanidad de nuestros municipios, por otra parte, no dispensan fácilmente de la educación física a quien se declara homosexual: caso extraño, es en semejantes ocasiones que la homosexualidad no es considerada patológica.

La idea homosexual del deporte es muy diferente de la tradicional: el muchachito gay que detesta la educación física imagina un mundo en el que la práctica gimnástica, la satisfacción sexual y el afecto dejen de ser considerados esferas separadas y opuestas entre sí. En la práctica, él sabe perfectamente que sus compañeros que se pegan se *desean*. Ya no se trata de golpear o de vencer a alguien, se trata, entrelazándose, de *ligar*, de ofrecerse físicamente los unos a los otros, en la atmósfera lúdica en la que el sado-masochismo reconoce abiertamente su propio carácter erótico y se une a la afectividad. La lucha, el cuerpo a cuerpo pueden culminar perfectamente en el beso y en el coito más tierno o más violento, y el enfrentamiento de los equipos puede transformarse perfectamente en el encuentro colectivo del amontonamiento (*sex & rubby*, sudor, esperma, barro y desenfreno franco, *deportivo*).

Hoy, la relación entre Eros y deporte se vive con hipocresía: sin embargo, son bien conocidos los abrazos entre los jugadores después de la obtención de un gol (*¿cuál es el auténtico gol?*); y bien sabido es también que en los vestuarios jovencitos despeinados y sudorosos en paños menores o sin ellos comentan calurosamente el partido,

4 Cf. Jullian, *Oscar Wilde, op. cit.*, p. 24.

intercalando insistentemente las palabras y las frases de expresiones pornoláticas, entre las que predomina la palabra «joder».

En los baños turcos municipales del East-End, en Londres, donde al menos una vez por semana los jóvenes y menos jóvenes proletarios masculinos heterosexuales se encuentran tradicionalmente, desnudos, intercambiándose vigorosos masajes sobre los bancos entre vapores cálidos y oleadas de olores de menta y de azafrán liberados en el aire, basta cerrar los ojos un momento y escuchar para percibir que la palabra general, siempre repetida y pronunciada por todos, es *fucking* . El deseo de hacer el amor (*to fuck*) es tan poderoso y al mismo tiempo tan fuertemente reprimido, que *viene* incesantemente expresado verbalmente y nunca (o casi nunca, *por lo que yo sé...*) en concreto.

Por su parte, el astuto capital tiende a la explotación *directa* de la homosexualidad que está dentro / detrás del deporte: las más modernas publicaciones deportivas americanas, por ejemplo, publican anuncios gais en las páginas dedicadas a la publicidad por palabras. Y, en los países más «avanzados», la moda impone al gay la indumentaria atractiva y procaz del *atleta*: en una tarde estival de Nueva York, en la zona del Central Park donde se encuentran los homosexuales, diríase estar celebrando una reunión de ciclistas; abundan las bicicletas de carreras, los shorts, los muslos musculados, la puesta en escena es perfecta: lo que después suceda entre los céspedes constituiría sin duda una sorpresa para el ingenuo paseante heterosexual que pasa por ahí por casualidad.

Desde hace tiempo, además, el culturismo físico constituye el vehículo que muchas veces liga el deporte a la homosexualidad manifiesta. Una publicación británica para culturistas de los años cincuenta, por ejemplo, se presentaba como «*The finest, most thrilling International Physique Photo magazine. Packed with superb pictures of the World's most flawless physiques. Hi-Fi reproduction on glossy art paper. Plus inspiring articles by today's Champion bodybuilders*» [La mejor y más emocionante revista internacional de fotografía corporal. Repleta de magníficas imágenes de los físicos más deslumbrantes del mundo. Reproducción de alta fidelidad en papel satinado. Además de artículos inspiradores de los culturistas campeones de hoy].⁵ En su interior, fotografías de desnudos masculinos en pose de estatua

⁵ Cf. *Man's World*, vol. 1, núm. 6, Surrey, abril de 1957.

griega: *stars from all over the world*. Otro número de la misma revista se titula *Men and Sex*: en su interior, ni un solo artículo se refiere a la sexualidad masculina. Evidentemente no hacía falta para justificar el título.

Alcohol, patriotismo y otras drogas. Compañerismo y amistad

Al igual que el deporte, también el fanatismo patriótico representa una expresión transformada del deseo homosexual latente: «Bleuler se niega a admitir que el alcohol destruya las sublimaciones. Para defender su punto de vista cita la tendencia a la sublimación "patriótica" que se manifiesta frecuentemente después del consumo de alcohol. Cada vez que un borracho arrastra a su compañero de mesa a manifestaciones de entusiasmo "patriótico", nosotros preferiríamos hablar de erotismo homosexual mal oculto y no de sublimación».⁶

Evidentemente los alpinos deben haberse sentido realmente tocados en el punto flaco si han pretendido (y obtenido) el secuestro de *Saló e le cento venti giornate di Sodoma* porque una de sus canciones acompañaba, en este film, una escena considerada «morbose y perversa».

En lo que se refiere más de cerca al hecho de la bebida, el mismo Ferenczi sostiene que «el papel del alcohol solo consiste en la destrucción de la sublimación, implicando la puesta en evidencia de la auténtica estructura sexual psíquica del individuo, y, por consiguiente, una elección de objeto del mismo sexo».⁷ Es archisabido que la embriaguez despierta impulsos homoeróticos en muchos heterosexuales por excelencia: un hombre borracho cederá con frecuencia sin excesivas dificultades al cortejo por parte de un gay.

También la *yerba*, el *haschish*, el LSD, en suma, las drogas que «dilatan la conciencia», sitúan frecuentemente al hetero frente a su deseo homoerótico o al problema de su represión (sobre todo si se encuentran en compañía de homosexuales manifiestos): ante lo cual, pueden abandonarse al impulso redescubierto, a la experiencia, o bien resistírsele, entrando en «paranoia».⁸

⁶ Ferenczi, *L'alcool et les névroses*, op. cit., p. 192.

⁷ *Ibidem*, *Le rôle de l'homosexualité*, op. cit., p. 176.

⁸ Cf. cap. V, párr. 2.

Además, de la misma manera que Ferenczi reconoce la presencia disimulada del deseo homosexual detrás de las manifestaciones de patriotismo, también nosotros podemos reencontrarlo, similarmente, detrás de todas las expresiones de compañerismo, militar y político sobre todo, y, más en general, detrás de cualquier forma de amistad entre personas del mismo sexo. Según Freud, «una vez alcanzada la elección heterosexual de objeto, las tendencias homosexuales no desaparecen ni quedan en suspenso, sino que son simplemente desviadas del fin sexual y orientadas hacia otros nuevos. Se unen con elementos de los instintos del Yo, para constituir con ellos los instintos sociales, y representan así la aportación del erotismo a la amistad, a la camaradería, a la sociabilidad y al amor general a la Humanidad».⁹

El «amigo íntimo» de la infancia y de la adolescencia es, en realidad, para el muchacho «objeto» de deseo en sentido lato y por tanto (también) sexual. La masturbación recíproca y colectiva entre compañeros de estudios y de juegos expresa la carga erótica que liga a cada uno con los demás, pese a que habitualmente solo los gays jovencísimos sepan vivir abiertamente y sin hipocresías las relaciones sexuales con sus coetáneos: los restantes ya se han hecho cómplices de la represión del homoerotismo, por lo que aceptan el juego erótico con los compañeros solo en tanto que *paja y desahogo paliativo* («las chicas no nos hacen caso»), sin admitir explícitamente el deseo homosexual profundo que les une.

A la mirada gay tampoco se le escapa el sustrato homosexual de las relaciones entre adultos, machos heterosexuales amigos, compadres, camaradas o «compañeros». Las compañías, las bandas, los *racket* políticos, los bares, los clubs solo para hombres, son los lugares malsanos y míseramente gratificantes de la homosexualidad latente: entre ellos, los hombres *exhiben el fallo*, confirmando su propia fijación con el pene mientras hablan de «mujeres» (o sea de coños), asestándose vigorosas palmadas en la espalda y enviándose complacidamente a tomar por el culo: «¡Maricón!». Claramente, los machos entre sí hablan de sexualidad masculina: y, si son heterosexuales, *su deseo homosexual solo se practica en el lenguaje*.

El compañerismo masculino es la grotesca puesta en escena de una homosexualidad paralizada y agriada que se capta, *en negativo*,

⁹ Freud, «Observaciones psicoanalíticas...», *op. cit.*, p. 684.

detrás de la negación de la mujer de la cual se habla *falocráticamente*, *sin consideración auténtica*, reduciéndola a agujero, o sea a lo que *no es*. Aquí y siempre, la represión del homoerotismo va ligada a la opresión de la mujer por parte del macho. *El deseo homosexual negado aflora a través de la negación de la mujer*: en boca de los machos la mujer se convierte totalmente en algo ajeno a sí misma, se convierte en mujer-para-el-hombre, fetiche-cartero entre hombres, el *go-between* alienado entre machos cuya única y constante preocupación es la afirmación reiterada de una virilidad fetichista, prepotente, individualista-compañerista, negativa. *La virilidad no es más que la molesta introducción, por parte del hombre, de un fortísimo y censurado deseo homosexual por los demás hombres: el virilismo empacha y endurece al ser humano del sexo masculino, convirtiéndole en tosca caricatura del macho*. Nada tan ridículo y sustancialmente frágil como el heterosexual viriloide que ostenta la propia potencia violenta y «absoluta» y que de dicho modo se niega a sí mismo autoritariamente, reprimiendo al ser humano y por tanto a la «mujer» y a la mariquita que está en él, convirtiéndose en policía del sistema falóforo; nada tan débil como el macho viriloide que soterradamente teme la impotencia y la castración, puesto que en realidad ya es, precisamente en tanto que macho «absoluto», un ser humano mutilado.

Siempre según Ferenczi, finalmente, «en los neuróticos del sexo masculino —si la actitud del médico les parece desprovista de calor— se observan a veces unas *formaciones obsesivas homosexuales*, centradas con frecuencia en la figura del médico. Es la prueba casi experimental de que una de las fuentes de la amistad está en la homosexualidad, y que en caso de desilusión este movimiento de la afectividad puede retroceder al estado primitivo».¹⁰

En realidad, en todas las relaciones de amistad entre heterosexuales masculinos la homosexualidad latente e inhibida se manifiesta bajo forma de *expresiones obsesivas heterosexuales*: el heterosexual está obsesionado por la necesidad de afirmar frente al amigo su propia atracción exclusiva por las mujeres, como para exorcizar la homosexualidad sobre la que se fundamenta su amistad por el hombre. La amistad, pues, no puede ser real: está basada en un desconocimiento y en la mutua complicidad (anti)homosexual (o sea, en la muda

¹⁰ Ferenczi, *Symptômes transitoires*, op. cit., p. 207.

complicidad homosexual, en la homosexualidad alienada). La liberación del homoerotismo, por tanto, no solo es negación de la heterosexualidad *tal como actualmente se presenta*, sino que también es superación de las formas actuales de amistad entre personas del mismo sexo. Si la homosexualidad aparece, un cierto tipo de «amistad» debe derribarse necesariamente para dejar lugar a nuevas relaciones eróticas y afectivas francas.

Las heteromariquitas. El culto del gay *superstar*

También la *heteromariconería* debe ser considerada un fenómeno visto-samente unido a la sublimación del homoerotismo. *Hetero-mariquita* es un heterosexual que, aun no siendo consciente del componente gay del propio deseo, y no teniendo, por tanto, relaciones homosexuales, tiene todo el modo de hacer (cuando no incluso el *savoir-faire*) de una mariquita.

Obsérvese, por ejemplo, el *chic-radical* de las izquierdas: las indumentarias de prototipo stalin-maoísta del Hombre-Vogue de un Luca Cafiero y de tantos otros; la «chaqueta ciruela de enormes solapas»¹¹ y la «mariconera» —«bueno, ahora la llevan todos, no tiene por qué ser cosa de maricas»— del obrero militante de Lotta Continua; la vestimenta en jeans y cuero de los Autónomos, original de los fetiches utilizados por las *leather-queens* (mariquitas que se visten de piel: pero, por consiguiente, el propio «original» es un fetiche, puesto que objetiva y sublima en la indumentaria simbólica masculina de los Autónomos su deseo homosexual); el disimulado preciosismo arbasiniano de un Sergio Finzi y del «Piccolo Hans»; el envaramiento y el cigarro de Verdiglione que, ataviado de tal manera, podría muy bien hacer de cariátide con un coñac en la mano en el Napoleón (refinado club para homosexuales de clase alta del centro de Londres).

Por otra parte, los mismos críticos de la izquierda resultan ser a menudo paladines de la *heteromariconería radical-chic*. Recuérdese el papel satinado, la «elegancia» y el «despreocupado» *show-off* intelectual de las publicaciones de algunos teóricos situacionistas (Simonetti o los *travestimenti* de Sanguinetti o bien el ramo de fresias y la novellita de los años treinta titulada *Locura*, con la que, una vez que estaba

¹¹ Cf. Mario Mieli, «Il radical chic e lo chic radicale», *Fuoril*, núm. 7, enero 1973.

internado en el hospital, me obsequió Pinni Galante). Todas estas manifestaciones de hetero-mariconería desvelan la mariquita, a los ojos de los homosexuales conscientes, en tantos *machos* tan «veladas» que ni siquiera se dan cuenta de que son homosexuales. La crítica situacionista de la sociedad del espectáculo, en boca de algunos situacionistas, se hace en sí misma espectacular, en tanto que recitan con la máscara el propio deseo de (ser) mariquita.

Al igual que en el deporte, en el fanatismo deportivo, en el entusiasmo patriótico, en el compañerismo, en la amistad entre personas del mismo sexo, en la hetero-mariconería y en el chic-radical, también en el mito de los divos de la canción y de la pantalla, por enumerar un caso más, discurre frecuentemente una cierta cantidad de deseo homosexual inconsciente: el fenómeno se hace cada vez más evidente, desde que en los Estados Unidos y en Inglaterra, sobre todo, los «nuevos» ídolos de la música popular llevan al delirio masas de adolescentes fanáticos gracias a su repertorio lleno de movimientos sinuosos, de modulaciones vocales «transexuales», gracias a los atavíos ostentosamente afeminados, al maquillaje sofisticado, a la ambigüedad vistosa, en suma, que impregnan los personajes que interpretan: de los Rolling Stones a los Roxy Music, de Lou Reed a David Bowie. El fenómeno ha asumido connotaciones paradójicas: los New York Dolls, un grupo de jóvenes americanos que pisan (o pisaban) los escenarios totalmente vestidos de mujer, son incluso heterosexuales; y, eso es lo sorprendente, su espectáculo no constituye en absoluto, al menos en sus intenciones, una parodia de la homosexualidad y del travestismo, sino más bien su exaltación. Heterosexual también es la gran mayoría del público: sin embargo, el éxito de estos cantantes es atribuido precisamente a la descarada exhibición de una homosexualidad sin velos y «sin complejos». El público no podría venerarlos en tanto que ridículos, sino en tanto que provocativamente gais.

En este caso, se trata de desublimación represiva e inmediatamente sublimadora. El capital liberaliza el deseo conduciéndolo a un depósito consumista. Lejos de liberarse auténticamente, la homosexualidad interpreta de ese modo un papel de primer plano en el espectáculo capitalista totalitario. Hoy en día, no existe manifestación «artística» *à la page* que no tenga más o menos en cuenta los contenidos homoeróticos del deseo: en la «época de su reproductibilidad

técnica», la «obra de arte» contribuye poderosamente a la comercialización del homoerotismo.

En general, se *justifica* de manera conformista un homosexual siempre que sea artista, ya que, sobre la base del tópico, desde tiempo inmemorial los artistas son extravagantes, anticonformistas, lunáticos y, por tanto, pueden ser muy bien «invertidos»: al fin y al cabo, a los ojos de los «normales», el arte compensa la anomalía, la depravación sexual; «y además, también Miguel Angel, Leonardo, Shakespeare, Rimbaud, Verlaine, Proust, Cocteau, etc., eran de la otra acera». Análogamente, la homosexualidad es tolerada y concedida cuando va acompañada de una expresión «artística», puesto que en tal caso se liga a la esfera de lo imaginario, de la fantasía, a la sublimación, y no ataca directamente las relaciones reales habituales consideradas «normales». El homoerotismo puede ir muy bien en el cine, en los libros, en la pintura, pero no en la cama y, sobre todo, «¡no en *mi* cama, por el amor de Dios y de la Santa Virgen!».

En esta forma de tolerancia, el capital nos desguaza. En efecto, si la homosexualidad «circulase» libremente (como pretende la ideología permisiva) como «moneda corriente», las consecuencias serían tales que pondrían en serio (mejor dicho, *gayo*) peligro las instituciones heterosexuales y los equilibrios en que se basa el Estado capitalista. Y es por ese motivo que el Estado «liberal» es *liberal* hasta cierto punto.

Para el sistema, liberalizar significa sobre todo prevenir e impedir la *liberación* auténtica. Y, como ya he dicho, la liberalización de la homosexualidad es en primer lugar comercialización, operada por el capital —muchas veces a través del medio de la expresión «artística»— en la industria del gueto, en la industria cinematográfica, editorial, del vestido: en una palabra, en la industria de la *moda*.

Pero, aunque tanto la homosexualidad como el feminismo estén poniéndose de moda, su comercialización no altera sustancialmente las costumbres: o mejor dicho, si se produce una maduración de las costumbres, avanza a paso de caracol, mientras las modas efímeras se afirman, y son superadas, a galope. Las calles de Londres pululan de jóvenes parejitas heterosexuales, vestidas, maquilladas y peinadas a la manera de sus ídolos cantantes gais; pero son parejitas heterosexuales y tales —exclusivamente, salvo las raras excepciones que confirman la regla— permanecen.

Así pues, cabe convertir a la homosexualidad en un mito, con tal de que, paradójicamente, quede excluida de esta la esencia homosexual: el fan heterosexual convierte al cantante gay en un ídolo, paga su éxito, porque a sus ojos solo un divo puede mover el culo con la cabeza alta y los ojos vidriosos. Al igual que un espejo enmarcado en lentejuelas, el ídolo cantor refleja la luz fascinante de la libido homoerótica que el público proyecta sobre él. El *culto* del *gay superstar* es la otra cara de un *habit double-face* vestido por el heterosexual ante la homosexualidad: la faz habitual es el escarnio inmediato y el desprecio por el maricón que se cruza en la esquina de la calle, que se atreve a sonreírle en el pasillo del metro.

Celos. Notas sobre el masoquismo y el sadismo. La homosexualidad en la heterosexualidad

En el capítulo primero, ya he mencionado el reconocimiento, por parte del psicoanálisis, del deseo homoerótico enmascarado en algunos mecanismos típicos de los *celos* llamados «normales» (o definidos asimismo por Freud «competitivos»): «Apareciendo [...] en el hombre, además del dolor por la pérdida de la mujer amada y el odio contra el rival masculino, la tristeza por la pérdida del hombre inconscientemente amado y el odio contra la mujer considerada como rival».¹²

En especial los celos del tipo «delirante», que incluyen elementos de los otros dos tipos de celos, los «concurrentes» y los «proyectados», revelan en mayor medida el sustrato homoerótico común a todos: «También estos nacen, explica Freud, de tendencias infieles reprimidas, pero los objetos de las fantasías son de carácter homosexual. Los celos delirantes corresponden a una homosexualidad, y ocupan con pleno derecho un lugar entre las formas clásicas de la paranoia. Como tentativa de defensa contra un poderoso impulso homosexual podrían ser descritos (en el hombre) por medio de la siguiente fórmula: No soy yo quien le ama, es ella».¹³ También según Ferenczi, «los celos dirigidos contra los hombres no son más que la proyección de la propia atracción erótica hacia los hombres».¹⁴

¹² Freud, «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad», en *Obras Completas*, volumen I, *op. cit.*, p. 1011.

¹³ *Ibidem*, p. 1012.

¹⁴ Ferenczi, *Le role de l'homosexualité*, *op. cit.*, p. 176.

Así pues, los celos son *envidia*: envidia de ella que puede ir con el otro... En el lenguaje hablado, se oye confundir con frecuencia el concepto de celos con el de envidia: decir «estoy celoso de ti porque tienes un coche bonito» es lo contrario de lo que no se diría, o sea: «te envidio, querida, porque te acuestas con el mozo de la carnicería».

La adquisición de la conciencia homosexual y la liberación del deseo gay rompen el hielo de las tradicionales relaciones de pareja heterosexual y, sobre todo, disipan la oscura nube de posibles traiciones, de infidelidades y de celos que pesa sobre ella, envenenando los días y las noches. También los celos, pues, se basan en el ciego desconocimiento del deseo homosexual; al macho heterosexual se le revuelven las tripas porque ella va con otro y no se da cuenta de que si también él hiciese el amor con el otro, con otros, habría dado el paso más importante hacia la superación de las tribulaciones y hacia la transformación de los celos en placer. Es cierto, sin embargo, que actualmente los celos suelen prestarse a una manifestación indirecta de las tendencias masoquistas y, por tanto, en *cierto* modo, suscitan por sí mismos placer; pero también lo es que el masoquismo se puede gozar de una manera mucho más satisfactoria, consciente, directa y comunicativa.

Como me indica Giuliano De Fusco, el masoquista consciente se dedica a hacer aflorar las «contradicciones» en la pareja: y por *contradicción* De Fusco entiende el sadismo inhibido o, en un sentido más amplio, los impulsos sádicos y masoquistas de aquel/aquella que no reconoce su propia disponibilidad sadomasoquista. El auténtico masoquista induce hábilmente a su pareja a liberar la propia agresividad y a tomar conciencia de ella; esto supone el aumento de la afectividad y del placer para ambos y el masoquista, finalmente, consigue *ver* al otro tal cual es «en realidad», desinhibido. En la relación de la persona que ama con otra, el auténtico masoquista capta una agresión amorosa dirigida contra él que le permite gozar directa y abiertamente del placer de los *celos*: la «traición» se convierte en un acto amoroso, porque en ella se desvela la agresividad y se enriquece, por tanto, la pasión y el placer.

Pero el sadomasoquismo consciente no se identifica con el sadomasoquismo implícito en las tradicionales relaciones de pareja «normales»: como observa Giuliano De Fusco, esas relaciones reflejan el sadomasoquismo alienado y alienante del que está impregnada la

sociedad capitalista, autoritaria y represiva, y que, al negar el ser humano, también niega sádicamente su sadismo y, al imponerle una condición infrahumana y humillante, envilece su masoquismo.

De la misma manera que el deseo amoroso por las personas del sexo diverso queda reducido actualmente por el sistema a heterosexualidad truncada y falocrática, o que el deseo por las personas del mismo sexo está gravemente reprimido por la sociedad que lo transforma en instrumento del poder capitalista obligándolo a la latencia o desublimándolo de manera alienante, también las tendencias sádicas y masoquistas, *separadas* y reprimidas, son explotadas por el capital que, al deformarlas, las convierte en funcionales para el propio dominio. La revolución será también liberación (pro) positiva del sadismo y del masoquismo, y la comunidad libre en la que los deseos masoquistas y sádicos se expresarán abiertamente y se descubrirán transformándose no será, evidentemente, «sadomasoquista» como la sociedad actual. También en lo que se refiere al masoquismo y al sadismo, la gaya crítica revolucionaria rechaza la hipóstasis de sus formas históricas actuales: dada la general represión capitalista, tales formas expresan habitualmente de manera alienada y mutilada tendencias profundas y misteriosas que se manifestarán de manera muy diversa en el comunismo. Por otra parte, la crítica revolucionaria barre también el prejuicio según el cual el sadismo y el masoquismo serían únicamente «perversiones», meras deformaciones del Eros; el prejuicio que niega su importancia intrínseca, capaz de colmar la distancia entre Eros y Thanatos, entre el Bien y el Mal, y de superar —en la vida práctica y emocional— la dicotomía de los contrarios basada en el rechazo.

El masoquismo y el sadismo demuestran que no es necesariamente exacto «que el dolor sea un obstáculo para el placer, pero sí es, por el contrario, cierto que es una condición para el mismo. Así pues, tampoco es verdad que el deseo de causar daño sea antinatural y perverso [...]. Tachar de perversiones a estas dos inclinaciones humanas imprescindibles, implantadas sin excepción en todos los hombres lo mismo que la piel y el cabello, que pertenecen a su esencia, es consecuencia de la necedad colosal de un erudito. Que los demás la repitan. Se comprende. Durante milenios se ha educado al hombre para la hipocresía, y esta es ya una segunda naturaleza en él. Sadistas somos todos y cada

uno, masoquista es cualquiera. Todo el mundo se ve condicionado por su naturaleza a desear hacer daño y a desear sufrirlo: el Eros le obliga a ello».¹⁵

Hoy (*¡nunca es demasiado tarde!*) la liberación ya pasa a través de la toma de conciencia del deseo sádico y del masoquista. El masoquista no puede limitarse a vivir estas tendencias hipócritamente o poco conscientemente, como pretenden los aparatos policiales de las izquierdas del sistema. *La belle histoire d'amour* está poblada de fantasmas sádicos y masoquistas, que deben encontrar un eco evidente en la vida cotidiana, que deben aparecer claros en las relaciones interpersonales y con los animales, a fin de que la realidad no se quede en un *principio* superficial, separado de la profundidad, sino que llegue *hasta el fondo*, e incluso más allá.

Entre nosotros, homosexuales, la propensión a formar parejas cerradas es mucho menos fuerte que entre los heteros y las ventajas de la gaya promiscuidad son varias, en primer lugar porque abre el individuo a la multiplicidad y a la variedad de las relaciones, y por consiguiente gratifica positivamente la tendencia de cada cual al polimorfismo y a la «perversión», facilitando, en consecuencia, la buena marcha de cualquier relación entre dos personas (porque ni una ni otra se pegan *desesperadamente* al compañero, pretendiendo su renuncia a relaciones totalizantes contemporáneas con otras/otros). La lucha homosexual revolucionaria propone el reconocimiento erótico y afectivo de todo ser humano en la comunidad y en el mundo: cada uno de nosotros es *prisma*, es *esfera*, es *móvil*, y, por debajo y más allá de las contradicciones actuales que nos oponen y nos niegan, cada cual potencialmente compatible con cualquier otro, en una «geometría» real-fantástica e intersubjetivamente libre, como un admirable caleidoscopio al que se añaden, poco a poco, nuevas y preciosísimas *pedras*: los niños y los recién venidos de todo tipo, los cadáveres, los animales, las plantas, las cosas, las flores, los cerotes...

En suma, si en los celos heterosexuales hemos descubierto una forma de homosexualidad ciega y amargada, una defensa psicológica contra la efectiva proposición de un deseo homoerótico, podemos verificar cómo muchas veces la elección libidinal de un «objeto» del sexo «opuesto» revela también la presencia en él de elementos que,

¹⁵Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 99

inconscientemente, satisfacen de manera paliativa la tendencia homosexual latente del «sujeto».

Según Freud, cualquier heterosexual, «todo individuo, aun el más normal, es capaz de la elección de objeto homosexual; la ha llevado a cabo siempre alguna vez en su vida y la conserva aún en el inconsciente o se defiende contra ella por enérgicas disposiciones opuestas». ¹⁶ Muchas veces, la elección homosexual es realizada incluso optando por un «objeto» del otro sexo: en tales casos, el «objeto» heterosexual satisface parcialmente la componente homoerótica censurada del deseo. Esto también es cierto en ocasiones, *mutatis mutandis*, en el caso de los homosexuales.

Así pues, muchas veces la homosexualidad se descubre dentro de la heterosexualidad. No es por azar que el feminismo francés haya puesto en evidencia el carácter *pederástico* de todas las relaciones heterosexuales hoy existentes; y Luce Irigaray puede hablar de la «llamada heterosexualidad».

La violencia contra los homosexuales como extroversión negativa del deseo homoerótico censurado. Hipocresía del macho heterosexual

Quando qualcuno troppo ci provoca non sa
che questo é desiderio che lui dentro per noi ha...¹⁷

Ya hemos dicho que en esta sociedad el sadismo se presenta casi siempre *bajo forma alienada*. Esto sucede, por ejemplo, cuando la manifestación de las tendencias sádicas va acompañada de la represión de otro componente del deseo y de la sobrevaloración complementaria de una única expresión del Eros. Así, reconoceremos una forma de sadismo alienado combinada con un impulso homosexual *extraviado* y con una ostentación de la heterosexualidad en las agresiones operadas por los heteros contra los gais.

¹⁶ Freud, «Un recuerdo infantil», *op. cit.* p. 383

¹⁷ «Cuando alguien nos provoca demasiado no sabe / que eso es deseo que dentro de él por nosotros siente...», de la canción «Noie siamo froci e checche», del espectáculo teatral *La Traviata Norma, ovvero: vaffanculo... ebbene sí!*, presentado en Milán, Florencia y Roma en la primavera de 1976 por la compañía Nostra Signora dei Fiori de los Collettivi Omosessuali Milanesei.

La caza de brujas emprendida contra los maricas (y he aquí que la asociación «casual» de las palabras recuerda la conexión patibularia histórica entre persecución de brujas y exterminio de los *faggots*) no significa otra cosa que una expresión de sadismo alienado en tanto que unido a la extroversión *negativa* del deseo homosexual reprimido y a la *necesidad* de asegurar *con la fuerza*, incluso ante los homosexuales, la heterosexualidad. Freud dice, sin embargo, que tienen «razón los poetas, que nos describen preferentemente personas que aman sin saberlo [...] o creen odiar a quien en realidad aman».¹⁸

Los homosexuales tropezamos cotidianamente con perseguidores más o menos violentos: nunca existe, por nuestra parte, excesiva prudencia, puesto que los camorristas y los asesinos potenciales andan por todas partes, en el corazón y en las periferias de las metrópolis, en los centros de la provincia, y asoman incluso en los bosques y en el campo. ¿Se trata de «criminales comunes»? Está claro que no pretendemos apropiarnos de esta definición «mojigata», apresurada, burguesa y, por tanto, reaccionaria. Y además todos los machos heterosexuales, de manera más o menos directa, son habitualmente criminales y su actitud habitual les hace *cómplices*, en cualquier caso, de las violencias perpetradas contra nosotros.

Los camorristas y los asesinos aparecen en la escena (*the «gay» scene...*), infatuados e inducidos al delito, empujados por la moral dominante, por la ideología machista y heterosexual sostenida por el sistema (y que sostiene al sistema). La moral del capital induce a la violencia y a la agresión: si el ministro en sus discursos acusa la plaga social de la «inversión» en aumento, si el sacerdote desde el púlpito condena las prácticas sexuales «pecaminosas e innaturales», si la policía desaloja a los homosexuales de sus inseguros lugares de encuentro para confiarlos a una justicia áspera y obviamente injusta, si los comités de salud pública enumeran la homosexualidad entre los peores efectos de la «contaminación moral» (*moral pollution*), si los *gauchistes* cuentan a los maricones entre los frutos podridos de la decadencia burguesa,¹⁹ ¿por qué tantos jóvenes proletarios marginados, definidos

¹⁸Freud, «Sobre la psicogénesis», *op. cit.*, p. 1008.

¹⁹Hoy la actitud de la mayoría de los *gauchistes* ha cambiado; han pasado, muchísimos, de un extremo al otro: hay quien considera a «las feministas y a los homosexuales como el super-Yo del movimiento». Cf. cap. IV, párr. 4.

«subproletarios» por los manuales marxistas de la izquierda, no deberían descubrir en los gais su chivo emisario? *Con alguien hay que meterse*, y el capital, astutamente, se apresura a desviar de él la rabia de la gente. El homosexual sobrevive solo y prácticamente indefenso a despecho de todos y hostilizado por todos: *cuando sobrevive...*

Y como para la sociedad el homoerotismo constituye un «vicio», una «perversión» o un «crimen aberrante», la misma represión de la homosexualidad, el desprecio por los «invertidos», la persecución desencadenada desde siempre contra nosotros, *todo ello ofrece a los heterosexuales ulteriores maneras indirectas de descargar su propio impulso homoerótico latente. La homosexualidad censurada acaba muchas veces por exteriorizarse bajo forma de insulto sadismo, de agresividad gratuita o, en todo caso, «justificada» por prejuicios antigais obtusos y reaccionarios.*

Muchas veces —como escribe Jean Genet— quien agrede a un homosexual queda tranquilo, teniendo en cuenta que, «al fin y al cabo, si un maricón era una criatura tan sensible, tan frágil, tan aérea, tan transparente, tan delicada, tan débil, tan charlatana, tan musical, tan tierna, podía matarlo. Dado que estaba hecho para ser muerto; como el cristal veneciano, esperaba únicamente un puño grande y duro capaz de hacerlo añicos sin ni siquiera cortarse (a excepción acaso de una esquila insidiosa, aguda, hipócrita, que se insinúa y permanece bajo la piel). Si era un marica, no se trataba de un hombre. En efecto, un marica no tenía peso, era un gatito, un pajarillo, un cervatillo, una cecilia, una libélula, cuya misma fragilidad era provocadora; y, en último término, es precisamente esta exageración la que firma, inevitablemente, su muerte».

El propio ser del homosexual, su «anomalía», su deseo «depravado», su debilidad de marginado, de excluido, reclaman, a los ojos del heterosexual que es paladín de la Norma, el *castigo*: pero, en realidad, «el castigo es complacimento al igual que el delito».²⁰ En efecto, si las expresiones manifiestas del homoerotismo son «normalmente» consideradas *delito*, y si los heterosexuales se sienten legitimados al *placer* de condenarlas al *castigo*, este placer es, en el fondo, *satisfacción en negativo* del deseo reprimido de hacer el amor con el marica: «No puedo ir con él *porque soy normal; por tanto* le pego, le robo, le mato; su presencia me propone una relación *física* que *no puedo aceptar*, por lo que le

²⁰ Sartre, *Baudelaire*, *op. cit.*, p. 72.

respondo con la *violencia física*». Así de simple. Pero, paradójicamente, los homosexuales podemos llegar a reconocer en los que nos maltratan, nos golpean, unos amantes secretos.

La violencia antigay, que procede de la represión y de la culpabilización del homoerotismo, se encuentra también entre los hombres que de vez en cuando, e incluso repetidamente, tienen relaciones sexuales con hombres (me referiré extensamente a ello en el próximo capítulo). Así Stilitano, por ejemplo, el Duro entre los Duros, «amante» de Genet, insulta a las mariquitas;²¹ y los *macs*, señores de las cárceles, bujarras viriles «contaminados» secretamente, sin embargo, por la larga convivencia con las mariquitas, desprecian la homosexualidad (y están dispuestos a partírle la cara a un maricón) al mismo tiempo que la practican.²² La absurdidad de su concepción del sexo y de los roles desvela la absurda esencia profunda de la «normalidad» patriarcal: en la atmósfera hipermachista de la prisión solo la homosexualidad *pasiva* es considerada vergonzosa; mientras que «un macho que jode a otro es un doble macho».²³ El «doble macho» necesita un *pendant* «invertido y abyecto», «sucedáneo del coño», y basa su propia gloria y su propio prestigio en la sujeción ajena.

Kate Millett observa la similitud existente entre la relación macho-mariquita en las cárceles, y la antítesis entre los sexos que está en la base de la heterosexualidad considerada «normal» por la sociedad:²⁴ en la cárcel, donde, además de la masturbación solitaria, la única gratificación concreta del deseo erótico viene dada por las relaciones homosexuales, la misma homosexualidad se presenta habitualmente como mera parodia de las relaciones asimétricas de la pareja heterosexual (cuya real desigualdad desvela). Allí, el macho «heterosexual» sigue siendo un privilegiado, se comporta como hetero, y basa su «poder» en la sumisión del más «débil», la mariquita.

Pero no siempre es así. En su estupendo film *Un chant d'amour*, por ejemplo, el propio Genet nos ha ofrecido una imagen extremadamente poética y delicada (además de muy sexy) de un amor entre

²¹ Cf. Sartre, *Santo Genet commediante e martire*, Milán, Il Saggiatore, 1972, p. 310.

²² Cf. Bianca Maria Elia, *Emarginazione e omosessualità negli istituti di rieducazione*, Milán, Mazzota, 1974. Se trata, por otra parte, de un libro pésimo.

²³ Jean Genet, citado por Sartre, *Santo Genet*, *op. cit.*, p. 77.

²⁴ Cf. Kate Millett, *Política sexual*, Aguilar, 1975, pp. 439-448.

hombres en la cárcel; y también yo, en una cárcel inglesa, me he sentido bien —en ocasiones muy bien— con los demás presos.

Genet, sin embargo, está obsesionado por la desigualdad heterosexual. En la «pareja eterna del Criminal y de la Santa»²⁵ puede leerse la representación trágico-erótica de la pareja *eternosexual* del hombre fálico autoritario siempre *criminal* en relación con la mujer y de la mujer que, en tanto que le ama y le desea y le está sometida, solo puede ser, en su historia amorosa, una *santa*. Pero la mujer *criada* del hombre es en *cierto* modo similar a la mariquita afeminada, a Genet, a la que el macho «heterosexual» da por el culo y desprecia.

Para Genet, la «pareja eterna del Criminal y de la Santa» es, en primer lugar, el dúo del bruto fornido y bellísimo («*un assassin si beau qui fait pâlir le jour*» [un asesino tan bello que hace palidecer el día]) y del homosexual que le desea y al mismo tiempo es negado por él, del homosexual que en su *pasión* amorosa es *mártir*, puesto que el delinciente que ama es, en primer lugar, su opresor egoísta y violento, «indiferente y luminoso como un cuchillo de matarife».²⁶

Las criadas fue pensada y escrita para que fuese interpretada por hombres vestidos de mujer.²⁷ La feminidad negada por el macho heterosexual en su relación con la mujer está perfectamente representada por una feminidad ficticia, reducida a apariencia. Ahora bien, esta *feminidad* negada es sobre todo el ser de la mujer, que existe realmente como mujer precisamente más allá de la negación *criminalmente* perpetrada por el macho contra ella. En segundo lugar, esta *feminidad* es también el componente «femenino» reprimido del macho, «porque Genet, con todos los pederastas, sabe descubrir en los más machos una feminidad secreta: al igual que en los psicodramas, sus actores interpretan lo que son» (Sartre). Finalmente, está presente en Genet una *feminidad* reprimida, en su deseo y en su imposibilidad concreta de ser realmente mujer.

En el universo heterosexual-falocéntrico, la feminidad se reduce para el macho a mera aureola de santidad en torno al bruto poder del falo: en efecto, generalmente para el hombre heterosexual —como de modo significativo escribe Fornari en su tosca apología de

²⁵ Jean Genet, *Les bonnes*, Gallimard, París [ed. cast.: *Las criadas*, Madrid, Alianza editorial, 2005].

²⁶ *Ibidem*, «Nostra Signora dei Fiori», en *4 Romanzi*, Milán, il Saggiatore, 1975, p. 15

²⁷ Cf. Sartre, *Santo Genet, op. cit.*, pp. 591-604.

la heterosexualidad— «si no existiese un genital masculino, el genital femenino aparecería como un órgano desprovisto de sentido»...²⁸ Evidentemente, el *falo en el cerebro* impide al macho heterosexual ver más allá del propio pito: por esto la sociedad actual está dirigida por gilipollas. Por mi parte, si realmente creyese en las vanguardias, diría que la vanguardia de la revolución estará compuesta por lesbianas. *En todo caso, la revolución será lesbiana.*

Así pues, los «criminales comunes» son el espejo de la criminalidad endógena antifemenina y antihomosexual común a todo macho hetero. Quien asesina a un homosexual ha matado «por razón colectiva, precisamente en nombre de nuestra sociedad y de sus normas, tanto si haya atacado por horror de la homosexualidad, como si lo ha hecho por castigarla, con una precisa propuesta, pues, de justicia social.²⁹ Como escribe Volponi, «el asesino es colectivo, representa y actúa por cuenta de un sentimiento y de una pasión social y sabe que no solo» interpreta la tendencia antigay de todos los «normales», «sino que también está apoyado y protegido» por ellos. *Todos los heterosexuales son responsables de las violencias dirigidas contra nosotros, los maricones.*

La heterosexualidad masculina se distingue, además, por su hipocresía. Mignon o el *mac* que «monta» a Divine nunca consentirá en autodefinirse homosexual, pese a que Divine, con la que hace el amor, sea un hombre: donde la feminidad queda reducida a apariencia (y, por otra parte, para el «doble macho» la mariquita no es más que el sucedáneo de la mujer), *la heterosexualidad puede, también, quedar reducida a lo mismo.* El «doble macho» se siente heterosexual dos veces, más que «normal»: está seguro de ello porque tiene necesidad de estarlo y no vacilaría en romper la boca a cualquiera que le llamase maricón. Por otra parte, su convencimiento de permanecer heterosexual en cualquier caso, incluso en una relación sexual con un hombre, no desentona con la ideología hetero-machista que le es propia y que es en sí misma hipócrita y absurda. Si el bujarra que folla a la mariquita se considera heterosexualmente «normal», su mala fe no se diferencia de manera sustancial de la de los médicos que, como hemos visto en el capítulo I, lo definirían sin titubear «pseudo-homosexual».

²⁸ Franco Fornari, *Genitalità e cultura*, Milán, Feltrinelli, 1975, p. 59.

²⁹ Paolo Volponi, «Il dramma popolare nella morte di Pasolini», *Corriere della Sera*, domingo 21 de marzo de 1976.

Del mismo modo, incluso el «heterosexual» casado con hijos que hace el amor con un travesti, cree que es al cien por cien «normal», en el sentido de la heterosexualidad: la *apariencia* le reconforta y, *aparentemente*, a sus ojos el travesti es como una mujer. En efecto, prostitutas y travestis en atavío profesional son en todo y por todo parecidos si nos limitamos a su aspecto exterior. No le resulta difícil a un hombre, por otra parte, reproducir en sí mismo el fetiche de la «mujer» que gusta al hombre.

Pero, en realidad, lo que excita al cliente del travesti es el *hombre* que está debajo de la representación fetichista de la «mujer». Por una parte, en su concepción machista, la feminidad no es más que un fetiche, y, por tanto, solo le excita de manera fetichista, esto es, en tanto que objeto, agujero; por otra, lo que inmediatamente le interesa no es la relación interpersonal, sino el relacionarse de manera narcisista exclusivamente consigo mismo, si bien de manera alienada, a través de fantasías y gratificaciones fálicas que desbordan el mismo placer narcisista y necesitan del partner-objeto como pretexto. Lo que en el fondo excita al cliente del travesti es únicamente su sexo, pero es *su propio sexo* lo que en realidad desea y aparece bajo la falda y los encajes del travesti, a sus ojos fetichistamente y, por tanto, «femeninamente» atractivo. El componente homoerótico del deseo de los «heterosexuales» que van con travestis está demasiado severamente censurado para que puedan desear abiertamente una relación gay (yo sé algo acerca de esto, travesti *part-time*): solo se les permite desahogar la propia homosexualidad a través de la parodia de la relación heterosexual. Pero, en esta parodia, interpretan la tragedia de la represión del Eros.

El verdugo es cómplice de la víctima. Victimismo y masoquismo

Si, como he dicho, el heterosexual que agrede a un homosexual «manifiesta» y exorciza precisamente con ello su homosexualidad, por la misma razón, el agresor, el *verdugo*, se revela en el fondo *cómplice de la víctima*. El concepto de *complicidad* es comprensible si se tiene en cuenta la conversión negativa del deseo homoerótico en agresividad por parte del heterosexual: además, para que pueda convertirse inconscientemente en *cómplice* del homosexual, de la propia víctima, es necesario que considere la homosexualidad un *crimen* y, por tanto,

culpable a la víctima. Es evidente que dicho juicio culpabilizador no constituye la culpa real de la víctima, que es víctima precisamente en tanto que inocente, pero legitima la agresión por parte del heterosexual. Resumiendo: el verdugo (hetero) es cómplice de la víctima (gay); y la idea de complicidad es interpretable teniendo en cuenta la atracción inconsciente del heterosexual por el homosexual y su consciente juicio culpabilizador. *Así pues, la complicidad se refiere al acto homosexual fallido, inconscientemente deseado y traducido en violencia por parte del heterosexual.*

He aquí invertida la tesis defendida por Liliana Cavani en *Portero de noche*, tesis que, aparentemente similar, es en realidad opuesta («la víctima es cómplice del verdugo»). Pero ¿son complementarias ambas tesis?

No necesariamente. En efecto, en los campos de concentración nazis, por ejemplo, el exterminio de los *triángulos rosa* expresaba la conversión sádica colectiva de los impulsos homoeróticos por parte de las SS (*sadismo alienado* en tanto que ligado a la alienación de la homosexualidad) más que una adhesión masoquista de los homosexuales a su sadismo.

Sin embargo, no se puede decir que el deseo homoerótico de los justicieros nazis fuese siempre latente. Las SA eran notoriamente homosexuales, pero muchos de las SS tampoco despreciaban las relaciones sexuales con hombres. *En un contexto social en que el deseo gay es duramente reprimido, puede ocurrir a veces que la homosexualidad masculina solo se manifieste a condición de asumir connotaciones hiperviriles y contradictoriamente antihomosexuales.* Como escribe Francesco Saba Nardi, «durante el nazismo, en efecto, quien estaba sometido a persecución era un *determinado tipo* de homosexual, delicado y “decadente”, no, claro está, el vigoroso “bujarra” de cuartel. La melindrosa mariposa de los octágonos, *ring, boulevards* y periferias era eliminada: no era marcial. El rudo SA o el rubio SS amado por el sargento o por el *Sturmabführer* era considerado, en cambio, más viril, militar, digno de confianza, que el “miembro de la orden” que se dedicaba a los frívolos amores femeninos».³⁰

Quien era eliminado era el homosexual que no se adaptaba al uniforme hipermachista del nazismo y que, por la fuerza de las cosas, por

³⁰ Saba Nardi, «La società omosessuale», *op. cit.*, p. 40.

su aspecto físico y por su mentalidad, permanecía excluido del desfile fálico, fanático y guerrero de un régimen, que necesitaba el macho, en sentido absoluto, o mejor aun precisamente el «doble macho». En realidad, el exterminio de los homosexuales en el Tercer Reich representa la imagen más nítida, la quintaesencia de la infernal persecución cotidiana perpetrada contra los gais por la sociedad del capital: si ahora es el deseo homoerótico colectivo, inconsciente en tanto que reprimido, el que se aparece bajo forma de agresividad y ataca a los gais manifiestos, durante el nazismo eran frecuentemente unos homosexuales manifiestos, pero encadenados al sistema y atrapados por su ideología violenta y marcial, quienes servían de instrumento de la represión mortal del homoerotismo. El sistema contrapone la homosexualidad a la heterosexualidad: actualmente, de manera más sutil e hipócrita que entonces.

Por otra parte, sigue siendo cierto que también hoy, con frecuencia, la figura del duro más o menos imposible, del «verdugo», representa un fantasma erótico difundido entre los gais. Genet no constituye una excepción: se puede deducir de ello que la homosexualidad va unida con frecuencia a formas de masoquismo. Pero ¿cómo podría ser de otra manera en un contexto en el que rige una Norma antihomosexual violenta? ¿Cómo se puede hacer la corte a un hombre heterosexual, «normalmente» sádico, sin apoyarse en el propio masoquismo? Puesto que es evidente que las mariquitas no deseamos únicamente a las demás mariquitas, sino que sentimos atracción erótica por «todas» las personas de nuestro sexo, sean o no homosexuales.

También es verdad que muchos de nosotros preferimos a los heteros como «objetos» sexuales: si lo que nos atrae es el *macho*, encontraremos generalmente *más macho* al heterosexual, puesto que la heterosexualidad, que se basa en la diferenciación marcada entre los sexos, tiende a hacer de él el macho en sentido absoluto, el opuesto a la mujer. Apoyado y premiado por la Norma, muchas veces el heterosexual nos *aparece* «sensualmente sano y bello, como lo son jaspeados animales de presa» (Nietzsche); las espabiladas mariquitas francesas llaman *bêtes* [bestias] a los machos heteros que las hacen soñar; y esta bestialidad tiene realmente un doble sentido, visto que las *bêtes* procaces encierran en verdad dentro de sí la noble alma de la horenda *Bestia* de Madame Leprince de Beaumont.

Sucede con frecuencia que deseamos a quien no podemos amar, puesto que nos persigue el prototipo del individuo «normal». Existe indudablemente una contradicción inmanente en la fortísima atracción sexual sentida hacia hombres que sobre todo detestamos, en tanto que personificación del poder falocéntrico antifemenino y antigay. Daniele Morini, de los Collettivi Omosessuali Milanesi, escribe: «Paradójicamente solo siento mi cuerpo en contacto con mi imaginario: el macho. No es difícil entender que el contenido de este imaginario es alienado y que mis partners son unos fantasmas reaccionarios».³¹

Los fantasmas del deseo que afloran a nuestra conciencia homosexual reflejan con gran frecuencia las figuras estereotipadas en las que se cristaliza la Norma heterosexual que ha modelado la sociedad, la especie. En cierto modo, el deseo preponderante por la *bête* es, por parte del gay, del oprimido, *la interiorización de la figura y del papel del opresor*. Desear sobre todo, o exclusivamente, el macho hetero significa apoyar lo que nos oprime y contribuir a su cristalización en los caracteres reaccionarios y sexualmente incitantes que históricamente le distinguen.

Pero la lucha homosexual de liberación acaba por vaciar y *transformar* precisamente los «objetos» más inmediatos del deseo homoerótico: *en primer lugar, libera el deseo y multiplica sus fuentes, favoreciendo la superación de las fijaciones eróticas exclusivas de cierto tipo*; procura, además, al homosexual un sentido de *dignidad* que le induce progresivamente a renunciar a determinadas relaciones alienantes con los machos hetero, o ayudar a esos machos a cambiar en sentido nuevo y positivo, rescatando la *humanidad* y sobre todo la *feminidad* sofocadas por sus actitudes torvas y falocráticas. Al liberarse, el homosexual da al heterosexual ejemplo de *gaya* fuerza y dignidad, es decir, de un nuevo modo de ser humano, que ya no está basado en la negación interpersonal, sino en el entendimiento, el deseo, la mutua satisfacción. El homosexual puede inducir al «hetero» a una relación con él que sea *gay*, y no torpe imitación de un polvo heterosexual. La lucha que los homosexuales revolucionarios conducen contra los machos hetero tiene como objetivo la transformación de estos «objetos» de deseo en seres humanos libres, abiertos, ya no *terca* y exclusivamente *hetero*, ya no *otros*, sino homosexuales como

³¹ Morini, «La Bella e la Bestia», *op. cit.*

nosotros, *semejantes* a nosotros; y todo ello para encontrar en las relaciones intersubjetivas gais, desinhibidas, francas, la fuerza colectiva necesaria para la subversión del sistema: para poder hacer, realmente, el amor con ellos, *entre nosotros*. Este *telos* positivo anima la lucha gay contra el macho hetero, que, en cambio, en tanto que tal, está necesariamente vinculado a su *statu quo*.

El homosexual que, en su rabia, no vaya ni vea más allá del objetivo de la drástica negación del macho, permanece atrapado en la red de la contradicción, pese a que su actitud «dictatorial» pueda estar históricamente justificada. La contradicción reside en el hecho de que no se puede negar taxativamente al macho hetero y al mismo tiempo seguir deseándolo. Ni se puede abolir de manera voluntarista esta atracción sexual: de hacerlo, correríamos el peligro de sofocarnos a nosotros mismos y a nuestro imaginario, porque ese macho está *dentro de nosotros*, a partir del momento en que lo deseamos sexualmente. No podemos matarlo porque de esa manera nos mataríamos a nosotros mismos; no debemos ceder a la ilusión de William Wilson, que muere matando a su doble, o de Dorian Gray, que muere apuñalando al retrato. Es preferible, con mucho, reanimar al ser humano que yace bajo la esclerosis viril del macho heterosexual, liberándolo (y liberándonos) del «sortilegio» fálico. En dicho sentido, el deseo del homosexual por el heterosexual es revolucionario: difunde la homosexualidad, *desencadena* al Eros.

Los homosexuales revolucionarios han decidido dejar de adaptarse al papel de víctimas, han comenzado a rechazar, de una vez para siempre, el ser la excepción que confirma la regla. Para nosotros, se trata de borrar para siempre una Norma que envilece y oprime. El victimismo ya no es suficientemente gratificante puesto que, en definitiva, nunca lo ha sido (aunque seguiría valiendo la pena escribir un detallado *Martirologio de la mariquita*). Pretendemos gozar libremente, sin interferencias, de nuestra homosexualidad y de la ajena, *así como de nuestras (y de las ajenas) tendencias masoquistas*. Lo que no significa en absoluto seguir personificando el papel de víctima: la víctima es el *pendant* del libertino sádico; pero el *pendant* de un masoquista no es un sádico, sino, por decirlo de algún modo, una *Venus de las pieles*, o bien un Marte *à poil*, un tipo severo y resplandeciente como un dios. El sadismo de Sade no es el masoquismo de Sacher-Masoch, pese a que

no se dé sadismo sin manifestaciones masoquistas colaterales, ni masoquista desprovisto de impulsos sádicos. No por azar se habla de sadomasoquismo. Sin embargo, el libertino sádico tradicional no elige una víctima masoquista (¿qué placer sentiría en martirizar a quien goza con ello?), ni el masoquista un dominador sádico. «Con excesiva rapidez —escribe Deleuze— se suele considerar que es posible invertir los signos, poner cabeza abajo las pulsiones y concebir la gran unidad de los contrarios para llegar a Masoch a partir de Sade».³²

Pero he aquí que, en el terreno de la liberación, se verifica un encuentro sexual entre personas prevalentemente sádicas y otras prevalentemente masoquistas. La liberación del sadomasoquismo y la liberación de la homosexualidad superan los roles tradicionales contrapuestos del sadismo y del masoquismo. El estudio de Deleuze sobre estas tendencias se descubre limitado: en cierto sentido, hipostasia formas de masoquismo y de sadismo que, en realidad, poseen una contingencia histórica. He ahí lo que ha escrito Larry Rosan, miembro del movimiento sadomasoquista americano The Eulenspiegel Society, en el editorial «Gaudemus Igitur» aparecido en *Pro.me.thee.us*: «Sabemos que existen elementos sádicos y masoquistas naturales en un porcentaje amplísimo de personas; y la mayor parte de nosotros somos conscientes de que aprovecharse de una personalidad *naturalmente* sádica / masoquista es mucho mejor, incluso desde el punto de vista del placer, que limitarse a explotar las formas (*patterns*) de dominio / sumisión que son inveteradamente ocasionadas por nuestra sociedad, como “policía contra prisioneros”, “rico contra pobre” y así sucesivamente. Existe una profunda diferencia entre la “auténtica personalidad de un esclavo” y un “prisionero potencialmente rebelde”, que no es más que una víctima involuntaria de las circunstancias. Este es el motivo por el cual el Eulenspiegel pone el acento en las relaciones voluntarias. Nos damos cuenta de que “limitarse a *partners* voluntarios” no constituye una *excepción* a nuestra libertad, sino más bien una parte de ella: ¡queremos ser libres de no sucumbir a ese poder social o a esas personas que *nos* utilizan como víctimas involuntarias! (Y precisamente nosotros, sadomasoquistas —en especial, los mismos dominadores sádicos— podemos ser, en cierto modo, más vulnerables ante la imprevista represión por parte del Estado y de la policía, ese corrompido

³² Gilíes Deleuze, *Masochismo e sadismo*, Milán, Iota Libri, 1973, p. 11.

y oscuro remolino de deseos sado / masoquistas primitivos / conflictivos, envidioso y resentido respecto a nosotros que celebramos libre y alegremente la mística del sado / masoquismo».³³

Los homosexuales que son efectiva y predominantemente masoquistas se ven obligados, pues, a combatir el papel negativo de víctimas que el sistema les inflige. No por azar encontraremos masoquistas entre los miembros más radicales del movimiento gay, entre los decididos adversarios del victimismo homosexual y de la violencia social antigay. En cambio, en los homosexuales que se adecúan al papel de víctimas, por sentido de culpa y por inercia, reconoceremos unas *auténticas víctimas* (y no unos masoquistas que en el fondo gozan; aunque ello no excluya que la larga adaptación al sufrimiento no suscite en muchos casos impulsos masoquistas anteriormente rechazados).

En su conjunto, toda la problemática del masoquismo homosexual (en su frecuente presentación bajo forma alienada, según las determinaciones de la *falsa culpa*, de la condena interiorizada) aparece muy intrincada y todavía hoy confusa respecto al evidente mecanismo de extroversión sádica de impulsos homoeróticos latentes por parte de los heterosexuales. Claramente, la cuestión homosexual está más inexplorada y es menos conocida que la Norma heterosexual. Los gays sabemos muchas cosas acerca de la pareja hetero (aunque solo sea porque, pese a todo, llevamos una familia a las espaldas y, queramos o no, en el cerebro), mientras los «normales» basan su ideología en el rechazo de la homosexualidad. El hecho de considerar legítima la persecución de los «diferentes», o bien la *tolerancia* respecto a los mismos, disculpa a los «normales» de indagar los motivos que les llevan a tal persecución o a la elección de una solución cómoda, «tolerante»; además, «el consenso social a su modalidad sexual no les lleva a ponerla en discusión y, a partir de ahí, toda su vida privada» (Corrado Levi).

Para nosotros, «diferentes», comprender las causas de la represión es indispensable para descubrir la justa dirección por la que encaminar nuestra lucha emancipadora. De igual manera que solo el punto de vista feminista puede evidenciar la esencia patriarcal de la *Kultur*, o solo la crítica revolucionaria revelar la «naturaleza» real del dominio del capital, solo el punto de vista gay puede discernir los reales contenidos de la Norma que se les contrapone, y reconocer en los sujetos

³³Larry Rosan, «Gaudeamus Igitur», en *Pro.me.thee.us*, Nueva York, primavera de 1975.

humanos concretos, defensores de dicha Norma, la contradicción implícita en la propia *Norma: los heterosexuales son exclusivamente heterosexuales porque niegan la homosexualidad latente en ellos, la subliman o la convierten en agresividad.*

El homoerotismo sublimado como garantía de cohesión social. La homosexualidad en Dante

Freud se limita a poner el acento en las formas de sublimación pacífica del deseo homoerótico: «Una vez alcanzada la elección heterosexual de objeto, las tendencias homosexuales no desaparecen ni quedan en suspenso, sino que son simplemente desviadas del fin sexual y orientadas hacia otros nuevos». ³⁴ *Descubre un profundo contenido homosexual en aquellos tipos de sublimación que se traducen en entrega a la comunidad y a los intereses públicos: «Analíticamente, acostumbramos a ver en los sentimientos sociales como una sublimación de actitudes homosexuales hacia los objetos».* ³⁵ Así, la sublimación del homoerotismo es juzgada por Freud como de utilidad pública. Su concepción deriva —por inducción— de la observación de la existencia de un buen número de homosexuales que se distinguen por un desarrollo especial de los instintos sociales y por su devoción a los intereses públicos. Según Freud, esta devoción se explica si se tiene en cuenta que, «en general, el comportamiento hacia los hombres de un hombre que ve en ellos potenciales objetos de amor debe ser diferente de la de un hombre que ve a los demás hombres sobre todo como rivales frente a las mujeres». ³⁶ El deseo homosexual se transforma en una fuerza de cohesión social: en ausencia de la sublimación del homoerotismo en sentimientos sociales, la ley de la jungla regiría desenfundada y arrolladora en la sociedad heterosexual, que es sistema de rivalidad, celos y competitividad.

Pero la sublimación del homoerotismo está basada históricamente en su represión: ahí está la garantía de la cohesión social que rige un sistema que, directa o indirectamente, condena las expresiones manifiestas de la homosexualidad. *La homosexualidad libre deja de apoyar*

³⁴ Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia», *op. cit.*, p. 684.

³⁵ *Ibidem*, «Sobre algunos mecanismos neuróticos», *op. cit.*, p. 10.

³⁶ *Ibidem*.

este sistema, se le opone y contribuye a determinar su hundimiento. Al mismo tiempo, se sitúa como preciosa condición para la creación del comunismo que es (re)conquista de la comunidad humana. Y la realización de la auténtica comunidad es inconcebible sin liberación del homoerotismo, que es universal y que solo puede asegurar relaciones auténticamente totalizantes entre personas del mismo sexo (el comunismo es redescubrimiento de los cuerpos y de su función fundamental comunicativa, de la potencialidad amorosa polimorfa).

El «especial» desarrollo, puesto de relieve por Freud, de los instintos sociales en los homosexuales manifiestos hace pensar en *La Divina Comedia*, donde, entre los «sodomitas» condenados al Infierno, aparecen numerosos hombres públicos prestigiosos y respetados: «*tutti furcheri / e litterati grandi e di gran fama / d'un peccato medesimo al mondo lerci*».³⁷ Dante habla generalmente de ellos en tono elogioso («...e sempre mai / l'ovra di voi e li onorati nomi / con affezion ritrassi e ascoltai»),³⁸ pese a que les considere reos de pecado tan grave y funesto que resulta incluso innombrable (*peccatum illud horribile inter Christianos non nominandum* [Ese horrible pecado entre los cristianos no debe mencionarse]; en los dos cantos dedicados a los «sodomitas» (el XV y el XVI) no aparece una sola palabra explícita que defina la naturaleza del crimen «contra natura» que les ha valido la condena («Sodoma» solo aparece en el canto XI, cuando Virgilio expone el orden del bajo Infierno). Es cierto que fueron hombres ejemplares (Brunetto Latini es descrito como el que, en vida, enseñaba a Dante «*come l'uom s'eterna*»),³⁹ pero cometieron una culpa terrible capaz por sí sola de hundirles para siempre en las vísceras del Infierno.

Una lista de «sodomitas», sin embargo, aparece también en el *Purgatorio* «*il Paradiso li attende*»;⁴⁰ Dante, pues, no considera el pecado «contra natura» como necesariamente irreparable. Es algo que resulta muy sorprendente si se tienen en cuenta las durísimas sanciones jurídicas y canónicas que castigaban a los homosexuales en Toscana y en

³⁷ Todos fueron clérigos / y literatos grandes y de gran fama / de un mismo pecado para el mundo sucios.

³⁸ Y siempre jamás / vuestra obra y los curiosos nombres / con afecto recordé y escuché.

³⁹ Como el hombre alcanza el cielo.

⁴⁰ El Paraíso les espera.

Europa en la Edad Media;⁴¹ y Dante no explica la razón de que algunos expíen en el Purgatorio la culpa por la que «...giá Cesar, triunfando / regina contra sé chiamar s'intese»⁴² mientras otros, entre los cuales «*la cara e buona imagine paterna*»⁴³ de Brunetto, pertenezcan a la «mesnada» de los que sufrirán para siempre los suplicios infernales.

Además, si en el Infierno los «sodomitas» aparecen en las simas y están separados, sin embargo, de los lujuriosos (heterosexuales, colocados en el segundo círculo), en el *Purgatorio* «sodomitas» y heterosexuales se encuentran y abrazan gayamente:

Lí veggio d'ogne parte farsi presta
ciascun'ombra e baciarsi una con una
sanza restar, contente a brieve festa:
cosí percentro loro schiera bruna
s'ammusa l'una con l'altra fórmica,
forse a spiar lor via e lor fortuna. ⁴⁴

(*Purgatorio*, XXVI, 31-36)

Muy gay es también la imagen con que Dante describe la primera hilera de «sodomitas» que, en el *Infierno*, se encuentran con él y con su «duque»:

...quando incontrammo d'anime una schiera
che venían lungo l'argine, e ciascuna
ci riguarda a come suol da sera
guardare uno altre sotto nuova luna;
e sí ver noi aguzzavan le ciglia
come'l vecchio sartor fa nella cruna.⁴⁵

(*Infierno*, XV, 16-21)

⁴¹ Cf. cap. V, párr. 2.

⁴² ...Ya César, triunfando / reina se oyó insultar.

⁴³ La querida y buena imagen paterna.

⁴⁴ Y vi de cada lado avanzar presta / cada sombra y besarse, una con una / sin parar, satisfechas de tal fiesta / de igual manera que en su fila buena / con la de enfrente hocícase la hormiga / avisándose el paro y la fortuna, Dante Alighieri, *Comedia*, 3 vols., Seix Barral, 1977, p. 303 (*Purgatorio*).

⁴⁵ Y un grupo de almas vimos que pasaba / siguiendo el muro que descrito dejo, y cada una de aquellas / nos miraba como se miran dos — el entrecejo frunciendo — si la luz lunar no brilla / o como enhebra el hilo un sastre viejo. *Ibidem*, p. 159 (*Infierno*).

¿Con cuánta frecuencia, todavía hoy, en los lugares nocturnos de ligue los gais nos miramos de ese modo? ¿Y, sobre todo, miramos a las recién llegadas? «¿Pero también se ligaba en la Edad Media?». Sin duda, *chérie*.

Dante traduce en altísima poesía el deseo homosexual latente en él (*aunque, a partir de las escasas referencias históricas que poseemos, no nos podamos sentir autorizados a considerar el suyo un raro caso de homosexualidad totalmente sublimada*). Haciendo referencia una vez más a los «sodomitas», escribe:

S'i' fossi stato del foco coperto,
gittato mi sarei tra lor di sotto,
a credo che 'l dottor l'avría sofferto;
ma perch'io mi sarei bruciato e cotto,
vinse paura la mia buona voglia
che di loro abbracciar mi facea ghiotto.⁴⁶

(*Infierno*, XVI, 46-51)

Una interpretación gay podría leer detrás de las metáforas de estos versos: «Si hubiese estado a cubierto de la persecución de la homosexualidad (*fuego*: en tiempos de Dante los homosexuales eran condenados a la hoguera), me habría hecho encular entre ellos (o por ellos, con ellos: *gittato mi sarei tra lor di sotto*) y creo que Virgilio lo habría tolerado, permitido (*l'avría sofferto*: es sabido que Virgilio era maricón;⁴⁷ *sofferto*, de *sofferére* o *sofferire* derivados del latín *sufferre*, compuesto de *sub*, bajo, debajo, y *ferre*, llevar: Virgilio habría *llevado* a Dante *debajo*, esto es, le habría inducido a la homosexualidad); pero como hubiera sufrido las penas de la persecución (*mi sarei bruciato e cotto*), el miedo venció al deseo (*buona voglia*) goloso (*ghiotto*) de abrazarlos».

Por otra parte, como escribe Serge Hutin, «todo, en *La Divina Comedia*, está dispuesto de modo que oculte al profano las auténticas convicciones del autor: el esoterismo cristiano y la doctrina de los *Fedeli d'Amore*, cuyos ritos iniciáticos y prácticas esotéricas nos hace conocer

⁴⁶ Si a cubierto del fuego hubiese estado / bajado habría al punto hasta su vera / pues mi doctor lo hubiera soportado / mas, como me quemara y me cociera de hacerlo / mi pavor venció al violento deseo / de abrazarlos que sintiera. *Ibidem*, p. 171 (*Infierno*).

⁴⁷ Cf. cap. II, párr. 3.

el poema [...]». «*La Divina Comedia*, obra aparentemente católica [...] constituye también una Suma —para quien sepa leer— del hermetismo cristiano. Dante y sus amigos formaban parte de una sociedad secreta, la de los *Fedeli d'Amore*, vinculada sin duda a la Rosa-Cruz, y la inmortal obra maestra del gran poeta italiano es una exposición, velada pero bastante explícita, de la doctrina secreta de esta confraternidad templaria cuyos miembros dirigían poemas amorosos a una “Mujer”, que era en realidad el símbolo del orden y de sus doctrinas secretas, el símbolo del cristianismo esotérico por excelencia». ⁴⁸

«*S'i' fossi stato dal foco coperto*»: es posible, pues, que el *fuego* no represente únicamente la persecución de la homosexualidad, sino también las *pruebas* a través de las cuales se desvela lo oculto, lo que está más allá de la percepción «normal» (del infierno cotidiano). La entrada en la magia está simbolizada por el paso a través del fuego, que también es la fase iniciática esencial del hermafroditismo. Así el «viaje en la locura» es vivido en parte como paso entre las llamas, como confrontación directa con un terrorífico Dharmapala, para despedirse de la coacción repetitiva y salir de la rutina desgraciada de todos los días, eligiendo el riesgo y encaminándose hacia la dimensión superior de la existencia (en el fondo de los sentimientos arde un sueño amoroso por Buda). Veremos cómo Freud y Ferenczi colocan en la homosexualidad la causa principal que «desengancha» el llamado «delirio paranoico». ⁴⁹ La elección del fuego significa también el pacto con el Diablo, que corre a tu encuentro cuando estás a punto: con él solo puedes gozar *también* de una auténtica amistad homosexual, porque el Diablo es andrógino o ginandro o, mejor dicho, asume todas las apariencias, y puede aparecérsete bajo forma de mariquita fascinante o de mujer australiana: «vender el alma al Diablo» quiere decir fundamentalmente descubrir y reconocer la propia *Anima* (o *Animus*, en sentido junguiano).

Detrás de la represión de la homosexualidad se oculta una homosexualidad como *punte*, puente hacia lo *desconocido* (o tal vez, hacia lo que siempre hemos sabido sin darnos cuenta). Todavía hay demasiada gente que siente miedo de pasar realmente *a la otra orilla*.

⁴⁸ Serge Hutin, *Histoire des Rose-Croix*, París, Le Courier du Livre, 1971, p. 22.

⁴⁹ Cf. cap V, párr. 2.

El movimiento gay revolucionario propone la gran aventura a todos. Los homosexuales reformistas piensan, al contrario, que es posible acampar en masa en este puente, obstruyendo el paso a quien pretenda ir más allá.

En cualquier caso, *ir más allá* solo es posible cuando el deseo homosexual se ha liberado totalmente. Más allá de la gaja totalidad, está todo el resto: *el «Paraíso» nos espera...*

Apuntes sobre el Eros platónico y sobre la homosexualidad en la religión

Pues yo al menos no puedo decir que exista
para un joven recién llegado a la adolescencia
mayor bien que tener un amante virtuoso, o para
un amante, que tener un amado.

Platón⁵⁰

La importancia, descubierta por Freud, de la sublimación del ho-
moerotismo como garantía de cohesión social (por otra parte siem-
pre amenazada), suscita además el recuerdo de la legislación uto-
pista configurada por Platón en *La República*. En ella el sumo poder
es confiado a los filósofos; pero *El Banquete* nos enseña que el auténtico filósofo es también el «perfecto amante»:⁵¹ la teoría *platónica*
del amor es fundamentalmente pederástica y en ella la experiencia
perfecta de la pederastia es descrita en última instancia desprovista
de las «vulgares» gratificaciones inherentes a la esfera sexual. Pese
a ello, un discutido pasaje de *Fedro* acaba por conceder al mismo
filósofo, al «amante ideal», que yazga junto al amado.⁵² E incluso

⁵⁰ Platón, *Banquete*, *op. cit.*, 178c, p. 37.

⁵¹ «De suerte que es necesario que el Amor sea filósofo», en *El Banquete*, *op. cit.*, 204b (p. 81) y cf. además, todo el discurso de Diotima, 201d-12b (pp. 76-95) y el elogio de Sócrates pronunciado por Alcibiades borracho, 212e-223d (pp. 95-114).

⁵² Platón, *Fedro* 255e-56a, en *El banquete, Fedón y Fedro*, *op. cit.*, p. 330. Allí se habla de la relación ideal entre perfecto amante y amado, los únicos que no han cedido al impulso pasional y violento del corcel rebelde del alma. Sin embargo, para el enamorado «... su deseo de ver, de tocar, de besar, de yacer con el amante es semejante al que este experimenta, aunque más débil. Por ello, como es natural, este deseo hace que se llegue rápidamente a las consecuencias que le siguen. Pues mientras yacen juntos, el caballo desenfrenado del amante sabe qué debe decir al auriga, y pretende, como recompensa

prescindiendo de *Fedro*, no nos podemos limitar a hacer coincidir la concepción total del Eros contenido en *El banquete* con el exclusivo discurso de Sócrates: no se puede mutilar un diálogo, mandando la dialéctica a hacer gárgaras. En realidad, la pasión amorosa y sensual del joven Alcibíades borracho revela a Platón hasta el fondo, de la misma manera que lo expresan la sublime elevación erótica de Diótima-Sócrates y las palabras de Fedro y de Pausania, o que es platónico el mito primordial de los tres plenos sexos, andrógino, masculino y femenino, expuesto por Aristófanes.

La República, *El Banquete* y *Fedro* son diálogos que la crítica moderna reconoce cronológicamente próximos; en ellos se desarrolla y refina la doctrina del amor, de su connubio con la filosofía: de su lectura podemos deducir, por tanto, que, para Platón, la sociedad ideal debía estar dirigida por filósofos pederastas y que el erotismo ideal correspondía a una forma de pederastia esencialmente sublimada. Es cierto que solo en su obra más tardía, *Las Leyes*, Platón condena explícitamente la práctica homosexual: «La unión de los machos con los machos, y de las hembras con las hembras es contra natura» y debería ser «prohibir completamente la homosexualidad entre los machos».⁵³

En efecto, la concepción platónica del homoerotismo sublimado ya es, en cierto modo, un síntoma de la decadencia de la tradición pederástica griega. En la Grecia de la segunda mitad del siglo V, escribe Carlo Diano, la homosexualidad «es tema de polémica, y la polémica no es tanto ética como filosófica y política. Porque, mientras por una parte la “juventud dorada”, que ha encontrado en la “sabiduría” de los sofistas una nueva forma de *aretè*, y que tanto en la política como en la vida es filo-espartana, la convierte en su bandera, el pueblo, que tiene su voz en la comedia, la condena y la ridiculiza atrozmente. Un hecho significativo es la diversa forma como es presentado el asesinato de Hiparco y la expulsión de los Pisistrátidas. En la tradición democrática, Armodio y Aristogitón son únicamente los vengadores de la

de muchas fatigas, el disfrutar un poco. El amado, en cambio, no sabe decir nada, pero, turgente de deseo como está y lleno de perplejidad abraza al amante y le besa, como si mostrara su cariño a uno que muy bien le quiere; y cuando comparten el mismo lecho está en situación de no negarle, por su parte, su favor al amante, si este solicitara el obtenerlo». Cf. Léon Robín, *La teoría platónica dell'amore*, Milán, Celuc, 1973, y además Thomas Gould, *Platonic Love*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1963.

⁵³Platón, *Las Leyes* I 636c, VIII 841d.

libertad, y el amor que les unía es silenciado, y en la tradición aristocrática son también los vengadores de la libertad pero en tanto que héroes conjuntamente del *eros* y del *aretè*».⁵⁴

La ideología «populista» y heterosexual de la que está imbuido impide a Diano llevar más a fondo su investigación. Le basta con juzgar a la aristocracia y a la oligarquía como un mal, y a la homosexualidad como algo todavía peor, para deducir *naturalmente* que la democracia solo podía ser contraria a la homosexualidad. No es más que una de tantas conclusiones «claras» a las que conduce el arraigado prejuicio antigay a nuestros esclarecidísimos profesores.

Entre otras cosas, la afirmación de la democracia y del tabú anti-homosexual en Atenas van acompañadas de la negación del espíritu dionisiaco, que caracterizó hasta entonces la antigüedad griega, y de la progresiva cristalización, en materia filosófica, de la contraposición entre sujeto y objeto, entre espíritu y materia, que caracterizará después, en el transcurso de los siglos hasta nuestros días, el pensamiento occidental: *pero la contradicción filosófica refleja la fractura social y la alienación sexual*. El pensamiento machista entra en la fase *neurótica* y dicotómica que aún le sigue caracterizando. Solo quien estime burguesamente el actual mercado mundial de los Estados *democráticos* como el mejor de los mundos posibles, puede limitarse a presentar la instauración de la democracia (*esclavista*) en Atenas como algo positivo (de lo cual solo podía desprenderse el rechazo de la homosexualidad): en su adulación al «pueblo» democrático y antihomosexual, Diano revela la propia alma de esclavo del capital.

La investigación histórica de los homosexuales revolucionarios todavía no ha llegado —que yo sepa— a esclarecer qué motivaciones reales provocaron la decadencia de la tradición homosexual en la Grecia de la segunda mitad del siglo v. En cualquier caso, la doctrina platónica del Eros no es «una negación o al menos una superación de una costumbre bárbara y de una perversión de la naturaleza», como pretende Cario Diano: Platón es más bien el «hombre teórico» cuyo pensamiento refleja la progresiva imposición del tabú antihomosexual en la misma Ática y el incipiente hundimiento del sistema *político* griego de la antigüedad.

⁵⁴Diano, *L'Eros greco*, *op. cit.*, p. 705.

Por otra parte, la cuestión relativa a la importancia de la sublimación en la doctrina platónica del amor es muy controvertida y compleja: este es uno de los motivos por los que me interesa diferenciar, junto con los estudiosos franceses, el «amour platonicien» de aquel «*amour platonique*» alejado del significado que le atribuye la concepción común, tan difundida.⁵⁵ Es cierto, además, que el concepto de sublimación, de matriz psicoanalítica, se adapta con dificultad a la interpretación de una teoría filosófica tan anterior a nuestra época. La abstención de la relación sexual no significa para el perfecto amante platónico desconocer al amado en tanto que «objeto» de su deseo erótico, negar la presencia y el ímpetu del «caballo rebelde del alma»; cuando actualmente, en cambio, se habla de sublimación en una relación entre personas del mismo sexo, se entiende casi siempre un proceso estrechamente vinculado al rechazo del deseo homosexual, que no aflora directamente a la conciencia.

La escatología preexistencial del *Fedro*⁵⁶ ilustra por qué razones, en la utopía platónica, los filósofos son los únicos predestinados al dominio: solo ellos disponen del auténtico Eros, del impulso espiritual a apoderarse, a través de la anámnesis, de las Ideas. Sus almas son las únicas que, antes de la caída y de la encarnación, supieron ascender más allá de la cúpula de los cielos, en el hiperurano, tras el cortejo de los dioses. Solo ellas pudieron contemplar el Bien, lo Bello, lo Justo, la Templanza, la Ciencia. Solo ellas son capaces, en esta vida terrena, de reevocar en el amor la pura percepción de lo Bello y en la vida pública referirse a las virtudes ideales.

Según Hans Jürgen Krahl existe una importante conexión entre idealismo y primacía del homoerotismo masculino en el pensamiento platónico. En efecto —a la luz de la profunda separación (*chorismos*) entre forma y materia que caracteriza la doctrina de Platón—, «la forma, la unidad purísima, es el momento masculino determinante; esta potencia determinadora es el bien autónomo. La materia es el momento indeterminado que, por tanto, debe ser determinado, esto es, el no-ser, la dependencia femenina, que procede del mal». Y prosigue: «Amar a una mujer es una vergüenza. El acto sexual solo es

⁵⁵ Cf. la Introducción de Léon Robín a Platón, *Phédre*, París, Éditions les Belles Lettres, 1961.

⁵⁶ Platón, *Fedro*, *op. cit.*, 246a-48e y, pp. 244-249

constricción a la procreación. El amor auténtico es el del igual por el igual, es el amor homosexual de los pederastas que, inspirados por Eros, se anima en la esfera de la pura identidad. El incolmable *chorismos* —al que, en palabras nietzscheanas, va unida una valoración moral— ha arrancado el principio de los placeres del acto de la procreación. Este último se convierte en simple constricción de la realidad y, por tanto, no tiene un auténtico ser». ⁵⁷

La interpretación de Krahl me parece en ciertos aspectos acertada, y en otros idealista, a partir del momento en el que en el intento de evidenciar el sustrato homoerótico del idealismo platónico, recurre a una *trivialización de la homosexualidad a la idea, y de la idea a la homosexualidad*, que no está en Platón. Para Platón, el homoerotismo es más bien *trámite* entre la Materia y la Idea, visto que, en su opinión, la pura contemplación de lo Bello procede de la atracción inmediata por las bellas formas corporales (masculinas). Pero lo Bello no se reduce a la intuición de lo Bello presente en el deseo homoerótico: una cosa es estar enamorado de una persona bella, y otra, muy distinta, amar la belleza en sí. «Entre ambas situaciones corre toda una jerarquía de estados posibles, por los que debe pasar el alma que quiera ascender, a través de grados siempre mayores de universalidad, del amor por la caducidad especial de lo terreno al amor por la eternidad del ideal» (Guido Calogero). Y el *chorismos* entre el inmediato deseo homoerótico y la pura percepción de lo Bello está colmado, en realidad, por toda una serie de mediaciones dialécticas, prácticas, concretas — como muestra el discurso de Diotima— y por la profusión del «espíritu místico», superracional, por el que es precisamente *bella*, además de inteligentísima, la obra de Platón.

En cualquier caso, si Krahl hubiese tomado por el culo, si hubiese sentido interés real por los hombres, probablemente habría interpretado de manera menos *formal* «el momento masculino determinante» y habría descubierto que «la pura identidad» entre machos está hundida en las vísceras de la *materia* y aletea como irresistible y sensual reclamo entre unos y otros. A partir de aquí, tal vez habría entendido que el idealismo platónico, además de estar basado en el rechazo parcial de la heterosexualidad, lo está también en una inhibición

⁵⁷Hans Jürgen Krahl, «Ontologia ed eros: una deduzione speculativa dell' omosessualità. Schizzo lemmatico», en *Costituzione e lotta di classe*, Milán, Jaca Book, 1973, p. 133.

del deseo carnal homosexual (que acaba por encontrar —como ya he dicho— condena explícita en *Las Leyes*). La obra de Platón, al separar la materia de la forma, refleja una *cierta* separación entre el Eros y el cuerpo, *y tanto del cuerpo masculino como del femenino*. Así que el idealismo platónico no se basa en la homosexualidad, *sino en la renuncia a la homosexualidad*. Sin embargo, esta renuncia no es ciega sublimación: es en el rostro, en el cuerpo del amado donde el filósofo encuentra la huella de lo Bello, la huella (el «fantasma») del dios seguido de su ánima antes de la encarnación. Pero —para Platón— la huella de lo Bello se pierde en la desenfadada satisfacción sensual en que se consume un amor. Sería preciso aclarar qué motivaciones históricas indujeron a Platón a establecer una incompatibilidad entre amor carnal y ascenso del filósofo hacia las virtudes ideales, lo Bello en sí.

En la antigua sociedad griega patriarcal (y, en especial, en Creta, en Esparta, en Corinto, en Tebas, en Cálcida de Eubea, en el Ática) no se conocía el tabú antihomosexual y la subordinación de la mujer determinaba la afirmación privilegiada, con frecuencia *sagrada*, del amor homosexual entre iguales. Con Platón, y también con su época, entra en crisis la real y auténtica homosexualidad. Permanece, sin embargo —y aquí tiene razón Krahl—, la estimación de la superioridad atribuida a las relaciones afectivo-intelectuales (pero no sexuales) entre hombres. *La democracia ateniense se revela menos homosexual, pero no, ciertamente, menos machista*.

Según Hans Jürgen Krahl, una mejor disposición hacia la heterosexualidad se encontraría en todos los pensadores dialécticos empeñados —a diferencia de Platón— en establecer una real mediación entre forma y materia. Pero «...la recepción decisiva del *chorismos* platónico se produce con la reinterpretación paulina del homosexual Jesús. La carne es la materia pecaminosa, que ha renegado Dios, la pura identidad de la trinidad. El acto de procreación es un rígido deber. Cualquier placer es pecaminoso. Pablo prohíbe aquella esfera de la identidad, del amor entre el mismo sexo, en la que Platón había traspuesto el principio del placer. La homosexualidad es amor a Dios, a Jesús —al Logos convertido en carne—, es decir, vida monacal; el placer puro es ascesis. Una sensualidad de tales características, dirigida hacia el abstracto más allá y radicalmente modificada en su función, convierte en

Europa cualquier elemento erótico en otro neurótico (homosexualidad paralizada)».⁵⁸

La religión, en tanto que «neurosis obsesiva universal» de la humanidad, procede en gran parte de la sublimación del deseo homosexual. Wilhelm Reich escribe: «La irrefutable experiencia clínica nos dice que los sentimientos religiosos nacen de la sexualidad inhibida, que en la excitación sexual inhibida hay que buscar la fuente de la excitación mística».⁵⁹ Al igual que la neurosis infantil, la religión «proveniría del complejo de Edipo, en la relación con el padre».⁶⁰ El ocaso del *complejo edípico completo* supone tanto una identificación con el padre como una identificación con la madre. La primera se sitúa como sustitución de la investidura libidinal por el «objeto» paterno; la segunda como sustitución de la investidura libidinal dirigida hacia la madre. «De este modo podemos admitir como resultado general de la fase sexual dominada por el complejo de Edipo la presencia en el “yo” de un residuo consistente en el establecimiento de las dos identificaciones enlazadas entre sí. Esta modificación del “yo” conserva su significación especial y se opone al contenido restante del «yo» en calidad ideal del “yo” o “super-yo”».⁶¹ Además: «No es difícil mostrar que el ideal del yo satisface todas aquellas exigencias que se plantean en la parte más elevada del hombre. Contiene, en calidad de sustitución de la aspiración hacia el padre, el nódulo del que han partido todas las religiones».⁶²

El amor a Dios y el temor de Dios son el resultado neurótico de un amor a los padres censurado por el tabú del incesto y de la antihomosexualidad, de un amor sensual al prójimo reducido a *agape*, a *caritas*: la distancia entre Eros y *agape* está colmada por la presencia de Dios que, con su ley, condena el amor carnal a los padres lo que contribuye a la fundación de la creencia en Dios, instituyendo dentro de nosotros, por identificación con los «objetos» sexuales parentales a que hemos debido renunciar, un severo censor, un *Señor*, un ideal del Yo, cuya «voz» renueva las órdenes y las prohibiciones de los padres. «La

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*, Milán, Sugar, 1972, p. 218.

⁶⁰ Freud, «El porvenir de una ilusión», en *Obras Completas*, volumen I, *op. cit.*, p. 1275.

⁶¹ Freud, «El Yo y el Ello», *op. cit.*, p. 1201.

⁶² *Ibidem*, p. 1202.

convicción de la comparación del *yo* con su ideal da origen a la religiosa humildad de los creyentes». ⁶³

Pero la forzada renuncia a los «objetos» parentales también significa grave represión de la homosexualidad: el deseo erótico del niño por el padre, el deseo de la hija por la madre, se transforman neuróticamente en adoración de Dios. El deseo aparece con tanta fuerza y está cargado, al mismo tiempo, de un tabú tan imperioso, que acaba por explicarse cubriendo su objeto con el velo absoluto de una ilusión: la divinidad. Dios es trascendente, entre otras cosas, porque el padre no se va a la cama con el hijo. El rechazo del deseo edípico es tan radical que llena toda la vida del terror a lo desconocido, es decir, de aquellos contenidos rechazados que no deben aparecer porque los custodia el cancerbero de la represión: *primus in orbe deos fecit timor* [Fue el primero en temer a los dioses del mundo].

Tal vez sea inútil subrayar que estas notas sobre la religión no pretenden en absoluto ofrecer una clave interpretativa exhaustiva de la amplitud de sus temas. Baste con mencionar los diferentes ángulos interpretativos desde los cuales se puede afrontar toda la cuestión religiosa desde un punto de vista filosófico (pienso en Kierkegaard, Feuerbach, Marx, etc.); basta con hacer referencia a la interpretación antropológico-psicoanalítica que descubre en la «escena primaria» y en su introducción traumática infantil el principal móvil de la constitución de la creencia en divinidades y demonios (Róheim); o bien en el alcance variadísimo de las temáticas religiosas en la llamada «locura» (Schreber, por citar un caso famoso); y tantos otros.

No obstante, es precisamente la experiencia *religiosa* «esquizofrénica», que tiene bien poco que ver con la religión neurótica institucionalizada y con la fe rutinaria o como «elección», la que revela el nexo *sublime* y básico existente entre (homo)erotismo y lo que está más allá del velo de Maya, más allá del *puente*. Si la religión patriarcal del Trascendente está fundada, entre otras cosas, en la sublimación del deseo homosexual, la experiencia *mágica* del universo recóndito, *normalmente* inconsciente, el viaje al más allá que está aquí, el *conócete a ti mismo* pasan necesariamente por la homosexualidad manifiesta.

⁶³Ibídem.

Notas sobre la analidad y la pornolalia. El dinero y la mierda

A quien pretende dar al proletariado la religión de un nombre, una (falsa) conciencia, una corbata y una aureola, una credibilidad para las personas decentes, es lícito oponerle un proletariado violento e infernal, inconsciente, autónomo y una trinidad: MIERDA DIABLO REVOLUCIÓN.

Luciano Parinetto⁶⁴

Una vez aquí, ya es hora de abordar la relación existente entre rechazo de la homosexualidad y rechazo del componente anal del Eros. Desde *Una teoría sexual* (1905), Freud pone en evidencia la concentración temporal de la libido infantil sobre las zonas erógenas anales: la fase anal se sitúa como medio entre el erotismo oral y la fijación en general definitiva de la libido en la zona genital. La estabilización de la pulsión sexual en los genitales provoca casi siempre un rechazo prácticamente absoluto de los deseos anales (a excepción —habitualmente— de los «casos» de homosexualidad masculina manifiesta y pocos más).

Según Géza Róheim, «cuando [...] las funciones excretorias se han convertido en “cosas feas”, significa que hemos alcanzado un nivel cultural por lo menos elevado. Se dice que estas cosas son incompatibles con un estadio superior de civilización».⁶⁵ Pero también la reina Isabel va al retrete: el actual *réfoulement* del placer anal, de la coprofilia y de la urofilia es el resultado de una represión históricamente determinada. El deseo anal de cualquier niño revela una placentera potencialidad latente en todos los adultos, y refleja (en el desarrollo de cada individuo) una expresión erótica atávica de la especie, progresivamente negada en el curso de milenios y en especial en los últimos siglos capitalistas.

La reivindicación del placer anal constituye uno de los elementos fundamentales de la crítica avanzada por el movimiento gay respecto a la hipóstasis del *statu quo* genital-heterosexual por parte de la ideología dominante. Leemos en el *Rapporto contro la normalita*: «Hay que preguntar a los burgueses: “¿En qué relación estás con el agujero de tu

⁶⁴ Parinetto, *Analreligion e dintorni*, op. cit., p. 24.

⁶⁵ Géza Róheim, *L'enigma della Sfinge e le origini dell'uomo*, Rímimi, Guaraldi, 1974, p. 243.

culo, aparte de la obligación de cagar? ¿Forma parte de tu cuerpo, de tu palabra, de tus sentidos de la misma manera que la boca o las orejas? Y si has decidido que tu ano solo sirve para defecar, ¿por qué tu boca tiene otros usos además del de comer?».⁶⁶

En el ensayo titulado *El carácter y el erotismo anal* (1908), Freud desvela la relación causal existente entre fijación inconsciente al erotismo anal rechazado y determinadas manifestaciones del carácter, como el orden obsesivo casi maníaco, la tacañería y la obstinación que roza la testarudez. Casi en la conclusión de su análisis, añade: «Si las relaciones aquí afirmadas entre el erotismo anal y la indicada tríada de condiciones de carácter poseen alguna base real, no esperamos hallar una especial acentuación del “carácter anal” en aquellos adultos en los que perdura el carácter erógeno de la zona anal; por ejemplo, en determinados homosexuales. Si no me equivoco mucho, las observaciones hasta ahora realizadas no contradicen esta conclusión».⁶⁷ Por lo que yo sé, es realmente difícil encontrarse con homosexuales que tomen por el culo y sean, al mismo tiempo, ordenadísimos, tacaños y obstinados, pero no está ahí el problema.

El problema es que si dejas que te den por el culo, si sabes qué *profundísimo* placer puedes extraer del coito anal, te conviertes forzosamente en distinto de la gente «normal» con el culo *frígido*. *Te conoces más a fondo*. Qué razón tenía Sade al escribir: «¡Si supieseis qué delicioso placer se siente cuando un gran pene os llena el trasero; cuando, hundido hasta los cojones, se mueve con ardor y retirado hasta el prepucio se hunde de nuevo hasta los pelos! No, no existe en todo el mundo un placer que pueda compararsele: es el de los filósofos, de los héroes, y sería el de los dioses si los miembros de este divino placer no fueran ellos mismos los únicos dioses que deberíamos adorar en la tierra».

Diríase que, entre todos los aspectos de la homosexualidad, el más temido por los machos heterosexuales es el coito anal. Esto aparece determinado indudablemente, además de por el rechazo del deseo anal, por la *angustia de castración* —en sustancia, por el miedo a caer del pedestal viril en la «feminidad». *La angustia de la castración acompaña en todo macho la concepción falófora de la sexualidad como erección*. Todo heterosexual del sexo masculino tiembla ante la idea de «no empalmarse».

⁶⁶ FHAR, *Rapporto contro la normalita*, op. cit., p. 178.

⁶⁷ Freud, «El carácter y el erotismo anal», en *Obras Completas*, op. cit., Vol. 1, p. 962.

Si no se empalma, su virilidad se va por los suelos: teme profundamente este acontecimiento, porque la represión le ha identificado con el modelo viril, convirtiéndole en desgraciado tutor del orden heterosexual. El hombre teme perder la virilidad porque teme, sobre todo, perder la propia identidad: sabe perfectamente que, detrás de las apariencias ostentadas, su identidad viril es fragilísima, de igual manera que es decididamente inestable el equilibrio en que se mantiene entre rígido falismo y angustia de castración.

En tanto que ser mutilado, el macho absoluto es exclusivamente «activo»: y a todo heterosexual, al que urge identificarse absolutamente con el *macho*, considera deshonroso, abyecto, «cosa de mujeres», el «papel pasivo». Para gente así, dejarse hacer el amor es «dejarse joder»: pero si quitamos al «dejarse joder» la oscura coloración pornolálico-negativa de la *jodienda*, del «que te den por el culo», tan clara y neuróticamente machista, se descubre el gran placer existente en dejarse hacer el amor, encuentro-fusión de los cuerpos, gayo divertimento, delicia del culo y de la mente. Habitualmente, cuanto más miedo tiene un macho en dejarse joder es porque sabe perfectamente que jode mal, a la buena de dios, con escasa consideración hacia el otro/a que queda reducido/a a agujero, receptáculo del ciego egoísmo fálico. Al que le gusta dejarse hacer el amor, en cambio, puede aprender a hacer el amor con «arte». Sabe cómo dar placer (cómo recibirlo) y libera la fijación limitadísima de los roles estereotipados. *Hacer el amor* se convierte realmente en una relación de reciprocidad, un acto intersubjetivo.

La concepción psicoanalítica del «objeto» sexual procede de la desgraciada distorsión heterosexual (masculina) del coito. Y si Rank descubre en las condiciones de vida del feto en el vientre materno el origen de la neurosis, nosotros retrocederemos más y veremos en el mismo coito heterosexual, del que procede la vida, en la manera machista y neurótica como se desenvuelve habitualmente, una de las causas originarias de la neurosis universal que aflige a la especie.

Los heterosexuales machos también temen la aureola excrementicia del coito anal. «Pero el Amor ha erigido su morada en el lugar de los excrementos» (Yeats): los gais lo sabemos perfectamente y nuestra condición gay está próxima a la gaya recuperación de la mierda (cuando ya no lo es). También en lo que se refiere a la mierda, más allá de la repugnancia represiva existe un *rico* placer.

Varias expresiones insultantes, utilizadas despreciativamente por los heteros para definir a los homosexuales, se refieren a la zona erógena anal (*la parte por el todo*): en italiano tenemos *culo*, *culattone*, *culatino*, además de *vaffanculo*, en florentino *buco*, etc. En su ensayo sobre la utilización de términos pornoláticos por parte de los militantes de la izquierda (ex) extraparlamentaria, Mauro Bertocchi subraya cómo, generalmente, en la utilización del léxico porno, «son elegidos términos especialmente reveladores de una fuerte inhibición, de un fuerte obstáculo, en los cuales se observan identificaciones constantemente recurrentes: los órganos sexuales, tanto masculinos como femeninos, son sinónimo de tontería, de insuficiencia intelectual y política (*co-glione*, *testa di cazzo*, *sfigato*, *cazzone* = gilipollas), de malas acciones, de prácticas políticamente «incorrectas» (*cazzata*), de ira, de enfado y mal humor (*incazzarsi* = cabrearse). La impotencia y la condición sexual pasiva (por ejemplo, homosexualidad pasiva) son sinónimos, en cambio, de mala suerte, torpeza o, en todo caso, de la condición de persona engañada, confundida, “jodida”, perjudicada por el infortunio o por su incapacidad (las expresiones “*che inculata!*”, “*vai a culo!*”, “*fatti fottere!*”, etcétera). En cambio, la homosexualidad activa es símbolo de astuta habilidad (“*jare il culo*”, “*incannaré*”), al igual que la actividad heterosexual (*scopare*, *chiavare*)». ⁶⁸

Así pues, la homosexualidad activa es vista en la óptica del «doble macho». Todas las expresiones citadas por Bertocchi proceden de actitudes de agresividad y de menosprecio frente a la mujer y a la mariputa. Pero sabemos perfectamente que la violencia (verbal y no solo verbal) y el desprecio representan la extroversión bajo signo negativo de un deseo rechazado y por tanto inconsciente (pero ¿inconsciente hasta qué punto?). Freud observa que «como expresión de terco desafío se emplea aún entre nuestras clases populares una frase en la que el sujeto invita a su interlocutor a besarle el culo, o sea, en realidad, a una caricia de la que sucumbieron a la represión». ⁶⁹

En otras palabras, la presencia del deseo anal y del escatológico se descubre mediante el análisis de los términos de su negación: ¡mierda!

⁶⁸ Mauro Bertocchi, «Compagni spogliati/vi!», *Fuori!*, núm. 5, noviembre de 1972.

⁶⁹ Freud, «El carácter y el erotismo anal», *op. cit.*, p. 953.

Para Bertocchi es importante establecer el significado que asume la utilización de las expresiones pornolálicas dentro de la totalidad del discurso político elaborado por los grupos autodenominados revolucionarios. «¿Qué significados tiene la frase: “*Compagni, é una sfiga incazzarci con quei quatro finocchi di merda, perché finiamo col farci fottere*”? (¿Camaradas, es un coñazo cabrearse con esos cuatro putos maricones, porque al final nos joden a nosotros?) El significado es obviamente contradictorio y muestra dos niveles distintos: uno dominante y otro subordinado, uno estrictamente político, ideológico, y otro pornolálico, que al referirse a las partes erógenas masculinas y femeninas las degrada como órganos y orificios, y que al referirse a las funciones fundamentales (eyaculación, erección) les hace asumir alternativamente connotaciones de disgusto, satisfacción, agresión».

Pero, y eso me parece todavía más interesante, estas expresiones acaban por comunicar un deseo latente, desfigurado por la actitud machista y violenta, de tipo homosexual, anal y escatológico. Quien admite la represión del homoerotismo, de la feminidad, de la analidad y de la coprofilia, perpetrado por la subcultura dominante, se ve obligado a expresar, y por tanto comunicar, los propios deseos inconscientes y prohibidos relativos a esas esferas del Eros mediante «significantes» que, aparentemente y según el significado que les atribuye la conciencia, expresan el rechazo, la negación y la condena. En este, como en muchos otros casos, el psicoanálisis ofrece a la crítica revolucionaria los instrumentos necesarios para colmar el vacío existente entre apariencia y realidad del fenómeno: y nosotros sabemos que, desde el punto de vista marxiano, la «ciencia» se reconoce precisamente por su capacidad de descender de la *apariencia* de los fenómenos a su realidad *intrínseca*.

En nuestro caso, se trata de descubrir el deseo homosexual, transexual, anal y escatológico detrás de la altisonante pátina verbal de las expresiones pornolálicas antifemeninas, antigay y anticoprofilas. Una vez más, la negación se reduce a una afirmación negada. No por azar, observa Bertocchi, «*busone, frocio, culattone*, son unos insultos de los más comunes, más utilizados. Al contrario, la fijación del erotismo a los genitales y a la supremacía del falo conceden con frecuencia a expresiones del tipo de “*¡qué sborrata!*”⁷⁰ el significado de éxito político,

⁷⁰ Términos, los primeros, utilizados para designar la condición homosexual, y el hecho de la emisión de semen que suele acompañar al orgasmo, el segundo. [N. del T.]

entusiasmo, autoafirmación, según la concepción que equipara el orgasmo genital masculino al éxito total». En definitiva, Mauro Bertocchi subraya el estrecho parentesco existente entre lenguaje porno utilizado por las izquierdas y la pornolalia del tradicional machismo fascista, antifemenino y antigay.

Una vez aquí, sería interesante ampliar el discurso y extender la investigación a la relación existente entre sublimación capitalista de la analidad en el dinero («*pecunia olet*», observa Ferenczi)⁷¹ y represión de la homosexualidad.

Norman Brown señala en Lutero el emblema de la conexión existente entre analidad y razón capitalista, en la medida en que su figura histórica, su pensamiento tan *rico* en explícitas referencias anales y la Reforma en su conjunto reflejan el ascenso de la burguesía mercantil en la Europa del siglo xv.⁷² En el Museum of Erotic Art de San Francisco se conserva una caricatura de Martín Lutero realizada en la época de la Contrarreforma, que le representa con una minúscula pareja homosexual, entregada al coito anal, en el centro justo de la cabeza: inconscientemente, a través de la mezquina vulgaridad de la «calumnia», la propaganda antiluterana católica subraya en cierto modo la posición central ocupada por la analidad (¿y por la homosexualidad?) en el pensamiento del monje reformador.

Para Lutero, esta Tierra está dominada por el Diablo: el ano de Satanás se asienta en el centro del mundo, y lo llena de excrementos y de pedos (de pecadores, de papas, de usureros, de gente hipócrita dedicada a las obras «benéficas», etc.). Evidentemente, Lutero sustenta su propia concepción negativa y despreciativa del Demonio (al que sin embargo había tenido la oportunidad de encontrar personalmente) en el problemático rechazo del deseo escatológico (y homosexual). No obstante, como él mismo admitió, el axioma fundamental de la religión protestante (la doctrina de la justificación mediante la fe) se le ocurrió mientras se hallaba «en la letrina de la torre».⁷³ Norman Brown subraya atentamente la no-casualidad del lugar excrementicio: «El psicoanálisis no puede dejar de encontrar significativo el hecho de que la experiencia religiosa que inauguró la teología protestante

⁷¹ Ferenczi, «*Pecunia olet*», en *Oeuvres Completes*, vol. II, *op. cit.*, pp. 285-287.

⁷² Brown, *Eros y Thanatos*, *op. cit.*

⁷³ *Ibidem*.

tuviera lugar en el retrete». ⁷⁴ Es probable que Martín Lutero no se diera cuenta de que la innovadora idea religiosa destinada a inmortalizarle procedía del Demonio: fue Satanás quien se la sugirió mientras estaba sentado en su *trono*.

A lo largo de sus encuentros con el Diablo, Lutero le trata agresivamente (a pedos en su cara) y le conjura, cegado por el odio, a «lamerle (o besarle) el trasero» o a «cagarse encima y colgarse los calzoncillos en torno al cuello», amenazándole incluso con «cagársele en la cara»: ⁷⁵ lanza improperios contra el Demonio a la manera de los machos heterosexuales que insultan a los gais, manifestando en el insulto su deseo reprimido. No es difícil entender cómo, en realidad, sus injurias, sus amenazas, los insultos, la coprolalia que desahoga, expresan un deseo homosexual-coprófilo deformado por la represión y comunicado por tanto bajo la señal ciega y negativa de la agresividad.

Estaba claro que el Diablo (o quien hiciera sus veces) no podía dejar de torturar a Lutero día y noche: en efecto, Satanás azuza y atormenta a quien, al tratarle mal, se maltrata en realidad a sí mismo, atenta contra su propio deseo profundo. Según Freud, «el diablo no es, ciertamente, sino la personificación de la vida instintiva reprimida inconscientemente». ⁷⁶ En palabras de Baudelaire, sin embargo, «el más bonito engaño del Diablo está en convencernos de que no existe». Así pues, en el fondo la opinión de Freud es satánica.

En cualquier caso, es precisamente la represión de la vida pulsional, el rechazo de la (homo)sexualidad y de la analidad, lo que convierte a Lutero en el enemigo de Satanás. Y ello, pese a que supiese perfectamente que estaba carnalmente dominado por el Demonio, que es señor de esta vida terrena, de este mundo perverso para el cual el reformador reclamaba penas más tremendas de las que destruyeron a Sodoma y Gomorra. La contradicción luterana («el Diablo me posee pero yo me opongo a su dominio con todas mis fuerzas») halla una salida en la esperanza religiosa de una segunda llegada del Cristo redentor. Así, contrapone Dios al Diablo, y, por consiguiente, se mete

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ Freud, «El carácter y el erotismo anal», *op. cit.*, p. 952.

con aquéllos que —como nosotros— no saben «si Dios es el Diablo o el Diablo Dios».77

Por encima de todo, Lutero debe oponer Dios al Demonio para no caer en la mierda y en el abrazo satánico, debe, pues, encontrar un medio de evasión puro, espiritual, fideístico, que le mantenga suspendido en el aire. Su religión debía convertirse necesariamente en la de que aquellos que, perfectamente conscientes de estar estrechamente vinculados al dinero, a la «cosa», a la Tierra (e inconscientes de que el dinero liga en realidad a la mierda), debían alumbrar un compromiso «espiritual», ideológico —un *compromesso storico*— que les elevase, aparentemente, del *fetichisme de la mierda* en que estaban convirtiendo la Tierra. El mundo capitalista no es mierda, no es el paraíso de coprófilos que, en cambio, reprime: es más bien el monstruoso fetiche de la mierda. Y cuando alguien dice: «este artículo es una mierda, este *paté* es mierdoso», ignora que existe una parte de las heces, un corazón sabroso y exquisito, comparable únicamente al más costoso *paté de jote gras*. En 1872, Rimbaud escribía a Verlaine: «*Le travail est plus loin de moi que mon ongle l'est de mon oeil. Merde pour moi! Merde pour moi! Merde pour moi! Merde pour moi? Merde pour moi! Merde pour moi! Merde pour moi! [...] Quand vous me verrez manger positivement de la merde, alors seulement vous ne trouverez plus que je coûte trop cher à nourrir...*».78

La concepción escatológica y retorcida del Demonio induce, pues, a Lutero a fundar la religión específica del capitalismo (el dominio real del capital asiste después a una *entente cordiale* entre católicos y protestantes), del universo de los usureros y comerciantes de dinero que él veía como la misma emanación del Diablo. Para nuestro monje, en efecto, el mundo de la burguesía mercantil es el reino de Satanás: fue precisamente ese mundo, sin embargo, el que adhirió y se apropió de su Reforma. «Ver en el Diablo el señor de este mundo significa ver en el mundo un muladar, ver la porquería universal:

77 Brown, *Bros y Thanatos*, op. cit.

78 Arthur Rimbaud, Carta a Verlaine (Charleville, abril de 1872), en *Oeuvres Complètes*, París, Bibliothèque de la Pléiade, 1960, p. 283, «El trabajo está más lejos de mí que mi uña de mi ojo. ¡Mierda para mí! ¡Mierda para mí! ¡Mierda para mí! ¿Mierda para mí? ¡Mierda para mí! ¡Mierda para mí! ¡Mierda para mí! ¡Mierda para mí! [...] Cuando me vea comer realmente mierda, solo entonces pensaré que no soy demasiado caro de mantener...» [N. del T.]

“*Scatet totus orbis*”, dice Lutero. La avaricia de Leipzig es obra del Diablo y por tanto “porquería”».79

También Erich Fromm, «en una de sus sustanciales contribuciones a la teoría psicoanalítica —añade Norman Brown— ha demostrado el nexo entre el carácter anal de la teoría freudiana, con sus aspectos de orden, tacañería y obstinación, y el tipo sociológico del capitalista delinido por Sombart y por Max Weber. Y Weber naturalmente, seguido por Troeltsch, Tawney y otros, ha postulado un profundo vínculo entre el espíritu capitalista y la ética del protestantismo».80

En varias ocasiones el psicoanálisis ha emparentado el dinero a la mierda: según Freud, «entre los complejos del amor al dinero y la defecación, aparentemente tan dispares, descubrimos, sin embargo, múltiples relaciones».81 El *complejo de Lumpj*82 determina escatológicamente el apego de la gente al dinero. «Lo que la paradoja psicoanalítica afirma es que las “cosas” poseídas y acumuladas, la propiedad y el universal precipitado de ella, el dinero, son, por naturaleza, esencialmente excrementales» (Norman Brown). Por otra parte, muchos cultos y mitos de la antigüedad, numerosas supersticiones sitúan el dinero en estrechísima relación con los excrementos. Pero el origen filogenético de los símbolos se intuye frecuentemente y en ocasiones llega a descubrirse a la luz de la búsqueda ontogenética. Ferenczi atribuye al psicoanálisis «la importante tarea de explorar separadamente la filogénesis y la ontogénesis del simbolismo para establecer a continuación las relaciones recíprocas».83 El psicoanálisis nos recuerda que «en el origen el niño dirige sin la menor inhibición su propio interés hacia el proceso de la defecación y que retener las heces le procura placer. Las materias fecales así retenidas son realmente las primeras “economías” del ser que se está haciendo y como tales permanecen en permanente relación inconsciente con cualquier actividad física o mental que tenga alguna relación con la acción de amontonar, acumular y

79 Brown, *Eros y Thanatos*, *op. cit.*, p. 329.

80 *Ibidem*.

81 Freud, «El carácter y el erotismo anal», *op. cit.*, p. 952.

82 *Ibidem*, «Análisis de la fobia», *op. cit.*

83 Ferenczi, «Ontogénese de l'intérêt pour l'argent», en *Oeuvres Completes*, vol. II, *op. cit.*, p. 142.

ahorrar» (Ferenczi).⁸⁴ Pero la moral sexual coercitiva reprime el placer escatológico infantil y constriñe a los niños al modelo preestablecido de la sociedad cuya estructura económica es sublimación angustiada y coaccionada del Eros en general y de la coprofilia en particular. La educastración provoca en nosotros el disgusto hacia aquello que en la tierna edad suscitaba gran placer e interés: el gusto del *Lumpf* se convierte en *complejo de Lumpf* y la tendencia coprófila se dirige hacia objetos sustitutivos en la esfera del juego y de la sublimación. En la sociedad del trabajo forzado, la gran gratificación económica (el «poder») es dada por el dinero: pero «el dinero es un inerte material inorgánico que ha sido hecho vivo heredando el poder mágico que el narcisismo infantil atribuye al producto fecal» (N. Brown). El *trip mágico* («esquizofrénico») revela al iniciado que los perros, claramente coprourofílos, son los animales más *ricos* (o que, en cualquier caso, son mucho más ricos que los hombres) y le induce a la coprofagia. La ingestión de mierda desvela el significado simbólico de muchas cosas y permite entender claramente la profundísima influencia ejercida sobre nosotros por la publicidad: las comunicaciones subliminales estimulan las diversas tendencias del Eros «normalmente» sublimadas y persuaden a comprar. La adquisición resulta entonces ilusión de recuperar facultades eróticas reprimidas, que han escapado a la represión social. Con justa conciencia infantil, mi sobrina, que ha sido enviada a la guardería, roba un talón a mi hermano (su padre) que le ha robado el placer. ¿Se trata de un hurto por juego o más bien de la naturaleza ladronesca del *intercambio*?

La ecuación psicoanalítica de mierda y dinero permite afirmar que, en esta sociedad, el equivalente general de las mercancías tiene carácter anal al igual que el capitalista o el funcionario burócrata del dominio real. «El interés capitalista —escribe Ferenczi— no está únicamente al servicio de objetivos prácticos y egoístas, y por consiguiente del *principio de la realidad*, sino que el placer procurado por la posesión del oro y del dinero representa, bajo forma de condensación lograda, el sucedáneo simbólico y la formación reactiva del erotismo anal y de la coprofilia reprimidos, en otras palabras, satisface asimismo el *principio del placer*. La pulsión capitalista contiene en

⁸⁴ *Ibidem*, p. 143.

consecuencia —según nuestra concepción— un componente egoísta y un componente erótico anal».⁸⁵

La ideología capitalista rechaza y condena, o bien recluye en un gueto, la analidad manifiesta, ya que el dominio del capital se sustenta también en el rechazo de la analidad y en su sublimación (pero son muy escasos los que «gozan» realmente de esta sublimación, de sus *frutos sofisticados*: el propio Onassis debía enviar cada día un avión a París para disfrutar de pan fresco, del *real*). Es función de la ideología ocultar la «naturaleza» auténtica del capital, negar los fundamentos humanos y corpóreos que lo sostienen: toda la barraca se apoya en nuestro trabajo alienado, en nuestra libido reprimida, en nuestra energía extrañada. Darse cuenta de ello supone la adquisición de una conciencia revolucionaria, de una libido revolucionaria. Como escribe Luciano Parinetto, «*la revolución proletaria pasa también por el agujero del culo*».⁸⁶ La (re)conquista de la analidad contribuye a subvertir el sistema desde los cimientos.

Si lo que más horroriza de la homosexualidad al *homo normalis*, policía del sistema hetero-capitalista, es tomar por el culo, esto demuestra que uno de nuestros placeres más deliciosos, el coito anal, lleva en sí mismo una notable violencia revolucionaria. Lo que más nos censuran a las mariquitas contiene gran parte de nuestra gay potencia subversiva. Yo guardo mi tesoro en el culo, pero mi culo está abierto a todos...

⁸⁵ *Ibidem*, p. 149.

⁸⁶ Parinetto, «L'utopia del diavolo...», *op. cit.*

CAPÍTULO 4

DE LOS DELITOS Y DEL PENE

La homosexualidad vendida por heterosexualidad

Georg Groddeck comienza la Carta XXVII del *Libro del Ello* afirmando: «Sí, soy de la opinión de que todos los hombres son homosexuales. Y esta opinión está de tal manera arraigada en mí que me resulta difícil comprender cómo alguien puede tener una opinión distinta».¹ La opinión pública, en cambio, prefiere el tópico según el cual las problemáticas homoeróticas conciernen solamente a un número limitado de personas, los maricas y las lesbianas. Pero no es así. De confiar en las estadísticas, el informe Kinsey (que data, sin embargo, de 1948 y que, por consiguiente, queda más bien anticuado) revelaba que el 46 % de la población masculina (americana) tiene tanto relaciones homosexuales como heterosexuales, o como mínimo reacciona conscientemente a la atracción erótica por parte de ambos sexos, mientras que solo el 4 % tiene relaciones exclusivamente gays y el 50 % relaciones exclusivamente hetero. Siempre a partir de la investigación llevada por Kinsey, «personas con experiencias homosexuales se pueden descubrir en grupos de todas las edades, en todos los niveles sociales, en toda ocupación imaginable, en la ciudad y en el campo, y en las más remotas áreas del país».²

Así pues, el 50 % de los hombres ha tenido, en algún momento u otro, relaciones o al menos deseos homosexuales. Pero ¿cuántos lo admiten? Pochuísimos. La represión del homoerotismo es tan grande que incluso

¹Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 255.

²Kinsey-Pomeroy-Martin, *Homosexual Outlet*, op. cit., p. 9.

las personas que, de vez en cuando o reiteradamente, han tenido contactos gais, afirman que no son homosexuales o niegan incluso —absurdamente— el carácter homosexual de sus relaciones. No debe sorprendernos: quien se sorprende navega en realidad, de manera más o menos consciente, en la misma barca de quien se comporta y habla con tanta hipocresía.

Según Groddeck, «todos nosotros nos pasamos quince o dieciséis años, mayormente toda nuestra vida, sabiendo conscientemente o, al menos, hemos vivido y vivimos semi-inconscientemente, que somos homosexuales y que hemos obrado y obramos como tales. A todos les acontece, como me aconteció a mí, que en una determinada época de su vida hacen un esfuerzo sobrehumano para conseguir ahogar la homosexualidad, tan despreciada por palabra y por escrito. Ni siquiera la represión tiene éxito, y para poder sostener ese continuo y diario autoengaño, apoyan el coro público de voces que la maldicen, aligerándose así del peso de la balanza interior».³

Negar la clarísima evidencia de las propias relaciones y de los impulsos gais forma parte de este «casi-rechazo» de la homosexualidad que equivale prácticamente a una adhesión a su condena pública. En el informe Kinsey podemos seguir leyendo: «La homosexualidad de ciertas relaciones entre individuos del mismo sexo puede ser negada por algunas personas, puesto que la situación no responde a los restantes criterios que, según su punto de vista, debieran ir ligados a la definición de homosexualidad. La masturbación recíproca entre dos hombres puede ser considerada, incluso por algunos médicos, como no homosexual, porque su concepto de homosexualidad exige necesariamente relaciones orales o anales y niveles especiales de correspondencia psíquica. Existen personas que sostienen insistentemente que el macho activo en una relación anal es esencialmente heterosexual en su comportamiento y que el único que es homosexual, en dicha relación, es el macho pasivo. Se trata, en cualquier caso, de errores en la utilización de los términos [...]».⁴

Dicho tipo de concepción, que sostiene que el macho «activo» es *esencialmente heterosexual* en el coito anal entre hombres, revela como mínimo la identificación «confusa» (como diría Fornari: pero en este

³Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 256.

⁴Kinsey-Pomeroy-Martin, *Homosexual Outlet*, op. cit., p. 6.

caso no lo diría...) entre *otro sexo* (respecto al masculino, a partir del momento en que la definición de *heterosexualidad* supone necesariamente diferencia entre sexos)⁵ y *agujero*: en otros términos, *se es del otro sexo si se es utilizado como agujero*. Es decir, aplicando absurdas categorías heterosexuales a la homosexualidad, esa concepción denuncia su propio carácter obtusamente machista y revela que la misma heterosexualidad se basa en la negación de la mujer (*y que la heterosexualidad masculina se hace coincidir con el rol del que jode*).

El *otro sexo* (la mujer) es *agujero*: resulta irrelevante que este agujero pertenezca al cuerpo de una mujer o al de un hombre, pues en tanto que agujero es vacío, es *nada*, el único *pendant* posible del falo que, en cambio, en la concepción patriarcal, es todo. Pero esto responde a la ceguera masculina empeñada en no ver a la mujer: la mujer existe y es mujer precisamente más allá del papel de *nada* que el sistema falocrático le impone.

También cuando «interpreta» (o sea desconoce y mistifica) la relación sexual entre hombres, la *Weltanschauung* falocéntrica es absurda y vehículo de absurdidad, *precisamente porque niega a la mujer*, y por tanto el ser humano que está lejos de reducirse a la condición mutilada del rol monosexual que le ha impuesto la civilización-sociedad represiva: el *hombre es mujer*, puede decirse, invirtiendo lo que Filippo Turati afirmó en una ocasión, «la mujer es hombre» (si bien, abstraída del contexto total de este libro, tanto la afirmación «el hombre es mujer» como la de Turati negarían las contradicciones históricas reales entre los sexos y ofuscarían nuestro ser-en-devenir *transexual* profundo que, como ya he dicho, no se reduce *heterosexualmente* a la *bisexualidad*).

En cualquier caso, la opinión según la cual homosexual sería únicamente el que practica el coito entre hombres está mucho más difundida de lo que parece y demuestra la inmediata asociación, en la mente falocéntrica, entre homosexual y mujer: «el agente activo de una relación anal entre hombres es esencialmente heterosexual; por lo tanto quien se deja penetrar pertenece al otro sexo; pero el otro sexo respecto al masculino es el femenino; por consiguiente, si entre dos hombres entregados al coito anal el pasivo es el único homosexual, el homosexual es mujer».

⁵ Cf. Fornari, *Genitalità e cultura*, op. cit., p. 11: «La constitución de la identidad heterosexual implica, en efecto, que cada miembro de la pareja sexual tiene un sexo que el otro no tiene».

Dentro de su absurdo evidente, esta concepción machista revela, sin embargo, si la consideramos desde el punto de vista gayo-crítico, la efectiva aproximación de los homosexuales que se dejan penetrar a la transexualidad, que es (tendencia a la) superación de la polaridad entre los sexos. Si bien, por una parte, es cierto que el redescubrimiento de la transexualidad pasa necesariamente a través de la liberación de la analidad, y por el homoerotismo, también lo es, por otra parte, que solo la permanente represión del Eros nos induce a concebir los conceptos de transexualidad, analidad, homosexualidad, bisexualidad, etc., como *separados*. En realidad, la liberación implica la superación de las diferentes categorías actuales, las cuales se limitan a reflejar conceptualmente la alienación de la especie humana consigo misma por obra del capital-falo: la liberación lleva a la conquista de un nuevo modo de ser-devenir, *uno y múltiple* tanto desde el punto de vista individual (en tanto que los hechos de la vida, por ejemplo sexuales, ya no suponen su separación y mucho menos la recíproca exclusión represiva), como desde el punto de vista universal, puesto que la liberación conduce al reconocimiento de los individuos en la *comunidad* (una y múltiple) y en el mundo, y por tanto a la resolución de las contradicciones entre Yo y los demás, entre Yo y no-Yo. La liberación revolucionaria del Eros y de la vida no se produce sin un estallido colectivo del inconsciente, que precisamente es colectivo en amplísima medida; y, en cualquier caso, el estallido del Ello dilata y «disuelve» los límites del Yo. En otros términos, el *Ego* ya no se arroga el monopolio de la subjetividad: la vida se manifiesta recíproca y comunitaria. En las tinieblas de nuestro ser profundo, yace reprimida la especie que es transexual y el deseo de transexualidad / comunidad: *la intersubjetividad comunista será transexual*. Más adelante insistiremos sobre este *punto* («Un niño esquizofrénico es un punto pequenísimo», soñé una vez).

Volvamos por ahora a la fijación machista que presenta la homosexualidad como heterosexualidad. El mismo informe Kinsey nos dice: «Algunos machos que se someten regularmente a *fellatio* por parte de otros machos, sin que ellos mismos practiquen la *fellatio*, pueden pretender que son exclusivamente heterosexuales y que nunca se han dejado implicar en una auténtica relación homosexual. Su conciencia se desembaraza de este modo del problema y así consiguen evitar problemas con la sociedad y con la policía, perpetrando la ficción

suplementaria gracias a la cual afirman que no experimentan atracción por un hombre a menos que su fantasía no les induzca a percibir la pareja masculina como mujer. Incluso algunos médicos se han dejado engañar por semejantes pretextos. Las historias reales, sin embargo, demuestran que [...] ningún caso de relación sexual entre machos puede ser considerada no-homosexual».⁶

Entre todos los «heterosexuales» que no consideran homosexuales sus contactos eróticos con hombres, los «dobles machos» se sitúan en primera fila. Y la ideología del *doble macho* es la predilecta, en general, de los «chaperos», los jóvenes que se prostituyen con homosexuales.

El asesinato de Pasolini

La muerte de Pasolini ha provocado en Italia un enjambre de intervenciones sobre la homosexualidad; hasta ahora, sin embargo, se han dicho o escrito casi siempre cosas ignominiosas o inauditas (o mejor dicho, demasiado oídas), a excepción de cuanto afirmaron las compañeras/os del movimiento homosexual de liberación. Roberto Polce, de los Collettivi Omosessuali Milanesi, grabó en las inmediaciones de la Universidad estatal de Milán el siguiente diálogo (lunes, 3 de noviembre de 1975):

—¡Pobre chico! Al fin y al cabo tenía motivos para hacerlo, porque cuando intentan metértela en el culo duele, ¿eh?!

(Risas.)

—¿Sabéis que ahora llevar cuatro caramelos en el bolsillo se considerará llevar un arma impropia?

—¿Cuatro caramelos? ¿Qué tiene que ver?

—¡Sí que tiene que ver! Cuatro caramelos pueden servirte para atraer a los chiquillos...

(Risas.)

—Pero, aparte de que era un maricón, cuando se ponía a escribir o a hacer un film ¿no era nada idiota!

—Es verdad. Sabía hacerlo, hay que reconocerlo. Cuando ibas a ver una de sus películas te hacía salir del cine todo pringado.

⁶ Kinsey Pomeroy-Martin, *Homosexual Outlet*, op. cit., p. 6.

El mismo día apareció una gran pintada en las paredes de la Universidad de Roma: «Han hecho bien en matar a ese maricón». Al lado se veía una figura estilizada (Pasolini) con flechas o bastones.

Por la calle: «¿Cómo se dice Pasolini en inglés? ¿Cul?».⁷

Una vez aquí, me parece oportuno una relectura del comunicado del Fuori! (colectivo de Milán) aparecido en el *Corriere della Sera* el 13 de noviembre de 1975:

HAN MATADO A PASOLINI. LOS HOMOSEXUALES ACUSAN.

Pasolini es solamente uno más de los millares de homosexuales extorcionados, agredidos, «suicidados», masacrados. No ha sido asesinado porque era un intelectual, un político, un poeta, sino porque era un homosexual; al homosexual se le ve débil, chantajeable; el delito contra el homosexual sigue encontrando excesivas justificaciones e inconfesables consensos.

LOS HOMOSEXUALES ACUSAN.

Acusan a la radio, a la televisión, a los diarios, culpables una vez más de presentar fraudulentamente como crónica de sucesos o como producto de una genérica violencia que se extiende un hecho que, en cambio, demuestra la específica violencia ejercida cotidianamente contra quien, en tanto que homosexual, es marginado, humillado, oprimido.

ACUSAN a los intelectuales y políticos que en sus declaraciones de pésame han falsificado objetivamente el real alcance del asesinato de Pasolini; se trata, ante todo, del asesinato de un homosexual, un delito más entre los millares de delitos en que pierden la vida homosexuales desconocidos que no son noticia y no suscitan clamor. Acusan a todos aquellos ciudadanos que al hacerse cómplices del clima de ignorancia y de terror que rodea la figura del homosexual son culpables de la muerte de Pasolini tanto o más que el mismo homicida.

RECUERDAN Y LLORAN a Pier Paolo Pasolini, en nombre de millones de homosexuales anónimos que cada día se ven obligados a una vida llena de terror y de violencia.⁸

⁷Cf. Roberto Polce, «Pasolini», *Re Nudo*, v, diciembre de 1975, pp. 60-61.

⁸Cf. *El Corriere della Sera*, jueves 13 de noviembre de 1975. En lo que se refiere a las reacciones de los lectores, redactores o propietarios del *Corriere* a la publicación de este comunicado del Fuori!, cf. «Sbatti il Fuori in terza pagina», en *L'Espresso*, núm. 47, XXI, 23 de noviembre de 1975.

Todavía no se sabe —ni se sabrá en mucho tiempo...— qué sucedió realmente aquella noche en Ostia. Ni siquiera se sabe si el homicida actuó en solitario o con otros. Hay quien ve en la muerte de Pasolini un delito político: Pasolini fue liquidado porque era incómodo en tanto que hombre de izquierdas, y no únicamente en tanto que homosexual. No creo que valga la pena añadir mis *oscuras* hipótesis —por otra parte más bien «originales»— a tantas otras. En cualquier caso, creo que a Pasolini le dieron muerte uno o varios «ragazzi di vita», o sea uno o varios «chaperos». *Los motivos del crimen pueden ser varios, podría incluso ser un enncargo*; lo cierto, sin embargo, es que Pasolini fue asesinado *en aquella situación* porque era homosexual, porque solo los homosexuales pueden encontrarse en situaciones de ese tipo. Y —como dice el comunicado del Fuori!— cada día mueren homosexuales en situaciones de ese tipo.

Muchos heterosexuales se han preguntado: «¿Quién es el culpable? ¿Pasolini que induce a una relación homosexual a un menor de edad? ¿O el menor de edad que lo mata?». Y, para resolver la cuestión, han decidido: «Son culpables ambos. Uno es un corruptor. El otro un asesino. No podía acabar de otra manera».

Los periodistas de la izquierda más «abierta», que han arrinconado la imagen del corruptor, se han planteado a su vez otro «problema de conciencia»: «¿Quién es la auténtica víctima? ¿El burgués asesinado? ¿O más bien el *subproletario* inducido al crimen?». Pero no han llegado a conclusiones claras: el rechazo del deseo gay les impedía afrontar el problema en su auténtica realidad, o sea un drama ligado a la represión del homoerotismo (junto a la cuestión de la diferencia de clase entre Pasolini y su homicida).

Veamos qué escribe Roberto Polce en un artículo sobre la muerte de Pasolini:

Nos parece que no acaban de quedar totalmente claras dos cosas: 1) que existen dos contradicciones igualmente fundamentales, la de clase y la sexual; 2) que es necesario tener claras ambas contradicciones para poder dar una interpretación correcta de cada acontecimiento.

Esto es: muchos han dicho que Pelosi era subproletario mientras Pasolini representaba el patrono, por lo que ha sido asesinado

—pobrecillo—, debemos sentir piedad, pero en medida mucho mayor la piedad y la solidaridad de todos debe ir dirigida hacia el muchacho. Nosotros, en cambio, decimos que sí, es cierto que el muchacho por formar parte de una clase subalterna era/ es víctima de la clase en el poder, pero que también lo es que, afirmándose precisamente en la ideología de la clase social que le explota y reprime, como autodenominado heterosexual, ha desencadenado su violencia contra un homosexual, el cual, al igual que las mujeres, es siempre el perdedor, la víctima, el asesinado, dentro de las contradicciones sexuales. Y un heterosexual que inflige violencia a un homosexual, pertenezca a la clase que sea, siempre representa en tal caso a quien posee el poder y abusa de él. Por ello el discurso sobre la sexualidad referente a este asesinato político (como antes el de García Lorca, dice Arbasino) lo hacemos nosotros, los maricones, los directos interesados y las víctimas cotidianas que tienen los cojones llenos de serlo y que se rebelan contra los auténticos monstruos y asesinos, los que están en el poder.

Y el «poder» heterosexual es una cara del poder capitalista.

Apenas recibida la noticia del asesinato de Pasolini, «cuando todavía no se sabía nada de cuanto el desarrollo de las investigaciones ha revelado después —prosigue Roberto Polce—, nos dijimos: está claro lo que ha sucedido: el chico de barrio autodenominado heterosexual (pero en realidad homosexual aunque reprimido)» —Pelosi era uno de esos «hetero» de los que habla Kinsey, que niegan la propia homosexualidad pese a que tengan relaciones homosexuales— «va con Pasolini en coche y cualquier excusa, pacto no mantenido u otra cosa, vale para desencadenarse en contra de él; intento de compensar el sentido de culpa precedente del despegue producido en él durante la fuga, aunque mínima, del modelo de normalidad introducido con violencia desde la infancia. Pegando y castigando a Pasolini, el muchacho estaba convencido inconscientemente de castigar y expulsar su homosexualidad. Al matarle, creía matar inconscientemente su parte homosexual, eliminándola para siempre».

Roberto Polce añade:

Cuando las investigaciones han seguido adelante, el discurso se ha aclarado más. La hipótesis anteriormente dicha iba tomando consistencia porque Pelosi ha demostrado que muy probablemente era un chapero, esto es, un homosexual que hacía la calle por dinero, aunque solo estaba empezando: un maricón que al

no tener la fuerza de vivir libremente su propia homosexualidad sacándose de encima las reglas de la sociedad patriarcal engullidas de niño (en un barrio proletario donde la virilidad y la adhesión a los valores burgueses son todo) y siendo joven y con un bonito cuerpo satisfacía sus necesidades sexuales haciéndose pagar, dando así una justificación económica a su mariconería, intentando de este modo sofocar los sentimientos de culpa por unos actos que le habían enseñado que eran anormales, fuera de la Norma [...]. Nosotros sabemos perfectamente por qué ha sucedido todo esto. Por qué Pasolini ha sido asesinado, queremos decir [...]. Un homosexual ha sido asesinado, y no por el chico de barrio violento y delincuente sino por el sistema patriarcal falocrático, por los burgueses y por su ideología terrorista. En esta ocasión se le han dedicado las primeras páginas de los diarios, porque era famoso y era un gran artista. Se puede pasar por encima de la homosexualidad, perdonarla como una extravagante debilidad o enfermedad, si quien lleva ese estigma en la frente es un gran Loquesea. Pero si el asesinado es uno de nosotros, un marica cualquiera, simplemente un marica, entonces el silencio y la sordidez en cuatro líneas, entre la noticia de un hurto callejero y la de una familia muerta por envenenamiento de setas. Pero si Pasolini era incómodo (como dicen por ahí) NOSOTROS LO SOMOS MUCHO MÁS. Nosotros estamos hartos. Nosotros estamos tejiendo la rebelión y jugamos con todas nuestras armas, con rabia y con violencia. Así que cuidado: no ha habido dos monstruos [...], ni un monstruo y una víctima (intercambiables a placer entre Pier Paolo y Pino la Rana), sino únicamente dos víctimas. Víctimas de la misma violencia que pasa por todas partes y asume las formas y las máscaras más diversas: sutil y oculta o de claras e inconfundibles connotaciones.⁹

Se trata de la violencia del sistema: y el único monstruo auténtico es el «monstruo automatizado», el capital (así como son *monstruosos* todos aquellos que, más o menos directamente, *hacen la apología* de un delito perpetrado por el capital contra un homosexual, de todos los innumerables delitos que desde siempre el capital realiza o instiga a realizar contra nosotros).

⁹ Polce, «Pasolini», *op. cit.*

Y en memoria de Pasolini, cineasta homosexual, nosotros decimos: basta de homosexualidad admitida pero culpabilizada entre «*ragazzi di vita*» y hogueras en Canterbury, entre un Edipo, una pocilga un teorema y Saló; entre una *Muerte en Venecia* y la muerte en el fondo del lago de Ludvig Visconti. Nosotros gritamos: «¡¡¡ VIVA EL CULO REVOLUCIONARIO EN CINERAMA!!!».¹⁰

Los «*ragazzi di vita*»

Como hemos visto, además de todos aquellos que se consideran y son considerados habitualmente homosexuales (y a los cuales la conciencia represiva de los heteros cuelga un determinado estereotipo), existen *muchos más homosexuales*, más que los anteriores, reprimidos respecto a la propia sexualidad y sobre todo respecto a la propia homosexualidad. Se trata de los «dobles machos» y de todos aquellos *heterosexuales* de sexo masculino que, pese a que afirmen constantemente su heterosexualidad, mantienen con cierta frecuencia o incluso continuadamente relaciones homosexuales. Muchos de estos *machos* viven al margen del «mundo» homosexual en sentido estricto, y se convierten en sus parásitos y —con frecuencia— sus *verdugos*: son los «chaperos», los «*ragazzi di vita*», o sea todos aquellos jóvenes *proletarios* que se prostituyen con los gais y que los periodistas del capital (y, sobre todo, de la izquierda del capital) llaman hoy «subproletarios», para evitar reconocer en sus acciones y en su «estilo de vida» una expresión específica del *proletariado* sojuzgado por el sistema.

Los «*ragazzi di vita*» son homosexuales pero no se consideran tales, en tanto que habitualmente sienten también una forma de atracción hacia el sexo femenino, o, mejor dicho, hacia su objetivación. Están tan reprimidos ante la propia homosexualidad que tienden en general a vivirla limitándose al papel «activo» (en realidad *pasivo* por excelencia), y a mistificarla, afirmando que no sitúan en el centro de su interés el placer, sino el dinero que consiguen sacar al partner «afeminado». El rechazo que estos jóvenes expresan respecto al homoerotismo es profundo: el capital y la ideología de la supremacía heterosexual han arraigado en ellos el desprecio por la homosexualidad y por la *mariquita* en especial.

¹⁰Piero Passoni, «Anónimo londinense ma non troppo», *Fuori!*, núm. 5, noviembre 1972.

El sistema les jode doblemente: en efecto, además de castrarlos económica y socialmente desde su nacimiento, les da gratificaciones paliativas ligadas al privilegio fálico, gratificaciones que les inducen a comportarse de manera funcional al dominio del capital. Esclavizados de esa forma, en lugar de dirigir su rabia y su odio contra el sistema la dirigen contra quienes *aparecen* inferiores a ellos: la mujer, el marica.

El machismo demuestra ser el más grave obstáculo para la realización de la revolución comunista: divide al proletariado y —casi siempre— hace de los proletarios heterosexuales los tutores de la Norma sexual represiva que necesita el capital para perpetuar su propio dominio sobre la especie. Los heterosexuales masculinos proletarios están *corrompidos*: aceptan hacerse pagar con mísera moneda falófora del sistema para mantener a raya, a cambio de las mezquinas gratificaciones que sacan de ello, la potencialidad revolucionaria transexual de las mujeres, de los niños y de los homosexuales. Los «*ragazzi di vita*» no están más corrompidos que el obrero inscrito al PCI que insulta a los «maricones», maltrata a su mujer y pega a los hijos.

Pero, para continuar el discurso de Roberto Polce, el rechazo que los llamados «*ragazzi di vita*» expresan respecto al homoerotismo procede, tanto como de la ideología dominante interiorizada y de la «cultura» violenta y abiertamente machista de la calle, de la necesidad de negar con la fuerza la evidencia de sus constantes relaciones homosexuales. La miseria y la violencia vividas cotidianamente en la calle, la cantidad de frustraciones recibidas, la lucha económica por la supervivencia, la necesidad angustiosa de negar la propia homosexualidad, todo eso les empuja a desahogarse de una u otra manera: ahora bien, no existe chivo emisario más inmediato, más cobardemente atacable, que el propio homosexual, que el *otro* homosexual, la mariquita manifiesta.

Al agredir a los homosexuales, los «*ragazzi di vita*» demuestran que no son solamente los parásitos, sino también los *verdugos* del «mundo» gay, frente al cual ejecutan las sentencias que el sistema ya ha dictado a través de la marginación y la condena de la homosexualidad, confinada en los guetos más o menos clandestinos e inseguros, o, en cualquier caso, apartados y separados del resto de la sociedad.

También en este caso, sin embargo, existen las excepciones que confirman la regla: no todos los «chaperos» son odiosas, violentas y falocráticas; también las hay simpáticas (¿os acordáis, por ejemplo, del

«regalo» para Harold?). De todos modos, como homosexual, no puedo dejar de verificar que, en el fondo, no son más que *menos malas*.

En cualquier caso, si las cosas mejoran, hay que prever que un número cada vez mayor de «*ragazzi di vita*» se conviertan en travestis desencadenados después de haberse dejado seducir por los maricas del movimiento de liberación. Quien cree que de las relaciones homosexuales no nace nada, se equivoca: en efecto, de ellas *aparece* un número creciente de gais.

Entonces, una vez convertidos en compañeros los «*ragazzi di vita*», podremos también ir todos juntos, provisionalmente, a hacer de chaperos, para «contagiar» a los últimos hetero convencidos que corren por el mundo, uniendo de ese modo lo útil a lo placentero y a lo revolucionario: mientras la analidad permanezca sublimada en el dinero, mientras el capital no haya sido derribado, se precisarán fondos para el movimiento gay, esto es, para comprarse Chanel nº 5 y los bigudíes cuando nos queremos poner guapos y no hay un saqueo a la vista, sino únicamente una fiesta juvenil proletaria en el Parco Lambro o una *soirée* en el Covent Garden.

Por ahora, sin embargo, todavía estamos lejos de haber alcanzado un entendimiento revolucionario con los «*ragazzi di vita*»; y sigue siendo a través de ellos como el sistema castiga a la homosexualidad incluso con la muerte, con una ferocidad no menor a la que demostraron los nazis, pero mucho más encubierta y eficaz. Hoy el sistema ya no necesita exterminar en masa a los homosexuales: le basta con liquidar a alguno de ellos, y además de manera extremadamente indirecta, sin ensuciarse las manos, pero consiguiendo al mismo tiempo imponer a todos los demás el reino del terror.

Como hemos visto, los Estados más «evolucionados» llegan incluso a renunciar decididamente a la represión cruenta *directa* de la homosexualidad, para la que disponen un gueto «confortable», pero caro. Quien desee un «chapero» seguro lo encuentra por 100 dólares en la Model-Escort Agency de Los Angeles. Si los homosexuales no quieren correr el riesgo de ser agredidos y asesinados, basta que paguen: la King's Sauna y el Incognito Bar les abren las puertas de par en par. En este sentido, la democracia es progresiva respecto al nazismo: permite mayores beneficios a través de la comercialización de la homosexualidad.

El capital mata dos pájaros de un tiro. Por una parte, da salida a la violencia antigay de la sociedad a través de las agresiones de los «criminales» (que son en general, entre todos los «bisexuales», los más reprimidos respecto a la propia homosexualidad). De este modo, el sistema asegura a numerosos jóvenes marginados la posibilidad de desahogarse «metiéndose» con personas a las que la ideología capitalista-falocrática relega a un puesto todavía inferior al suyo: los «invertidos» (por no hablar de las mujeres, esclavas de los esclavos). El capitalismo descubre así un procedimiento para desviar de sí mismo la rabia y la violencia callejera, causadas por la miseria que él mismo ha producido.

Y por otra, al instigar a los «*ragazzi di vita*», el capital consigue aterrorizar al «mundo» homosexual en sentido estricto. El sistema inhibe habitualmente en los gais la capacidad de defenderse y de hacerse respetar (culpabilizándolos y fomentando su complejo de inferioridad), mientras incita contra ellos a unos adversarios objetivamente formidables, los jóvenes proletarios *criminalizados*, acostumbrados a sufrir y a ejercer cotidianamente la violencia. Al descubrirse indefensos, es bastante frecuente que los homosexuales busquen protección en el exterior en lugar de buscarla entre ellos mismos: ¿y dónde mejor podrían encontrarla que en el sistema? Eso explica lo que sucede, por ejemplo, en EEUU, cuando una sección del Gay Liberation Front consideró oportuno reclamar la presencia de un número mayor de policías en lugares de ligue, donde los homosexuales eran regularmente asesinados. (¿Habéis estado de noche en el Central Park? ¿O en el circo Massimo?).

El estereotipo del homosexual pávidamente reaccionario, que aspira a encontrar su propia seguridad en el sistema, en el éxito personal y en el «Hombre Vogue» —estereotipo con el que, pese a todo, sigue identificándose en la actualidad un buen número de gais—, tiene sus raíces en la suma de humillaciones y violencias sufridas o, sin ir más lejos, en la constante tensión angustiada provocada por el peligro de sufrirlas. Los gais no podemos dejar de comprobar cómo, por la calle y en los lugares de ligue, los cines, los parques, los urinarios, etc., se nos presenta constantemente el peligro, no solo de ser arrestados, sino de ser golpeados, robados, insultados, humillados e incluso asesinados; mientras en el ambiente intelectual-artístico, o simplemente educado al modo burgués, ese riesgo casi siempre desaparece o, por lo menos, se presenta en menor escala. Una cosa es ser oprimido y explotado por el propio psicoanalista, pero otra muy distinta ser *oprimido* por una cuchillada.

Así sucede que muchos homosexuales temen la revolución, porque la ven como la victoria de sus *verdugos*, y, por consiguiente, como su propio fin. No es fácil criticar a quien prefiere que las cosas sigan como están, antes que ver en el poder a los mismos proletarios que cada día insultan, agreden y rechazan hipócritamente a los gais. Y tanto más en cuanto que esos proletarios pueden llamarse a sí mismos fascistas o «comunistas» o extraparlamentarios, pero, en sustancia, su actitud violentamente antihomosexual no cambia.

El sistema, en cambio, puede incluso *acercarse* a los «diferentes»: «si arañáis derechos y aceptáis vivir vuestra perversión dentro de unos pequeños *guetos* que seamos capaces de controlar y reglamentar, nosotros mismos os protegeremos. Quien va a ligar a los parques y a los urinarios públicos se busca problemas: ¡quedaos en casa! O, mejor aún, id al Super Cock International Privacy Club: encontraréis también el restaurante, el *striptease*, las pelliculitas pornográficas, el re-trete psicodélico y, tal vez, la salida antincendios».

Los «protectores» de izquierda

Las izquierdas —y fundamentalmente el PCI, aunque esto no excluya a todas las organizaciones que se proclaman revolucionarias— ni siquiera han llegado a asumir una semejante actitud de «protección» respecto a los gais (solo ahora las cosas están «cambiando»): siempre han reprimido *sin mediación* la homosexualidad, la han negado exaltando la figura dura y viril del obrero productivo, evidentemente re-productivo. Se han burlado de los homosexuales definiéndoles como expresión de la corrupción y de la decadencia de la sociedad burguesa, mientras precisamente ellos, los de izquierda, contribuían a cristalizar a los gais en una posición de apatía contrarrevolucionaria, bien apoyando una imagen de la revolución grotescamente puritana y represiva (basada en el sacrificio y en la infernal familia proletaria) y caricaturescamente viril (basada en el trabajo productivo-re-productivo y en la violencia bruta militarizada), bien apelando al modelo de los países que se definen socialistas y que liquidan a los homosexuales en los campos de concentración o en los «institutos de reeducación», como Cuba, por ejemplo, o China. El homosexual tenía la impresión que solo el sistema podía «salvarle».

Cuando apareció en Italia el movimiento homosexual de liberación, las izquierdas hicieron cuanto estuvo en su mano para inducirnos a callar y desanimarnos. Recuerdo una ocasión en que Luca Cafiero, a la cabeza de un manípulo de *katangueses* del Movimento Studentesco, acudió a impedirnos que distribuyéramos octavillas del Fuori! en la entrada de la Università statale de Milán. Cada uno de nosotros puede enumerar una serie interminable de insultos, de provocaciones y a veces de agresiones sufridas por parte de los militantes de las izquierdas. Aquellos de nosotros que después se han apuntado temporalmente en los grupos, saben perfectamente qué suma de humillaciones y de frustraciones significa la militancia de un marica en la izquierda heterosexual.

Las izquierdas han hecho cuanto han podido por sofocar nuestro movimiento: se han obstinado en llamarnos «pequeños burgueses despolitizados» justamente en el momento en que, en cambio, comenzábamos a aparecer de manera revolucionaria. Ya en 1971 Joe Fallisi podía escribir que las izquierdas sirven sobre todo «para *modernizar* la política reformista y para imponer (en el cielo del Espectáculo) las nuevas imágenes ideológicas del “contestatario”, del “duro”, del “extraparlamentario”, del “nuevo guerrillero”». ¹¹ Y, si la política reformista de las izquierdas es falocéntrica y heterosexual, el contestatario ideal / ideológico es el «duro de la gran polla y de los músculos de acero» que incluso provoca la huida del matón fascista.

Los grupos extraparlamentarios, «restos, a su vez modernizados, de un antiguo naufragio, vuelven a salir a flote solo porque el movimiento real, el movimiento revolucionario, *retorna* lento pero inexorable. Pero si reaparecen tras la estela de un Nuevo Proletariado que hoy *apenas comienza* a manifestarse —y por ello todavía sin la clara conciencia de clase *per se*—, ellos, reflejo de un reflejo, lo hacen únicamente para intentar recuperarlo». ¹² Y no es casualidad si los grupos extraparlamentarios de ayer están hoy instalados en el Parlamento.

Hoy, el movimiento real revolucionario incluye también y sobre todo al movimiento de las mujeres y de los homosexuales que luchan contra el sistema y contra el falocentrismo heterosexual que lo apoya y que vincula a él al propio proletariado (masculino). Al contrario, las

¹¹ Toe Fallisi, «Lettera a Irene», *Comune Futura*, núm 2, noviembre de 1976.

¹² *Ibidem*.

organizaciones de la izquierda, fundamentalmente machistas y masculinistas, heterosexuales y antihomosexuales, apoyan la Norma pública y privada capitalista, y, por tanto, el sistema.

Joe Fallisi observaba que «la primera fase del movimiento obrero fue la fase sectaria. Y aquellas asociaciones y sectas del siglo XIX (owenistas, fourieristas, icarianos, saint-simonianos, etc.) fueron efectivamente la “levadura”, en sus orígenes, del movimiento de clase. Después, apenas éste las superó, se convirtieron en un obstáculo y se transformaron en reaccionarias. En suma, fueron la infancia del movimiento obrero [...]. Pero para que fuera posible la fundación de la Primera Internacional, fue preciso que el proletariado hubiese superado esa fase. Ahora, de la misma manera que en el siglo pasado tuvo que superar el estadio de las sectas, el proletariado debe superar el —actual— de los *grupúsculos*. Con la diferencia, por añadidura, respecto a cien años atrás, que, al ser actualmente los grupitos oficiales (estalinistas, “anarquistas”, trotskistas, etc.), el *producto acríptico de una derrota anterior*, producida durante los años veinte, ni siquiera tienen la función de “levadura” revolucionaria que tenían las sectas, y *no pueden ser* los polarizadores de situaciones radicales, sino únicamente llegar *después y a remolque*, con toda la carga *confusionaria* de las mistificaciones ideológicas. Ya que no son capaces de entender al Nuevo Proletariado [...], solo pueden intentar *recuperarlo*, con los oropeles descoloridos de la Política, y este, a la postre, tiene que deshacerse obligatoriamente de ellos. Cuando el movimiento real internacional esté maduro, esto es, consciente-por-sí-mismo y reunificado, él mismo acabará con todos sus pretendidos “representantes”».¹³

Mientras tanto, entre 1971 y el momento actual, los tiempos han cambiado. Si los extraparlamentarios han acabado en el Parlamento, también es cierto, sin embargo, que el movimiento de las mujeres revolucionarias ha sacudido toda la sociedad y ha puesto en crisis hasta aquellos grupos que se manifestaban revolucionarios y que hasta entonces habían sido los bastiones del puritanismo machista. El propio movimiento de los homosexuales conscientes, revolucionarios o al menos abiertos a una visión de sí mismos y del mundo diversa a la tradicional, ya no puede ser soslayado por los políticos de la izquierda. Para los grandes partidos y para los partiditos es absolutamente

¹³Ibídem.

necesario *recuperar* también a los homosexuales. Creo que, en este momento, ni el propio Stalin se revolvería en su tumba.

Respecto a la cuestión homosexual, la izquierda heterosexual intenta una recuperación semejante, si bien en escala menor, a la operada respecto al feminismo. Hasta ayer, para los extraparlamentarios de izquierda el ministro ladrón y «fascista» era también, obviamente, «invertido» («¡Basta, basta, con el clero pederasta!», se gritaba por las calles a lo largo de las manifestaciones del 68 y del 69); hoy, puede suceder en cambio que un homosexual se revele un «buen compañero», «un precioso activista al servicio del proletariado», al mismo tiempo que es oportuno que todos los «buenos compañeros» comiencen a tener en cuenta las contradicciones relativas a la esfera sexual. El contraste salta inmediatamente a la vista: por una parte, el término «invertido» es utilizado a modo de insulto; por otra, el lobo se viste de cordero, predicando aceptación y comprensión para los compañeros homosexuales, que, «independientes», no suelen simpatizar con la idea de apuntarse a grupos autodenominados revolucionarios que llaman maricones a Rumor y a Colombo, de la misma manera que jorobado a Andreotti y enano a Fanfani, mientras Fanfani, fanfarroñísimo, mantiene alta la moral de la moral nacional lanzando improperios contra el divorcio portador de vicios: adulterio, prostitución, abortos, delincuencia juvenil, homosexualidad femenina, hijos drogados y pederastas...

En suma: si el antifascismo reúne en un solo mazo a democristianos, PCI, socialistas, etc., y ex-extraparlamentarios de izquierda, el frente común contra la homosexualidad (la Santa Hetero Alianza) concilia realmente los «opuestos extremismos» y los concilia incluso con sus rivales del «arco democrático». Y si la Democracia Cristiana, en clima de connivencia con el fascismo, pregona a voces su propio antifascismo, de la misma manera los grupos de la ultraizquierda se comportan con frecuencia como auténticos *racket* fascistas respecto a los homosexuales, a los que dirigen, sin embargo, un guiño oportunista de solidaridad y tolerancia.

Para casi todos los militantes de los grupos, la cuestión homosexual es un problema de importancia secundaria, «superestructural», que concierne a una minoría:¹⁴ «Hay que tolerar a los homosexuales, con

¹⁴ Cf. cap. VI, párr. 4.

tal de que no vengan a tocarnos los cojones poniendo en discusión nuestra heterosexualidad y pretendiendo que también nosotros les abramos el culo».

A título de ejemplo, citamos un artículo aparecido en *Il Manifesto* como comentario de las jornadas de «fiesta proletaria» desarrolladas en Licola en septiembre de 1975: «Un momento en el que todos han prestado atención a los altavoces que difunden la radio por todo el pinar ha sido cuando ha hablado un compañero del colectivo Fuori! de Milán. Ya desde la tarde anterior se había producido una gran animación en torno al stand de dicho colectivo. [...]. Los milaneses del Fuori! eligen la vía de la provocación. Maquillados de manera violenta y exagerada, con *paillettes* y lentejuelas doradas venden su diario mirando a la gente de manera fiscalizadora diciendo: “tú reprimes tu homosexualidad”. Las reacciones son en mínima parte de pánico y de intolerancia (en general, existe otra forma de rechazo del problema), los compañeros reaccionan diciendo “pero a mí qué me importa, tú haz lo que quieras, por mí todo está bien con tal de que no me cabrees”».¹⁵

Este último tipo de reacción permite captar, detrás de la apariencia de una nueva apertura mental, la real cerrazón de los «compañeros» heterosexuales respecto a la homosexualidad. Y, a una reacción semejante, yo contestaría: *querido compañero, ¿te has preguntado por qué te cabreas tanto cuando se pone en discusión el rechazo de tu deseo homosexual? ¿Tu homosexualidad cabreada? Y, por favor, no me digas: «tú eres libre de hacer lo que quieras, pero no te metas conmigo», cuando tú no eres libre de desearme, de hacer el amor conmigo, de gozar de la comunicación sexual de nuestros cuerpos; cuando te cierras de antemano a la posibilidad de tener una relación sexual conmigo. Si tú no eres libre, ¿cómo puedo serlo yo? La libertad revolucionaria no es un hecho individualista, es una relación de reciprocidad: mi homosexualidad es tu homosexualidad. Y las lentejuelas no son exageradas y mucho menos violentas, de la misma manera que no es exagerado o violento mi deseo de gozar de tu homosexualidad, de nuestra homosexualidad, querido compañero...*

«Increíble, inefable y casi divertida»¹⁶ es, en cambio, la «contribución teórica» del diario de Lotta Continua (siempre haciendo

¹⁵ Cf. *Il Manifesto*, 20 de septiembre de 1975.

¹⁶ Cf. «I gruppi di fronte alla questione omosessuale: la complice alleanza?», a cargo del Collettivo autonomo Fuori! de Milán, en *Re Nudo*, V, noviembre de 1975.

referencia a las jornadas de Licola): «Una fiesta tiene también las contradicciones en el seno del pueblo. Demos unos cuantos ejemplos: el inmenso campamento estaba vivo todo el día, sentados ante las tiendas, bajo los pinos, había quien tocaba un instrumento y quien jugaba a cartas, quien preparaba un porro, quien se había traído el vino de casa, obreros que entraban en el stand de las feministas a pedir informaciones, grupos enormes con los compañeros del Fuori! En el debate sobre las luchas proletarias de Nápoles, un obrero del PCI intervino criticando la fiesta porque había demasiados carteles y pintadas sobre la música y la homosexualidad; fue interrumpido por uno de los parados organizados: “no debes decir esto, porque en nuestro comité hay un marica que es el más combativo de todos”».¹⁷

Según Lotta Continua, pues —como han observado algunos compañeros del ex Collettivo Autonomo Fuori! de Milán en el artículo «I gruppi di fronte alla questione omosessuale: la complice alleanza?»—, «cabría pensar que la contradicción está entre homosexualidad y actividad política y no pasa por dentro de las categorías y el modo de hacer política hoy, como, en cambio, afirmamos nosotros. [...] En Licola las organizaciones nos han concedido un espacio porque intuyeron que las feministas y los homosexuales nos habíamos planteado unos interrogantes sobre la conexión privado política que conciernen a todos. No queremos pensar, de acuerdo con el citado artículo de “Lotta Continua”, que nuestra presencia estuviese motivada por nuestra militancia “en” la política y que estuviésemos allí “pese” a nuestra homosexualidad».

Yo pienso, al contrario, que los homosexuales son actualmente revolucionarios si han superado la política. La revolución por la que luchamos también es la negación de todos los *racket* políticos machistas (basados, entre otras cosas, en la homosexualidad sublimada), puesto que es negación y superación del capital, de su política, que se insinúa en todos los grupos de la izquierda, les caracteriza, les apoya y les hace contrarrevolucionarios.

Por otra parte, mi ojo del culo no quiere ser *político*, puesto que no se vende a ningún *racket* de la izquierda a cambio de un poco de fétida «protección» política y oportunista. Mientras que el ojo del culo de los «compañeros» de los grupos será revolucionario cuando hayan

¹⁷ Cf. Lotta Continua, 23 de septiembre de 1975.

aprendido a gozarlo con los demás, y cuando hayan dejado de cubrir su trasero con la ideología de la tolerancia para los maricones. Mientras sigan ocultándose tras el biombo de la política, los «compañeros» heterosexuales nunca sabrán que se oculta detrás de su muslo. «*Politique d'abord*», escribía Cavour a la condesa di Castiglione...

Es como siempre con un cierto retraso respecto a los burgueses «iluminados» que los grupos de la izquierda han comenzado a jugar al «juego» de la tolerancia capitalista. De *verdugos* declarados, mil veces más repugnantes que los «chaperos» y los fascistas, a partir del momento en que, aunque solo sea en forma ideológica, se manifiestan revolucionarios, los militantes de los grupos se están convirtiendo en «abiertos» interlocutores de los homosexuales. En sus mentes se manifiesta la fantasía de convertirse en los bonachones y tolerantes *protectores* de los «diferentes», gratificando de este modo su propia figura viril, tan en decadencia actualmente, en un momento en el que incluso las parroquias de la ultraizquierda deben improvisar oratorios «feministas» para «sus» mujeres. Además, la fantasía del *protector* les ayuda a exorcizar el problema de la represión de *su* deseo homoerótico. En el fondo, y como siempre, los militantes de la izquierda aspiran a convertirse en unos buenos *policías*. No saben que los mismos *policías* (*sex!*) van con frecuencia mucho más allá que ellos, y, cuando se da el caso, hacen incluso el amor con nosotros. ¿Para cuándo permisos homosex para los militantes de la extrema izquierda?

En tanto que buenos *policías* del sistema, los grupos se apresuran a instalar conjuntamente un «gueto» alternativo para los «diferentes», y, puesto que no quieren que contaminemos sus serias y militarizadas organizaciones con algo de gajo, prefieren concedernos el libre acceso al vertedero de la contracultura. Pero, por ahora, la izquierda es más estúpida y burda que los tradicionales exponentes mañosos del sistema, y no está capacitada para crearnos a los homosexuales unos guetos tan atractivos como los construidos por la industria capitalista de la «perversión».

Por otra parte, para nuestra contracultura sigue siendo *algo excesivo* aceptar la presencia de los maricones, y en las fiestas del «proletariado juvenil» se suceden provocaciones y violencias contra las mujeres y contra nosotros. La atmósfera machista, agresiva, mortalmente achulada y heteromaníaca de las «fiestas proletarias» es para nosotros muy pesada:

quien dice que «estamos paranoicos», dice, sin darse cuenta, que captamos al vuelo la *intolerabilidad* del ambiente apenas *tolerante* respecto a nosotros, la ciega agresividad de los «compañeros» falóforos, la negación de la homosexualidad que —al igual que si fueran fascistas— les une y les divide a un tiempo, les separa de nosotros.

Pero con el tiempo las cosas cambian. Ahora los grupos ponen a nuestra disposición un espacio *especial*: una transmisión semanal en la radio «libre», una sección de dos o tres páginas fijas en el periódico *underground*. Se trata de un espacio bien custodiado por los policías de izquierda, cuya función es la de reconfirmar en los gais la desconfianza en sí mismos y la convicción de la necesidad de alinearse (y de satisfacer los caprichos) bajo ese o aquel *protector*, y más teniendo en cuenta que «si no estuviesen las izquierdas, vendría el fascismo», nuevo espantapájaros que va sustituyendo ahora al de la revolución, a fin de que todos —homosexuales incluidos— permanezcamos bien alineados, separados y ordenados en los bancos democráticos y antifascistas del sistema.

Los homosexuales que se reclaman de las izquierdas no hacen más que disponer una nueva prisión para ellos mismos y ofrecer nueva energía vital a las organizaciones y a la ideología machista, antifemina e inhumana que propugnan.

A los militantes entusiastas de la ultraizquierda, no cabe otra cosa que pedirles que abandonen sus fijaciones y sus ilusiones: esto es, abandonar la manifestación estereotipada, opresiva y cerrada a la homosexualidad de sus deseos eróticos, y abandonar al mismo tiempo todas las organizaciones políticas existentes, que solo pueden seguir sobreviviendo si transportan las necesidades revolucionarias de sus miembros a un «nuevo» delirio familiar. Liberar en sí mismo, y no de manera abstracta en la sociedad, el propio deseo gay, supone liberar la propia pasión revolucionaria de las cadenas represivas de la política. *Cuando dejen de ser políticos, los auténticos revolucionarios serán amantes.*

Los homosexuales conscientes solo podemos encontrar *en nosotros mismos* las fuerzas para defendernos y para vivir en esta sociedad homicida / homocida. *Ya no es posible ninguna delegación.* Cualquier pacto, cualquier llamamiento a la democraticidad de los grupos no hace más que construir un nuevo gueto. Solamente la intransigencia que induce a decir las cosas hasta el fondo (y más allá) y

a comportarse de manera coherente, sin renunciar a ningún aspecto del mundo comunista que llevamos dentro de nosotros, podrá poner prontamente en crisis, *en gaya crisis*, a los hombres de las organizaciones políticas, obligándoles a abandonar su papel y, por tanto, a abandonarlas. Solamente la fuerza, la determinación y la fascinación del oprimido que induce al propio agresor a reconocerse en él y a reconocer en él su propio deseo, podrá dirigir la violencia de los gays manifiestos (hasta ahora dirigida casi siempre contra ellos mismos) y la violencia de los jóvenes antihomosexuales pero en el fondo homosexuales (hasta ahora dirigida contra los gays manifiestos) contra el sistema que oprime simultáneamente a víctimas y asesinos, y que es el auténtico asesino, siempre impune y con apariencias de defensor de las propias víctimas. Solamente los homosexuales podemos descubrir y expresar la gaya fuerza.

CAPÍTULO 5

MENS SANA IN CORPORE PERVERSO

El «no-deseo» y la negación. Los deseos coaccionados

«¿Es posible afirmar que el día en que el deseo llegue a incorporar el no-deseo (o el autodenominado no-deseo) se habrá realizado la revolución?», se pregunta el autor anónimo de «Les Culs Energumènes», ensayo final de la *Grande Encyclopédie des Homosexualités*.¹

La existencia del no-deseo se reduce en buena parte a la existencia del *deseo negado*. Por una parte, se trata de definir los obstáculos que se erigen contra una plena explicación del deseo y de descubrir —empresa harto más compleja— sus motivaciones históricas; por otra, es preciso evitar la hipóstasis de dichos obstáculos: reconocerlos no significa *justificar* su presencia. Quien se sitúa en la óptica reformista de la integración homosexual, hipostasia el obstáculo opuesto por la heterosexualidad «absoluta» a la liberación del deseo gay: ve en la sociedad una eterna pareja parental, y se propone inducirla a tolerar los hijos «perversos»...

En cambio, uno de los principales objetivos del movimiento homosexual revolucionario consiste precisamente en la refutación de la hipóstasis naturalista del *statu quo*. El deseo es «normal» en la medida en que corresponde a una Norma vigente; y si la ideología presenta como absoluta su propia ley, con base en la ecuación que iguala la «normalidad» (en sentido absoluto) a la Norma, nuestra tarea, al contrario, es la de perfilar los límites históricos de la Norma y poner en evidencia la relatividad del mismo concepto de «normalidad».

¹«Les Culs Energumènes», en *Grande Encyclopédie des Homosexualités*, *op. cit.*, p. 226.

Prácticamente todo el mundo admite la soberanía del propio rechazo de desear algo parecido: «No tengo ganas —decimos—, es inútil que insistáis porque no tengo ganas en absoluto». No obstante, casi siempre —como hace notar el autor de «Les Culs Energumènes»— que alguien expresa de tal modo el propio «no-deseo», es posible reconocer detrás de sus palabras otra frase que dice: «¡No insistáis! La sociedad capitalista-patriarcal ha inscrito este rechazo en mi cuerpo, en mi mente».

Además, sigue siendo cierto que, a la luz del psicoanálisis, la *negación* representa «una forma de percatación de lo reprimido; en realidad, supone ya un alzamiento de la represión, aunque no, desde luego, una aceptación de lo reprimido». ² «Una representación o un pensamiento reprimidos pueden, pues, abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser *negados*». ³ En otras palabras, negar un «objeto» de deseo significa en cierto modo afirmarlo. Se trata de «una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, en tanto que subsiste aún lo esencial de la represión». ⁴ «La negación es el acto primario de la represión, pero al mismo tiempo permite que la mente piense en cuanto ha reprimido a condición de que sea negado y, por tanto, permanezca fundamentalmente reprimido». ⁵

Del reconocimiento de la universalidad del componente homosexual del deseo deducimos, por tanto, una afirmación velada del deseo homoerótico cada vez que este es explícitamente negado. «¡El inconsciente ignora la negación, el “no”!»; «el inconsciente solo sabe desear», afirma Freud. Por otra parte, «la esencia de la represión consiste simplemente en la función de rechazar algo o de excluirlo de la vida consciente». ⁶ «En términos más generales, la esencia de la represión consiste en el rechazo por parte del ser humano de reconocer la realidad de su propia naturaleza». ⁷

² Freud, «La negación», en *Obras Completas*, vol. II, *op. cit.*, p. 1042.

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

⁵ Brown, *Eros y Thanatos*, *op. cit.*

⁶ Freud, «Collected Papers», en *International Psycho-Analytical Library*, núms. 7-10, 37, *The International Psycho-Analytical Press*, Nueva York-Londres, 1924, 50, p. 86.

⁷ Brown, *Eros y Thanatos*, *op. cit.*

Si todo ser humano es (también) homosexual, los que rechazan abiertamente su propia homosexualidad no hacen más que reprimirse y adecuarse a la represión. Para los heterosexuales resulta algo obvio y «natural» no ser otra cosa: corresponden al modelo con el que el sistema les ha obligado a identificarse; no advierten conscientemente el peso de la represión de la homosexualidad. Su comportamiento erótico «normal», obvio, oculta (pero al mismo tiempo pone en evidencia) la represión mucho más eficazmente en cuanto la oculta el deseo sexual «anormal», anómalo, que la subcultura dominante rechaza, considera patológico o perverso, o en el mejor de los casos tolera. Por otra parte, si para aquel que considera «normal» ser heterosexual es algo «natural», *obvio*, diremos con Husserl «[...] *que todas las obviedades son prejuicios*, de la misma manera que todos los prejuicios son oscuridades procedentes de una sedimentación tradicional [...]».⁸ Se trata de suspender el juicio sobre toda la sexualidad, si —partiendo de un punto de vista heterosexual— se quiere evitar la constante recaída en los prejuicios habituales. Hay que emprender una amplia investigación cognoscitiva antes de expresar juicios de valor (*pero para un heterosexual conocer la homosexualidad significa convertirse en homosexual*); debemos superar toda la concepción habitual del deseo, para descubrir sus dimensiones recónditas. En el fondo, el «no-deseo» es «la otra cara del amor»: la alienación consiste también en el rechazo de aquella parte de nosotros que la *Kultur* —en la acepción freudiana— y la *prehistoria* —en la acepción marxiana— han reprimido. Alienación es separación de nosotros mismos: ¿cómo podemos conocernos en profundidad, recuperar una plena ínter-subjetividad comunitaria más allá de la celda angosta de nuestra individualidad emparedada por la reificación, sin desvelar el contenido reprimido, o al menos latente, de nuestro deseo?

Pero —como me hace notar Francesco Santini— si podemos decir: «La sociedad capitalista-patriarcal ha insertado mi rechazo en mi mente y en mi cuerpo», también diremos con frecuencia: «La sociedad capitalista ha insertado *este* deseo en mí».

Es muy difícil entender qué es realmente el deseo humano: en parte, porque está reprimido; y *en parte, porque la represión también se manifiesta bajo forma del condicionamiento de desear de cierto modo*. Existen una cantidad monstruosa de deseos y necesidades impuestas

⁸ Edmund Husserl, *La crisi delle Scienze europee*, Milán, Il Saggiatore, 1972, p. 100.

incesantemente por el capital. «En lugar de *todos* los sentidos físicos y espirituales ha aparecido así la simple enajenación de *todos* estos sentidos [...]».⁹

Hoy, liberación del deseo significa fundamentalmente liberación de un cierto tipo de deseos impuestos. El deseo heterosexual excluido, por ejemplo, es un deseo coaccionado, resultado de la educastración. Así, en la mayoría de los casos, la sexualidad liberalizada del sistema niega y reprime la libre expresión del Eros, se manifiesta polarizada por auténticos y verdaderos *objetos* de deseo que la limitan, la mutilan, la alejan del ser humano para encaminarla hacia el fetiche, el fantasma estereotipado, la mercancía. La sexualidad coartada del capital transforma a la mujer y el hombre en mercancías y fetiches; pero bajo su apariencia de máscaras, *zombie*, *robot*, en suma, *cosas*, se ocultan seres vivientes, se debate un deseo censurado.

Las relaciones cotidianas y los deseos conscientes se mueven en general entre máscaras, apariencias, personajes, personificaciones de un determinado tipo de *valor*: buen coño o buen pene, intelectual, duro, «feminista», metalúrgico, ama de casa, «revolucionario», «invertido», hombre de negocios, cocinero, prostituta... *cada uno de ellos vale más o menos*. Pero de la misma manera que la mercancía es en realidad trabajo humano, los fetiches que se mueven por la calle son mujeres, hombres, *dioses*. Las ciudades del capital son el escenario de un absurdo espectáculo, y basta darse cuenta de ello para descubrir que no hay el menor sentido ni utilidad humana en esta comedia. Tanto más en cuanto que es una tragicomedia aburridísima: su falsedad aparece constantemente denunciada a los ojos de los actores-espectadores de la *real* y física muerte de los personajes, de los que no se habla solo por fidelidad al espíritu de cuerpo. *Pero si existe la muerte, debería existir también la vida*. Y, en efecto, esta asoma más allá de la comedia.

La lucha por la liberación del deseo, del deseo profundo, es lucha por la (re)conquista de la vida, por la superación de la supervivencia angustiada, teatralizada y constantemente amenazada a que nos vemos obligados, por el término de la puesta en escena neurótico-grotesca que nos sumerge, en diferentes grados, a todos, porque todos hemos sido negados, separados los unos de los otros, de nosotros mismos. Y no se trata de recuperar al *bon sauvage* (que también es un mito

⁹Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 148.

burgués), sino nuestra potencialidad *estética* y comunista, nuestro *deseo* de comunidad y de placer crecido en la latencia durante milenios: «la formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal hasta nuestros días».¹⁰

La fascinación de la misma muerte solo podrá ser redescubierta y gozada cuando la vida haya sido recuperada, y el ser humano viva en armonía con la comunidad, con el mundo, con el otro que es parte de su existencia.

En contra de nuestra pasión y de nuestros sentidos choca hoy la muralla de las imágenes espectaculares introducidas por la fuerza, *a fuerza de inercia*, como un peso muerto: la publicidad, la propaganda, la pornografía, los falsos ideales, los mitos que con demasiada frecuencia han convertido nuestro deseo en *anti-deseo*, en auténtica y verdadera —esta sí— negación del deseo. El «sexo» del sistema es negación de la sexualidad, de la misma manera que el arte y la música del capital son actualmente negación de la vista y del oído, y la utilización de obscenos perfumes y desodorantes y los miasmas de la contaminación son negación del olfato; los alimentos con los que nos nutrimos son negación del gusto, alimentos de mierda, que ojalá fuesen mierda, pero no son más que mierda ficticia, fetiche de la mierda. Y la hedionda metrópolis es negación de la vista, del oído, del olfato, del buen gusto, del tacto, *de todo*: el follón de la ciudad nos ensordece, nos irrita, nos atonta; ya no sabemos bailar, cantar, mirarnos a los ojos, acariciarnos; «Nos hemos convertido en insensibles como si nos hubiesen recubierto de cera» (Silvia Colombo).

Así hoy, habitualmente, la heterosexualidad institucionalizada por el sistema se presenta como mera fuga de la homosexualidad y como *doble fuga, doble negación del amor por el otro sexo*, al mismo tiempo que la ideología, la moda de la «homosexualidad», que se difunde hoy entre las feministas y entre los cada vez más numerosos heterosexuales en crisis, se reduce con frecuencia al intento de neutralizar el deseo homoerótico, de anticiparlo intelectualmente o incluso de manera voluntarista, de culpabilizarse porque se es hetero cuando el auténtico placer gay solo puede surgir cuando se ha extirpado *la falsa culpa*. Y el sentimiento de culpabilidad va ligado precisamente en gran parte a la represión de la homosexualidad.¹¹

¹⁰Ibídem, p. 150.

¹¹Cf. cap. VI, párr. I.

Paranoia y homosexualidad

Según Norman Brown, el hombre es un *animal neurótico*: «el hombre animal social es por ello mismo animal neurótico. O, como dice Freud, la superioridad del hombre respecto a los animales consiste en su capacidad de ser neurótico; y la capacidad de ser neurótico es simplemente la otra cara de su capacidad de desarrollarse culturalmente». «En efecto, si la sociedad impone la represión y la represión ocasiona la neurosis universal de la humanidad, se deduce de ahí que debe existir un nexo intrínseco entre organización social y neurosis».¹²

Pero Brown no hace más que extender a todo el recorrido de la *pre-historia* la categoría psicoanalítica de la neurosis (y —en el fondo— casi la hipostasia, envolviendo el futuro-superación del tiempo y la *historia* en el velo místico del *Principio del Nirvana...*): a nosotros nos basta considerar la psiconeurosis como carácter descollante de la sociedad y de la cultura capitalistas (aunque, queriéndonos limitar al exclusivo punto de vista «sobrestructural» de la historia de la filosofía, no podemos dejar de reconocer con Needham el carácter neurótico de la dicotomía entre «materia» y «espíritu» presente en casi todos los pensadores occidentales desde Sócrates hasta hoy: «La neurosis occidental de la separación entre materia y espíritu»). En efecto, incluso cuando hablamos de neurosis y de su universalidad, debemos tener presente que «las abstracciones más generales solo surgen en general con el desarrollo concreto más rico, donde un elemento se presenta como lo común a muchos, como lo común a todos. Entonces, deja de poder ser pensado exclusivamente en una forma particular».¹³

Hoy es indudable que la sociedad en su conjunto es neurótica y *esquizoide*. La ideología capitalista, falocéntrica, heterosexual y eurocéntrica funda y constituye la *Weltanschauung* del *hombre unidimensional*, del *homo normalis*, la visión fetichista del ser humano alienado de sí mismo, del mundo y de los demás por obra del capital. Al igual que las habituales condiciones neuróticas de las personas consideradas «normales», toda la *ratio* capitalista es *esquizoide: disociada* o, mejor dicho, repartida entre el Yo y el no-Yo, *res cogitans* y *res extensa*, deseo

¹² Brown, *Eros y Thanatos*, *op. cit.*

¹³ Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Barcelona, Grijalbo, 1977, primera mitad, p. 28.

y «no-deseo», sentidos e intelecto, público y privado, inconsciente y conciencia, materialismo mecanicista y espiritualismo teleológico, la *ratio* capitalista rige el insano desequilibrio del individuo «sano», más o menos insertado en el sistema social esquizoide. El individuo sano para Freud es un ser esquizoide para Laing.¹⁴

La psiquiatría utiliza frecuentemente los términos «esquizoide» y «esquizofrénico» como sinónimos. *Pero, si la llamada vida «normal» es electivamente disociada, esquizoide, la alteración «esquizofrénica» del proceso de asociación está lejos de ser, como se dice, disociación: es más bien una capacidad superior y más profunda de captar relaciones significantes entre cosas o acontecimientos que «normalmente» definiremos conectados entre sí de manera fortuita, o sea obvia y banal; y es, además, facultad todavía más profunda de reconocer el significado evidente que se oculta en relaciones aparentemente casuales.* Por ello (pese a que indudablemente se presenten muchos «casos» *fronterizos*) yo utilizaré los términos «esquizoide» y «esquizofrénico» sobre la base de acepciones opuestas: la primera, como sinónimo de «normal», para indicar el carácter disociado de la visión del mundo común, la segunda para definir, *de manera convencional*, la concepción del mundo decididamente alternativa, *y mucho menos disociada*, del que es considerado «loco».

En los países de dominio real del capital un número creciente de personas acaba tarde o temprano en el manicomio o en otros «sanatorios»: los llamados «esquizofrénicos siguen ocupando un número de camas de hospital mayor del ocupado por enfermos de cualquier otra enfermedad, y dicho número aumenta constantemente, día a día, año a año».¹⁵ Los «esquizofrénicos» eluden la regla unidimensional del *Yo dividido* e insertado en el consorcio «civil» capitalista; experimentan una visión radicalmente «diferente» del mundo, de la vida, de la *Lebenswelt*; son los irreductibles interlocutores del psicoanálisis, cuya interpretación se manifiesta (casi) siempre *mojigata* y mezquina, por reductiva, frente a la grandiosa pluridimensionalidad de su *Weltsicht*. Por otra

¹⁴ Cf. Ronald Laing, *El Yo dividido*. Norman Brown escribe: «La diferencia entre neuróticos y sanos está en el hecho de que los sanos tienen una forma de neurosis socialmente común» (*Eros y Thanatos*, *op. cit.*).

¹⁵ Silvano Arieti, *Interpretazione della schizofrenia*, Milán, Feltrinelli, 1971, p. 3.

parte, ningún aspecto de la llamada «patología mental» ha preocupado e interesado tanto a los «estudiosos» como la «esquizofrenia».

El término «esquizofrenia» (Bleuler) (del griego escindir, dividir; así como ánima, mente) es utilizado por la moderna psiquiatría para indicar la «enfermedad mental» definida *dementia paranoides* por la psiquiatría clásica o *demencia precoz* (Morel, Kraepelin).

Pero, ¿existe acaso alguna relación entre «paranoia» (o «esquizofrenia») y homosexualidad?

Según Ferenczi (y también según Freud y otros), la homosexualidad figura entre los factores constituyentes de la «patogénesis» de la *dementia paranoides* (paranoia): «La homosexualidad no reviste un papel ocasional, sino el papel *principal* en la patogénesis de la paranoia, y la paranoia no es más que una deformación de la homosexualidad». ¹⁶ Individuos considerados «sanos», «normales», y muy lejos de ser «sospechosos» de homosexualidad, pueden, a partir de la afloración imprevista de impulsos gays reprimidos, transformar su propia existencia en «delirio» del más amplio alcance: tenemos, por ejemplo, el famoso caso de Daniel Paul Schreber, el presidente del tribunal de Dresde, que «enloqueció» repentinamente; es el «caso clínico» más estudiado de la psiquiatría. ¹⁷

Según Ferenczi, el «paranoico» *proyecta* sobre personas de su sexo su propio interés homosexual, pero *precedido de un signo negativo*. «Su deseo expulsado del Yo retorna a la conciencia como percepción de una tendencia perseguidora por parte de los objetos de su predilección inconsciente. Busca y rebusca hasta adquirir la convicción de que es odiado. Así, bajo forma de odio, puede dar libre curso a su homosexualidad, disimulándola ante sus propio ojos». ¹⁸ De manera similar, Freud sostiene que, en el caso del presidente Schreber, «el carácter paranoico está en que la reacción del sujeto como defensa contra una fantasía optativa homosexual haya consistido precisamente en un tal [homosexual] delirio persecutorio». ¹⁹ Freud sostiene que el rechazo de un deseo homoerótico explica el «complejo de persecución». «La

¹⁶ Ferenczi, *Le role de l'homosexualité*, op. cit., p. 173.

¹⁷ Cf. el ensayo de Roberto Calasso, «Nota sui lettori di Schreber», publicado en apéndice a la edición italiana de las *Memorie di un malato di nervi*, op. cit.

¹⁸ Ferenczi, *Le role de l'homosexualité*, op. cit., p. 183.

¹⁹ Freud, «Un caso de paranoia», op. cit., p. 683.

proposición “Yo (hombre) amo a él (hombre)” no es aceptada por el enfermo, que quiere negarla con la proposición contraria “Yo no le amo, le odio”. “Yo le odio” se convierte por proyección en “Él me odia”. Así de un deseo homosexual se forma una idea delirante.²⁰

Pero si la homosexualidad más o menos latente ocupa una posición de primer plano en la «esquizofrenia paranoide», también reviste un papel no menos importante en la vida de las personas llamadas «normales» (esto es, esquizoides); y, por otra parte, tampoco se puede reducir la amplitud del *trip* «esquizofrénico» a un prurito gay mal soportado. Es cierto, sin embargo, que un deseo homoerótico de cierta fuerza y su inhibición pueden determinar en el individuo «normal» un «estado de ansia» (un lío) propicio al estallido «esquizofrénico». De manera análoga, en el caso de un gay manifiesto, una relación erótica satisfactoria con una persona del otro sexo puede contribuir —en determinado momento de la vida— a la aparición de la «locura».

Según Silvano Arieti (cuya opinión solo comparto parcialmente), «la homosexualidad latente es una causa frecuente de los estados paranoides, pero no es un factor necesario; conduce a formas paranoides no porque sea causa indispensable del proceso paranoide, sino porque la homosexualidad suscita gran ansiedad en muchos individuos. El homosexual latente intenta negar la propia homosexualidad porque esta forma de sexualidad no es aceptada por la sociedad. En determinadas situaciones, sin embargo, como cuando encuentra una persona por la que siente una especial atención, no puede negarse a sí mismo sus emociones. Siente que sucumbe a los propios impulsos, y con el fin de evitarlos puede recurrir a la negación psicótica. La persona amada se convierte en el perseguidor, como Freud puso en evidencia en el caso Schreber. El paciente ya no se acusa a sí mismo de deseos homosexuales, sino que las demás personas le acusan de cosas horribles, como, por ejemplo, que es un espía. Los padres y sus símbolos entran de nuevo en el cuadro; le acusan de ser un “niño malo”. Es malo, es homosexual, es un homicida, es un espía. Todas estas acusaciones son equivalentes bajo el aspecto emotivo».²¹

Sin embargo, aunque el extraordinario «viaje a la locura» no pueda reducirse exclusivamente a un hecho homosexual, también es cierto

²⁰ Arieti, *Interpretazione*, op. cit., p. 28.

²¹ *Ibidem*, p. 131.

—conviene repetirlo— que para los heterosexuales (homosexuales latentes) la experiencia homosexual o la simple percepción de un deseo gay pueden significar el impulso inicial (*o iniciático...*) al *trip* «esquizofrénico». El miedo a la homosexualidad que caracteriza al *homo normalis* también es terror de la «locura» (terror a sí mismo, al propio fondo). De este modo, la liberación homosexual se sitúa realmente como puente hacia una dimensión decididamente *diversa*: los franceses, que llaman *folles* a las mariquitas, no exageran.

Si la pública reprobación del homoerotismo denuncia la general represión del deseo impuesta a la fuerza por la sociedad neurótica, la experiencia homosexual se presenta como puerta de entrada a lo desconocido, al mundo misterioso que yace habitualmente en el inconsciente. A diferencia de Arieti, yo creo que para una persona «normal» la aparición de la homosexualidad es indispensable para la determinación de la «esquizofrenia», *pero no la condición única*, a partir del momento en que nuestro yo profundo es más que homosexual, es transexual, es polimorfo, y se revela, por tanto, a través de experiencias diversas, de la misma manera que diversas son las resistencias que se oponen a su liberación.

Para un homosexual manifiesto, por ejemplo, explosivo en el sentido de la «esquizofrenia», podrá ser *desde el punto de vista erótico* — además de hacer el amor con mujeres— una *suite* de experiencias urófilo-coprófilas, y el descubrirse gerontofílico, pederasta y zoerasta: liberatorio será desinhibir posteriormente el propio deseo gay, mirando frente a frente los fantasmas del incesto, optando por la vinculante *esclavitud* masoquista, por el lúcido placer sádico y la intensa concentración autoerótica; explosivos serán el exhibicionismo y el voyeurismo asumidos sin vergüenza, el *fetichismo* redescubierto más allá de la alienación fetichista; liberatorio será afrontar *el aquí y el ahora*, toda la existencia y la muerte sin intentar escapar de ella, viviendo a pleno tiempo, con valor y también en el terror, eligiendo el peligro y oponiéndose de una vez por todas a la coacción a repetir el camino «normal» y neurótico.

En cualquier caso, me parece inútil intentar establecer en qué medida la homosexualidad entra en la «patogénesis» de la «paranoia» o de la «esquizofrenia», o como quiera llamársela, cuando —a diferencia de los médicos— no se considera la «esquizofrenia» como una enfermedad mental y nos damos cuenta de cuán fallido ha resultado desde el principio el intento

de trazar su etiología recurriendo a categorías racionales limitadas y esquizoides (en tanto que basadas en la disociación entre Yo y Ello).

Por ahora, podemos limitarnos a observar cómo el análisis de «casos clínicos» de «paranoia» revela, por inducción, la presencia en cualquier individuo de tendencias homosexuales, que, según las situaciones, y de manera creciente o decreciente a lo largo de la vida, pueden ser (casi) rechazadas. Es precisamente en el contexto del famoso análisis del «caso» Schreber que Freud afirma: «En general, el hombre oscila durante toda su vida entre sentimientos heterosexuales y homosexuales, y la privación o el desencanto en uno de tales sectores le impulsa hacia el otro».²²

Pese a ello, Freud, revelando su propia mezquindad frente a la grandeza de Schreber, se siente en el deber de preguntarse si «¿no es acaso una ligereza, una indiscreción y una calumnia acusar de homosexualidad a un hombre de tan relevantes cualidades morales como el magistrado Schreber?».²³ No, puesto que el mismo Schreber «ha comunicado a sus contemporáneos la fantasía de su transformación en una mujer, sobreponiéndose, por altos intereses científicos, a toda consideración personal».²⁴

Se desprende de ahí que Freud (pese a que se viese obligado a admitir la presencia en cualquier persona de tendencias tanto homo como hetero) consideraba en el fondo calumnioso descubrir la homosexualidad en una persona «decente», entre las cuales debía presumiblemente incluirse a él mismo, a no ser que esta persona hiciese ella misma explícita referencia a los propios deseos y fantasías gais. Una vez más, el pensamiento freudiano se revela decididamente contradictorio: si, por una parte, cada uno de nosotros debe ser considerado (también) gay, por otra, no puede dejar de apuntarse a la ecuación con base en la cual el homoerotismo corresponde a un vicio, a una culpa aberrante de la que, por tanto, se puede *acusar* a alguien. Esta contradicción, elemento irracional en el contexto del lúcido (aunque apresurado) análisis freudiano del «delirio» de Schreber, es históricamente comprensible, aunque no justificable, en tanto que conforme a la moral de la época; y la época de Sigmund, por otra parte, no está tan alejada de la nuestra.

²² Freud, «Un caso de paranoia», *op. cit.*, p. 677.

²³ *Ibidem*, p. 676.

²⁴ *Ibidem*.

Es divertido observar cómo, en la correspondencia con Groddeck —el cual le escribía siempre «Querido profesor...»—, Freud, que siempre respondía «Querido colega...», convirtiese imprevistamente el «colega» en «doctor» («Querido doctor...») en la respuesta a la carta en que Groddeck le comunicaba por primera vez que se había enamorado de él. No menos que otras tantas famosas, Freud era *une folle refoulée*.

Si limitarse a interpretar la extraordinaria amplitud del «delirio esquizofrénico» como «deformación de la homosexualidad» (Ferenczi) es reductivo y en parte simplista, *el análisis freudiano y ferencziano de la «paranoia» se presta perfectamente, en cambio, a la comprensión de la «paranoia» social antihomosexual y de las actitudes contrarias al homoerotismo por parte de las personas llamadas «normales»*. Como escribe Guy Hocquenghem, «la sociedad sufre un delirio de interpretación que la induce a buscar por todas partes indicios de una conspiración homosexual contra su buen funcionamiento». ²⁵ *El deseo homoerótico colectivo, censurado, se manifiesta bajo signo negativo respecto a los homosexuales manifiestos: el amor homosexual socialmente latente se convierte en odio hacia los gais*. Es evidente que no somos los maricas y las lesbianas quienes sufrimos de manía persecutoria, *a partir del momento en que somos efectivamente perseguidos*. Es más bien la colectividad la que, de manera maníaca, se cree amenazada por nuestra presencia, la que nos define como un «azote social». Al considerar, por tanto, que debe defenderse de la «contaminación», que debe contener el «torpe vicio», *nos agrade*.

No es una paradoja: los auténticos «paranoicos», los «esquizofrénicos», los llamados «locos», son en realidad mucho menos *paranoicos* que las personas consideradas «normales». Y, en cierto sentido, la concepción del mundo «esquizofrénica» es superior o, si preferimos, menos ilusoria, respecto a la *Weltanschauung eknoica* —pero en realidad *paranoica*— del *homo normalis*. Como dice Norman Brown, «no es la esquizofrenia, sino la normalidad la que es esquizofrenia; en la esquizofrenia se desintegran los falsos límites. [...] los esquizofrénicos sufren de la verdad». ²⁶

La definición apresurada de «paranoia» ofrecida por el *Dizionario Garzanti della lingua italiana* se adapta sin lugar a dudas a la descripción de las condiciones mentales del *homo normalis*, neurótico y

²⁵ Hocquenghem, *Le désir homosexual*, op. cit., p. 17.

²⁶ Brown, *Corpo d'amore*, Milán, Il Saggiatore, 1969, p. 141.

disociado, lejos de considerarse anormal y mucho menos loco: «Paranoia: enfermedad mental caracterizada por ideas fijas delirantes (por ejemplo, manía de persecución, de grandeza), mientras que en lo restante el enfermo se comporta de manera totalmente lógica».

Por otra parte, como escribe Reich:

El mundo esquizofrénico confunde en una sola experiencia lo que se mantiene cuidadosamente separado en el *homo normalis*. El *homo normalis* «bien adaptado» se compone exactamente del mismo tipo de experiencias que el esquizofrénico. La psiquiatría profunda no deja dudas al respecto. El *homo normalis* difiere del esquizofrénico solo en que estas funciones están ordenadas en otra forma. Es un comerciante o empleado o profesional «bien adaptado», «consciente de la sociedad» durante el día; superficialmente se le ve ordenado. Vive sus impulsos secundarios, perversos, cuando abandona su hogar y su oficina para visitar alguna ciudad alejada, en ocasionales orgías de sadismo o promiscuidad. Esta es la «capa intermedia» de su existencia, clara y definidamente separada del estrato superficial. Cree en la existencia de un poder sobrenatural personal y en su opuesto, el *diablo* y el infierno; en un tercer grupo de experiencias también clara y definidamente delineadas respecto de las otras dos. Estos tres grupos básicos no se mezclan entre sí. El *homo normalis* no cree en Dios cuando concierta algún negocio particularmente hábil, hecho que los sacerdotes califican de «pecaminoso» en sus sermones dominicales. El *homo normalis* no cree en el demonio cuando fomenta alguna causa científica; carece de perversiones cuando es el apoyo de su familia; y olvida mujer e hijos cuando deja en libertad al diablo en un burdel.²⁷

Cualquier persona «normal», por consiguiente, es tan «esquizofrénica» latente de la misma manera que es homosexual latente. Pero la experiencia «esquizofrénica» manifiesta es sumamente alternativa respecto a la vida «normal» cotidiana: desvela lo que somos «en realidad», la historia universal recogida en nosotros y la potencialidad transexual y comunista que llevamos dentro.

²⁷Reich, *Análisis del carácter*, Buenos Aires, Paidós, 1976, p. 400.

El *trip* «esquizofrénico» y la transexualidad

Así pues, querido doctor Fausto, la capa está dispuesta para el vuelo al país del inconsciente...

Georg Groddeck²⁸

Los homosexuales sabemos cuán poco interesa lo «diferente» a la sociedad de los valores absolutos (si bien este desinterés se presenta como *exorcismo*, y por consiguiente, en realidad, como *interés* muy profundo: de otra manera la represión no sería tan dura). De la misma manera que el homosexual es simplemente considerado un «vicioso», un «perverso» y tratado como tal, el «esquizofrénico», para la mayoría, no es más que un «psicópata» irrecuperable, que debe ser relegado a la cadena perpetua del manicomio, o bien un «recuperable», que debe ser sometido a «terapia»: pero la «terapia» no es otra cosa que negación violenta de la libertad «esquizofrénica», opresión de la mente y del cuerpo, efectuada a través de imposiciones autoritarias, electrochoques, tratamientos psicofarmacéuticos y, en el límite, lobotomía, a fin de devolver por la fuerza al «paciente» dentro de los límites de la Norma constituida. El «esquizofrénico» debe someterse al arbitrio de médicos neuróticos, *esquizoides*, que muy poco o nada han entendido de la llamada «locura»: los tratados de psiquiatría lo admiten más o menos explícitamente.

Etiquetar la homosexualidad como «aberración» o más moderadamente como «diversidad» dispensa a la falsa conciencia de considerar sus contenidos auténticos, de reconocer la pasión vital que la anima y las aspiraciones del deseo humano que manifiesta: de manera semejante, la etiqueta de «psicópata» reduce el universo existencial del «esquizofrénico» a «caso clínico» que condenar al encierro o al escarnio (o a la piedad de la que es hermana). Si el homosexual es un incomprendido al que no se quiere ni se debe comprender y, por consiguiente, se persigue, el «esquizofrénico» es persona «que no comprende» y ello supone su forzada sumisión a la razón psiquiátrica (o antipsiquiátrica)²⁹ *que comprende todo*, en la medida en que lo re-

²⁸ Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 42.

²⁹ Los psiquiatras de la «anti-psiquiatría» afrontan la «esquizofrenia» con la misma (apertura) cerrazón mental con la que un filósofo iluminista del siglo XVIII podía

duce todo a las categorías frustradas, banales y represivas de la ilusión ideológica presentada como «realidad».

En general, el «loco» es considerado asocial. Según los psiquiatras, la «irracionalidad» y el «pensamiento paralógico» de los «esquizofrénicos» «ponen en peligro la relación con la comunidad y la adaptación a ella». ³⁰ Pero la «comunidad» a que se refieren los psiquiatras es la negación absoluta de la *comunidad*: «En Occidente, con el modo capitalista de producción, estadio ahora realizado de la autonomía del valor de cambio, son destruidos los últimos residuos comunitarios» (Jacques Camatte). La comunidad humana es sustituida por una comunidad *material* (*sachliches*) dirigida por el capital. «En realidad, el movimiento de la producción se ha presentado como expropiación del hombre y como su atomización —producción del individuo— y contemporáneamente como autonomización de las relaciones sociales y de los productos de la actividad humana que se convierten en potencia agresiva: autonomización y reificación. Así pues, el hombre ha sido separado de su comunidad, más exactamente, su comunidad ha sido destruida». ³¹

No es, pues, a la comunidad, sino a la negación totalitaria de la comunidad a lo que no se adapta la experiencia llamada «esquizofrénica». Y si en dicho sentido el «esquizofrénico» es un asocial, entonces también el homosexual es un asocial, un auténtico azote social, puesto que se niega a formar una familia o, en todo caso, una pareja hetero según los cánones de la ley socio-sexual vigente. En realidad, es el tabú antihomosexual lo que, al condenar las relaciones totalizantes entre personas del mismo sexo, contribuye a negar la comunidad auténtica; es el sistema lo asocial e inhumano, en cuanto que, con el dominio real del capital, constituye la máxima negación de la comunidad humana en todo el arco de la prehistoria que nos separa de la disolución del comunismo primitivo.

afrontar los temas comunistas de la emancipación humana. Una crítica revolucionaria de la «antipsiquiatría», y en especial del pensamiento de Cooper, ha sido hecha por Giorgio Cesarano, *Manuale di sopravvivenza*, Bari, Dedalo Libri, 1974.

³⁰Theodore Lidz y Stephen Fleck, «Schizofrenia, integrazione personale e funzione della famiglia», en *Eziologia della schizofrenia*, editado por Don D. Jackson, Milán, Feltrinelli, 1964, p. 414.

³¹Camatte, *Il capitale totale*, *op. cit.*, p. 193.

Lo que resulta asocial sobre la base de los parámetros de (pre)juicio de la ideología dominante suele encerrar en sí mismo algo de profundamente humano, dirigido muchas veces a la (re)conquista de la comunidad auténtica. ¿No se capta acaso en el «delirio megalomaniaco» de un «paranoico» el solitario reconocimiento de la inmensa importancia del sujeto humano y de la vida? Y en su «complejo persecutorio», ¿la trágica conciencia de la persecución auténtica dirigida contra la persona humana por la sociedad del capital? Es más que correcto afirmar que Cristo se pudre actualmente en las cárceles y en los manicomios.

Pero ha llegado el momento de (re)despertarnos todos, puesto que la destrucción aletea pesadamente en el aire cancerígeno del Capital (la nube de Seveso no es más que *una* nube) y la vida que nos vemos obligados a rechazar acucia a fin de que pueda (re)surgir libre y comunitaria como es en potencia. Ya es hora de frenar y detener la máquina del sistema; ya es hora de (re)conquistar el planeta y a nosotros mismos, si no queremos que la máquina que el hombre ha construido, y que después se ha autonomizado enfrentándose a él, acabe realmente por provocar una catástrofe completa. Adecuarse al sistema significa aceptar el exterminio que está perpetrando contra nosotros; quiere decir hacerse cómplices de él.

El tiempo apremia: ya no se puede seguir aguantando el poder disimuladamente (pero, ¡ay!, ¡cuán evidentemente!) y mantener la identificación con una Norma sexual que le es funcional y adecuada, que nos separa a los unos de los otros y a las unas de las otras porque se rige sobre la condena de la homosexualidad, que nos separa a los unos de las otras porque contrapone los hombres a las mujeres, que nos separa de nosotros mismos porque se basa en la represión de nuestro deseo polimorfo, riquísimo, transexual. Es preciso que los hombres, hasta ahora obtusamente falocráticos, se den cuenta de que también ellos llevan una vida que no quiere abortar, una «feminidad» que no acepta dejarse arrastrar por el destino mortal de esta sociedad machista. Ellos también deben (pero esto es *gayo* «deber»...) realizar nuevas relaciones con las mujeres y con los demás hombres, entenderse finalmente a sí mismos descubriendo con ello la «mitad» que desde siempre reprimen, deben expresar y comunicar a los demás el nuevo modo de ser y de llegar a ser *gayo*, consciente, abierto, anticapitalista.

Ya no es hora de comportarse como marionetas del sistema, como miserables payasos que se toman en serio porque reprimen la gay vida que transportan sin saberlo, y por ello se oponen a la revolución y a la afirmación de la mujer que es la esencia, el olor y la materia de la misma revolución.

El nuevo mundo que llevamos dentro de nosotros y que algunos de nosotros comenzamos a *realizar, comprender y expresar* halla sus profetas, sus precursores y sus poetas en los «locos» de hoy y del pasado, que —lejos de ser idiotas— han / habían entendido *demasiado*.

«Cuando deseamos llegar a la verdad de los hechos sociales —escribía Reich en 1948—, estudiamos a Ibsen o a Nietzsche ambos “enloquecidos”, y no los escritos de algún diplomático bien adaptado o las resoluciones de los congresos del partido comunista».³²

La colectividad, el mundo, la historia y el *universo* actúan e interactúan en el *trip* «esquizofrénico»: la existencia asume una luz diferente, nuevos y antiquísimos significados son recogidos en el aire, en las calles, entre la gente, en los animales, en la vegetación. *La conciencia se dilata*: el «loco» consigue expresar conscientemente gran parte de lo que es «normalmente» inconsciente.

¡Cuán excepcional resulta el libro de memorias del «paranoico» magistrado Schreber respecto al análisis que Freud nos ofrece de él! El «delirio» de Schreber recorre ampliamente los ámbitos de la religión, de la historia, de la transexualidad; está hecho de pueblos y de guerras; remueve las intuiciones del tiempo y del espacio; funde la vida con la muerte puesto que Schreber experimenta en vivo la muerte. «Las memorias del presidente Schreber, un paranoico o un esquizofrénico, poco importa, presentan una especie de delirio racial, racista, histórico. Schreber delira los continentes, las culturas, las razas. Se trata de un delirio sorprendente con un contenido político, histórico, cultural».³³

En realidad, *para quien sabe qué se entiende por* «esquizofrenia», las memorias del magistrado no son especialmente sorprendentes: en cualquier «viaje a la locura» la colectividad, los pueblos, incluso el pasado remoto, el cosmos asumen un relieve fundamental, *transparente*,

³² Reich, *Análisis del carácter*, op. cit., p. 401.

³³ Gilles Deleuze, «Capitalismo y esquizofrenia» entrevista de Vittorio Marchetti a Gilles Deleuze y Félix Guattari, en *La otra locura. Mapa antológico de la psiquiatría alternativa*, editado por Laura Forte, Cuadernos ínfimos, núm. 76, Barcelona, Tusquets editor, 1976, p. 60.

que tiene muy poco en común con la opaca visión Egoísta del mundo. Más allá del velo de Maya, caen muchas de las barreras habituales entre el Yo y los demás, entre el Yo y los acontecimientos «externos», entre el Yo y el mundo «interno». Nada de sorprendente, pues, en el «caso» Schreber respecto a los restantes «delirios»: los propios psico-nazis admiten que los «síntomas esquizofrénicos» son extrañamente similares en cualquier «enfermo». La experiencia de Schreber resulta sorprendente respecto a la Norma, a la supervivencia miope del *homo normalis*, de la misma manera que lo son las aventuras de tantos otros «locos», contemporáneos nuestros o en el pasado, que no son ni fueron personajes famosos.

Deleuze tiene razón, sin embargo, cuando afirma que, en el análisis del «caso» Schreber, «Freud no toma rigurosamente nada en consideración y que reduce el delirio del magistrado a las exclusivas relaciones con el padre».³⁴ El *trip* «esquizofrénico», al contrario, revela cómo toda la ontogénesis se entiende a la luz de la filogénesis «proyectada» por las tinieblas del inconsciente hacia el «exterior», y redescubierta en los otros, en el ambiente. Puesto que, en todos nosotros, en efecto, está presente la historia: y sigue siendo *prehistoria* precisamente porque yace latente, porque la represión nos ha obligado a no ver, a no sentir, a no entender, a no reconocernos los unos en los otros. *El Ego y la «realidad normal» ilusoria son el resultado de la atomización individualista de la especie, atomización que ha ido reemplazando a la comunidad progresivamente destruida.* Así pues, el llamado «delirio» es un «estado de gracia», puesto que resucita en el individuo el deseo de comunidad y se debate para afirmarse en el ambiente que le es hostil en tanto que negación suya.

En un texto publicado en 1924, *Neurosis y psicosis*, Freud observó que, mientras en la neurosis el Yo, a causa de la sumisión a la «realidad», suprime una parte del Ello, en la «esquizofrenia» («psicosis») el Yo, al servicio del Ello, se sustrae a una parte de la «realidad»: el Yo acepta una parte del Ello. Entonces, «se ha roto el hielo de la represión» (Jung). Pero el Ello es también «inconsciente colectivo»: así pues, cuanto aflora a la conciencia, además de las reminiscencias personales, son en parte los contenidos del inconsciente colectivo. Y el inconsciente colectivo «tiene carácter universal y sus contenidos pueden ser

³⁴Ibidem, *Psicoanálisis e política*, op. cit., p. 9.

descubiertos en todas partes».³⁵ Es la comunidad latente, la comunidad que aflora, y con ella una *cierta* «efervescencia primordial». Se entiende así cómo «existe un mundo invisible y desconocido —el auténtico mundo, indudablemente— del cual el nuestro no es más que una franja accesoria» (Jean Cocteau).

La percepción de la transexualidad, propia y ajena, reviste una especial importancia en el trip «esquizofrénico». De la misma manera que el hermafroditismo constituye el gozne de la introducción a la magia, también la aventura «esquizofrénica» es *mágica* puesto que en el cambio imprevisto y progresivo de la experiencia se capta como elemento central el (re)descubrimiento de aquella parte de nosotros que Jung definió *Anima* o bien *Animos*. La aspiración transexual permanece habitualmente relegada en el subconsciente y solo rara vez (Freud ha puesto en evidencia, por ejemplo, el carácter «bisexual» de las *fantasías*)³⁶ asoma al nivel de la conciencia: con frecuencia, esto sucede únicamente a través del mecanismo de la *negación*. Pero la cuestión transexual es fundamental: «Para el hombre corriente de la calle solo hay dos sexos: una persona es hombre o mujer, Adán o Eva —escribe Harry Benjamin—. Cuanto más se sabe, más se duda, y el más inocente se da cuenta de que todo Adán contiene elementos de Eva y que toda Eva lleva huellas de Adán, tanto en el plano físico como en el psicológico».³⁷

Pese a que la misma homosexualidad «repose» sobre una concepción arraigada y sobre una valorización de las diferencias entre los sexos, nuestra condición de gay es con frecuencia la más próxima a una valoración consciente de las fantasías transexuales, de la «naturaleza» transexual del deseo. Pero, de aquí a Casablanca, hay más de un paso.³⁸ En el *trip* «esquizofrénico», sin embargo —en especial si es emprendido por homosexuales conscientes—, la fantasía transexual se convierte en arrolladora experiencia *efectiva* de la transexualidad. Diríase entonces que se confirman las palabras de Jesús referidas por san Clemente, esto es, que un día «dos serán uno, y lo exterior se parecerá

³⁵ Jung, *Psicología del inconsciente*, *op. cit.*

³⁶ Cf. Freud, «Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en *Obras Completas*, volumen I, *op. cit.*, pp. 947-950.

³⁷ Benjamín, «El fenómeno transsexual», *op. cit.*, p. 14.

³⁸ Casablanca es conocida como sede de una clínica para los «cambios de sexo», la Du Pare, dirigida por un cirujano francés.

a lo interior, y ya no habrá hombres ni mujeres». De latente, la transexualidad se convierte en manifiesta.

Ya Platón enseñó que solo a través del delirio (manía) el hombre puede llegar a discernir la verdad del Amor.³⁹ El propio Sócrates habla de Amor, en *El banquete*, refiriendo las palabras de la sacerdotisa Diotima de Mantinea (la «Divina de Magic City»...);⁴⁰ gracias a su intervención el lenguaje filosófico se funde con el mistagógico de los Misterios eleusinos. También, en *Fedro*, la palinodia pronunciada por Sócrates en elogio de Amor está enteramente impregnada de tonos místicos, de revelaciones mitológicas, de una poesía inspirada por las divinidades del ámbito campestre, de la naturaleza.⁴¹ De manera parecida el misterio «esquizofrénico» parece elevarse a las cimas más profundas de las verdades del amor.

Creo que si queremos intentar superar los límites de nuestras disquisiciones racionalistas sobre la sexualidad, debemos acercarnos a los temas y a los contenidos eróticos de la «esquizofrenia»; el deseo erótico es mil veces superior a las limitaciones de nuestra concepción intelectual del amor, tejida de motivos «románticos» (en sentido lato), de categorías psicoanalíticas, vinculada a la función castigada y alienante de una monosexualidad y al rechazo de las restantes tendencias del deseo. Dichas limitaciones amenazan con inducirnos a desear la estabilización de una ilusoria coexistencia pacífica entre los sexos y entre heterosexualidad y homosexualidad, recayendo en la oscura óptica del tardo iluminismo burgués. Si la minoría de los gais manifiestos desvela tanta verdad recóndita acerca de la «naturaleza» del ser humano y de sus deseos profundos, ¿qué profunda verdad sobre el universo de la mujer⁴² y sobre el alcance conjunto de la sexualidad encierra la experiencia de los «locos»?

Las categorías conceptuales clásicas, el lenguaje común que las expresa, se adaptan con dificultad a la descripción de las sensaciones, de las experiencias de la «locura». Es un hecho que muchas veces el

³⁹ Platón, *Fedro*, op. cit., 244, pp. 309-312.

⁴⁰ *Ibidem*, *El banquete*, op. cit., 201 d, p. 76

⁴¹ *Ibidem*, *Fedro*, op. cit., 242 y sig., pp. 305-321.

⁴² O bien: *del hombre*. «Los que se han detenido frente a estas palabras recuerden la famosa respuesta a la afirmación “hay que exterminar a todos los hebreos y a todos los peluqueros”: “¿por qué los peluqueros?” Cf. «Le travail, le travail productif, et les mythes de la classe ouvrière et de la classe moyenne», en *Invariance*, núm. 2, V., serie II.

«esquizofrénico» se sabe y se siente hermafrodita o a punto de serlo y otras capta el hermafroditismo en los propios interlocutores, en su voz, y si está en contacto con parejas heterosexuales le puede ocurrir que sorprenda su íntima y asombrosa «fusión»: una mujer que le habla al teléfono de su marido puede cambiar a sus oídos, gradual, pero clarísimamente, su voz en la del marido. Ella «es» su esposo, puesto que él está en ella. El «loco» descubre que los demás (des)velan su propia transexualidad: entiende cuán *mala conciencia* es su conciencia, cuán poco de fiar, *porque ellos fingen en su presencia que no saben que son los que demuestran ser*. Y puesto que en general se comportan de manera represiva respecto a él, el «esquizofrénico» podrá también llegar a la conclusión de que lo maltratan porque se reprimen a sí mismos (pero ¡cuántas dudas antes de llegar a tal «conclusión»!), puesto que existe una Ley misteriosa que les supera, al servicio de la cual actúan.

Sé que tiendo a generalizar una experiencia personal que, al cabo de varias peripecias, me llevó a una clínica de «enfermedades mentales» hace dos años. Estoy de acuerdo en que generalizar es equivocado: sin embargo, yo *siento* haber vivido situaciones cuya *verdad*, aunque particular, lleva consigo algo de universal. Y por lo que ahora sé, supera todo aquello que es «normalmente» considerado experimentable y generalizable.

Mi grave problema ha sido defender, a posteriori, la *realidad* de cuanto había vivido, rechazado por (casi) todos, como si fuese fruto de vanas alucinaciones, mientras —*en realidad*— cada acontecimiento se me había presentado plenamente evidente, en ocasiones límpido y siempre, en cualquier caso, *irresistible*. Si la vida en la «sociedad del espectáculo» es una puesta en escena, bueno, yo entonces me había negado a actuar; había descubierto de ese modo los extraordinarios recursos de la existencia, la riqueza de la cual nos impide gozar *con naturalidad* la absurda constricción social.

Hoy, sin embargo, he debido volver parcialmente a la comedia, a la *hipocresía* «normal» que permite circular «libremente»: si este libro vale poco, depende en primer lugar de una *falsedad* que, aunque reproducida *por necesidad* en la vida cotidiana, difícilmente puede ser evitada al escribir. De todos modos, como dice un amigo, lo importante es *avanzar* y no ir tirando: en mi caso, se trata de proceder coherentemente con la «locura», con cuanto, una vez desvelado, no se

olvida e impone vivir *lo mejor* posible. ¿Acaso no decía Freud que el super-Yo representa el inconsciente y se hace portavoz de sus instancias en la conciencia?⁴³

Sentirme transexual fue una de las causas y, al mismo tiempo, de los resultados de la progresiva alteración de la percepción de mi cuerpo y de mi mente, del mundo «exterior» y de los demás. En ocasiones me sentía exactamente mujer, en otras espiritualmente encinta, o también como reencarnación de una mujer. Además, por decirlo con «ciertas palabras», mis *fantasmas* recónditos, y con ellos los «arquetipos» del inconsciente colectivo, eran «proyectados» o, mejor dicho, *encontrados* «externamente»: la experiencia «esquizofrénica» me permitió descubrir muchos de los secretos ocultos detrás de las representaciones habituales del pasado «normal». Se había roto la rutina, y había sido como vencida la coacción a repetirse: entonces, me sentía intérprete de un gran *destino*, y al mismo tiempo podía captar *en cada acto concreto* de la jornada la interacción existente entre libertad de elección y «condicionamiento», entre mi persona, las cosas y los demás. La atracción sexual se hizo nítida: esa fue la primera impresión y la expresión más evidente de la intersubjetividad. El deseo era sensual y cándido, en ocasiones juguetón y serio, en otras, puerco y arrollador.

La metrópolis europea me pareció al mismo tiempo una Meca, la gente fascinante y espantosa. Las coincidencias y las sorpresas se multiplicaban y los titubeos ante los hechos *mágicos* apenas contaban respecto a las *evidencias* desconcertantes, a *ciertos* encuentros que realizaban fantasías a las que había creído que tenía que renunciar para siempre en la «realidad». La «realidad» era sustituida por la *verdad*.

La «locura» es materialista: indaga las verdades del ser profundo y, superando los prejuicios sin necesidad —ahora— de suspenderlos, los sitúa en confrontación con la sucesión de los hechos reales (Ferenczi consideraba al materialismo prototipo de filosofía «paranoica»...).⁴⁴

Mientras tanto, la sensibilidad se refina: «¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es solo una excesiva agudeza de los sentidos?».⁴⁵ La percepción transexual es doble: descubre que

⁴³ Cf. Freud, «El Yo y el Ello», *op. cit.*

⁴⁴ Cf. Ferenczi, «Philosophie et psychanalyse», en *Oeuvres complètes, op. cit.*, vol. I, p. 227.

⁴⁵ Edgar Allan Poe, «El corazón delator», en *Cuentos 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1978, p. 134.

la mayoría de la gente, como mínimo, está semisepultada. La ciudad parece el reino de los muertos vivientes. Sin embargo, en el rostro de los demás se refleja lo divino con los fantasmas y los demonios. En la naturaleza, en el cielo, en los demás el «loco» se contempla a sí mismo y la grandiosidad de la vida, indudablemente divina en sí misma. *El inconsciente se ve...*

Las referencias de Freud al inconsciente se parecen demasiado al envío de Kant al noúmeno, la cosa en sí que se supone, pero que no se puede experimentar. Pero la «cosa en sí», la verdad *se puede experimentar*. Solo «las personas de mentes restringidas e ignorantes hablan de lo profundo como si fuese algo incognoscible y relegan lo maravilloso al reino de la fantasía».⁴⁶

Si por no-Yo cabe entender tanto el Ello como el mundo «exterior», los «locos» demuestran entonces que el conocimiento de lo profundo supera la individualidad y las fronteras entre Yo y no-Yo: una vez superada la doble separación del mundo «exterior» y del Ello del Yo, se intuye que el Yo no es, «normalmente», nada más que una barrera represiva (en tanto que producto de la represión y construida sobre el rechazo) entre nuestro ser profundo y el cosmos. El Ello (el no-Yo interior) y el mundo «exterior» (el no-Yo exterior) se iluminan mutuamente, puesto que siempre se han determinado recíprocamente. Y si el «delirio esquizofrénico» es en ocasiones solipsista (en el sentido de que a veces está probado por la duda solipsista o casi-solipsista), esto no depende de la «megalomanía» o de una acentuación del individualismo, sino de la fallida correspondencia vital por parte de los demás a la exigencia de comunicación y de comunidad expresada por el «loco»: si los otros se arrinconan obstinadamente en su propia individualidad disociada y «normal», es muy posible que a los ojos del «esquizofrénico» todos, de vez en cuando, parezcan «hombres hechos fugazmente»...

Pero hay otros y *otros*. Algunas personas revisten una importancia grandísima para el «loco» (que, por consiguiente, no viaja solo); y si la «esquizofrenia» puede ser llamada un «estado de gracia», bien, yo creo —por propia experiencia— que la «gracia» es comunicada por

⁴⁶Pao Fu Tzu, citado por Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, Cambridge University Press, vol. II, 1969, p. 438.

los demás, que proporcionan —¿cómo diría yo?— el *impulso iniciático*. Fausto no sería Fausto sin el Diablo.

Las mujeres y las mariquitas

Sí, las diablasas existen

Ya he apuntado la posibilidad de que, en un determinado momento de la vida de un gay, una satisfactoria relación erótica con una mujer contribuya a «soltar» el *trip* «esquizofrénico». Y la experiencia «esquizofrénica» —como hemos visto— es (también) percepción transexual, descubrimiento del *hermafroditismo*. Esto permite entender que la liberación del Eros, la (re)conquista de la transexualidad, supongan también la superación de las resistencias que inhiben las relaciones de los homosexuales con las mujeres y de las homosexuales con los hombres. Un hombre *libre* es gay y ama las mujeres.

Está arraigado en muchas personas el tópico según el cual los «diferentes» serían misóginos. Nada más falso: si los gais sentimos una marcada atracción sexual por los hombres, eso no implica en absoluto, necesariamente, odio por las mujeres. Al contrario, somos en general muy propensos a desarrollar relaciones afectivas y amistosas con las mujeres, a las cuales, por varios motivos, nos sentimos profundamente próximos, pese a la diferencia fundamental que no ve, después de todo (o, según muchas feministas, antes de todo) el lado de los hombres y a ellas en el «lado opuesto». Los diversos planos de la dialéctica revolucionaria se cruzan; *la contradicción hombre-mujer y la contradicción entre heterosexualidad y homosexualidad se cruzan*: aunque un gay de sexo masculino se comporte de manera antitética respecto a la Norma hetero, que es funcional al sistema, siempre está, le guste o no de manera más o menos consciente, ligado al falocentrismo que rige el sistema. Por su parte, una mujer que, como tal, está potencialmente de parte de la revolución, puede yacer plenamente bajo la Norma heterosexual, y por ello conformarse al papel de esclava del poder y perpetuar el privilegio machista y la represión del homoerotismo; puede despreciar, más o menos abiertamente, las relaciones eróticas entre personas del mismo sexo y, en cualquier caso,

reprimir la propia homosexualidad. La lucha revolucionaria de las mujeres arranca, sin embargo, un número creciente de homosexuales de la unión masculina y encuentra en ellos, «machos en crisis» desde siempre, unos gais aliados; mientras la propagación del deseo gay que las/los homosexuales difunden aleja cada vez más a las mujeres de la Norma y lleva a numerosos encuentros, en el terreno de la homosexualidad, entre mujeres y mujeres, entre mujeres y mariquitas. La presencia de las lesbianas revolucionarias es un vínculo principalísimo entre movimiento gay y movimiento feminista: las lesbianas revolucionarias forman el movimiento homosexual de las mujeres; y es deseable que el movimiento de las mujeres sea cada vez más homosexual.⁴⁷

El Eros también se libera a través de la creación de nuevas relaciones eróticas entre mujeres y hombres gay. Está claro que no se trata de reformar la Norma: la heterosexualidad es *esencialmente* reaccionaria porque, al basarse en la contradicción entre los sexos, perpetúa el macho falócrata, el prototipo de macho fascista que el poder y, por tanto, también las izquierdas del sistema propagan desde siempre. Los homosexuales revolucionarios rechazan la heterosexualidad en tanto que Norma, base de la familia, garantía de privilegio machista, represión de la mujer; la combaten reconociéndola como la forma de sexualidad en cuyo nombre el sistema ha atacado siempre a los homosexuales e inducido a la gente a perseguirles.

Pero no está dicho que las relaciones eróticas de los gais con las mujeres deban ser «normales» y, por tanto, heterosexuales en el sentido más o menos tradicional. Nuestras relaciones con las mujeres pueden ser perfectamente (y en parte ya lo son) gais, muy poco hetero, para nada *straight*. La revolución (también) viene preparada por nuevos encuentros (pro)positivos entre personas de diverso sexo, por la creación de amistades gay entre mujeres y hombres. Entre mujeres y mariquitas se inventa otro modo de hacer el amor que, pese a las diferencias histórico-biológicas entre los sexos y las contradicciones inherentes al poder ligadas a ellas, se sitúa tendencial e intencionalmente como nueva forma de placer y de conocimiento intersubjetivos: la mujer y el hombre gay pueden amarse al margen de los esquemas comunes de la pareja heterosexual del macho y de la hembra. Creo que muchísimas

⁴⁷ Cf. cap. VI, párr. I., p. 264.

mujeres prefieren las mariquitas a los heteros: que, entre otras cosas, su sexualidad encuentra mayor satisfacción y respuesta en el modo de amar de un gay que no en el polvo egoísta propuesto y con frecuencia impuesto por el macho heterosexual. Sobre todo, los gais no tratamos a las mujeres como «objetos» sexuales.

Sucede, sin embargo, que muchos homosexuales nos sentimos especialmente inhibidos frente al reconocimiento y a la expresión del deseo erótico por las mujeres. Yo pienso que esto depende en amplia medida de nuestra sujeción psicológica a un determinado modelo de macho heterosexual que nos hemos visto obligados a interiorizar precisamente como *modelo*, con el cual, no obstante, no nos identificamos. Sabemos que no nos corresponde y, al mismo tiempo, concebimos la heterosexualidad como se la ve en todas partes «desde que el mundo es mundo», o sea centrada en la presencia viril del macho y en la objetivación de la mujer. *Pero esta es la heterosexualidad que ha sido impuesta a las mujeres*; y la liberación de la mujer no puede hacer otra cosa que negarla, puesto que para ella es inmanente la sujeción sexual y no solo sexual de la mujer al macho.

Consideremos, por ejemplo, el «problema» fálico: el macho se pavonea por su «poder» en la polla, mientras que nosotros sabemos que, muy probablemente, ni siquiera alcanzaremos una erección inmediata haciendo el amor con las mujeres. Bien, esto es un falso problema: estoy convencido de que a las mujeres no les importa. *La relación erótica no es exclusivamente ni en primer lugar genital y las mujeres revolucionarias rechazan la imposición autoritaria del falo por parte del macho, el falo ostentado y alienante que se interpone como símbolo e instrumento de poder en el polvo hetero.* (En cambio entre hombres el juego de las pollas —e incluso de las pollas que juegan a falo— puede ser muy gay, es gay, excitante y agradable para ambos, o para los tres, los cuatro, etc.). *Que los machos desahoguen entre ellos su propio deseo fálico (si hace falta ayudados por el fist-fucking),⁴⁸ sin imponerlo ya a las mujeres.* Y si las mujeres desean en ocasiones la relación fálica, bien, yo creo que encontrarán el *partner* o los *partners* «ideales» entre los gais, auténticos amantes del pene, y no solo del propio (que, sin embargo, aman hasta el fondo, sin tener, a

⁴⁸El *fist-fucking* consiste en penetrar con el puño el ano del *partner* (y, por consiguiente, en hacerse penetrar el ano por el puño del *partner*).

diferencia, por ejemplo, de la mayoría de los heteros, asco del propio es-perma), sino también del de los demás.

Una vez resuelto el «problema» de la erección, que, por consiguiente, es un falso problema, la mariquita se dará cuenta de cuán bonito es hacer el amor con una mujer y la mujer estará encantada de hacer el amor con alguien que *sepa hacerlo*, con un gay. Una noche que estaba fumado vi en la tele a una Ornella Vanoni muy en forma que cantaba *Non sai fare l'amore*: era fascinante y yo me sentía partícipe y «cómplice»; una complicidad que era entendimiento, emoción erótica y al mismo tiempo común conocimiento (y deseo) del macho. Creo que incluso la relación genital entre mujeres y mariquitas es mucho más rica en «matices», en recíproca atención sexual en el contacto, que el habitual polvo veloz «zum-zum», el desahogo en escasos minutos del hombre hetero (erecto mientras está insatisfecho).

Hacer el amor con una persona del otro sexo siempre es renovado descubrimiento de quien tiene un cuerpo y unas formas de goce *diferentes* a los nuestros: pero para poder gozar hasta el fondo, recíprocamente, de esta diversidad, es preciso conocer el propio sexo, amándolo no solo en forma autoerótica sino también aloerótica. La homosexualidad es superación del individualismo sexual, es descubrimiento del *propio sexo*, que el deseo reconoce (en todas) las personas del mismo sexo. La homosexualidad es *conditio sine qua non* para poder amar realmente al otro sexo, y, por tanto, a los cuerpos diferentes del nuestro, *de los nuestros*.

Es evidente, al contrario, que la *fijación fálica* de los machos hetero depende de la concentración *sobre sí mismos*, sobre la propia polla, del deseo homosexual rechazado y reprimido: se debe a la transformación en autoerotismo (alienado) del deseo *por el propio sexo* que en su origen estaba tendencialmente dirigido (y ahora en latencia) hacia (todas) las personas del mismo sexo. La identificación con el falo por parte del macho hetero procede de una especie de «introyección» de los «objetos» homosexuales a que ha debido renunciar: ese residuo ciego de homosexualidad anquilosada y encerrada en sí misma es lo que el heterosexual impone como virilidad, rígida virilidad a las mujeres.⁴⁹

⁴⁹ En el Congreso de Lotta Continua celebrado en Rímimi el 4 de noviembre de 1976, una mujer dijo a los militantes hombres: «¿Os habéis preguntado alguna vez de dónde procede vuestra irritabilidad hacia los homosexuales? Es fruto del miedo que sentís de la penetración traumática. Sentís el terror de lo que nos hacéis a nosotras y no queréis

El deseo por las personas del propio sexo que procede como primera consecuencia del amor por uno mismo, está *obligado* a volver —en los machos hetero— a su antigua dimensión narcisista: los machos saltan a la mitad heterosexual rechazando el *médium* de la homosexualidad. Un salto al vacío: de ahí su torpeza. Georg Groddeck escribe: «El hombre se ama en primer lugar a sí mismo, se ama con todas sus fuerzas; trata, por naturaleza, de procurarse toda forma imaginable de placer, y ya que él es hombre y mujer, resulta que en primer término resulta estar sometido al amor a su propio sexo. Esto no puede ser de otra manera, y cualquier examen libre de prejuicios de una persona cualquiera nos llevará a probar esta conclusión. La cuestión no es, por consiguiente: ¿Es la homosexualidad una perversión, es perversa? De esto no se trata. La cuestión es la siguiente: ¿Por qué es tan difícil ver este fenómeno de atracción al propio sexo libre de prejuicios, hablar sobre él y juzgarlo; y luego, cómo llega el hombre a poder sentir atracción por el sexo contrario, a pesar de sus disposiciones homosexuales?». ⁵⁰

No es posible hablar *desapasionadamente* de la homosexualidad, porque es una *pasión reprimida*. De la misma manera que también es cierto que, muchas veces, lo que se desea más abiertamente no es lo que se desea más profundamente: tal vez precisamente los machos heterosexuales, que en la superficie son únicamente hetero, mueven en el propio inconsciente los fantasmas gais más poderosos. Y en tanto que su deseo homosexual permanezca latente, seguirán instaurando relaciones *superficiales* con las mujeres, ocultando la homosexualidad que grava su ser profundo, huyendo de la auténtica relación con la mujer que, al implicarles *profundamente*, haría aparecer necesariamente la mariquita que llevan dentro, la «mujer». Yo creo que en mi interior está vivo el deseo erótico por las mujeres, está en el fondo de mi deseo de ser mujer: y ahora comienza a aflorar, en la vida, de manera muy hermosa.

Cabe suponer, pues, que los heterosexuales, obligados a rechazar la fortísima homosexualidad que llevan dentro, se identifican con los «objetos» de su deseo reprimido; y que eso determine su ser

para vosotros. No sabéis qué significa ser expropiados de vuestro cuerpo, pero sentís terror», cf. Antonio Padellaro, «La polémica delle femministe spacca in due Lotta Continua», *Corriere della Sera*, viernes 5 noviembre 1976.

⁵⁰ Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 255.

machos-machos o *hembras-hembras*. Mientras que nosotros, los gais, si somos *afeminados*, manifestamos en ello nuestra profunda atracción por las mujeres; y viceversa, tal vez, las homosexuales (pero no es tan sencillo *mutare* los *mutandi*): en otras palabras, cabe suponer que cada uno de nosotros se inviste de las connotaciones del propio «objeto» rechazado del deseo. Esto refuerza el Yo y acentúa el individualismo: la liberación del deseo polimorfo, transexual, del inconsciente, es condición y *esencia* (en sentido muy material) de la comunidad realizable. Es garantía de auténtica intersubjetividad: del *nosotros*.

De todos modos, nuestra condición de homosexuales, nuestra *ambigüedad* sexual, el tipo de equilibrio que hemos alcanzado entre connotaciones subjetivas y connotaciones de lo rechazado, es tendencialmente hermafrodita, es expresión de transexualidad; mientras que en los heteros la asunción por parte del «sujeto» de las connotaciones del «objeto» homosexual rechazado lleva a una doble interpretación de roles, a ser más macho por parte del macho, rol normalísimo que la lucha feminista y homosexual acabará por hacer estallar, a fin de liberar su transexualidad y la nuestra que ellos reprimen. Si bien la dialéctica entre los sexos y entre las tendencias sexuales se desarrolla en la superficie, implica contemporáneamente a un gran número de ocultos estratos sometidos. El movimiento de las mujeres y el movimiento gay preparan el terremoto que provocará el hundimiento de toda la estructura patriarcal.

La dura persecución de la homosexualidad nos ha inducido a los gais a vincularnos estrechamente a nuestra *identidad* de homosexuales: para defendernos, para afirmarnos, debemos en primer lugar aprender a resistir, a *ser* homosexuales. Por ese motivo el movimiento gay ha enfatizado especialmente la temática de la *identidad* homosexual. Nuestra primera tarea ha sido la de aprender a reconocernos, descubrirnos y amarnos por lo que somos, extirpar el sentido de culpa que nos habían inculcado mediante la fuerza, para podernos situar de manera consciente frente a la vida, a la sociedad, al mundo; pero una vez conseguida y vivida a fondo esta identidad, ya es hora de liberar las tendencias recónditas del deseo, de explorar la secreta pasión por las mujeres. Todo eso solo conseguirá hacernos todavía más gais, puesto que se es más gay en la medida en que se es más consciente de lo que se desea y uno se mueve en consecuencia.

Si la liberación de la homosexualidad será durante muchos años⁵¹ un problema universal (por lo que hoy sigue teniendo todavía un sentido revolucionario la figura del homosexual «de estricta observancia», que, de todos modos, será *pervertida* por la revolución), si para la realización del comunismo la homosexualidad debe ser rescatada y vivida a fondo y todavía más a fondo, los gais, que somos portadores conscientes de esta semilla de liberación, tenemos que afrontar e intentar resolver los problemas que nos plantean las relaciones con las compañeras: así crearemos con ellas relaciones gais totalizantes, que nos permitirán descubrir el deseo recíproco, una nueva reciprocidad totalmente diferente respecto a la asimetría de las tradicionales relaciones heterosexuales, una solidaridad revolucionaria. Y es también (y tal vez sobre todo) profundizando las amistades con las mujeres que nosotros, hombres gais, podremos rescatar nuestras *Anima*, lo que nos empareja a las mujeres, y convertirnos en más «mujeres» (¡y no a la manera de Myra Breckendridge y Raquel Welch!). Nosotros podremos ofrecerles la posibilidad de relaciones nuevas y (pro)positivas con personas del sexo masculino: las mujeres y las mariquitas.

Es deseable una «huelga sexual indefinida» de las mujeres respecto a los machos hetero, y la creación de nuevas relaciones totalizantes entre mujeres, la completa liberación de la homosexualidad femenina. «No hagáis más el amor con los machos, haced el amor entre mujeres, hagamos el amor entre nosotros»: esta es nuestra gay propuesta a las mujeres. Y se trata de una propuesta doblemente interesada (e interesante): puesto que, si por un lado nos interesa profundizar la relación gay con las mujeres, por el otro también nos conviene que dejen a nuestra disposición todos los machos hetero... Será un bonito número. Esta invitación a las mujeres es el postulado número uno (el peligroso número uno...) de la *gaya ciencia*.

En la actualidad, las relaciones entre personas de diferente sexo solo tienen un sentido revolucionario si son gais, es decir, si son entre mujeres y hombres gais y sobre todo entre mujeres gais y hombres gais. ¿Y los machos heterosexuales? Su rol prepotente y deficiente es en la actualidad claramente contrarrevolucionario, construido a imagen y semejanza del poder capitalista, y solo pueden comportarse de manera diferente con las mujeres después de haber descubierto cómo

⁵¹ *Relativamente* pocos frente a la eternidad.

relacionarse de manera nueva con los hombres. De momento, desde el punto de vista sexual (y no solo de este), desean hacer a las mujeres lo que, a causa del rechazo de la homosexualidad, nunca tolerarían que se les hiciese a ellos: quieren penetrar a las mujeres y sienten terror de dejarse penetrar; gozan sumamente eyaculando de cara a las mujeres y sienten escalofríos ante la mera idea de otro macho se corra frente a ellos... Todo ello forma parte de la desigualdad heterosexual, de su absurdidad. De momento, desde el punto de vista de la revolución, los machos hetero siguen representando en excesiva medida el capital, el enemigo, el dominador, la alienación.

Solo la lucha de las mujeres puede cambiarles. Solo nuestra lucha de homosexuales, solo el placer gay puede convertirlos también a ellos en mariquitas. Y algunos machos comienzan a darse cuenta de esto: ¡pero no me digas!... Un compañero heterosexual de Quarto Oggiario ha escrito:

Una manifestazione
della sinistra extraparlamentare
é in crisi
un gruppo di gatti omosessuali
pazzi d'amore per il comunismo
li insidiano da vicino
forse anche troppo da vicino
i compagni
in questa occasione sono rossi
ma dalla vergogna
con le mani sul buco
non hanno neanche la possibilità
di consultare Mao
per regolarsi sull'argomento.⁵²

⁵² «Una manifestación / de la izquierda extraparlamentaria / está en crisis / un grupo de gatos homosexuales / locos de amor por el comunismo / les asedian de cerca / los compañeros / en esta ocasión están rojos / pero de la vergüenza / con las manos en el agujero / ni siquiera tienen la posibilidad / de consultar a Mao / para decidir acerca del tema». Meo Cataldo, *Marcia piede*, Milán, Edizioni Poesia Metropolitana, 1976, p. 17.

CAPÍTULO 6

HACIA EL GAYO COMUNISMO

There is more to be learned from wearing a dress for a day, than there is from wearing a suit for life.

Larry Mitchell¹

Notas sobre el travestismo. Homosexualidad y «homosexualización»

Como hemos visto, la «esquizofrenia» desvela el sustrato transexual de la psique, de nuestro ser-en-devenir-corporal (la mente es parte del cuerpo, y todo el cuerpo no es en absoluto monosexual). Hemos dicho, además, que es (también) a través de la liberación del homoeotismo como se llega a la realización de la transexualidad; por otra parte, por muy afectada que esté actualmente por el sistema la homosexualidad, las mariquitas manifiestas contamos entre las personas más conscientes de la «naturaleza» transexual del ser profundo. Fantasías de contenido transexual afloran con frecuencia a nuestra conciencia y muchos de nosotros tienen o han tenido experiencias más o menos transexuales.

Esto no excluye que numerosos transexuales (y travestis) sean hoy preponderantemente hetero. Por ejemplo, Rachel, el norteamericano fundador del ex Transvestites and Transsexuals Group del Gay Liberation Front londinense, se define «lesbiana», pero —desde el punto de vista genital-anatómico— es hombre. En otras palabras, pese a que esté dotado de caracteres sexuales tanto primarios como secundarios

¹Larry Mitchell, *The Faggots and their Friends*, Nueva York, 1975 (inédito).

claramente masculinos, Rachel se siente y considera *mujer*, y como tal se comporta y viste (su indumentaria recuerda la de muchas feministas, pero Rachel *es* una feminista). En tanto que *lesbiana*, es homosexual, y por tanto heterosexual, puesto que le gustan las mujeres, está incluso casada/o y solo tiene escasas relaciones sexuales con hombres, que considera poco atractivos en tanto que habitualmente son viriloides y falócratas. «Mujer» la consideraban también, cuando vivía en Londres, las compañeras del Women's Liberation Front: que yo sepa, Rachel era la única persona de sexo masculino admitida en las reuniones de las feministas inglesas. Judith, su mujer, es homosexual y, a excepción de Rachel (pero es Rachel en realidad quien constituye una *excepción*), solo tiene relaciones sexuales con mujeres.²

No obstante, los «heterosexuales» conscientes de la propia transexualidad son actualmente mucho menos numerosos que los gais que han emprendido el *trip* transexual: la razón está en que si bien la mayoría de los hetero suelen adaptarse al rol monosexual mutilado del macho o de la hembra como si fuese una cosa «normal», natural, obvia, los gais casi siempre advertimos, como un peso, en cambio, el hecho de ser exclusivamente hombres o mujeres, y sufrimos a causa de las resistencias opuestas por los heterosexuales de nuestro mismo sexo frente a nosotros, a nuestro deseo. La fantasía, el sueño, el ideal hermafrodita ocupan una parte importante del universo existencial gay.

La sociedad ataca con especial dureza cuanto de transexual o de vagamente transexual existe en la homosexualidad tal como ahora se presenta: las lesbianas *butch*, las mariquitas, los homosexuales «afeminados» son los más atacados por la pública condena, por el escarnio, en ocasiones son criticados incluso por los homosexuales reaccionarios, más insertados, más *straight*, que en cambio hacen cuanto pueden por pasar por «normales», o sea por heterosexuales. Los homosexuales reaccionarios (*homoflics*) consideran que las mariquitas afeminadas y los travestis «denigran el mundo homosexual, la propia homosexualidad a los ojos de todos»; por nuestra parte, los gais afeminados vemos en ellos unas *mariquitas disfrazadas de hetero*, unos desgraciados obligados a disfrazarse, a interpretar una vida «natural» en un papel impuesto por el sistema y a justificar con argumentos ideológicos su

² Cf. Mario Mieli, «London Gay Liberation Front, Angry Brigade, piume & paillettes», *Fuoril*, núm. 5, noviembre 1972.

propia actitud de esclavos consentidores. Se preguntan «qué pretende el movimiento gay, por qué lucha, dado que ahora la sociedad acepta a los diferentes. Es cierto que hoy todavía no podemos hacer el amor impunemente donde más nos gusta, en el tranvía o en las aceras de la calle Mayor: pero esto tampoco les está permitido hacerlo a los heteros. Así pues, en el mal común medio consuelo». No, *mal de muchos consuelo de tontos*.³

Incluso las feministas critican con frecuencia nuestra indumentaria y nuestro comportamiento, que según ellas tienden a reproponer el fetiche «femenino» estereotipado, combatido por las mujeres. Pero si una mujer ataviada como Caterina Caselli o como Camilla Cederna resulta hoy *normal* para el sistema, un hombre, vestido como Caterina Boratto o como Germaine Greer sigue resultando *anormal* para la gente «normal», y en su disfraz aparece evidente una carga revolucionaria. *Menos mal que los maricas tienen un poco de fantasía*: nosotros reivindicamos la libertad de arreglarnos como nos parece y gusta, de optar un día por *cierta* indumentaria y el día después por otra ambigua, de llevar tanto las plumas y las corbatas como las pieles de leopardo y el biberón; las tachuelas, el cuero y las fustas de las *leather queen*, los harapos sudados y de descargador de muelle o el vestido de tul Stefanacci modelo premamá. A nosotros nos divierte aparecer extravagantes, marcar en la (pre)historia y en los cubos de basura, los trajes de ayer, de hoy y de mañana, la pacotilla, los trapos y los simbolismos que mejor expresen el humor momentáneo: como dice Antonio Donato, incluso mediante el vestido pretendemos comunicar la «esquizofrenia» que está en el «fondo» de la vida, detrás del biombo censor del travestismo «normal». En efecto, para nosotros los auténticos travestis son las personas «normales»: de la misma manera que la heterosexualidad absoluta que tanto pregonan enmascara la disponibilidad polimorfa y sin embargo, inhibida de su deseo, también los trajes estándar, Standa o Montenapo, ocultan y envilecen el admirable ser humano que yace reprimido en ellos. Nuestro travestismo está condenado porque lanza a la cara de todos la funesta realidad del travestismo general, que debe permanecer en silencio, tácitamente natural.

³En castellano en el original [N. del T.].

Lejos de ser especialmente grotesco, el travesti denuncia cuán trágicamente ridícula es la infinita mayoría de las personas, en sus monstruosos *uniformes* de macho o de «mujer». ¿Habéis «viajado» alguna vez en metro?

Como escribí en cierta ocasión, «si el travesti aparece ridículo a quien lo encuentra, tristemente ridiculísima es para el travesti la desnudez de quien, vestido *tout court*, se le ríe en la cara».

Para un hombre, vestirse de «mujer» no significa necesariamente reproponer la «mujer-objeto»: en primer lugar, porque *no es una mujer*, y el fetichismo masculino impuesto por el capital le preferiría vestido de una manera muy diferente, reificado en un aspecto muy distinto, vestido de macho o bien «unisex». Además, una falda puede ser comodísima, fresca y ligera cuando hace calor, caliente y pesada si hiela: no está dicho que las mujeres que se mueven *normalmente* vestidas de hombre se sientan más cómodas en los estrechísimos jeans de cuanto lo esté un maricón en ropas de bruja, con las faldas de vuelo y el sombrero de alas anchas.

Pero un hombre también puede sentir placer vistiendo una toilette «femenina» incomodísima: para un gay puede ser excitante y tener mucho *rollo* llevar unos tacones de aguja, el maquillaje más elaborado, las ligas o el liguero de raso celeste. De nuevo, las feministas que nos contestan a los gais, y en especial a los travestis, los atavíos de «mujer-objeto», intervienen para culpabilizar el *gay humour*, el gusto transexual, la locura de las *locas*: introducen un nuevo moralismo que, por otra parte, no es más que el antiquísimo moralismo antigay, aderezado en este caso con categorías modernas y relleno de un feminismo ideológico; ideológico porque sirve de *pantalla* al tabú antihomosexual, al miedo de la homosexualidad, a la intención de reformar la Norma sin eliminarla.

Frente a la especificidad homosexual, no hay feminista heterosexual «que aguante»; ni, por otra parte, las mariquitas estamos dispuestas a dejarnos seguir culpabilizando por las mujeres. A lo largo de la vida hemos encontrado demasiadas *educastradoras educastradas*, y es evidente que las mujeres contrarias a la homosexualidad son por ahora todavía mucho más numerosas que los homosexuales machistas manifiestos y dominados por la ideología del poder. Muchas mujeres nos han ofendido y nos ofenden, se han burlado de nosotros y

siguen burlándose, nos han reprimido y nos reprimen. Por ahora, tales mujeres solo pueden estar en contra de nosotros y nosotros solo podemos estar en «contra» de ellas, si, desde el punto de vista gay, queremos llevar adelante una lucha por la liberación universal (una lucha, por tanto, que también les implique a ellas, que combata contra sus prejuicios, que disuelva cualquier resistencia antigay): ya he dicho que la contradicción hombre / mujer y la contradicción heterosexualidad / homosexualidad se entrelazan. Por consiguiente, si las feministas se ven obligadas a oponerse al persistente machismo de las mariquitas, nosotras tenemos que contestar a fondo la «normalidad» heterosexual que sigue impregnando el movimiento de las mujeres, pese a la nueva moda o ideología de la «homosexualidad» que se está difundiendo en él.

Franco Berardi (Bifo), que es un macho hetero, hablaría de «homosexualización» del movimiento feminista, de aquella «homosexualización» (término que no puede sonar menos gay) de la que él es autor precisamente en tanto que macho heterosexual en crisis pero sin excesos. Sin embargo, la «homosexualización» de Bifo tiene muy poco que ver con nuestra lucha de mariquitas por la liberación del deseo gay: el concepto de «homosexualización» recuerda demasiado, bajo el camuflaje «feminista» de *Men's Liberation*, la *bisexualidad* machista de los «ragazzi di vita», la «heterosexualización» de las relaciones sexuales con los maricas por parte del «doble macho». Pero Bifo no lo entenderá (ni, en realidad, puede entenderlo): para entendernos debería apreciar el perfume de los urinarios y sentir encima, en primera persona, toda la represión que pesa sobre los hombros de los gais. De momento, por favor, que nos deje hablar de homosexualidad a nosotros, que hemos aparecido abiertamente (y que desde siempre hemos sido expertos en la moda, por lo que reconocemos a primera vista las nuevas modas): el homosexual *se descubre*, no se convierte. Me gustaría ver su «homosexualización» en la cama junto a mi homosexualidad: *quiero verla, en Bifo*. Y esto es un deseo gay, es *un avance*, no un concepto.

Existen también feministas para las cuales la «nueva homosexualidad» descubierta por el movimiento de las mujeres no se corresponde con el lesbianismo, que, en su opinión, siempre ha estado teñido de un modelo machista. Algunas dicen que han llegado a la *aceptación* de la homosexualidad después de haber comprobado la imposibilidad

de llevar adelante relaciones con los hombres y que la opción homosexual es, para las mujeres, una *elección necesaria*, en tanto que su lucha no cambie radicalmente a los hombres y por consiguiente sus relaciones con ellos. De nuevo, la homosexualidad es indicada como *elección sustitutiva*, como *paliativo*, como dimensión sexual-sucedánea por la que hacer discurrir la libido *políticamente* retirada de los «objetos» del sexo masculino.

He ahí en qué consiste la nueva moda llamada «homosexual» que se extiende entre las feministas e inmediatamente recuperada por el sistema (el *Corriere* le dedica artículos y entrevistas en tercera página), moda que en realidad, pese a la apariencia de «adorcismo» (Fornari) respecto a la homosexualidad, es una nueva forma del antiguo exorcismo antigay. La «nueva homosexualización» feminista no vale mucho más que la «homosexualización» de un Bifo: ostenta una máscara «homo», que, en realidad, sirve para (des)velar el auténtico deseo gay latente y sobre todo el deseo heterosexual consciente que la soporta. Si la «nueva homosexualidad» de las mujeres, o —para ser más exactos— de algunas feministas, es esa mistificación no cabe duda, en tal caso, de que tiene muy poco que ver con el lesbianismo. Y, por tanto, están sobradas de razón las lesbianas que, todavía hoy en Italia y en el mundo, se niegan a identificarse con la general marcha heterosexual (u «homosexual» en el sentido *hetero* de la «nueva homosexualidad») del movimiento feminista y siguen reuniéndose en grupos autónomos («homónomos»).

Cuando surgen mujeres que nos critican a los gais porque nos vestimos de «mujer», no hay que olvidar de qué púlpito procede el sermón: ninguna lesbiana me ha criticado jamás por mis maquillajes, mis faldas floreadas, mis tacones plateados. Por otra parte, sigue siendo cierto que, si durante siglos las mujeres han sido obligadas por el poder masculino a vestirse de manera opresiva, casi siempre los grandes inventores de la moda, los diseñadores, los maquilladores, los peluqueros, han sido gais. Ya hemos visto que la fantasía homosexual era y es explotada por el sistema⁴ para reprimir a las mujeres y componerlas al gusto del hombre. Durante siglos, el poder ha explotado el trabajo de los homosexuales para someter a las mujeres. Al igual que se ha servido ampliamente de las mujeres para reprimir a los gais (que cada

⁴Cf. cap. II, párr. I.

homosexual se limite a recordar a su madre). Ante lo cual, si por una parte es importantísimo que las mujeres rechacen ciertas indumentarias, esto es, se nieguen a hacerse vestir y desvestir por los hombres, no lo es menos por otra que los gais recuperen, reivindiquen y reinventen para sí el gusto estético que durante años se han visto obligados a proyectar sobre las mujeres.

Si Marlene Dietrich repleta de lentejuelas es un símbolo de la opresión de la mujer, también es al mismo tiempo un símbolo *gay*, *es gay*, y su imagen, su voz, sus *paillettes*, forman parte de una *cultura* homosexual, de un deseo que las mariquitas reconocemos como propio. Que hoy una mujer aparezca como la *cover-girl* de *Vogue*, resultará en *general* antifeminista y reaccionario; pero que un hombre gay se vista como le parezca y prefiera, expresando audazmente su propia fantasía que el capital ha relegado y reificado en las tristes páginas de *Vogue*, bueno, esto sigue siendo un hecho que lleva consigo una *cierta* violencia revolucionaria. *Estamos cansados de disfrazarnos de hombre*. No queméis los vestidos que rechazáis, queridas compañeras: nosotros llevamos toda la vida suspirando por ellos. Desde hace tiempo, además, queremos invitar a las ciudades, las periferias, al gran baile de las debutantes.

No cabe duda de que precisamente las mariquitas, los homosexuales «afeminados», los travestis están entre los hombres más próximos a la transexualidad (aunque muchas veces, debido a la represión, vivan el deseo transexual de forma alienada, contaminada por la *falsa culpa*: las mariquitas y los travestis son los «machos» que, en tanto que «machos», mejor entienden qué significa ser mujer en esta sociedad, en la que los hombres más despreciados no son los auténticos brutos, los falócratas, los violentos, los presuntuosos individualistas, sino aquellos que más *se parecen* a las mujeres.

Es precisamente la dura condena del «afeminamiento» lo que induce en ocasiones al homosexual a comportarse de manera funcional al sistema, a convertirse en su propio carcelero: así puede suceder que equilibre su propia adoración «anormal» por el macho, el duro, el *voyou*, el *blouson noir*, con una «normal» actitud neurótica antifeminista, contrarrevolucionaria, machista. Pero la lucha homosexual borra las figuras históricas de las mariquitas esclavizadas por el sistema (los *queer men* que Larry Mitchell distingue de los *faggots*) y crea

homosexuales nuevos, que la liberación del homoerotismo y del deseo transexual acerca cada vez más a las mujeres; homosexuales nuevos que son los auténticos *compañeros* de las mujeres: más aún, que se dan cuenta de que ya no se puede vivir si no es entre homosexuales y con las mujeres, dada la creciente detestabilidad de los machos hetero. Cada vez que los gays oímos discutir o, mejor dicho, despotricar mutuamente a los machos «normales», cada vez que les vemos enfrentarse entre sí con gran abundancia de cojones exclamativos o incluso como montilla, pensamos realmente que no han entendido absolutamente nada, que todavía no se han dado cuenta del deseo homoerótico que les empuja al uno hacia el otro y que les fastidia porque está reprimido. Y, si la lucha gay supera la mariquita ácido-culpabilizada (aunque no tome LSD) y la transforma en *loca*, gaya compañera cada vez más transexual, el movimiento homosexual niega al macho hetero, puesto que tiende a la liberación de la mariquita que lleva dentro.

Angustia y rechazo. Las «porquerías» de los gays

A la singularidad del comportamiento y de las fantasías de los homosexuales se contraponen la ceguera y la ignorancia con la que la mayoría de la gente afronta toda la cuestión sexual, y en especial la cuestión homosexual. Sin embargo, la mayoría sigue sin enterarse de las limitaciones unidas a la antítesis entre los sexos, que sin embargo contribuye en amplia medida a provocar su sufrimiento. ¿Por qué?

Dicha ignorancia es efecto de la represión sufrida y sirve para perpetuar la represión. La severa censura psíquico-social oculta lo que ha sucedido: la disposición originariamente polimorfa y «perversa», «indiferenciada», del Eros ha sido condenada y reprimida a lo largo de la infancia, a fin de que el peso de la condena nos hundiese poco a poco en el infierno del mundo de los adultos y del que el mundo de los niños no es más que la antecámara. Reprimida, y, por tanto, comprimida y anquilosada, la presencia de dicha disposición tendencialmente polimorfa ha ido relegada a la severa cárcel del inconsciente, comparable a un pie de mujer china obligado a la estrechez y a la tortura de los zapatos de los siglos imperiales. Haciendo guardia en las murallas censoras de esa prisión, cada individuo concreto ha ido interiorizando los valores y las

costumbres sexuales de tipo masculino-heterosexual impuestos como «únicos, naturales y eternos» por las sociedades patriarcales (en nuestro caso, por la sociedad capitalista). «La sexualidad normal de los adultos (en términos freudianos, la organización genital) es en tal caso la tiranía de uno sobre todos los elementos que componen la sexualidad infantil, una tiranía que suprime totalmente algunos de los demás elementos y subordina a sí misma los restantes».⁵

La hipótesis del movimiento gay es que la tiranía genital-heterosexual *nunca suprime totalmente* algunas tendencias de la sexualidad infantil, pero consigue someterlas al yugo del rechazo. La lucha por la liberación del Eros puede rescatar algunos de los deseos más recónditos (por ejemplo, los coprófagos y necrófilos).

De todas maneras, la tiranía genital produce en cualquier persona angustia y dolor: cuanto más severo es el rechazo, más fuerte es la angustia suscitada por la inserción, en el campo de nuestra experiencia, de personas, cosas y acontecimientos que, con su presencia, reevocan el amplio alcance de lo rechazado y tienden a hacer tambalear el mismo rechazo. Así, el homosexual es maltratado por los heteros porque les «despierta» el deseo homoerótico que lleva excesivo tiempo adormilado: rara vez dicho «despertar» es completo, habitualmente se presenta como un inquietante *duermevela*, como presentimiento —por parte del hetero— de un cataclismo que amenaza la rígida estructura del Yo, basada también en el rechazo del homoerotismo. El heterosexual insulta, provoca y amenaza al homosexual porque se siente puesto en discusión por su presencia, que asedia su equilibrio «normal», que se insinúa en el área de su experiencia proponiéndosele como objeto sujeto del deseo gay.

Según Groddeck, de todos modos (ya lo he insinuado), la homosexualidad nunca es totalmente rechazada: más que de rechazo, convendría hablar de «cotidiano autoengaño» al respecto, de «casi-rechazo», de mala fe que induce a los heteros a presentarse exclusivamente como tales cuando en realidad saben perfectamente que sienten deseos gais.⁶ Es sintomática la actitud de muchos machos, que afirman que no quieren experimentar ninguna relación sexual con hombres, por temor a que después la «cosa» les guste demasiado, por miedo a convertirse también ellos en gais...

⁵Brown, *Eros y Thanatos*, op. cit.

⁶Cf. Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., pp. 255-262.

En general, el heterosexual considera al marica como «un marrano»: eso depende en primer lugar del hecho de que el individuo «normal» ve reflejado en el gay el componente homoerótico del propio deseo, negado y rechazado junto al erotismo anal, a la urofilia, a la coprofilia, etc. Los «normales» consideran «cochinos» los actos sexuales ligados a las tendencias del Eros a las que la represión les ha inducido a renunciar, sustentando —a través de la culpabilización del deseo— una determinada moral autoritaria, a su vez culpabilizante. Las personas «normales» se convierten en maníacas de un cierto tipo de orden (del *orden*), de un cierto tipo de limpieza (y de la policía).

Los homosexuales que salen a hacer la calle —y casi todos los gais salen a hacer la calle— saben perfectamente que su placer está con mucha frecuencia ligado a la transgresión de la ley, del orden (incluso en aquellos Estados en los que la homosexualidad no entra en el Código penal): los gais siempre hemos hecho el amor en las calles, en los parques, en los retretes públicos, en el cine, en los museos, en las iglesias, en las Tullerías. Nos hemos hecho dar por el culo detrás de los muros de los cuarteles, la hemos chupado arrodillados ante las tumbas de la Santa Croce, hemos organizado orgías grandiosas bajo los puentes del ferrocarril. Ligamos en el tranvía y aquellos de nosotros que son revolucionarios consideran *absurdo* que no se pueda ligar en cualquier lugar, abiertamente, que no nos podamos bajar los pantalones o la falda donde nos parezca y nos guste, de día y de noche.

Las personas «normales» solo pueden juzgarnos unos «marranos», a partir del momento en que nos gusta tragar el esperma y conservarlo en el culo, e incluso nos encantaría hacerlo en el sagrario del Duomo, a las doce del mediodía, en medio de la gente, con la gente. Considérese, por ejemplo, lo que afirmó el profesor Franco Fornari al referirse a una contestación que le organizaron durante una clase en la Università statale de Milán los homosexuales del antiguo Collettivo autonomo Fuori! (hoy Collettivi Omosessuali Milanesi): «Los homosexuales no pueden impedir que yo desarrolle mi trabajo en la universidad exigiendo un debate sobre un tema que no se refiere a mi curso: es como si un grupo de salchicheros interrumpiese mi clase para discutir de jamones y salchichas».⁷

⁷Cf. «Omosessuali: parliamone in aula», *Panorama*, núm. 502, 4 de diciembre de 1975.

Lo que conviene destacar, desde un punto de vista psicoanalítico, es que la asociación efectuada en ese caso por Fornari entre homosexuales y salchicheros no tiene nada de casual, y denuncia en realidad su concepción esencialmente menospreciativa del homoerotismo: en efecto, si «jamones y salchichas» son carne de cerdo, y, por tanto, *porquerías*, la asociación homosexuales-salchicheros permite a Fornari afirmar, indirectamente, que los homosexuales no pueden entrar a interrumpir la clase de psicología imponiendo un debate sobre sus *porquerías*. Además, la imagen de la *salchicha* simboliza evidentemente el pene, mientras que la de los *jamones* las nalgas, el culo. En una palabra, Franco Fornari no puede tolerar que en sus clases se vaya a discutir de *coitos anales*, que serían, en su opinión, *porquerías*.

Podría también hacer notar a Fornari que si, en las páginas del *Corriere della Sera*, escribiese, pese a su incompetencia, acerca de salchichas y jamones como lo hace de homosexualidad,⁸ debería esperar por lo menos una contestación en la universidad, lugar en el cual aparece públicamente, por parte de la categoría de los salchicheros, que sin duda se moverían en defensa de sus propios intereses y de su propia competencia en materia de carnes porcinas.

En fin, conviene recordar que el salchichero descuartiza y despedaza la carne de cerdo. Por consiguiente, Fornari podría afirmar: «¿Cómo se atreven unos miserables salchicheros a entrar en la universidad e interrumpir mi clase para enseñarme mi oficio de *carnicero*?». Pero no lo diría: en efecto, lo que le ha ofendido tanto no ha sido una intervención de los salchicheros, por los que, en el fondo, más allá de su orgullo de carnicero, debiera sentir una solidaridad instintiva (*competencia entre tenderos...*), sino una intervención de *puercos*, o sea de homosexuales, de seres humanos que él solo puede concebir como cerdos, susceptibles por tanto de ser degollados.

El miedo de la castración y la parábola de la guerra

Elvio Fachinelli se pregunta qué hay «en la raíz del rechazo de la homosexualidad (esencialmente de la masculina, ya que la femenina

⁸ Cr. los artículos «Omosessualità e cultura», *Corriere della Sera*, 12 de febrero de 1975 e «Il difficile amore diverso», *ibídem*, 12 de noviembre de 1975.

propone, por ahora, y por razones vinculadas a la condición histórica de la mujer, un discurso muy diferente y menos significativo)». Sería interesante saber por qué Fachinelli considera menos significativo el «discurso» relativo a la homosexualidad femenina: probablemente porque es un hombre y, por tanto, lo que le preocupa fundamentalmente es el (propio) rechazo del homoerotismo masculino. *Anyway...* veamos qué dice a continuación.

Existe sustancialmente, por parte del macho heterosexual, el miedo a perder, en el contacto con el homosexual, la propia virilidad, entendida aquí muy profundamente como identidad personal. Frente al homosexual, es como si cada cual sintiese puesta en discusión su misma posición de macho y lo que le diferencia como individuo; como si esa posición se revelase más imprevisiblemente precaria, o insegura, de lo habitual. De ahí las reacciones de rechazo y desprecio; de ahí los diversos y conocidísimos comportamientos de hipervirilidad agresiva, que van acompañados frecuentemente, oscuramente, de una solicitud hecha al homosexual *para que se comporte como una mujer*. Si el homosexual cae en la trampa (y cae en ella fácilmente; o complacidamente) el heterosexual puede atacarle con mayor facilidad y a la vez se tranquiliza a sí mismo. Podría decirse, por tanto, que el homosexual despierta, como macho que aparentemente ha sufrido la castración, el miedo a la castración de cada cual; además, en tanto que macho (como al fin y al cabo es) y hembra conjuntamente, es vivido con frecuencia por el heterosexual como dotado de una paradójica capacidad castrante e indiferenciante.⁹

Cuanto afirma Fachinelli constituye en su conjunto una interpretación válida, aunque me parezca osado considerarlo una explicación de lo que está «en la raíz del rechazo de la homosexualidad». En general, los heterosexuales tienden a dar respuestas apresuradas (si bien, en casos como este —pero ocurre muy rara vez—, inteligentes) a la cuestión homosexual. Cabría añadir, de todos modos, que si el homosexual despierta en el heterosexual masculino «el miedo de la castración», ello se debe también al hecho de que el hetero ve denunciada

⁹ Elvio Fachinelli, «Travestiti», en *L'Erba Voglio*, núm. 11, mayo-junio 1973, p. 38.

por el gay su *propia* castración, o sea la castración sufrida respecto al deseo homoerótico. El macho hetero teme perder la virilidad, es decir, la propia identidad heterosexual, porque sabe que es cuanto le queda de un Eros que ha sido mutilado: teme ser castrado posteriormente porque *sabe* que ha sido castrado anteriormente. Por otra parte, precisamente a causa de la castración sufrida respecto al deseo homoerótico, no consigue concebir el homoerotismo como sexualidad totalizante, satisfactoria, plena, *no consigue concebirlo*, y por ello teme precipitarse en el vacío al dejarse arrastrar a una experiencia gay. Como sabe que su heterosexualidad está basada en la pérdida de la homosexualidad (*ni siquiera es necesario que lo sepa conscientemente*), el macho tiene miedo a perder, abandonándose en la incógnita homosexual, su identidad hetero. En otras palabras, ha interiorizado la ley evidente, *aunque misteriosa*, del sistema: heterosexualidad u homosexualidad. *Aut-aut*.

Según el antiguo Collettivo autonomo Fuori! de Milán, la continua violencia sobre los homosexuales, «así como la operada sobre las mujeres, va ligada indisolublemente al miedo del macho a perder el propio poder sobre la mujer. El hombre que accede a ir con otro hombre pone en riesgo su poder, traiciona la “solidaridad” entre machos y es por dicho motivo que desencadena la represión de todos en contra suya».¹⁰

Para muchos machos heterosexuales, la lucha homosexual de liberación es una *guerra* emprendida contra su Norma. Ahora bien, en una guerra, cualquier ejército tiende puentes de oro a los desertores del ejército enemigo. Y, en estos últimos años, aumenta constantemente el número de machos hetero que desertan, entregándose de vez en cuando a relaciones homosexuales, sufriendo la influencia emancipadora del movimiento gay.

Pero, como cuenta la siguiente *parábola de la guerra*, «en una guerra el desertor se expone generalmente al mayor peligro (a menos que no pertenezca a un ejército total e irreversiblemente derrotado), esto es, al riesgo de morir de muerte vergonzosa e infamante, marcada por la traición, calumniada como vileza. Por ello, cualquier ejército que combata con inteligencia entiende la importancia de acoger en las

¹⁰*Di omosessualità si muore*, octavilla del Collettivo autonomo Fuori! de Milán, 25 de octubre de 1975. ¡Véanse las coincidencias! Esta octavilla, de título programático, había sido impresa una semana antes de la muerte de Pasolini.

propias filas a los desertores del enemigo: *incluso desarrolla entre ellos una oportuna propaganda derrotista*. Semejante propaganda puede revelarse como un arma terrible capaz de destruir un ejército sin disparar un tiro (véase, por ejemplo, el ejército fantoche de Vietnam del Sur, literalmente desangrado por las deserciones).

«Si, al contrario, el desertor se siente inseguro respecto a la propia suerte y espera ser acogido por el odio inextinguible de los enemigos, en caso de deserción; si teme correr el peligro, una vez refugiado en el ejército adversario, de una muerte cruel, ensuciada por el desprecio hacia su vileza (igual e idéntica suerte que le esperaría si fuese capturado por sus antiguos compañeros), entonces se guardará muy bien de poner en práctica su proyecto de deserción, por lo que, muy a pesar suyo, no podrá sino cerrar filas con sus camaradas, de los que seguirá dependiendo para su propia supervivencia física».

Claramente, toda deserción es acogida con alguna desconfianza: debe ser, como mínimo, individual y *sin reservas*. El desertor es introducido en una compañía de seguras e irreductibles *veteranas* y bajo ningún concepto abandonado en medio de otros desertores. Infundiría sospechas, sobre todo, la deserción de una entera sección enemiga que pretendiese mantener la propia unidad orgánica: los *grupos de autoconciencia masculina*, por ejemplo, o los gangs de los compañeros neo-«homosexuales», si queremos llevar las metáforas de la guerra y de la deserción a la actual situación real de la contraposición entre maricas y Norma heterosexual, entre mariquitas y machos hetero «en crisis» que ya no se reconocen totalmente en el Ejército de la normalidad y en su ideología. Los grupos de autoconciencia masculina no tienen otro sentido que el de prolongar el pacto entre la «normalidad» sancionada por el sistema y la *gaya* y total oposición a ella: los *gais* deseamos su disolución y la participación en primera persona de sus antiguos *miembros* en el movimiento homosexual revolucionario y en especial en sus placeres, en nuestros placeres *particulares*.

Pero volvamos a la «guerra», visto que a los *hombrecitos* les gusta tanto jugar a *soldaditos* (a nosotros, en cambio, nos gusta *hacernos* los *soldaditos*): en el caso de una deserción de grupo, será una elemental medida de prudencia *desmembrar* la sección desertora, distribuyéndola en pequeños núcleos entre nuestras formaciones de primera línea, las más probadas por los combates (para entendernos, David

Cooper entre las *Gazolines*, Franco Berardi en medio del colectivo Nostra Signora dei Fiori).¹¹ Del desertor debe pretenderse *más* que de cualquier otro soldado, de la misma manera que hay que asegurarle la máxima seguridad en la confianza y en la solidaridad de los nuevos compañeros (recomendación inútil, sin embargo: nadie sabe mejor que los gays cómo debemos comportarnos con un macho hetero «en crisis» que pasa a la otra orilla).

Demos un último ejemplo. Supongamos que los machos hetero están luchando en un ejército colonial normalísimo que masaca a un pueblo de color (gayo), el cual, sin embargo, reacciona valerosamente con acciones de guerrilla cada vez más procaces. Los machos hetero-colonialistas, «pese a que su ejército siga controlando los principales centros y los nudos de comunicaciones de la región y posea formidables instrumentos técnicos represivos, están vencidos. Asqueados por las represalias en que se han visto obligados a participar, por las atrocidades en las que han colaborado, la última aldea que han devastado les impide dormir. Por ello, después de haber desarrollado una notable obra derrotista en su pelotón, deciden desertar *en masa*, llevándose consigo todas las armas que consiguen transportar, y *en primer lugar el perfecto conocimiento de la mentalidad y de los métodos de lucha de su antiguo ejército*». «Aventurarse por la jungla desconocida que rodea las ciudades ocupadas, y en las que se han visto obligados a ocultarse los guerrilleros de color, les atemoriza y al mismo tiempo les fascina. Lo que les retiene es la falta de seguridad de que los guerrilleros les *perdonen* una vez pasados a su lado»; en suma, han desertado del ejército colonialista pero siguen teniendo miedo de que les *den por el culo*.

«Así que se van al monte y comienzan a combatir al ejército colonialista, sin dejar de mantener, no obstante, la propia autonomía operativa, efectuando acciones de guerrilla y de sabotaje independientemente de los guerrilleros de color. Estos últimos tienen varias posibilidades. Por una parte, saben perfectamente que la presencia de una unidad blanca autónoma puede ejercer un decisivo efecto demoralizador en el ejército colonial, pero por otra se dan cuenta de que la ausencia de una lucha unitaria puede ocasionar innumerables peligros para la coordinación y la eficacia de las acciones. Subsiste,

¹¹ Las *Gazolines*: el grupo más extremista de mariquitas y travestis del antiguo FHAR; Nostra Signora dei Fiori: un grupo teatral de los Collettivi Omosessuali Milanesi.

además, el peligro de que los desertores, en el fondo todavía colonialistas, se dediquen a actividades de puro bandidismo contra ambos ejércitos»: véase los *bisexuales*. «Para los guerrilleros de color sería oportuno entrar en conversaciones para cooptar a los desertores. En cualquier caso, podría decirseles que mantuvieran durante cierto tiempo su autonomía, hasta que no hayan dado suficientes pruebas» de su propia gayeza: para ver hasta qué punto los bisexuales, heterosexuales absolutos hasta ayer, son auténticos desertores, están de parte de la liberación, están en contra de la Norma...

La solución del problema está en la revolución triunfante, en la creación del comunismo, en el final de toda guerra, en la retirada definitiva de todo ejército: hoy, la revolución también se prepara a través del enfrentamiento entre el movimiento gay y la Norma, y de la confrontación entre homosexuales y desertores del Ejército de la Normalidad. *Los machos heterosexuales «en crisis» deben entender que nosotros no queremos la guerra: si nos vemos obligados a luchar es porque nos han perseguido desde siempre, porque nos habéis reprimido convirtiéndoos en policías de la ley heterosexual, porque deseamos la liberación universal del deseo gay, que solo se podrá realizar cuando se haya desmoronado vuestra identidad hetero. No estamos combatiendo contra vosotros, sino contra vuestra «normalidad». No tenemos la menor intención de castraros: queremos, al contrario, que os liberéis de vuestro complejo de castración; en el fondo no os han amputado el culo, simplemente os lo han imputado, así como el resto del cuerpo.*

Pasar de nuestra parte significa tomar por el culo, literalmente, y descubrir que es uno de los placeres más bellos. Significa unir tu placer al mío sin vínculo castrante, sin matrimonio. Quiere decir gozar sin Norma, sin ley. Son únicamente vuestras inhibiciones las que os impiden entender que solo si os pasáis totalmente de nuestra parte podremos realizar nuestra revolución. Y el comunismo solo podrá ser nuestro, esto es, de todas nosotras, de nosotros que os podemos amar: ¿por qué queréis excluïros?

Es el capital lo que, insistentemente, sigue oponiéndoos a nosotros. Lo que debéis temer no es que al pasar a nuestro lado os den por el culo, sino que sigáis siendo lo que actualmente sois, machos heterosexuales como pretende la Norma, y por añadidura en crisis, como si ya no hubiese llegado la hora de oponerse para siempre a la crisis, a la

castración, al sentido de culpa, hora de «borrar la palabra *flip* del vocabulario»; como si no hubiese llegado la hora de rechazar gayamente el malestar que la sociedad nos ha impuesto y de detener la máquina totalitaria del capital realizando nuevas relaciones totalizantes: y, ya que somos cuerpos, relaciones eróticas entre todos.

Nos teméis por culpa del tabú que habéis interiorizado y del que os habéis hecho campeones: y vuestra debilidad está en el hecho de que lo seguís hipostasiando, del todo o en parte. Pero ese tabú es la marca del sistema en vosotros. Y nosotros no queremos dejarnos arrastrar hacia la catástrofe que acecha, ni queremos que la lucha por la liberación, que tiene un único enemigo auténtico, el capital, esté obstaculizada por vuestras resistencias, por los dogmas, por las vacilaciones, por vuestro representarnos a imagen y semejanza del sistema Padre. Vuestro terror a la homosexualidad es el terrorismo capitalista, es el terrorismo paterno, es el terror del padre que no habéis superado.

Han existido guerras en las que los opresores se han manchado con tales atrocidades y, en consecuencia, han degenerado hasta tal punto, que la única posibilidad para los oprimidos ahora vencedores ha sido la de eliminarlos totalmente. En casos similares, hay que esperar bien pocas deserciones. Se trata del principio de las guerras bíblicas: Dios ordena que ningún habitante de Jericó sobreviva a la toma de la ciudad. En lugar de las notas de la Internacional, suenan las del Degüello. Suenan las trompetas de Jericó.

Pero nosotros no queremos hacerlas sonar. Nosotros proponemos un entendimiento erótico: no queremos más destrucción, y es por dicho motivo que todavía tenemos que seguir luchando. Las guerras revolucionarias no son ni fueron nunca como la destrucción de Jericó.

En 1917, los bolcheviques y todos los revolucionarios proclamaron *guerra a la guerra* y el derrotismo entre *todos* los ejércitos. Los soldados rusos revolucionarios confraternizaron con los alemanes «vencedores», bailaron juntos, se abrazaron sobre el suelo ruso ocupado y compartieron el pan. Alemania fue derrotada por la revolución llevada a la patria por los soldados. El Ejército rojo que estaba formándose fue creado para *combatir la guerra*.

Solo en el caso de haber vencido la revolución en Alemania, habría podido salvarse Rusia. La auténtica derrota no estuvo en Brest-Litovsk, sino en Berlín. El motín de la flota francesa evitó a Rusia la invasión

aliada. *Aislados*, Hungría, Baviera y Ruhr cayeron uno tras otro. Rusia sobrevivió para asumir un nuevo papel represivo más perfeccionado. *Todos* fuimos derrotados, en aquel momento, ante Varsovia. Después, cada uno de nosotros ha tenido su Kronstadt. Pero el mayo que germina en nuestro interior nos obliga ahora, con gaya lucidez, a combatir la auténtica guerra contra el capital y ninguna más: ¡Eros a vosotros-nosotros, fascinantes hermanas y atractivos hermanos del universal incesto que se anuncia y se aproxima!

La sublimación del Eros en el trabajo

Y también el proletariado, la gran clase de los productores de todos los países, la clase que, emancipándose, emancipará a la Humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre, también el proletariado, traicionando sus instintos e ignorando su misión histórica, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo. Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo.

Paul Lafargue¹²

Según la teoría metapsicológica que ve en el proceso de civilización la conversión de poderosas fuerzas libidinales, su desviación de la meta sexual en la perspectiva del trabajo y de la civilización, el Eros reprimido puede ser considerado la energía de la historia y el trabajo puede ser visto como sublimación del Eros.

Escribe Freud: «En cuanto a la cultura, su tendencia a restringir la vida sexual no es menos evidente que la otra, dirigida a ampliar el círculo de su acción [...]; ya sabemos que la cultura obedece al imperio de la necesidad psíquica económica, pues se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para su propio consumo [...]; el temor a la rebelión de los oprimidos induce a adoptar medidas de precaución más rigurosas. Nuestra cultura europea occidental corresponde a un punto culminante de este desarrollo».¹³

¹² Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1973, p. 95.

¹³ Freud, «El malestar en la cultura», *Obras completas*, t. III cit., p. 32. Según Freud «maduro», como observa Francesco Santini, «la cultura no reprime únicamente la sexualidad,

Así pues, la civilización habría reprimido las tendencias del Eros definidas «perversas» para poder sublimar su energía libidinal en la esfera económica (y en la social: hemos visto cómo Freud estimaba útil la sublimación del homoerotismo en tanto que garantía de cohesión social).¹⁴ Se trata de una de las hipótesis más interesantes relativas a la causa de la afirmación histórica del tabú anti-homosexual; no debe ser considerada aisladamente, sino en relación con otras: en especial con las que descubre en la Norma heterosexual, y, por tanto, en el matrimonio y en la familia, la institucionalización de la sujeción de la mujer al hombre.

Según Marcuse, «contra una sociedad que emplea la sexualidad como medio para un fin útil, las perversiones desarrollan la sexualidad como un fin en sí mismo; así se sitúan a sí mismas fuera del dominio del principio de actuación, y desafían su misma base. Establecen relaciones libidinales que la sociedad debe aislar porque amenazan con invertir el proceso de la civilización que convirtió el organismo en un instrumento de trabajo».¹⁵

Esta afirmación aparece parcialmente envejecida y debe ser puesta en duda. Hoy es evidente que la sociedad utiliza a las mil maravillas las «perversiones» con fines utilitarios (basta acercarse al quiosco de la esquina o entrar en el cine para darse cuenta de ello inmediatamente). La «perversión» es vendida al detalle y al por mayor, es estudiada, repartida, valorada, comercializada, aceptada, discutida; se pone de moda, *in* y *out*: se convierte en cultura, ciencia, papel impreso, dinero (de no ser así, ¿quién publicaría este libro?). El inconsciente se vende en el mostrador del *carnicero*.

Si durante milenios, pues, la sociedad ha reprimido los componentes llamados «perversos» del Eros para sublimarlos en el trabajo, el sistema *liberaliza* actualmente las «perversiones», con el fin de explotarlas posteriormente en la esfera económica y de someter a los fines de la producción y del consumo *todas* las tendencias eróticas. Como ya he dicho en varias ocasiones, la liberalización solo se revela funcional

sublimada en la actividad económica, sino también el instinto de muerte, que también es puesto al servicio del principio de la realidad y exteriorizado en la conquista agresiva de la naturaleza. El hombre conquista y destruye el ambiente que le rodea, evitando de ese modo destruirse a sí mismo, prolongando el propio camino hacia la muerte». Cf. «Note sull'avvenire del nostro passato», *Comune futura*, núm. 1, junio 1975.

¹⁴ Cf. cap. III, párr. 7.

¹⁵ Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Barcelona, Seix y Barral, 1976.

a la comercialización, que se desarrolla en la óptica mortífera del capital. La «perversión» reprimida, pues, ya no constituye únicamente la energía del trabajo, sino que se encuentra también, fetichizada, en el producto alienante del trabajo alienado, y es impuesta por el capital, bajo forma reificada, en el mercado. Precisamente para poder ser liberalizada, o sea comercializada, la «perversión» debe seguir siendo sustancialmente reprimida y la energía libidinal que le es propia debe seguir siendo, en gran parte, sublimada en el trabajo y explotada: la *desublimación represiva* se afirma junto a la perpetuación de la sublimación coaccionada del Eros en el trabajo. Es obvio que las tendencias eróticas definidas «perversas» tienen que permanecer reprimidas, si la gente sigue aceptando los productos realmente obscenos y *perversos* que el capital impone en el mercado bajo la etiqueta de sexualidad «perversa», si todavía hay quien se contenta con «desahogar» los propios impulsos «especiales» limitándose a experimentar una mediocre excitación frente a los mediocres fetiches del sexo vendidos por el sistema. Actualmente, la lucha por la liberación del Eros es también rechazo del sexo liberalizado y, por tanto, enlatado de la sociedad permisiva: es rechazo del consumismo sexual.

Por otra parte, desde que el capital ha llegado a la fase de su *dominio real*; desde que, en otras palabras, la concentración y la centralización capitalistas, inseparablemente unidas al progreso técnico de las fuerzas productivas y «a la traducción tecnológica de las ciencias en la maquinaria industrial» (H. J. Krahl), han reducido al mínimo la cantidad de trabajo necesario, *la máxima parte de las horas laborales constituye sobretrabajo*; se trata de un «cambio en el carácter de los instrumentos básicos de la producción».¹⁶ «Con esta transformación ni el tiempo de trabajo utilizado ni el trabajo inmediato efectuado por el hombre aparecen ya como el principal fundamento de la producción de riqueza; ahora lo son la apropiación de su fuerza productiva general, su inteligencia de la naturaleza y su facultad de dominarla, puesto que se ha constituido en un cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social representa el fundamento esencial de la producción y de la riqueza».¹⁷ Se trata de la transformación que crea las premisas esenciales para la realización del salto cualitativo total

¹⁶ Marcuse, *El hombre unidimensional*, op. cit.

¹⁷ Marx, *Los Fundamentos*, op. cit., T. II, p. 202.

realizado por la revolución comunista. Marx añade: «A partir del momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de riqueza, el tiempo de trabajo debe y debe dejar de ser su medida, y el valor de cambio deja pues también de ser la medida del valor de uso. *El sobretrabajo de las masas* ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, del mismo modo que el *no-trabajo de algunos* ha dejado de ser la condición del desarrollo de las fuerzas generales de la inteligencia humana. En virtud de ello, la producción deja de estar basada sobre el valor de cambio, y el proceso de producción material inmediato queda despojado de su forma mezquina, miserable y antagónica. Se produce entonces el libre desarrollo de las individualidades. No se trata por ello de reducir el tiempo de trabajo necesario con objeto de desarrollar el sobretrabajo, sino de reducir en general a un mínimo el trabajo necesario de la sociedad. Ahora bien, esta reducción implica que los individuos reciban una formación artística, científica, etc., gracias al tiempo liberado y a los medios creados en beneficio de todos».¹⁸

Frente a dicho salto cualitativo, ante la perspectiva de la revolución y del comunismo, la represión sexual cumple una función obstaculizadora y obsoleta: en efecto, garantiza la sublimación forzada que permite la explotación económica, «el hurto del tiempo de trabajo del hombre» (Marx), el hurto del (tiempo de) placer de la mujer y del hombre, la constricción del ser humano a un trabajo que ya no es necesario en sí, sino indispensable a la perpetuación del dominio del capital. El trabajo sirve actualmente para el mantenimiento de las relaciones de producción y para asegurar la firmeza del edificio social que se ha fundado sobre ellas.

«El capital —afirma Virginia Finzi Ghisi— se ha servido hasta ahora de la naturaleza erótica del trabajo para obligar al hombre, al que ha sustraído previamente cualquier otra aventura sexual (la que sostiene con la mujer-esposa-madre en el ámbito familiar, no es aventura sino únicamente extensión de la sustitución), al trabajo». «La heterosexualidad [...] se convierte en la condición de la producción capitalista, en tanto que modalidad de la pérdida del cuerpo, hábito a verlo en otra parte, generalizado».¹⁹

¹⁸Ibídem, pp. 202-203.

¹⁹Virginia Finzi Ghisi, «Le strutture dell'Eros», ensayo publicado como apéndice a la edición italiana del FHAR, *Rapport contre la normalité*, op. cit., p. 183.

En la actualidad, la lucha por el comunismo debe manifestarse asimismo como negación de la Norma heterosexual basada en la represión del Eros que es esencial a la subsistencia del dominio del capital sobre la especie. Las «perversiones», y en especial la homosexualidad, expresan la rebelión contra el sojuzgamiento de la sexualidad por parte del orden constituido, contra la prácticamente total sujeción del erotismo (reprimido o desublimado represivamente) al «principio de prestación», a la producción y a la reproducción (de fuerza de trabajo).

El incremento de los medios productivos ya ha derrotado virtualmente la penuria, que ahora solo tiende a eternizar el capitalismo; y, si la sublimación de las tendencias «perversas» del Eros en el trabajo ya no es, por tanto, económicamente necesaria, mucho menos lo es canalizar todas las energías libidinales en la reproducción, en una época en que el planeta sufre a causa de la superpoblación. Claramente, las leyes restrictivas sobre el número de los hijos, los abortos, las guerras y el hambre decididas por el capital no resuelven el problema del incremento demográfico: sirven únicamente para *mantenerlo* dentro de los límites funcionales a la conservación y a la expansión del modo de producción capitalista; sirven para incrementar la industria bélica y para mantener el Tercer Mundo en unas condiciones de pobreza y atraso favorables a la consolidación del control económico y político del capital en los países menos «avanzados». El problema de la superpoblación se resuelve realmente a través de la difusión de la homosexualidad, la (re)conquista del placer autoerótico, la revolución comunista. No la restricción del Eros, sino, al contrario, su liberación concluye de manera positiva la tragedia demográfica.

En efecto, obligar al Eros a la procreación nunca ha sido realmente necesario, puesto que la sexualidad *libre*, en condiciones ambientales más o menos favorables, reproduce *naturalmente* la especie, sin necesidad de estar sujeta a ningún tipo de constricción. Por otra parte, si bien la lucha por la liberación de la homosexualidad se opone decididamente a la Norma heterosexual, uno de sus objetivos es la realización de nuevas relaciones gais entre mujeres y hombres, relaciones totalmente alternativas respecto a la pareja tradicional, relaciones idóneas, entre otras cosas, para un nuevo modo gayo de generar y de vivir pederásticamente con los niños.

No está excluido que la conseguida libertad transexual contribuya a determinar, en un futuro *relativamente* lejano, alteraciones de la estructura biológico-anatómica del ser humano capaces de convertirle, por ejemplo, en ginandro adecuado para la partenogénesis o nuevos tipos de procreación a dos (¿o a tres?, ¿a diez?...). Ya existen en la naturaleza animales como el hipocampo, por ejemplo, que desde siempre se reproduce de manera «invertida» (la hembra deposita en el cuerpo del macho los huevos y el macho los fecunda llevándolos consigo hasta el momento del parto). No sabemos lo que sucede en millones de otros planetas, otras constelaciones, otros sistemas solares... No sabemos qué formas de vida elevada existen más allá del magnífico cielo de Tiépolo que contempla esta noche la horrenda periferia de Milán.

Si se entiende que la represión del Eros, su sublimación y la Norma ya no son absolutamente necesarios a los fines de la civilización y de la afirmación del comunismo, mientras que se revelan indispensables para la perpetuación del capitalismo y de la barbarie, no es difícil descubrir en la manifestación del deseo homoerótico un fecundo potencial de violencia revolucionaria, al que va ligado la «promesse de bonheur» que Marcuse reconoce como carácter peculiar de las «*perversiones*».

Muchísimos «compañeros» heterosexuales consideran la cuestión homosexual *superestructural* y reivindican la prioridad de las problemáticas socioeconómicas (*estructurales*) respecto a las sexuales. Aun prescindiendo de la crítica, por otra parte, importantísima, de la esclerosis mecanicista y la dialéctica postmarxiana asumida, en muchos autodenominados marxistas, por las nociones de «estructura» y «superestructura», sigue siendo erróneo considerar únicamente «superestructurales» las temáticas sexuales, a partir del momento en que el propio trabajo, y con él la totalidad de la estructura económica de la sociedad, depende de la sublimación del Eros. En la base de la economía, se oculta la sexualidad: el Eros es *subestructural*.

Por encima de esta concepción (de matriz psicoanalítica) de la economía y de la función fundamental de la libido en el proceso de civilización, el propio marxismo —si bien desde un punto de vista históricamente limitado, en tanto que, entre otras cosas, heterosexual y por consiguiente parcialmente ideológico— *afirma la estructuralidad de la función sexual*. Engels escribe: «Según la teoría materialista, el

móvil esencial y decisivo al cual obedece la humanidad en la historia, es la producción y la reproducción de la vida inmediata. A su vez, estas son de dos clases. Por un lado, la producción de los medios de existir, de todo lo que sirve para alimento, vestido, domicilio y de los utensilios que para ello se necesitan; y por otro, la producción del hombre mismo, la propagación de la especie. Las instituciones sociales bajo las que viven los hombres de una época y de un país dados, están íntimamente enlazados con estas dos especies de producción, por el grado de desarrollo del trabajo y por el de la familia».²⁰

En este caso, las instituciones sociales rígidamente heterosexuales de la Europa del siglo XIX estaban condicionadas por la idea engelsiana de la sexualidad como movimiento determinante de la historia *en tanto que reproducción*. Engels, en especial, estaba muy en contra de la homosexualidad: en *El origen de la familia* habla de los hombres de la antigua Grecia que cayeron «en las repugnantes prácticas de la pederastia y [deshonraron] a sus dioses con el mito de Ganimedes como se deshonoraban ellos mismos».²¹ Hoy, no existe el menor problema en afirmar que la *concepción materialista* ha reconocido la importancia *estructural* del deseo, que no se puede hacer coincidir reductivamente con el mero instinto de procreación. Pero ello no impide que sea preciso que la crítica revolucionaria elimine los prejuicios presentes en el propio marxismo, la *verborrea* masculina que pide al «proletariado corrompido por la moral capitalista una resolución viril» (Lafargue)...

En cuanto a los «compañeros» heterosexuales, bastaría con que se liberasen de sus *fijaciones estructurales*, de la *superestructura* mental que les induce a actuar como el sistema permite, para que pudieran entender que la liberación de la homosexualidad es indispensable para la conquista de la emancipación humana. Por ahora, es fundamentalmente el rechazo de su deseo gay y su adaptación al tabú antihomosexual tan querido por el sistema lo que les induce a tratar la cuestión homosexual de manera *capitalista*, en sustancia a negarla.

²⁰ Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1970, p. 12.

²¹ *Ibíd.*, pp. 82-83.

La absolutización de la genitalidad, o sea el idiotismo heterosexual... y, en general, es mucho más difícil persuadir de la inoportunidad de permanecer anclados a la propia libido a los idealistas que a los hombres simples y de pretensiones modestas.

Sigmund Freud²²

En «Omosesualitá e cultura», artículo aparecido en el *Corriere della Sera* en febrero de 1975, Franco Fornari recoge la hipótesis freudiana sobre el origen de la homosexualidad masculina expuesta en *Psicología de las masas*.²³ Escribe: «El homosexual se identifica a sí mismo con la propia madre y concibe a su *partner* como el sustituto de él mismo cuando niño. Al utilizarse a sí mismo para representar a su madre y al utilizar al propio *partner* como sustituto de sí mismo, el homosexual no solo quiere recuperar de manera autárquica una irrecuperable relación de amor infantil, sino que realiza esta operación a través de una semántica confusa, análoga a la de Narciso, que toma por otra la propia imagen en el arroyo».

Ipsa dixit: una hipótesis freudiana se convierte en certidumbre absoluta bajo la pluma de Fornari, que, por añadidura, la carga de un taxativo juicio sobre el carácter inequívocamente «confuso» de la «semántica» gay. Pero la «semántica» de las relaciones homosexuales es «confusa» solo en la medida en que confunde a Fornari, que no entiende absolutamente nada de ella; por otra parte es evidente que solo los gais podemos *diseccionar* y entender la «semántica» del homoerotismo. Los homosexuales queremos que los heterosexuales dejen de una vez de sentenciar acerca de las manifestaciones del deseo gay, a partir del momento en que dicho deseo precisamente ha sido rígidamente reprimido en ellos. Si censuran una parte de sí mismos y están convencidos de que así funcionan las cosas, ¿cómo pueden hablar de quien, en cambio, la vive si no es en sentido menospreciativo?

En cualquier caso, antes de proceder a examinar una por una las afirmaciones de Fornari, me parece oportuno que nos hagamos una idea, aunque sea más o menos somera, sobre su teoría de la sexualidad.

²² Freud, «Introducción al narcisismo». Pasaje que no aparece en las *Obras Completas* de Freud, *op. cit.*, que solamente recoge la primera versión de dicho ensayo.

²³ Cf. cap. I, párr. 8.

Como resume claramente Aldo Tagliaferri en su ensayo «Sulla dialettica tra sessualità e politica», polemizando con la ideología de la genitalidad ilustrada por Fornari en *Genitalità e cultura*: «Fornari, en el loable intento de resolver el antagonismo entre la naturaleza y la cultura, corta el nudo gordiano (y freudiano) de la relación entre genitalidad y pregenitalidad diferenciando claramente los dos principios e ilustrando el significado de la primacía genital, “ápice del desarrollo humano”. Considera la pregenitalidad sustancialmente extraña al acoplamiento y delinea su estructura, antagonista respecto a la de la genitalidad, según un esquema simétrico que podemos resumir de la siguiente manera: la *relación genital* está basada en el intercambio; da lugar a un orgasmo controlado: supone consenso y contractualidad; alcanza la máxima valorización del objeto; responde a un correcto examen de la realidad; mientras la *relación pregenital* está basada en la apropiación predatoria infantil; da lugar a un orgasmo pregenital incontrolado por el Yo; supone el esquema amigo-enemigo; celebra la omnipotencia del sujeto a través de una pulsión de apropiación; es de naturaleza ilusoria».²⁴

Según Fornari, la *relación genital* es exclusivamente heterosexual, mientras la homosexualidad entra plenamente en la esfera pregenital. En *Genitalità e cultura* escribe: «La reflexión desarrollada acerca del significado de las perversiones como discurso confuso y de rechazo de la dependencia del objeto genital y de sobrevaloración del objeto pregenital, también se refiere en realidad a la inversión. Prescindiendo de las relaciones anales que pueden intervenir en los homosexuales, la inversión aparece producida sobre todo, además de por la confusión corporal, por la *confusión de personas*, tanto en referencia al *self* como al *no-self*.²⁵ Y aquí repite la habitual retahíla de la identificación «introyectiva» y «confusa» del homosexual con la madre, y de la identificación «proyectiva» y siempre «confusa», por parte del homosexual, del *partner* consigo mismo.

Antes de proseguir, quisiera detenerme un momento sobre las «relaciones anales que pueden intervenir en los homosexuales» (de

²⁴Aldo Tagliaferri, «Sulla dialettica tra sessualità e politica», en *Sessualità e politica: Documenti del Congresso internazionale di psicoanalisi, Milano 25-28 novembre 1975*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 225.

²⁵Fornari, *Genitalità e cultura*, *op. cit.*, p. 27.

las cuales Fornari, en cambio, *prescinde*). ¿Por qué *en los* homosexuales? ¿Y no *entre* los homosexuales? Evidentemente, lo que más preocupa a nuestro psicoanalista, aquello de lo cual no puede realmente *prescindir*, es la enclada: el hecho de que alguien pueda correrse dentro. Pero y ¿la enclada heterosexual? Fornari también pasa de puntillas por esta.

Tagliaferri observa cómo Fornari define la genitalidad por exclusión de lo «no-genital» o «pregenital»: «pero precisamente esto asegura y demuestra la dependencia de la genitalidad de la pregenitalidad. Lo que le resta de calificante a la genitalidad adulta es la llamada “pulsión de intercambio”. Pero la pulsión es básicamente elemental y su elementalidad supone la unidireccionalidad de la intensidad originaria. Que una pulsión puede considerarse componente de un proyecto de intercambio es más que razonable, pero que pueda, en su estado originario, en su estado de nacimiento, presentarse compuesta y mediada como la transformaría la operación de intercambio, es absolutamente contradictorio con el mismo concepto de pulsión. La pulsión en sí transporta, por tanto, hacia atrás (tanto históricamente como lógicamente), al mundo intensivo y prelógico de la sexualidad infantil, que Fornari intenta exorcizar inútilmente».²⁶

En *Omosessualità e cultura*, Fornari afirma también que quien, como Pasolini en un discutido artículo sobre el aborto, sostiene la conveniencia de estimular las relaciones homosexuales con el fin de afrontar el problema del incremento demográfico —*más desviación, menos embarazos*—, es responsable de un retorno del rechazo colectivo. Y hasta aquí no hay más remedio que darle la razón. Sin embargo, en su opinión, lo rechazado sería aquella «selva» subconsciente de lo imaginario, oculta en cada cual bajo la primacía de la genitalidad heterosexual. Es decir, que, si únicamente la heterosexualidad es considerada «normal» por la «cultura», ello sucede en tanto que la cultura sería «cultivo» que se contrapone a la «selva». Fomentando la difusión de la homosexualidad, según dice Fornari, nos situaríamos, en cambio, en contra de lo «real», optando por «lo imaginario al poder». «Pero si bien esta puede ser una operación válida cuando se trata de realizar un proyecto poético, totalmente sometido a la discrecionalidad humana —añade Fornari—, deja de serlo cuando se trata de realizar un

²⁶Tagliaferri, «Sulla dialettica», *op. cit.*, p. 226.

proyecto político, esto es, un proyecto cultural real centrado en la supervivencia humana». «Para sobrevivir hay que engendrar», y aunque todos tengamos nostalgia de las «aguas maternas, la realidad nos ha enseñado que nadie podrá encontrarse nunca en aquellas aguas, si no ha habido un coito heterosexual para crearlas».²⁷

Pero la «realidad» a que se refiere Fornari (lo «real» opuesto a lo «imaginario») no es la *realidad* en sentido absoluto, puesto que la realidad absoluta no existe: de la misma manera que la «cultura-cultivo» actual es ideología, costumbre y ciencia capitalistas, es «cultura por la parte de la cultura determinada que Fornari acepta como Cultura» (Tagliaferri), también la «realidad» con la que nos encontramos es la realidad del capital, contingente y transitoria pese a que se presente como necesaria y absoluta, y es en contra de ella que lucha el movimiento comunista revolucionario. Se trata, desde el punto de vista de la revolución y de la emancipación humana, de borrar de una vez por todas *esta realidad* y no de aportarle modificaciones parciales, sumando realidad a la realidad, reformando el «cultivo» natural.

Por otra parte, no es en absoluto cierto que las «perversiones» y en especial la homosexualidad no se enfrenten cotidianamente con el *principio de realidad*, que sin duda no se reduce a la hipóstasis de *esta determinada realidad* operada por Fornari. Aldo Tagliaferri especifica: «El principio del placer y el principio de la realidad son dos polaridades abstractas que, como tales, o sea en tanto que conceptos absolutos, solo pueden subsistir separadamente en una realización insana. Fornari utiliza su radical separación con los fines exclusivos de desacreditar uno de los dos. Pero [...] existe una precisa perspectiva de síntesis dialéctica de los dos principios por la cual se funden manteniendo cada uno de ellos el lado positivo de su naturaleza. Manteniendo, que-remos decir, el principio del placer su propia calificación de *fin*, y el principio de la realidad la propia calificación de *medio* [...]». «...Tanto a nivel existencial como a nivel teórico, cosa fácilmente documentable, los proyectos de recuperación de la pregenitalidad, a excepción de los de tipo artístico, pueden ser acompañados de concienzudos exámenes de la realidad. Cuando el principio de realidad que rige el marxismo intenta extenderse por analogía al sexual, su examen de la realidad debiera consistir en tomar en consideración el sexo en su

²⁷Fornari, *Omosessualità e cultura*, *op. cit.*

especificidad, en proceder a un examen científico de la realidad del principio del placer. Es preciso, pues, renunciar como mínimo a separar claramente en la realidad los comportamientos que están dirigidos por los dos principios, y renunciar, asimismo, a sentenciar que quien persigue el principio del placer debe, en consecuencia, renunciar a la lógica de lo real». ²⁸

Que sea luego precisamente una «selva» lo que se oculta bajo la actual forma de «cultivo», no pasa de ser una hipótesis que Fornari presenta como verdad absoluta con el fin de absolutizar la forma actual de la «realidad». Todavía sabemos demasiado poco acerca de nuestro inconsciente, de nuestro imaginario, para describirlo como «selva» en lugar de como «lujurioso jardín».

Es cierto, sin embargo, que el sustrato psíquico «proyectado» y descubierto por los «esquizofrénicos» aparece, sobre todo a ojos de los «normales», realmente enloquecido (aunque al mismo tiempo sorprendentemente sincero y honesto): no cabe duda de que el *trip* «esquizofrénico» pone en cuestión el orden ideológico. Y también es cierto que, en el inconsciente, «también encontramos [...] al salvaje, al hombre primitivo, tal y como se nos muestra a la luz de la Arqueología y de la Etnología». ²⁹ Sin embargo, si la experiencia del «esquizofrénico» aparece caótica, ello se debe al hecho de que el «loco», aislado y marginado, «proyecta» su universo interior sobre el mundo invertido del capital, donde la «realidad» es, para ser exactos, *apariencia* que (des)vela la realidad de la explotación legal, del privilegio masculino y de la represión sexual (la «realidad» es actualmente *apariencia* que oculta la absurda y racional irracionalidad, auténtica realidad del capital). Y, viceversa, nuestro yo profundo está alterado en tanto que refleja los caracteres caóticos y la representación salvaje del sistema. Para terminar: la auténtica *selva* es el «cultivo» capitalista, que protege la Norma heterosexual y sofoca todas las ramificaciones del deseo llamadas «perversas».

Hemos visto que, si por una parte la perpetuación de la Norma asegura la represión del Eros y su sublimación en el trabajo, por otra *dicha* sublimación y *dicho* trabajo solo sirven para prolongar el dominio del capital y de la barbarie. Hoy, existen fundamentalmente fábricas inútiles que producen mercancías inútiles, realidad inútil y destructiva (*toda la*

²⁸ Tagliaferri, «Sulla dialettica», *op. cit.*, p. 228.

²⁹ Freud, «Un caso de paranoia», *op. cit.*, p. 693.

publicidad sirve para vender productos superfluos); hoy domina el «cultivo» asfixiante y cancerígeno: falta la vida, falta el espacio verde, faltan casas, falta aire. Nuestra existencia, nuestra psique, están construidas en gran parte como la ciudad contaminada del capital: demasiado trabajo inútil y alienado, demasiada realidad absurda, demasiada desgracia e incomunicabilidad sofocan al ser humano, tanto dentro de cada uno de nosotros como en la sociedad que está compuesta por todos.

El movimiento de los comunistas lucha por la determinación de un futuro libre, por la realización de un jardín de la existencia intersubjetiva en el que cada uno de nosotros coge a su antojo y de acuerdo con sus necesidades los frutos del árbol del placer, del saber, de una «ciencia» que será *gaya ciencia*. El ser humano habrá vencido su lucha milenaria con la naturaleza: entonces podrá entrar en relación armónica con ella y consigo mismo.

Hoy se han desarrollado las premisas históricas necesarias para la realización del «reino de la libertad» (Marx). Hoy se trata de derrotar el capital, que eterniza inútilmente y para su exclusivo beneficio el desafío hombre-naturaleza, destruyendo la especie al tiempo que la naturaleza. Los homosexuales revolucionarios somos partidarios de la vida, esto es, de las alteridades totales. Es preciso rescatar a la humanidad de la totalidad de su pasado, de la oscura *prehistoria* que pesa en el interior de cada uno de nosotros.

Hoy, al igual que siempre, a partir de la disolución de la comunidad primitiva, la represión de las mujeres está en la base de la explotación de clase convertida ahora en *dominio real* del capital sobre la especie: «El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino».³⁰ Dicha opresión constituye el sustrato de toda la dialéctica *prehistórica* de la contraposición entre las clases desde entonces hasta hoy, y la heterosexualidad, o, mejor dicho, la Norma, es esencialmente funcional a dicha opresión.

Si bien es cierto, como afirma Fornari, que los homosexuales nos identificamos con la madre en lugar de con el padre, también lo es que ahí está uno de los potenciales revolucionarios de nuestra condición: la negación, en embrión, de la antítesis hombre-mujer.

³⁰ Engels, *El origen de la familia*, op. cit., p. 83.

En cuanto a la teoría del narcisismo homosexual, es evidente que solo una mentalidad tarada por el sentido de culpa y por los remordimientos ligados a la masturbación puede hablar de narcisismos solo en la clave despreciativa. Y, si bien el narcisismo aparece en las relaciones homosexuales, es precisamente en la capacidad de reconocerse a sí mismo en los demás, de donde surge una notable fuerza revolucionaria, encaminada a la conquista de la intersubjetividad comunista y a la superación del velo de Maya de la individualidad atomizada.

Si para Fornari reflejarse en el otro significa desconocerle, para nosotros quiere decir, al contrario, *reconocer* al otro y a lo que nos asemeja a él. Narciso creía descubrir un alter ego en el arroyo: el homosexual se descubre a sí mismo en los demás, capta la humanidad a través de las diversidades que diferencian a cada uno de los hombres. Si Narciso, reflejándose en el agua, en el mundo, franqueaba poéticamente la frontera entre Yo y no-Yo que está en la raíz de la «neurosis occidental de la contraposición entre materia y espíritu», hoy no es posible una reconciliación revolucionaria totalizante entre seres humanos sin que se reconozcan los unos en los otros, en la naturaleza, en *nuestros* cuerpos y en el proyecto común comunista. Narciso, hoy, podría ser adoptado como símbolo revolucionario (N.A.R.C.I.S.O.: Núcleos «armados» revolucionarios comunistas intenacionalistas subversivos [h]omosexuales).

Pero, ¿cabe decir, como sostiene Fornari, que el homosexual ve en el *partner* al «sustituto de sí mismo niño?». No creo en la teoría del *sustituto*, aunque creo que cualquier persona, hetero u homosexual, recoge *a veces* en la intimidad amorosa, en el *partner*, el «chiquillo» que sigue presente en cada adulto (y este niño que en el fondo se revela en el otro nos recuerda el niño que hemos sido y que todavía se mantiene en nosotros). Según Georg Groddeck, «en realidad, raramente se es [adulto], y ello solo en la superficie. Más bien jugamos a serlo, lo mismo que los niños».³¹ Y añade: «La vida comienza con la infancia y va, por mil caminos, a través de la madurez, hacia una única meta: la niñez de nuevo. Y la única diferencia entre los hombres es que unos se vuelven infantiles y otros añiñados».³²

Cuando un homosexual hace el amor con un hombre mucho mayor que él, puede suceder, en efecto, que vea en él al niño; pero con más

³¹ Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 44.

³² *Ibidem*, p. 45.

frecuencia le suscitará «fantasmas» que —si precisamente queremos referirlos a la infancia— le recuerdan figuras de adultos conocidos en el pasado, cuando era niño. El amor es bello porque es vario: solo Fornari puede pensar en generalizar, para los homosexuales, un único tipo de situación amorosa (la cual, se comprende, no tiene por qué desarrollarse precisamente en los términos establecidos por él).

Pero, en *Genialità e cultura*, Fornari se pasa de rosca. En efecto, después de haber afirmado que siempre, una vez «consumada» una relación sexual, los gais experimentan una sensación de inmediato disgusto hacia el *partner* y hacia ellos mismos —y esta es una idiotez tan descomunal que no creo que valga la pena comentarla: aunque no se pueda evitar, frente a afirmaciones parecidas, reflexionar un instante sobre qué portentosas mentiras presentan nuestros profesores como «realidad», como «ciencia»—, Fornari sostiene que el homosexual, repitiendo algunas «distorsiones de la sexualidad infantil», se deja engañar por la ecuación simbólica ilusoria «nalgas = seno»: en pocas palabras, el homosexual confunde las nalgas del *partner* con el perdido seno materno. Así, «en el momento en que, en la pederastia, un niño o un adolescente se convierten en objetos sexuales, el interés por las nalgas-seno puede hacer vivir la ilusión de una posesión total de los senos perdidos, convertidos en partes de uno mismo, a través de partes de un objeto fantaseado simultáneamente como parte de uno mismo y como parte de la madre. No obstante, el hecho de que las nalgas, en el plano real, no sean realizables como contenedores de leche, sino como contenedores de heces, expone las ilusiones infantiles que están detrás del comportamiento homosexual al caer, en cuanto aparece, después de la satisfacción, el significado del lío que está implícito en el ser “dado por el culo”. El montaje de la libido homosexual [...] debe tener en cuenta la inevitable desilusión a que expone la omnipotencia anal, en la medida en que se esfuerza en presentar como intercambio de cosas buenas algo que está amenazado desde dentro por la sensación de intercambio de cosas malas».³³

Por lo que concierne a las «cosas malas», habría que comenzar por preguntar a Fornari cuándo, por última vez, ha comido mierda y le ha parecido mala... Que la mierda es mala, como sostiene Fornari, es un *prejuicio*: que primero la pruebe y que luego nos lo haga saber (aparte del hecho de que la coprofilia no se agota en la coprofagia).

³³Fornari, *Genialità e Cultura*, *op. cit.*, p. 67.

En cuanto a la expresión «ser dado por el culo», el significado «lío» le ha sido atribuido por la «cultura» masculina heterosexual, sexofóbica y antigay: para nosotros homosexuales (repiteámoslo una vez más), tomar por el culo no es en absoluto un lío, sino un hecho real, agradable y agradabilísimo que nada tiene que ver con ecuaciones ilusorias del tipo «nalgas = seno». El culo es mío, y sé perfectamente que el seno es otra parte del cuerpo. Cuando, por otra parte, deseamos dar por el culo a alguien, no me parece en absoluto que confundamos las nalgas con el seno de mamá y, aunque a un nivel profundo, fuese así, ¿qué tendría de malo? Sabemos perfectamente que las asociaciones del inconsciente —y del inconsciente de todos, incluidos los «normales»— son como mínimo «originales», extrañas, y está claro que no coinciden con las relaciones «lógicas» de la ilusión que Fornari considera «realidad». En cualquier caso, habría que establecer con base en qué extraordinarias facultades intelectivas Fornari es capaz de escrutar entre las verdades del yo profundo mejor de lo que podamos hacerlo los maricas (en ocasiones con una pizca de *sense of humor*). A propósito: ¿qué decir de todos aquellos hombres que, en sus relaciones heterosexuales, se hacen meter un dedo en el culo por las mujeres? ¿Qué confunden los dedos de la *partner* con el pene deseado del padre? ¿O qué han sido amamantados con biberón?

Evidentemente, presentar una interpretación facilona como «realidad» es el medio más simple para desconocer la *realidad*, para deformarla y para asegurarse al mismo tiempo una cátedra de Psicología en las universidades del capital, aparte del espacio de una columna en el *Corriere*.

Para Fornari, además, la homosexualidad sería regresiva, en tanto que basada en el deseo de recrear en el amor la relación infantil perdida de la madre con el hijo: ¿y qué decir *entonces, de la heterosexualidad, que está centrada, por parte del macho, en el deseo inconsciente de volver a entrar en el vientre materno, retornando al estado fetal?* Sin lugar a dudas, Fornari finge haber olvidado al Ferenczi de *Thalassa*, aquella obra magistral por la que Freud calificó al psicoanalista húngaro, que había sido su discípulo, de maestro suyo. Pero recurramos de nuevo a Groddeck. Según él, es precisamente la heterosexualidad masculina la que está basada en el deseo de recrear la perdida relación amorosa con la madre y el problema digno de consideración es

cómo se pasa de la homosexualidad, «que procede como consecuencia necesaria del amor por uno mismo», al deseo por el otro sexo. «En el muchacho la cosa me parece ser bastante simple. Los nueve meses de estancia en el seno materno, los largos años de dependencia del cuidado de unas manos femeninas, todas las ternuras, alegrías, placeres y satisfacciones que la madre le proporciona y le puede proporcionar, ofrecen un contrapeso tan considerable al narcisismo que ya no hace falta buscar más». ³⁴

¿Y es finalmente cierto, como sentencia Fornari, que el coito heterosexual debe, tanto ahora como en el futuro, preceder a la concepción? No es así: muchísimas feministas y muchísimos homosexuales no están en absoluto de acuerdo con Fornari y definen falocéntrica la absolutización del modo de reproducción actual. No es momento de hablar de la fecundación artificial o de cosas semejantes, porque es muy difícil imaginar qué grandiosas consecuencias promoverán la liberación del Eros y de las mujeres. Una vez más, Fornari, inmerso en las tinieblas de la ceguera que significa la ideología capitalista heterosexual, se fomenta en la hipóstasis de una realidad cuya futura superación es muy posible imaginar; así es como ha sido posible teorizar su origen hipotético (véase Ferenczi, por ejemplo) en el pasado remoto de las especies vivientes.

La heterosexualidad no es *eternosexualidad*: la procreación heterosexual no es eterna pese a la obstinación con que los heterosexuales reaccionarios, y Fornari entre ellos, vinculan estrictamente la absolutización de la primacía de su genitalidad a una utilización arbitraria, antimaterialista, adialéctica, incluso oscurantista del concepto de «naturaleza». En el fondo, los heterosexuales convencidos apelan de nuevo a la dicotomía entre «naturaleza» y «contra-naturaleza»: es como afirmar —el paso es breve— que la heterosexualidad reina por la gracia de Dios. *Oh my gay God!*

Los «normales» frente a los travestis. Notas sobre la familia

Las personas llamadas «normales» están tan condicionadas al código masculino heterosexual que no son capaces de entender, en general,

³⁴ Groddeck, *El libro del Ello*, op. cit., p. 259.

la relatividad, la contingencia y la limitación del concepto de «normalidad». Fornari hace bien en darles de beber, desde las páginas de los diarios o desde las de sus tratados. Las personas «normales» no piden otra cosa que la confirmación de los propios prejuicios por parte de alguna *autoridad*: están dispuestas a deshacerse en elogios de cualquiera con tal de que sostenga que la Ciencia, la Cultura y la Realidad convalidan cuanto sanciona la norma. Los «normales» buscan una relación *tautológica* con la «ciencia»: pretenden que el estudioso predique lo que desde siempre constituye el predicado ideológico en el que se refleja su identidad de «normales».

Así, si los heterosexuales han considerado desde siempre reprochable el homoerotismo, bienvenido sea quien afirma que los homosexuales son «inmaduros y confusivos». Las «perversiones» deben ser estigmatizadas, deben seguir «protegidas» por el velo «científico» de las más groseras mentiras, «como si (se) temiera caer en la tentación y (se) abrigara en el fondo una secreta envidia a los perversos».³⁵

Las personas «normales» no soportan a los gais no solo porque ellos, con su presencia, manifiestan una dimensión del placer encubierta por el tabú, sino porque, al mismo tiempo, escupen a la cara de los demás, la confusión de *su* existencia monosexual, mutilada, asediada por el rechazo, inducida a la renuncia y a la adaptación a una «realidad» impuesta por el sistema como si fuese destino normalísimo.

Obsérvese, por ejemplo, la actitud de la gente «normal» frente a los travestis: se trata, en general, de reacciones de asco, irritación, escándalo. Y de risa: se diría que, como reflejándose en un espejo deformante, quien contempla a un travesti ríe de la deformación de sí mismo; en aquella imagen «absurda» reconoce, sin darse cuenta, la absurdidad de la propia imagen y responde con la risa al absurdo. En efecto, el travestismo traduce en comedia la tragedia existente en la polaridad de los sexos.

No es difícil entender el denominador común que une en relación de parentesco todas las variedades de las actitudes asumidas por la gente ante las mariquitas y en especial los travestis: cualquier reacción, sea de risa o de otro tipo, no hace más que expresar, en cantidad y manifestaciones cualitativas diferentes, un deseo extrovertido bajo signo negativo como agresividad, y *miedo*; o, más exactamente,

³⁵Freud, «Introducción al psicoanálisis», en *Obras Completas*, volumen II, *op. cit.*, p. 224.

angustia. En efecto, no es realmente la mariquita o el travesti quienes constituyen un objeto temible para las personas «normales»: nosotros nos limitamos a representar la imagen que hace de médium entre el ámbito de su observación consciente y un oscuro objeto temible arraigado en el inconsciente. Esta angustia se convierte en carcajadas, acompañadas con frecuencia de formas de violencia verbal e incluso física.

Los travestis, al vestirse a sí mismos y al propio sexo con los atributos históricos exteriores del sexo «opuesto», focalizan, interpretándolo, el absurdo unido a la diferenciación cultural marcada entre los sexos y a su absolutización ideológica.

Quien se ríe del travesti reacciona a la intuición de ese absurdo, que está —al igual que en cualquier ser humano— en sí mismo y que el hombre vestido de mujer, que se le presenta bruscamente a la vista, exterioriza en la «absurdidad» de su apariencia exterior. El encuentro con el travesti provoca angustia porque sacude desde los fundamentos, en el espectador, la forzada estaticidad de las categorías rígidamente dicotómicas que cristalizan la dualidad de los sexos, categorías inculcadas en cada uno de nosotros por la cultura masculina heterosexual, sobre todo a través de la mediación familiar que propone desde sus primeros días al niño la contraposición de la figura materna y de la paterna, personificaciones «sagradas» de los sexos en su relación de sierva / patrono. Cada uno de nosotros construye y establece sobre los modelos de los progenitores su propia concepción del «hombre» y de la «mujer», del primero como virilidad, privilegio y poder, de la segunda como feminidad y sujeción. Adaptamos a esos modelos, que nos vinculan gracias a la sacralidad de la trama de los vínculos familiares que ha determinado nuestra personalidad, la concepción de cualquier persona que, en el transcurso de la vida, podamos encontrar o incluso únicamente imaginar: no nos topamos más que con «hombres» o «mujeres» mientras solo sepamos imaginar «hombres» o bien «mujeres». Incluso en nosotros mismos solo sabemos reconocer el «hombre» o la «mujer», pese a la naturaleza transexual de nuestro yo profundo y pese a la formación en el contexto de la familia, donde nuestra medida existencial ha sido tan determinada por la relación con la madre como por la relación con el padre. El hijo de la relación sierva/patrono entre los dos sexos ve en sí mismo un único sexo. Esta unicidad no le parece contradictoria respecto a la evidencia del

hecho de que él ha nacido de la fusión de los dos sexos: bueno, basta con *quererse* mirar en el espejo (en un trip) para descubrir claramente en nuestro rostro los vividos rasgos tanto de la madre como del padre. La monosexualidad depende del rechazo de la transexualidad. Y la transexualidad ya es negada antes del nacimiento: en efecto, la misma concepción procede de la negación totalitaria del sexo femenino por obra de la unicidad del falo como sexo en el coito y de su «poder» en la pareja parental.

Pero el falo no coincide exactamente con el pene, aunque se le superponga: mientras el pene diferencia anatómicamente al macho, el falo representa la absolutización patriarcal de la idea (*del poder masculino*) que el pene encarna, idea que caracteriza la *prehistoria* en tanto que *history*. En un mundo de símbolos, la forma que asume la simbología ideal del poder es fálica.

Este «poder» se basa concretamente en la represión del Eros, que es represión de la mente, del cuerpo, y *del mismo pene*, y que es sobre todo negación de la feminidad (prehistóricamente, depende en primer lugar de la represión de las mujeres).

De la negación del sexo femenino en la relación heterosexual nacen individuos de sexo masculino o de sexo femenino, sexuados los primeros (en tanto que portadores del pene, vehículo corporal del único sexo según la esencia de la concepción patriarcal: el falo), «eunucas-mujeres» los segundos: *aut-aut*. Esta es la tragedia «natural»: las personas «normales» no soportan que el travesti denuncie su aspecto grotesco, cometiendo un sacrilegio al confundir la sagrada oposición de los sexos, a partir del momento en que combina en sí mismo a ambos sexos puesto que se atreve a aplicar la feminidad reducida a apariencia a la realidad de su ser masculino. El travesti comete un pecado gravísimo que clama venganza ante el Falo.

En el caso de que sea macho, el hijo de la relación heterosexual se verá obligado a sofocar su «feminidad», y por consiguiente la transexualidad, puesto que la educastración le obliga a identificarse con el modelo viril del padre. El hijo debe identificarse con un progenitor mutilado, que ya ha perpetrado la negación de la propia «feminidad» y que basa su privilegio en la familia y en la sociedad precisamente sobre dicha *mutilación*, de la que no se da o no quiere darse cuenta, mientras presenta como «mutilación natural» la natural diversidad

de las mujeres y la mutilación sufrida por ellas precisamente a cargo del «poder» masculino, que él, en tanto que padre, tutor del orden, perpetúa. El padre ejecuta la anulación sexual de la madre, anulación a la que había sido condenada desde el nacimiento (en tanto que, según el punto de vista patriarcal, ser humano de segundo orden por estar desprovista del pene); desde antes del nacimiento, puesto que la represión de la feminidad, de la mujer, lleva miles de años en vigor.³⁶ En su relación sexual con la madre, el padre, en general, absolutiza el papel pasivo de la mujer, su función de agujero-receptáculo del falo del que él, en cambio, está provisto y que «es» el sexo único, evidente, agente, en cuya forma simbólica está alienada la sexualidad femenina y la de todos: hecho que aparece a los ojos del hijo a través de todas las manifestaciones de la relación entre los padres.

Si es mujer, la hija de la pareja heterosexual será condenada a reconocerse en el estereotipo de la «feminidad» como negación de la mujer y ello mediante la educación que le obliga a identificarse con el modelo servil de la madre. Además de la ocultación del clítoris, la educastración consiste en la represión del deseo homosexual y de la transexualidad, de toda la dimensión erótico-existencial de la mujer. Es preciso que la (tran)sexualidad femenina sea violentamente reprimida para que la mujer pueda aparecer «femenina», apta para la sumisión al macho y las coacciones de su sexualidad que es «la única auténtica». Con base en la Norma, la sexualidad femenina no debe existir si no es en tanto que sometida: no debe existir en sí y para sí, sino extrañada de sí misma por el otro.

«Todo ello pone en evidencia el hecho de que, históricamente, la feminidad haya sido sentida como castración y que, según Freud, en un determinado momento el niño vea en la madre una criatura mutilada, y viva a partir de aquel momento la angustia de la castración».³⁷ Adorno observa (y estas no son más que opiniones de machos):

Lo que los burgueses (en su ceguera ideológica) llaman naturaleza no es sino la cicatriz de una mutilación social. Si es cierto,

³⁶ La sociedad matriarcal entró en crisis en el período que Engels y Morgan denominan de la «barbarie» (8000-3000 a.C.) y desapareció en el período siguiente, la «civilización». Engels escribe: «La abolición del derecho materno fue la *gran derrota del sexo femenino*». Cf. *El origen de la familia*, op. cit., p. 74.

³⁷ Santini, *Note sull'avvenire del nostro passato*, op. cit., p. 28.

como afirma el psicoanálisis, que las mujeres sienten su constitución física como la consecuencia de una castración, significa que intuyen, en su neurosis, la verdad. Aquella que cuando sangra se siente como herida, sabe mucho más sobre su propio cuerpo que aquella que se considera como una flor porque así le place a su compañero. La mentira no consiste solo en el hecho de que la naturaleza es afirmada solo allí donde está tolerada y encuadrada en el sistema, sino también en que aquello en que nuestra civilización aparece como naturaleza está, en realidad, en las antípodas de la naturaleza: es la objetivación pura y simple. El tipo de feminidad que se reclama del instinto es precisamente aquel con que cada mujer debe adaptarse a la violencia, a la violencia masculina. Las mujercitas son los hombrecitos.³⁸

En nombre del falo, el macho está obligado a olvidar el vacío sensual del propio culo, mediante la negación de su plenitud erótica. Al avergonzarse del ano porque es agujero, y por tanto —según palabras de Sartre— «presencia de una ausencia» al igual que la vagina y el ojo del culo de la mujer, llega a imaginarlo como «ausencia de una presencia»: esto es, desconoce en absoluto que podría gozar con el propio culo, y considera vergüenza y máximo deshonor la sexualidad reconocida y ejercida sobre él (el sentimiento masculino del honor surge de la vergüenza). Los árabes, entre los cuales la homosexualidad masculina es en la práctica universalmente manifiesta, juzgan, de manera paradójica, muy deshonroso para un hombre dejarse encular: censuran el «papel pasivo».³⁹ Dicho tipo de discriminación y

³⁸Theodor W. Adorno, *Mínima moralía*, Turín, Einaudi, 1970, p. 88

³⁹Cf. Piero Fassoni y Mario Mieli, «Marocco miraggio omosessuale», *Fuori!*, núm. 4, octubre de 1972. Cf. también «Les arabes et nous», en *Grande Encyclopédie des Homosexualités*, *op. cit.*, pp. 10-27 y los artículos siguientes. En Europa se sabe muy poco acerca de la realidad homosexual entre el pueblo árabe y, más generalmente, entre las naciones islámicas. Debemos recordar que la homosexualidad forma parte de la institución religiosa islámica. Sobre la base de un principio contradictorio, admite la homosexualidad activa, mientras emite una condena moral hacia la homosexualidad pasiva. Para el *meddeb*, o maestro de la escuela coránica, es lícito poseer sexualmente a sus jóvenes discípulos. Esto no debe inducirnos a pensar que, entre los pueblos árabes islámicos, la homosexualidad se manifiesta únicamente bajo forma de pederastia: no es cierto que los islámicos sientan una exclusiva atracción sexual hacia los adolescentes; de ser así, resultaría más fácil interpretar la limitación de los adultos al papel activo: el efebo, sobre la base de la concepción patriarcal, sirve de *trait d'union* entre la mujer y el hombre, y ello motiva su

el fascismo sexual que supone está muy difundido también entre los italianos, los latinos en general, y muchísimos más pueblos. Los «dobles machos» se encuentran incluso en Groenlandia.

Obligado a *matar* la «feminidad» en sí mismo para obedecer al modelo imperativo del padre, el macho no puede amar a la mujer en tanto que mujer, porque, de hacerlo, reconocería la presencia (sexual) femenina, reflejando en ella su propia «feminidad». Amará a las mujeres, sobre todo como objetivación y agujeros, y por consiguiente *no* las amaré: tenderá más bien a dominarlas, de la misma manera que él ha sometido a la virilidad en sí mismo la presencia de la «feminidad» soterrándola.

De lo cual se deduce que el amor heterosexual es negación de la mujer, mutilación del Eros transexual; es tortura de proyecciones, es alienación: «Tú eres mi *Anima*, yo soy tu *Animus*, solo contigo, querida, siento que he superado el solipsismo, no veo otra cosa de ti que lo que no veo de mí». El sistema sanciona la negación del amor, institucionalizándola en la Norma heterosexual, es decir, en aquella «normalidad» que es ley de la unicidad sexual del falo; y condena la homosexualidad en tanto que rebelión contra el sojuzgamiento del Eros por parte del orden de la producción y de la reproducción y contra las instituciones (en especial la familia) que salvaguardan este orden.

Lejos de matar al padre para casarse después con la madre, el hijo varón «mata» más bien en sí mismo la «feminidad» para identificarse con el padre: por lo tanto, se verá obligado a sacarse los ojos rechazando en las tinieblas del inconsciente la visión de la tragedia que ha sido obligado a perpetrar, a fin de que en la oscuridad establecida por el destino patriarcal la «feminidad» condenada a muerte no resucite. En la tragedia de Edipo no hará más que reevocar al revés la tragedia ocurrida: tragedia que ya estaba en el destino de Layo, destino que abarca a Yocasta y que es realizado por el hijo. Para Freud, la heterosexualidad es la «solución normal» del complejo de Edipo. La homosexualidad, que es respuesta *invertida* a la tragedia, la homosexualidad que, como dice Ferenczi, es «una inversión en gran estilo (*en masse*)», es condenada y marginada porque lleva incorporado el

fijación al papel pasivo. Pero los árabes hacen el amor frecuente y gustosamente también con los hombres adultos: es como si la culpa que, de acuerdo con su religión, comete aquel que se hace poseer por ellos, no les implicase en absoluto, a pesar de que sean ellos, con muchísima frecuencia, quienes proponen la relación.

riesgo, para el «poder» masculino, de que los fantasmas reales de la tragedia reaparezcan junto a su versión auténtica, la única que puede ser auténticamente borrada y superada para siempre: «Solo un *amor particular* —escribe Virginia Finzi Ghisi— puede tal vez denunciar la *naturaleza particular de la relación universal por excelencia*, la relación sexual natural, el amor hombre-mujer que refleja en el pequeño círculo mágico de la familia o de la pareja la estructura idéntica sustentante y al mismo tiempo sustentada por él, de la gran familia (oficina, fábrica, relaciones comunitarias, mercado mundial)». La homosexualidad permite «la descomposición de los roles que la relación natural generalizada ha cristalizado, y la recomposición de nuevos roles, complicados e incluso extraños, ricos en matices: “Todos los hombres son mujeres y todas las mujeres son hombres”».40

La homosexualidad es relación entre personas del mismo sexo: *entre mujeres manifiesta la existencia autónoma e independiente del falo de la sexualidad femenina*; entre hombres, por muy impregnada que esté históricamente de falocratismo, la homosexualidad duplica la «unicidad» sexual del falo, mediante lo cual la niega, y desvela la disponibilidad del culo al coito y al placer erótico. Además, «en la relación homosexual entre hombres y entre mujeres el poder y la delegación son puestos en discusión: entre dos vencedores y entre dos perdedores sociales todos nos vemos obligados a ir con cuidado y a recomponer afecto, sexualidad, poder, ausencia de poder, y a no distribuirlos en la división social de los roles. Esta parece una cosa de escasa importancia, pero pone en crisis desde los fundamentos el orden distributivo de la actual sociedad, el modo de hacer política, la misma estructura de los grupos políticos» (ex Collettivo autonomo Fuori! de Milán).41

La coacción a repetir. El gueto. «Aparecer» en el puesto de trabajo

La unión de los cuerpos masculinos y, paradójicamente, la unión de los penes, redimensiona la abstracción autoritaria del falo; pero la homosexualidad masculina también puede presentarse doblemente

40 Finzi Ghisi, *Le strutture dell'Eros*, op. cit., p. 172.

41 *I gruppi di fronte alia questione omosessuale*, op. cit.

fállica —y ya he citado las costumbres de los árabes y la ideología del «doble macho»—, donde, reprimidísima, copia sin reservas los modelos heterosexuales. En tal caso, la relación sexual entre hombres es incomunicabilidad alienante: mientras que la homosexualidad sea considerada «aberración» y tratada socialmente como tal —o bien, mientras que la homosexualidad pasiva sea juzgada deshonrosa y despreciable, como, por ejemplo, en los países del islam— el deseo gay, culpabilizado, puede tender también a autojustificarse adecuándose plenamente a las leyes del «poder» masculino, convirtiéndose incluso en su campeón. Las mismas lesbianas se ven obligadas en ocasiones a hacerlo.

Una vez aquí, conviene recordar que también el homosexual, al igual que el hetero, subyace a la fijación a normas y valores, legado de la educastración edípico-falocéntrica, así como a la coacción, a la repetición. La educación —observa Corrado Levi— «tiende a predisponer y a cristalizar la libido de cada cual, con acciones de represión continuas, en imágenes y en modelos que sostienen después con constancia los comportamientos sucesivos en la tendencia coaccionada a repetirlos y a personificarlos». ⁴² Se trata de imágenes y modelos ligados sin excepción a los valores actualmente vigentes en el contexto capitalista. «La cristalización del deseo a las *imágenes* adquiridas lleva tendencialmente, y a veces de manera unívoca, a excluir todas las restantes que se diferencian de ellas: se buscan únicamente las imágenes del hombre y de la mujer (y se es únicamente heterosexual u homosexual), se persiguen tipos físicos que tengan resonancia con aquellas imágenes: joven o viejo, rubio o moreno, con barba o lampiño, burgués o proletario, masculino o femenino, etc., tendencia a excluir selectivamente» uno de los dos términos. La cristalización de los comportamientos a los modelos familiares determina, en cambio, el tipo de relación con los *partners*: «De pareja, trío, activo, pasivo, paterno, materno, filial, etc. Son unos auténticos y verdaderos filtros y diafragmas por los que debe pasar obligatoriamente cualquier actuación y estimación de nosotros mismos y de las personas que tenemos enfrente, y que en ocasiones ponen en marcha unas respuestas con mecanismos análogos». Modelos, imágenes y comportamientos tienden

⁴² Corrado Levi, *Problematiche e contributi dal lavoro di presa di coscienza del collettivo Fuori! di Milano*, 1973. Para estas citas utilizo la versión de dicho ensayo impresa como apéndice a *Un tifo*, Milán, otoño de 1973.

habitualmente a perfilarse en el horizonte de los valores masculinos capitalistas: dominio, subordinación, propiedad, jerarquía, etcétera; «y ello va unido —concluye Corrado Levi— tanto a los contenidos de los modelos perseguidos como al mecanismo de perseguirlos».

Pero, si dichos filtros y diafragmas, dichos mecanismos, son *en parte* comunes tanto a los heterosexuales como a los gais, también es cierto que, partiendo del resquebrajamiento que nuestro comportamiento, en tanto que transgresión de la Norma, significa para la sociedad, los homosexuales somos capaces de ponerlos en discusión, descubriendo en nuestra vida un profundo *décalage* entre reglas transgredidas y normas todavía aceptadas y la contradicción que esto crea en el sistema de los valores habituales. También es cierto que el crecimiento del movimiento no nos ha llevado todavía a una descrystalización completa de los modelos interiorizados y de la coacción a repetirlos y a perseguirlos; pero nos ha llevado al menos a hacerles algún rasguño, desarrollando en nosotros el deseo de «experimentar» y acentuar comportamientos nuevos y diversos al lado y en progresiva sustitución de los repetitivos y coaccionados. Esto es lo que sucede especialmente en EEUU, donde el movimiento gay se ha extendido mucho más que en Europa, determinando un considerable cambio de la condición social y existencial de los homosexuales (en especial en algunos estados), pese a la insoportable persistencia del dominio del capital. En EEUU, sobre todo, ha rebrotado el deseo sexual entre maricas, que en nosotros yace todavía en gran parte latente, mientras para muchísimos permanece vivísimo el fantasma del macho hetero, de la *bête*, como «objeto supremo» del deseo.

Pero la situación del gueto, tanto en EEUU como en Europa o en Japón o en Australia, no tiene nada de envidiable. Con frecuencia, en el gueto, muchos de nosotros tienden todavía a oscilar entre el reprimir y el ostentar exageradamente, poniendo (queridamente) en duda su autenticidad, el propio «afeminamiento»: se deriva de ahí que toda espontaneidad, toda sinceridad, son accionadas y sustituidas por la pantomima de la «normalidad» o de aquella, que la refleja, de la «anormalidad». La fusión de ambas puestas en escena acaba muchas veces por hacer monstruoso el gueto a nuestros propios ojos, además de a los más o menos escandalizados de la mucho más monstruosa sociedad heterosexual que lo rodea.

En ocasiones rige en el gueto una especial regla de hierro. La ausencia de abandono, naturalidad, afecto es sancionada con frecuencia como una norma, la «comunicación» se produce a través de una trama de frases, entradas y salidas espectaculares, alfilerazos soltados con precisión inaudita (*inaudita* para los heteros). La mariquita del gueto se revela maestra no solo en decorarse a sí misma y la propia casa (con refinamiento o *kitsch* carece de importancia, visto que ahora es *out of date* incluso el *kitsch* refinado), en crear una cierta atmósfera, en administrar mejor que nadie la propia máscara (a la que de día en día se ha visto obligada a identificarse), sino también en hacer flipar a las demás mariquitas. Actualmente, muchos homosexuales visten, como en los campos de concentración nazis, el uniforme de los perseguidos: ya no se trata del triángulo rosa, sino de una envoltura que les cubre de pies a cabeza, de una máscara que deforma su fisonomía, de una coraza que aprieta el cuerpo y que es mucho menos poética que la de los crustáceos de Unamuno.

El sistema nos ha guetizado hasta tal punto, y ha colonizado tan profundamente el gueto, que nos induce a replantear con frecuencia, de manera grotesca y trágico-cómica, los mismos roles, la misma puesta en escena de la sociedad que nos margina. Precisamente por ello los gais podemos desvelar con frecuencia la miseria que rodea «nuestro» gueto, y en ocasiones con gusto y con ironía excepcionales. Sin embargo, si la sociedad se complace con la finura irónica de algunos de nosotros y se contempla divertida en la representación homosexual de su propia imagen invertida, al mismo tiempo no controla su repugnancia respecto al gueto real (o la parte de él que percibe) y lo ataca con racismo.

Pero el gueto no está, más allá de la sociedad que lo ha construido: es un aspecto de *este* sistema, del sistema. Además, la conciencia de la marginación y el sentido de culpa inducido por la condena social emponzoña el gueto, hasta hacerle asumir el mismo guiño desviado y despiadado de la sociedad que se ríe de él. Y si muchas veces los homosexuales no se atraen mutuamente, se debe en gran parte a la atmósfera del gueto, que es antihomosexual, precisamente en tanto que coágulo de la *falsa culpa* y de la real marginación.

Los homosexuales llevan tanto tiempo inducidos a considerarse enfermos que a veces sucede que se sienten así: esta es nuestra auténtica

enfermedad, la ilusión de enfermedad que puede llevarnos también a enfermar realmente. De manera análoga, quien ha estado mucho tiempo encerrado en un manicomio puede acabar por llevar en la cara los signos estereotipados de la «locura», o sea, las huellas de la persecución sufrida y de la cárcel, la «terapia» interiorizada bajo forma de enfermedad. Los médicos (psiquiatras y antipsiquiatras) son los auténticos contagiadores, la auténtica enfermedad es el «tratamiento».

Muchas veces, la ilusión de estar en cierto modo enfermo aflige al homosexual hasta el punto de llevarle a intentar enmascarar (deformar) su propio ser, cuya diferencia se ve obligado a vivir como deformidad. Si los homosexuales aparecemos en ocasiones ridículos, lastimosos, grotescos, se debe a que no nos es concedida la alternativa de sentirnos seres humanos. Los «locos», los negros, los pobres dan miedo: el oprimido lleva en la cara la marca de la opresión sufrida.

Pero esa marca puede convertirse en anuncio de la nueva vida que surge: en el rostro de un travesti puede brillar entonces la gayeza del deseo que se está liberando, la energía propositiva que tiende a la creación del comunismo. La guerra contra el capital no ha sido perdida: hoy, un número creciente de homosexuales, en vez de luchar ciegamente contra ellos mismos en la angustia del individualismo, en la clausura del gueto, aprenden a combatir gayamente sin cerrar los ojos, a pecho descubierto, por la revolución.

Ya no es hora de esconder nuestra homosexualidad: hay que vivirla por todas partes, en todo momento, lo más abiertamente posible, *incluso en el puesto de trabajo*, si no queremos hacernos cómplices de todos aquellos que siguen oprimiéndonos. Quien teme perder el empleo, puede aparecer *con moderación*: cuando es necesario, cabe mantener una cierta retención sin que ello signifique rebajarse a mezquinos compromisos con la Norma. Las cosas se pueden decir claramente sin decirlas, y podemos comportarnos coherentemente con las propias ideas y con el propio deseo aun evitando, por el momento, aparecer de manera explícita, cuando no podemos permitirnos perder el puesto de trabajo. Es cierto que la situación es mucho más dura para los homosexuales que viven en pequeños centros, en provincias: pero es de esperar que no tarden en hacerse sentir allí los efectos positivos del movimiento de liberación.

Mientras la gente se vea obligada a trabajar en la fábrica, en las oficinas, es conveniente que surjan colectivos homosexuales por todas

partes, en los barrios, en las empresas: *la unión hace la fuerza de aparecer abiertamente*; y, ahora incluso en Italia, los grupos gais se están multiplicando en las escuelas y en las universidades.

Tengo un amigo pederasta, empleado de banca, que en la oficina hace de verdes y de maduras, con astucia, con imaginación: recientemente ha «desfilado» para los compañeros, para los jefes y sobre todo para sí mismo, imitando un desfile de modelos primavera-verano para empleados de banca. Los compañeros se divirtieron y cuando uno de ellos, asombrado, le preguntó si se daba cuenta de lo que estaba haciendo, respondió: «estoy loco», dejando que los demás se preguntaran si estaba loco realmente o si les *estaba dando por el culo* a todos.

En este y en quién sabe cuántos otros modos, el discurso de la liberación pasa implícito, sin heroísmos, sin correr el riesgo de hacerse despedir. Cada mariquita, según la situación en que se encuentra, hará lo que pueda: lo importante es hacer lo más posible (o sea, descubrir de qué manera hay que comportarse para obtener los mejores resultados en el sentido de la liberación) y nunca doblegarse resignadamente a la Norma.

«Contagiar» la homosexualidad en el puesto de trabajo, significa actualmente impulsar a la gente a rechazar un trabajo que ya no tiene sentido de existir y que consiste en gran parte en deseo homoerótico sublimado. Basta entrar en una oficina, en una fábrica, para descubrir inmediatamente que en toda la atmósfera embrutecedora del puesto de trabajo está impregnada la homosexualidad reprimida y sublimada. Los «compañeros» de trabajo, respetando rigurosamente, como quiere el capital, el tabú antihomosexual, se mandan a tomar por el culo ocho horas al día más las extraordinarias, se exhiben rivalizando ante las mujeres, «entendiéndose» entre hombres, *descojonándose* unos contra otros, trabajando. De tal modo, hacen el juego... *pardon*, el trabajo del capital, estableciendo una falsa solidaridad entre hombres, una solidaridad negativa que les contrapone a las mujeres y les opone entre sí en la óptica frustrada (y frustrante: o burdamente gratificante) de la rivalidad, de la competencia en ser el más duro, el más viril, el más brutal, el menos jodido por el general jodimiento, que —¡ojalá fuese jodimiento!— no es más que servidumbre a la máquina capitalista, al trabajo alienado, y forzado consenso a la represión mortal de la especie humana, del proletariado.

Si el deseo gay se liberase entre los «compañeros» de trabajo, estos se convertirían entonces realmente en *compañeros*, capaces de reconocer y de satisfacer el deseo que les une desde siempre, capaces de crear, a través de la redescubierta atracción recíproca, una nueva y auténtica solidaridad entre hombres y con las mujeres; capaces de realizar, todos juntos, las mujeres y los maricones, el Nuevo Proletariado Revolucionario. Capaz de decir basta al trabajo y sí al comunismo.

Subjetividad revolucionaria y sujeción

Creo que, frente a la suma de argumentos a los que me he referido en estas páginas y a muchos otros, solo los puntos de vista de quienes se encuentran en posiciones antitéticas respecto a la Norma institucionalizada pueden cumplir una plena función crítica. En otras palabras, solo la autoconciencia feminista y la toma de conciencia homosexual⁴³ pueden dar vida a una visión del mundo totalmente alternativa respecto a la machista-heterosexual y a una interpretación clara y revolucionaria de las problemáticas importantes ofuscadas desde siglos, o incluso puestas en el índice, por el dogmatismo patriarcal y por la absolutización de la Norma; y ello se debe a que el punto de vista de las mujeres contiene la potencialidad antitética fundamental respecto al «poder» masculino, mientras el punto de vista gay representa la principal antítesis subversiva opuesta a la Norma sexual establecida e hipostasiada por aquel «poder», que, como hemos visto, es en todo y por todo funcional a la perpetuación del capitalismo. Si el código masculino heterosexual es lo que impide la realización del salto cualitativo que lleva a la liberación de la transexualidad a la que aspira

⁴³ Esto no significa hacer la apología de todos los grupos feministas y homosexuales existentes, ni mucho menos exaltarles a partir de un ciego triunfalismo. Cf. cap. ii, párr. 6. Hay que poner de relieve los aspectos contrarrevolucionarios de la *política* de los homosexuales y de las mujeres y deplorar el machismo de los gais de sexo masculino y la actitud antihomosexual común todavía a demasiadas feministas. Pero es precisamente un análisis crítico de las situaciones en las que se debaten los grupos feministas y homosexuales lo que permite valorar plenamente la inmensa importancia de las problemáticas que les conciernen. Y entonces se reconoce en ellos el mérito de haber planteado por primera vez cuestiones fundamentales, que llevaban muchísimo tiempo reprimidas; y se entiende que, si han sido los primeros en llevar a la luz semejantes argumentos cruciales, a ellos corresponde la facultad de entenderlos mejor y de actuar, afrontándolos en la práctica, a fin de resolver su problemática.

profundamente el deseo, no podemos dejar de admitir la potencial y ahora actual fuerza de la homosexualidad en el contexto de la dialéctica entre «tendencias» sexuales, de la misma manera que tampoco podemos negar la posición revolucionaria ocupada por las mujeres en el ámbito de la dialéctica entre los sexos.

A los antipsiquiatras que se han tomado el esfuerzo de descubrir la naturaleza transexual reprimida del deseo, les diremos que la liberación de la transexualidad, hasta ahora inconsciente, no se obtiene a través de manipulaciones masculinas y heterosexuales de las categorías psicoanalíticas clásicas (sustituyendo, por ejemplo, el Edipo por un *Anti-Edipo*) sino que se conquista con la revolución de las mujeres contra el machismo y la revolución homosexual contra la Norma heterosexual; y que únicamente el punto de vista de las mujeres y de los gais, y sobre todo de las mujeres gais, puede descubrir el importantísimo nexo existente entre su subordinación y la subordinación social, tirando del hilo que une opresión de clase, de sexo y represión de la homosexualidad.

En las mujeres *sujetas* al «poder» masculino, en los proletarios *sujetos* a la explotación capitalista, en la *sujeción* de los homosexuales a la Norma y en la de los negros al racismo de los blancos, se reconocen los *sujetos* históricos concretos capaces de derrotar los planes actuales de la dialéctica social, sexual y racial, para la conquista del «reino de la libertad». No reconocemos la *subjetividad* humana en las personificaciones de la *cosa* por excelencia, esto es, del capital y del falo, sino en la *sujeción* de las mujeres, homosexuales, proletarios, niños, negros, «esquizofrénicos», viejos, etc., al poder que les explota y les reprime. *La subjetividad revolucionaria o potencialmente revolucionaria se recoge en la sujeción.*

Y en ello reside una serie de graves contradicciones, que deben ser superadas para que pueda afirmarse la auténtica Revolución: en efecto, hoy la potencialidad subversiva de la mayoría todavía está frenada por su adhesión a una u otra forma de poder. Demasiados proletarios, demasiadas mujeres, por ejemplo, siguen defendiendo encarnizadamente la Norma heterosexual, y por consiguiente el privilegio machista, y por consiguiente el dominio del capital. *Sin embargo, según Elvio Fachinelli*, «no estamos lejos del día en que algún pacífico y

módicamente eficiente heterosexual será fusilado por su colega homosexual»,⁴⁴

Pero Fachinelli sabe mucho mejor que yo que el fusil es un símbolo fálico. Las mariquitas no tenemos la menor intención de dejar a nadie como un colador, aunque estemos dispuestas a defendernos como podamos y en el futuro todavía estaremos preparadas para defendernos mejor: nuestra revolución se opone al capital y a su Norma, y tiene como fin la liberación universal. La muerte y la violencia gratuitas las dejamos gustosamente al capital y a la gente que se ha dejado convencer por su ideología inhumana. Fachinelli, en tanto que buen heterosexual, teme vernos armados con el *fusil* porque teme, evidentemente, la relación homosexual; hay que desear que este temor hetero se convierta en deseo gay y no en Terror, de modo que no nos obligue realmente a empuñar los fusiles. Yo creo que el movimiento de liberación de la homosexualidad es irreversible, en el cuadro más vasto de la emancipación humana; hacer real, en su conjunto, esta emancipación es algo que nos incumbe a todos nosotros. Ya no podemos seguir perdiendo más tiempo.

⁴⁴Fachinelli, *Travestiti*, *op. cit.*, p. 38.

CAPÍTULO 7

«FIN»

Mientras exista una mujer que rechace o tema la aproximación sexual por parte de otra mujer, mientras exista un hombre empeñado en asegurar y defender la virginidad de su culo, el reino de la libertad no será conquistado; esta es la certidumbre con que el punto de vista homosexual ilumina el futuro.

Mario Rossi

Creo que esta conclusión no añade nada nuevo a cuanto se ha discutido y afirmado en las páginas anteriores. Se trata únicamente de una síntesis concisa de las principales perspectivas surgidas del análisis de la cuestión homosexual. Quien me haya seguido hasta aquí, por consiguiente, no encontrará en las últimas páginas más que una especie de resumen de cuanto ahora debiera haber entendido. Quien, en cambio, comience por dar una mirada a la conclusión (y no son pocos los que lo hacen), las afirmaciones insólitas aquí recogidas debieran estimularle a leer el libro desde la primera página, o a lanzarlo por la ventana, dándose cuenta inmediatamente de que no está interesado (o tal vez demasiado...) en una lectura de este tipo, en *determinadas* hipótesis.

De la crítica de la ideología de la primacía heterosexual y de la crítica de la cuestión homosexual y de las ricas temáticas inherentes a la liberación del Eros, es posible e incluso necesario desprender unas conclusiones hipotéticas —y más que hipotéticas— referentes al futuro del género humano. Estas conclusiones se presentan como suma de consecuencias procedentes del actual movimiento de la dialéctica sexual en el cuadro de la emancipación humana: a menos que —y una vez aquí es preciso,

en cambio, adelantar la hipótesis contraria— la revolución y el comunismo no sean sustituidos por la destrucción, la guerra y la aniquilación biológica de la especie, a la que tiende el dominio mortífero del capital.

La liberación del Eros y la emancipación del género humano pasan necesariamente —y esta es gay necesidad— por la liberación del ho- moerotismo, que incluye el término de la persecución contra los ho- mosexuales manifiestos y la expresión concreta del componente ho- moerótico del deseo por parte de *todos* los seres humanos. *Baisé soit qui mal y pensé* [Que se joda el que piense mal de ello].

Por otra parte, la liberación de la sexualidad supone el completo reconocimiento y la concreta manifestación del deseo erótico por las personas de sexo diverso por parte de los/las homosexuales, y la reali- zación de un nuevo modo de amarse gay entre mujeres y hombres.

La (re)conquista del Eros determina la superación de las actuales formas coaccionadas en que se manifiestan la heterosexualidad y la homosexualidad. Esto significa que la liberación, que es sobre todo li- beración del deseo gay, provocará, además de la negación de la hete- rosexualidad en tanto que Norma heterosexual, la transformación de la homosexualidad que sucumbe en gran parte, todavía hoy, a la dic- tadura de dicha Norma. De este modo se superará la antítesis heterose- xualidad-homosexualidad y será sustituida por una síntesis *transexual*: ya no existirán heteros u homosexuales, sino seres humanos *polisexua- les*, transexuales; mejor dicho: ya no existirán heteros u homosexuales, sino seres humanos. La especie se habrá (re)encontrado a sí misma.

El Eros libre será transexual, entre otras cosas, porque la liberación de la homosexualidad y la abolición de la primacía represiva hetero- sexual-genital habrán favorecido y determinado la desinhibición com- pleta y la liberación de la naturaleza hermafrodita profunda del deseo, que es transexual (el psicoanálisis diría, de manera reductiva, *bisexual*) tanto respecto a los «objetos» *como al sujeto*.

El descubrimiento y la progresiva liberación de la transexualidad del sujeto llevarán a la negación de la polaridad entre los sexos y a la con- quista utópica (en el sentido revolucionario de la *utopía-eutopía*) del nuevo hombre-mujer o mucho más probablemente mujer-hombre.

Pero la semejanza (casi) especular, aun dentro de su alteridad, en- tre *objeto* de deseo transexual y *sujeto* deseante, llevará a un recono- cimiento del sujeto en el objeto y, por consiguiente, a la creación de

la auténtica reciprocidad *intersubjetiva*. Ahí, desde el punto de vista sexual, se manifestará la (re)conquista de la *comunidad humana*, y el Eros liberado ya no estará separado de las restantes expresiones de la comunidad: curada de la *neurosis*, la sexualidad podrá recogerse límpidamente, libre del sentido de culpa, incluso en las formas sociales y científico-artísticas de su *sublimación positiva*, por lo que solo entonces tendrá lugar el auténtico Renacimiento. La sublimación positiva (*acción sublime*) sustituirá totalmente el trabajo entendido como trabajo extrañado y coaccionado y la sublimación estéril y autodestructiva en que se pierde actualmente la mayor parte del tiempo «libre» neurótico. Todos los seres humanos se conocerán a sí mismos, y ya no desde un punto de vista individualista, que habrá sido superado, sino desde el punto de vista transexual-intersubjetivo, comunitario: el conocimiento habrá anulado las barreras entre el Yo y el no-Yo, entre el Yo y los demás, entre cuerpo e intelecto, entre el decir y el hacer.

A fin de que se verifique la liberación de la homosexualidad, de la transexualidad y la emancipación humana, *es necesaria la afirmación del movimiento revolucionario de las mujeres*, las cuales, siendo los sujetos históricos concretos de la antítesis universal al poder masculino vigente, derribarán, convirtiendo en revolucionaria su posición antitética, dicho poder derrumbando el sistema de represión del Eros que le es absolutamente funcional, comenzando por la Norma heterosexual y por el rechazo de la homosexualidad.

El hundimiento del sistema falocéntrico supone el hundimiento del sistema capitalista, que se rige sobre la estructura machista-heterosexual de la sociedad y sobre la represión-explotación del Eros que aseguran la perpetuación del trabajo alienado y, por tanto, del dominio del capital. El proletariado revolucionario y el movimiento de las mujeres revolucionarias son las dos caras del Partido comunista / comunidad humana, de la que el movimiento de los homosexuales revolucionarios es el culo. Al igual que la transexualidad, el movimiento revolucionario es *uno y múltiple*. Si bien la afirmación del movimiento de los homosexuales conscientes contribuye a hacer revolucionario el movimiento comunista (y) de las mujeres, la progresiva liberación de las restantes tendencias reprimidas del Eros reforzará posteriormente el movimiento revolucionario, haciéndolo cada vez más gayo. La misma presencia, por ejemplo,

de una organización subversiva de homosexuales sado-masoquistas en los Estados Unidos de América revela que nos estamos moviendo, desde el punto de vista opuesto a la totalización destructora capitalista, en la dirección de la liberación completa del deseo. Es imposible imaginar la importancia de la contribución ofrecida a la revolución y a la emancipación humana por la liberación progresiva del sadismo, del masoquismo, de la pederastia propiamente dicha, de la gerontofilia, de la necrofilia, de la zooerastia, del autoerotismo, del fetichismo, de la escatología, de la urofilia, del exhibicionismo, del voyeurismo, etc., si no es actuando *en primera persona* por la desinhibición y la concreta expresión de dichas tendencias en nuestro deseo, si no es refiriéndonos a la obra, práctica y teórica, de aquellos que ya viven de manera manifiesta una o varias formas de deseos llamados «perversos», sin olvidar que, con frecuencia, aquellos que son definidos «esquizofrénicos» están entre los más «perversos».

En especial, si aspiramos a la conquista de la transexualidad, no podemos dejar de reconocer en aquellos que son fisiológicamente, o incluso solo psicológicamente transexuales hoy (en el drama de su vida individual arrinconada por el sistema represivo de las cerradas vidas individualistas monosexuales «normales»), la única expresión contemporánea y concreta, aunque perseguida y lejos de ser libre, de la «milagrosa» amplitud y alcance del deseo, del Eros. «El milagro está en que no sea milagro» (Sartre).

